PABLO SOMOZA ORTEGA

LA MALLORQUINA 1894-1975

Crónicas de la Puerta del Sol

Primera Parte

eraseunavez.org

ENTRELÍNEAS EDITORES
eraseunavez.org

Primera edición, junio 2018

© Pablo Somoza Ortega, 2018

Editores: María Eugenia González Cintas y Carmelo Segura
©Entrelíneas Editores
C/ Lima, 42 (Posterior)
28945 Fuenlabrada (Madrid)
Teléfono: 91 690 90 28
entrelineas@eraseunavez.org
www.eraseunavez.org

Realización, impresión y distribución: Cénit Hispano
Diseño de cubierta: Carlos Armillas González
Corrección: Ramón Asquerino Fernández
Maquetación: Carlos Armillas González
ISBN: 978-84-948537-9-1
Depósito Legal: M-11134-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web: www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todos los documentos y materiales gráficos contenidos en este libro han sido aportados por el autor bajo su responsabilidad.

Con la compra de este libro usted colabora con
2 céntimos de € para la plantación de árboles.

Impreso en papel ecológico

Impreso en España / Printed in Spain

Dedicatoria

A todas esas personas
que me han animado a llevar esta obra
a donde está ahora, en tu mano

«*Abrid escuelas y se cerrarán cárceles.*»

Concepción Arenal

«*Valora lo que tienes,*
supera lo que te duele y
lucha por lo que quieres»

Anónimo

Introducción

A día de hoy no es frecuente encontrarse con algunos establecimientos centenarios –no solo en Madrid sino en cualquier ciudad española–, que resulten estar llenos de relatos que pertenecen a nuestra historia.

Estatua de el Oso y el Madroño en la Puerta del Sol

Y no me refiero a la vida interior de estos negocios, sino a lo que han visto, a los legados que han dejado sus clientes, algunos ilustres y otros anónimos, pero no menos importantes. Creo que los pocos establecimientos que van resistiendo deberían tener su cuaderno de bitácora por obligación. Esa es la intención de esta novela histórica, la de contar cómo era nuestro Madrid a principios del siglo xx de cómo se vivió esa época rota por una guerra. Aquella monarquía y la llegada de la Segunda República, las vivencias de nuestros escritores más célebres, de las ideas de los políticos de turno y el pulso de los ciudadanos. Reflejar en estos relatos los sentimientos que no aparecen ni en los libros de texto ni los de historia. Así con estos relatos intentaré poner esos corazones de esta época en vuestras manos, para que sintáis ese latir que se apagó hace tantos años, que notéis la respiración de estos personajes en vuestra cara. Esto no es la historia de *La Mallorquina*; es la historia que esta casa ha vivido y ha sido testigo desde su inicio en 1894, de todo lo que un espectador de primera fila puede contar.

Monarquías, dos dictaduras, la Segunda República, la peor crisis vivida por este país y la llegada de una guerra entre hermanos.

La Puerta del Sol a mediados del sigo xix

La Puerta del Sol a comienzos del siglo xx

Son las crónicas de una plaza tan emblemática como es la Puerta del Sol, escenario principal de todo un país. Y *La Mallorquina* ha vivido –y espero que siga viviendo por muchos años– nuestra historia más reciente. Alguien dijo que, para entender tu presente y tu futuro, debes saber cuál ha sido tu pasado. Mi única intención es que disfrutéis con lo que Vicente os tiene que contar en primera persona.

La Mallorquina 1915

La Mallorquina 2015

«Solo cabe progresar cuando se piensa en grande,
solo es posible avanzar cuando se mira lejos.»

Miguel Ortega y Gasset (1883-1955).
Filósofo y ensayista

Capítulo I

Unas nuevas puertas

Aún recuerdo ese aroma a café y vainilla que nos llevó a mi madre y a mí, con los ojos cerrados a las puertas de aquel establecimiento recientemente inaugurado en la mismísima Puerta del Sol.

—¿Dónde va, madre?

—Entremos aquí, ¿no se te abre el estómago con este olor?

—Sí, pero no me apetece entrar, otro día venimos.

—Venga, Vicente, vamos a entrar y nos tomamos un chocolate calentito con una ensaimada. Hoy podemos darnos ese capricho, otro día puede que no.

Antes de que quisiera abrir la boca para decir que en ese establecimiento había algo que me daba malas sensaciones, ya estábamos dentro.

Mirábamos para todos los lados, sobre todo, a las vitrinas. Se nos quedó la boca abierta al ver aquellos jamones, conservas, embutidos, dulces de todo tipo y unos bombones que parecían dibujados por algún pintor de palacio.

Reforma de la Puerta del Sol a finales del siglo XIX

Nos fuimos acercando a la barra sin dejar de observar todos esos productos que, a día de hoy, nos sería imposible adquirir.

Se nos acercó un camarero enseguida, tenía toda la cara picada, seguro que por alguna viruela loca y nos preguntó:

—¿Van a pedir algo o solo vienen a mirar?

—Sí, nos pone dos chocolates y una ensaimada.

—¿Tendrán dinero para pagar?

A mi madre se le torció el morro, pero no dijo nada, sacó el dinero y lo puso sobre el mostrador. El camarero cogió el importe, dejó el resto y refunfuñando entre dientes, se fue a por lo que le pedimos. Encima, la cajera que estaba ahí sentada como un pasmarote nos miraba riéndose.

Se levantó y se dirigió a nosotros:

—No se lo tomen en serio, es que entra mucha gente y tenemos que tener mucho cuidado. No se pueden imaginar lo que se nos cuela.

—Sí, ya lo veo, pero vaya tío cascarrabias —dijo mi madre.

—¿Julián? En el fondo es un trozo de pan. Ya le digo, no se lo tomen a mal.

Si esa cajera lo decía será verdad, pero si en el fondo es un trozo de pan, debe ser muy al fondo.

—¿Viven por aquí? —nos preguntó mientras nos hacía un reconocimiento de pies a cabeza.

—Sí, cerca de aquí, en la calle San Nicolás, vivimos ahí desde que me quedé viuda.

—Lo siento, señora.

—¿Y usted? —la pregunta de mi madre pareció que no la esperaba.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Pues... nada soy... soy la señorita Mari y ya está. Solo eso, trabajo aquí y nada más.

—¿Y usted? —esa pregunta la hizo como escudo defensivo.

—Yo trabajo en una pañería inglesa en la calle Toledo y nos vamos apañando, me llamo Angustias y este es mi hijo Vicente que ni estudia ni nada. A ver si le sale algún trabajo y le quito de la calle y de esas malas compañías, ya me entiende usted.

La señorita Mari puso la voz como si hablara dentro de una cueva y dijo:

—Pues mire, aquí estamos empezando y todavía buscan personal, sobre todo mozos de la edad de su hijo.

Sabía que no teníamos que haber entrado.

—Ojalá doña Mari.

—Señorita Mari —corrigió a mi madre levantando un dedo.

—Perdón, señorita Mari, le estaría muy agradecida si consigue que entrara a trabajar aquí. Yo no gano lo suficiente, sería de gran ayuda.

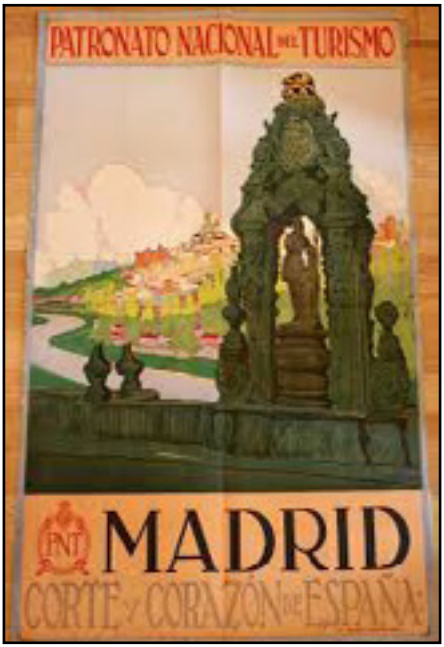
—No se preocupe, ya hablo con Enrique, el contable. Mañana que se pase por aquí y que pregunte por mí.

Ellas hablaban como si yo no estuviera presente, vamos, que mi futuro lo estaban decidiendo entre tazas de chocolate. Me estaban entrando unos retortijones que no sabría decir si la causa era el chocolate o la conversación de mi madre con la señorita Mari.

Nos despedimos de ella con el compromiso de volver a la mañana siguiente para hablar con ese tal Enrique.

Yo no quería entrar, pero a mi madre no se le puede llevar la contraria.

Entramos a tomarnos un chocolate y salimos con mi futuro en manos de esa cajera y del camarero de la cara picada. Antes de llegar a casa el chocolate encontró su salida de emergencia.



Cartel turístico sobre Madrid

Película Morena Clara

Promoción de España

Publicidad

«Así como de la noche nace el claro día,
de la opresión nace la libertad.»

Benito Pérez Galdós (1843-1920).
Novelista y cronista

Capítulo II

Mi amigo don Benito

Pues, a día de hoy, y a mis muchos años, no entendería otra vida, que la que he vivido en esta casa tan emblemática y ahora centenaria como es *La Mallorquina*.

La Mallorquina abrió sus puertas por primera vez pocos días antes de que yo empezase como empleado, allá por febrero de 1894. Alguno dirá, «pues ya ha llovido», pues sí, ha llovido, ha nevado, y ha tronado y muchas más cosas, pero siempre ha terminado saliendo el sol. De esta casa hay mucho que contar, y como no quería que se quedara solo en la memoria y de ahí al olvido, creí oportuno contar la vida de esta casa. El legado que han dejado desde empleados hasta clientes es infinito, por lo que, seguro que no estará todo, algo se me olvidará contar, intentaré por lo menos sacar lo más relevante.

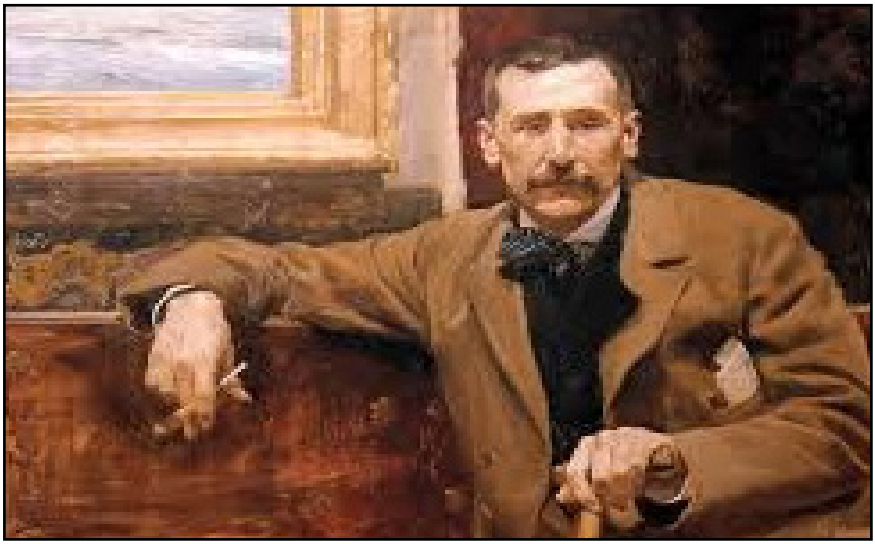
Por aquí han pasado escritores, políticos, reyes, anarquistas, cabareteras, obispos, futbolistas, dictadores, teatreros y, sobre todo, mucha gente anónima que ha dejado de serlo por este libro.

Posiblemente algún historiador se quede un poco perplejo con estos relatos, ya que descubrirá que Madrid tiene unos episodios que no figuran en ningún libro de texto, episodios y relatos que intentaré contar de la mejor manera. Pues ahí va.

Mi nombre es Vicente Fernández y entré a trabajar en *La Mallorquina* pocos días después de su inauguración, en febrero de 1894, con solo doce añitos, eso ahora está prohibido. Todo olía a nuevo, vitrinas, escaparates, mostradores. Los hornos, que por entonces eran de carbón y el salón con sus mesas de madera y sus manteles azules bordados con el nombre de la casa, aún siguen existiendo. Todo era nuevo, hasta el personal y los amos y señores a los que pertenecía, eran las familias Coll, Balaguer y Ripoll, siendo esta última la que mayor competencia tenía en el funcionamiento de todo. Lo que me quedó claro enseguida fue que mi jefe era don Juan Ripoll y al que tenía que presentarle mis respetos.

Mis primeros cometidos fueron la entrega de pedidos a domicilio de no pocos clientes, y mi único sueldo era la propina que estos me dejaban. También me daban el desayuno, que solía ser de algún bollo del día anterior y un café con leche. Ni más ni menos. Poco a poco me iba convirtiendo en el niño mimado de la casa. Hasta Julián, aquel camarero de la cara picada y que en su día me pareció un ogro, se preocupaba por mí, me enseñaba los mil trucos que hay detrás de una barra o un mostrador. Yo me encontraba mejor de lo que me esperaba y mi madre, qué decir tiene, andaba muy contenta con mi trabajo. Con el tiempo me fueron asignando un sueldo acorde a mi edad y funciones, más las propinas que sacaba de los pedidos. Me parece oportuno contar una de las anécdotas que me pasó como solo les sucede los novatos, y es que como casi todos los días, me mandaban a la oficina a por una esencia que se llamaba «color fresa». Era un frasco con un tapón de corcho y que olía maravillosamente a fresa; no se me ocurrió más que darle un trago cuando no me veía nadie, fue como tragarse las ascuas de un brasero, pues estuve meando rosa una semana, mi madre pensaba que me había pegado una enfermedad alguna pelandrusca, eso sin contar que tuve los dientes y la lengua de ese color durante días.

—Vicente, hijo, con tu trabajo y el mío podemos arreglar las habitaciones grandes y alquilarlas, era la ilusión de tus abuelos.



Benito Pérez Galdós

La casa era enorme, tenía cinco habitaciones más un gran salón, una cocina enorme y un aseo interior, cosa rara por esta época. La casa perteneció a los padres de mi padre y quedó en herencia para nosotros, estaba un poco vieja, pero, como dijo mi madre, la reformamos poco a poco y con el tiempo compramos la vivienda de al lado y dedicamos la grande a alquilar y esta segunda que solo tenía dos habitaciones para vivir nosotros. Mi madre dejó el trabajo en la pañería inglesa y se dedicó por completo a lo que sería luego una pensión. La nueva tarea de posadera le encantaba. El trasiego de personas no paraba nunca y raro era tener alguna habitación libre, se daba buen servicio y buena comida. La mejor publicidad fue el boca a boca de los inquilinos que llegaban hasta tirarse semanas aquí. Llegamos a contratar a dos señoritas extremeñas que se quedaron internas, se habilitó una habitación para ellas.

Pocos meses atrás se había instalado el nuevo alumbrado eléctrico en la Puerta del Sol. Creo que a todos nos parecía algo mágico, lo digo porque nos parábamos a esperar el encendido mirando por los escaparates, como si al encenderse esas farolas se nos fuera a conceder un deseo.

Con el tiempo y con la paciencia de toda la plantilla fui aprendiendo de todo, desde manejarme por la barra de la mano de Julián, los

Primer urinario público en la Puerta del Sol

mostradores de la tienda y hasta servir en el salón que era lo que más me gustaba y donde sacaba alguna propina extra. De vez en cuando, me requerían en el obrador para ayudar con las latas de los hornos o cualquier otra cosa. Aprendí a manejarlos y a elaborar algún bollo como la ensaimada o los torteles.

Todo esto bajo la supervisión de la señorita Mari, que parecía mi apoderada, como si yo fuera el torero de moda. La señorita Mari era como una tutora laboral, no dudaba un momento a la hora de echarme una bronca si lo veía oportuno, o darme un beso en la frente si la pillaba en un día flojo.

La señorita Mari era una soltera de oficio, lo que más destacaba de ella era su mal genio, pero en el fondo siempre ha sido una buena persona. Toda la plantilla recurría a ella cuando tenían algún problema, incluso personal. Yo llegué a cogerle mucho cariño y creo que ella a mí también, incluso mi madre siempre que podía tenía algún detalle con ella. Le llegó a regalar un abrigo que no se lo quitaba ni para dormir.

Otro que andaba siempre por aquí, es Luciano el «ciego», pedía limosna en nuestra puerta, la que da a la calle Mayor. Se las sabía todas, y para no ver se sabía hasta la baldosa que se movía en la Puerta del Sol. ¡Vaya tío! Todo el mundo le conocía y él a ellos. Algunos decían que había luchado en no sé qué guerra, incluso he llegado a oír que fue hasta pirata, y que es donde se quedó ciego de ver tanto oro junto. Si querías saber algo, con invitarle a una copa de orujo te

contaba hasta el pie que calzaba. Me llegó incluso a parecer que era otro empleado más de la casa.

En el salón me fui creando mi propia clientela, entre la que estaba y al que jamás olvidaré, Benito Pérez Galdós. Siempre que venía terminaba sentado con él hablando de muchas cosas.

—¿Sabes Vicente? Eres igual que el protagonista de una novela mía, la de la batalla de *Trafalgar*, es sobre un chaval que se mete en una guerra y donde las pasa canutas. Tu guerra es esta.

—¿Y cómo salió ese chaval de esa guerra?

—Victorioso.

Yo aún era un mocoso y no entendía muy bien a qué se refería don Benito con eso de las guerras ni qué tenía yo que ver con una novela.

A don Benito le debo parte de mi formación, fue un instructor, me enseñó a leer bien y a entender un poco de cuentas, tanto que al verme motivado me metió en una academia que había en la calle Esparteros que era de un amigo suyo. Aprendí contabilidad y gerencia de empresas. Lo que me vino muy bien para las cuentas de la pensión y para el futuro en *La Mallorquina*, pero eso ya lo contaré.

A don Benito se lo rifaban los mejores teatros de Madrid, era toda una eminencia.

Por aquel entoces andaba con una obra en el teatro de *La Comedia*, era algo como San Tontín o San Quintín. Me moría por llevar algún día a mi madre a ver esa obra. Y por suerte ese día no tardó en llegar.

Una tarde apareció don Benito junto a su jefe, por decirlo de alguna manera, ya que era el dueño del teatro de *La Comedia* y una señorita que por lo visto era la actriz principal.

Enseguida fui como un rayo para atenderlos.

—Mirad, este es el joven del que os he hablado.

Me miraron y sonrieron como si estuvieran esperando conocerme.

—Vicente, estos son don Emiliano María, dueño del teatro de *La Comedia*, y la señorita María Guerrero.

Él se levantó y me estrechó la mano y ella se levantó también, me cogió la cabeza con las dos manos y me dio unos besos en la mejilla que casi me deja sordo. ¡Vaya tía! Pensé.

Pero con el tiempo también hice buenas migas con ella.

Aproveché ese momento de cariño para dejarme caer y sacarles unas entradas para el teatro.

María Guerrero

—No te hacen falta entradas, Vicente, puedes acudir al teatro las veces que quieras. Yo estoy siempre allí, preguntas por mí y ya está.

Y así lo hice, me faltó tiempo para llevar a mí madre a ver la obra. No solo disfrutó como nunca, además le presenté a María Guerrero y a su novio Fernando, que también era actor. Con el tiempo se hicieron buenas amigas, ella, mi madre y la señorita Mari solían quedar de vez en cuando, hasta el punto que dejaron invitaciones en *La Mallorquina* para el día de su boda. De la casa solo fueron dos, más la señorita Mari y don Juan. Y claro está mi señora madre que estaba allí dos horas antes.

Se casaron un 10 de febrero de 1896 y el frío y la lluvia deslucieron la boda, pero a pesar de eso, acudió mucha gente.

Cuando acabó el enlace, los novios se fueron al teatro a representar la obra en la que estaban por entonces, *Lo Positivo*, en el teatro *Español*. Actuaron como un día más, y ahí sí pudo ir todo el que quiso de la casa, y si no llega a ser por don Emiliano a mí no me dejan pasar por falta de edad.

Además de una gran representación, aquello fue una gran fiesta donde no faltó de nada, canapés, bocadillo, empanadas, bebidas de todo tipo y mucha alegría.

Allí estaban don Benito, Chapí, Echegaray, Fernando Caballero y algunos políticos y periodistas del momento. Aquí es donde conocí a alguien que me ha marcado para siempre y al igual que a don Benito, nunca olvidaré; don Alejandro Lerroux. Yo por entonces no tenía ni quince años, pero parece que le cai bien a este hombre y me prometió visitar *La Mallorquina* en cuanto pudiera.

Con don Alejandro y los que a veces le acompañaban se aumentaba la clientela célebre de esta casa. Raro era el día que no nos visitaba

alguna celebridad de gran calibre. También había aumentado la clientela anónima, tanto que empezábamos a ser la envidia de los cafés de la zona. Aún sigue siendo así.

Nuestros productos cada vez eran más variados y más apetecibles al paladar. De los hornos salían verdaderos manjares y de las mesas del obrador maravillas que se lucían en mostradores y escaparates. Teníamos las mejores conservas, jamones, embutidos y cómo no, unos vinos traídos de las mejores zonas de España que atraían a los clientes más exigentes de todo Madrid.

Y eso junto a la felicidad de don Juan, mí jefe, hacía que el ambiente de la casa fuera inmejorable.

Pero al igual que entraban los clientes más exquisitos, también se nos colaban los pajarracos y pajarracas de la zona. Como los llamaba mi jefe, despistados de última hora y señoritas de dudosa ocupación, a los que nos conminaba a tratarlos de mala manera para que no volvieran más.

Yo acabé el curso de contabilidad y don Juan me metió en la oficina para ayudar a Enrique, pero sin desatender mis otras funciones. Vamos, que de todo sabía, pero de nada entendía. Mi jefe no paraba de darme ánimos:

—Tienes un gran futuro, Vicente, ya te tocará recoger lo que estás sembrando.

Quién me lo iba a decir, que hace poco solo era un mocoso sin oficio ni beneficio y ahora me codeo con la flor y nata de Madrid y tengo un trabajo con gran futuro.

Lo que me dijo don Juan no tardé en decírselo a la señorita Mari, vi como se le saltaban las lágrimas, me puso sus manos en los carrillos y me dio un beso en la frente muy fuerte.

Y de mi madre para qué contar, se puso loca de alegría.

Como he dicho antes, por *La Mallorquina* han pasado muchas personas anónimas y las que no lo son, y lo digo por un cliente que solía venir los miércoles, subía al salón se tomaba un par de vinos manchegos y una empanada de bonito, y se marchaba sin decir ni adiós, algunas veces venía acompañado de una señorita con la que se tocaba las manos por debajo de la mesa. Aparecía los miércoles después de su visita religiosa a *San Judas Tadeo*. Era un tío delgaducho y con un bigotillo que le caracterizaba. A mí siempre

me llamó la atención su vestimenta, pues daba la impresión de que iba disfrazado, como que no quería que alguien le reconociese. Pero claro, esto así contado no parece normal, pero si digo que este tío no era ni más ni menos que nuestro rey Alfonso XIII, la cosa se entiende de otra manera.

A nosotros siempre se nos ha conocido por el buen trato al cliente y sobre todo por la discreción. Nosotros ya sabíamos quién era, pero no mostrábamos que lo sabíamos y eso hacía que se sintiera a gusto creyéndose una persona anónima. Yo creo que, si llega a saber que le habíamos reconocido, hubiera dejado de venir. Además, Paulino, que es quién lo reconoció y el que siempre le atendía nos decía que dejaba una gran propina.

Lejos estaba por nuestra parte desvelar quién estaba debajo de aquellos disfraces.

Y sin querer, nos dejó una de las anécdotas más significativas de esta casa, de las que se graban con fuego. Pero eso ya lo contaré cuando toque.

Otro que se convirtió en asiduo de nuestro salón era don Alejandro Lerroux, con quien, como dije antes hice una muy buena amistad.

Aunque parezca que estoy dando saltos de un lado a otro en estos relatos no es así, todo está entrelazado, y es por lo que ahora voy a contar.

Una mañana que se presentó don Alejandro en el salón mandó en mi busca:

—Vicente, ¿tu madre aún sigue alquilando habitaciones?

—Sí, ¿por qué? ¿Necesita usted una?

—No, no es para mí, es para el amigo de uno que milita en el partido, viene de Barcelona a pasar unos días en Madrid, no sé para qué, eso es lo de menos. Por lo visto no conoce nada de Madrid ni sabe donde alojarse, y me acordé de que tenéis habitaciones.

—No hay problema, ahora estamos casi con las habitaciones vacías. Además, será bien recibido si viene de su parte.

—Gracias, Vicente, es un compromiso entre compañeros de Barcelona, creo que es un bibliotecario de Sabadell.

A los pocos días apareció tal bibliotecario anunciándose como amigo de don Alejandro. Mi madre le recibió de la mejor manera que ella sabe hacerlo. Es lo mejor que sabe hacer, recibir gente.

Fachada Hotel Paris a principios de siglo xx

Se presentó como Pedro Mateo Morral y mi madre le hizo pasar al salón y que se sentara en el sillón.

—Espere, que voy a llamar a mi hijo, es muy amigo de don Alejandro, ¿sabe?

—Sí, por eso estoy aquí.

Salí y nos presentamos, le acompañé a su habitación y le ayudé a instalarse.

Por las maletas que traía me imaginé que se quedaría bastantes días.

—Me quedaré en Madrid un tiempo, por lo que me gustaría pagar por adelantado un par de semanas.

—Como guste, pero no hace falta...

—Dime cuánto es y te lo doy ahora mismo.

Salimos al salón y mi madre sacó el libro de entrada, se le registró y pagó.

—Yo soy doña Angustias, madre de Vicentín, dueña y ama de esta casa.

—Encantado.

—Madre no maree a los clientes, siempre anda contando tonterías.

—Tranquilo, Vicente, tu madre y yo sé que nos vamos a llevar bien, me va a tener que aguantar varios días.

La verdad es que se notaba que era bibliotecario, y lo digo por la educación con la que hablaba. Más parecía un profesor de

universidad que bibliotecario, ese oficio le quedaba corto. Se instaló en su habitación con la ayuda de una de las chicas. A mi madre le faltó tiempo para interrogarle como hacía con todos los inquilinos.

Pero a él no le molestaba, parecía que le gustaba conversar con mi madre. Se pasaban horas hablando en la cocina de tonterías. Por lo visto estaba en Madrid para asistir a una boda y conocer la ciudad ahora que tenía tiempo. Aseguraba que Madrid le encantaba, que había leído muchas historias sobre la *Villa* y las quería conocer de primera mano.

—¿Pero cuándo es esa boda? —le preguntó mi madre.

—El 31 de mayo.

—Anda qué casualidad, el mismo día que la boda real.

—Sí, toda una casualidad.

—Pues fíjese, yo creía que ese día no dejaban casarse a nadie. Vamos para que la boda real sea la única en Madrid.

—Pues ya lo ve, la monarquía no puede controlarlo todo.

A los pocos días se marchó de viaje, no paraba un momento, que si a Barcelona, a San Sebastián, a Toledo y como esta vez, a París, de donde nos trajo unos jabones de olor, perfumados y de varios colores que daban ganas de comérselos.

Había mañanas en la que Mateo me acompañaba hasta *La Mallorquina*, desayunaba y se iba, le encantaba pasearse por el parque de *El Retiro* o meterse en el museo del *Prado*. Confesaba haberse enamorado de Madrid.

Pero esa mañana don Alejandro estaba en el salón, y Mateo subió para conocerle. Se sentaron juntos y estuvieron hablando entre ellos, pero en catalán.

Los dos eran republicanos hasta la médula, Mateo era de los independentistas que querían el autogobierno catalán, vamos que quería que Cataluña se gobernara por sí sola.

Y don Alejandro era de los de quemar iglesias con los curas dentro.

Antes hice alusión a una de las anécdotas más significativas de esta casa cuando hablaba de Alfonso XIII, pues esta es.

Ese día era miércoles, y nos llegó la visita de nuestro rey después de visitar a San Judas Tadeo, se sentó como siempre junto a una de las ventanas que da a la calle Mayor, disfrazado de cazador, y sólo.

Mateo Morral

Paulino le sirvió lo de siempre, una frasquilla de vino de medio y una empanada de bonito.

Con dos mesas entre medias estaban sentados don Alejandro y Mateo, hablando entre ellos en catalán. Por lo que dedujo Paulino, estaban poniendo de vuelta y media a la monarquía, insultando a la realeza, acusándoles de ladrones y puteros a todos los borbones, todo esto acompañado de risas y gestos imitando a nuestro monarca. Paulino dice, que lo estaba viendo venir; don Alfonso que me consta que habla catalán, pagó lo que se había tomado, se levantó y se dirigió a la mesa de estos dos. Se quedó unos segundos mirándoles junto a la mesa, ellos le devolvieron la mirada sin reconocerle.

—¿Quiere usted algo?

—Son un par de mamarrachos anarquistas que no saben lo que dicen.

—Oiga, déjenos en paz si no quiere que le saquen a patadas. —Le dijo don Alejandro.

Don Alfonso levantó el bastón que llevaba y lo dejó caer dando un bastonazo con todas sus fuerzas sobre la mesa, rompiendo las tazas y platos que había encima. Se levantaron los dos como un rayo, pero don Alfonso fue más rápido y el segundo bastonazo acabó en la cabeza de Mateo, cayéndose redondo al suelo. Don Alejandro intentó abalanzarse sobre él, pero Paulino se puso entre ellos y agarrando a don Alejandro, le sujetó para evitar males mayores. No quiero ni imaginar qué hubiera pasado si don Alejandro hubiese pegado al rey. Él no lo sabía, pero no dejaba de ser quién era. Entre la gente que se encontraba en ese momento en el salón dando voces y todo ese revuelo, don Alfonso se esfumó sin que nadie le viera irse.

—¡Joder, Paulino! ¿Quién era ese tío loco? —Dijo don Alejandro exaltado.

—Un cliente que suele venir los miércoles, pero no sé quién es. Espero que no vuelva.

—Más le vale no asomar el bigote por aquí, porque se lo arranco de un guantazo.

A Mateo que estaba sentado en una silla medio mareado se le veía asomar un buen chichón en la frente.

Cuando me lo contó Paulino, no daba crédito a lo que me estaba diciendo. A Mateo me lo llevé a casa para que mi madre lo curara, le puso unas gasas con hielo para que le bajara aquél enorme chichón.

Cerca de media hora más tarde de que ocurriese todo esto, apareció la policía. Según Paulino eran cuatro tíos que parecían sacados de una novela policiaca. Entraron de mala manera y con pocos modales. Subieron al salón y estuvieron un rato mirándolo todo. Uno de los policías llamó a Paulino:

—El comisario quiere hablar contigo.

Subió Paulino al salón y el comisario le mandó sentarse en una silla delante de él.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Solo una pequeña discusión entre unos clientes, no es para darle más vueltas.

—Si hay que darle vueltas o no lo decido yo, ¿entendido?

—Sí, perdone.

—Esos dos, ¿quiénes eran?

—Unos clientes nada más, yo les sirvo y punto.

—No me toques las narices, ¿cómo se llaman?

Todo esto se lo decía dando voces.

—Ya le he dicho que no sé sus nombres, solo sé lo que toman.

—Sé que uno de ellos era un puto catalán. ¿Dónde está?

—Se lo han llevado a curar, llevaba un buen golpe en la cabeza.

—La pena es que no le hayan abierto la cabeza. Si son clientes volverán, ¿no?

—No lo sé.

—No sabes nada, lo mismo si te llevo a la comisaría y te doy un par de hostias empiezas a saber algo.

Se metió la mano en la chaqueta y sacó una tarjeta:

D.G.S.

Comisario
Don Honorio Bocanegra
c/ Velázquez, nº 53
Madrid

—Toma dale esto a tu jefe, si aparecen por aquí quiero saberlo y dile que volveremos.

Cuando volví Paulino me contó la visita de los policías.

—¿Cómo sabían que uno de ellos era catalán?

—Pues eso digo yo, le llamó puto catalán.

—Ha debido ser don Alfonso el que los ha llamado.

La tarjeta se la dimos a don Juan y le contamos todo lo sucedido y quienes eran.

—Si vuelven esos matones, hablaré yo con ellos, no quiero tener problemas, esos son peor que un dolor de muelas.

Mateo se marchó unos días a Barcelona para recoger algo de su trabajo:

—Yo creo que el martes estaré aquí de vuelta, ¿ya sabéis quién era el tipo loco del bastón?

—No, pero seguro que es lo que usted dice, un tío loco.

Aún se le notaba el chichón.

Don Juan que estaba harto de que le preguntaran los clientes por lo sucedido, nos prohibió rotundamente desvelar el nombre de los protagonistas del incidente. Pero llegó tarde, yo ya se lo había contado a don Benito, sé que quedará entre nosotros, al principio no se lo creía, pero luego no paraba de reírse, y le fastidiaba habérselo perdido.

Y como prometieron esos matones a los pocos días volvieron, se colaron en la oficina como Pedro por su casa.

—¿Sabe quién era el señor del bastón? —le preguntaron a don Juan.

—Viene de vez en cuando por aquí, pero en realidad no sabemos quién es. —Mintió sabiendo que sería peor decirle quien era.

—¿Seguro que no saben quién es?

—No, ya le digo, viene por aquí a veces solo y otras acompañado, no suele ser muy hablador, siempre toma lo mismo, paga y se marcha.

—De los otros dos sabemos que uno es un republicano de medio pelo, ese tal...

Miró a uno de los que lo acompañaban para que le dijera el nombre.

—Alejandro Lerroux.

—Ese, pero el otro, el que le acompañaba, tenemos una breve idea, pero no sabemos quién era.

—Yo esa mañana no estaba, no puedo decirle quienes eran.

—No me cuente bobadas, sabemos que uno de sus empleados se lo llevó a que le curaran.

—Sí, eso sí lo sé. Se lo llevó Vicente, uno de los empleados.

—Llámele, queremos hablar con él.

Entré en la oficina con un temblor de piernas que casi no podía andar.

—A ver chaval, queremos saber quién era el que acompañaba aquel día a...

Volvió a mirar a su ayudante.

—Alejandro Lerroux.

—Ese, Alejandro Lerroux. Sabemos que fuiste tú el que se lo llevo a que le curaran.

Este tío, el comisario tenía cara de perro de presa, seguro que si le decía algo que no le cuadrara se tiraría a por mí.

—Sí, me lo llevé a casa para que le curara mi madre.

—¿Que casa?

—Pues a mi casa; bueno, es una pensión donde este hombre está alojado.

—Vaya, hombre, nadie sabe quién es, y resulta que es el inquilino de un empleado de la casa.

—Es que yo aquí no se lo he comentado a nadie.

—Pues muy bien chaval. Ahora muy despacio nos vas diciendo cómo se llama y de dónde es.

—Se llama Mateo Morral y es de Barcelona, bueno de Sabadell.

—En qué quedamos, ¿es de Barcelona o de Sabadell?

El ayudante le dijo:

—Jefe, Sabadell está en Barcelona.

—Bueno, bueno.

—¿A qué se dedica?

—Creo que es bibliotecario.

—Aquí ¿en Madrid?

—No en Barcelona digo en Sabadell.

—En que quedamos es de...vale, vale, ya lo sé. Te vamos a acompañar a esa pensión, queremos hablar con él.

—Ahora no está, se ha marchado unos días a Barcelona.

—¿Cuándo vuelve?

—Dijo que la semana que viene.

—Y ¿qué hace aquí ese catalán? ¿a qué ha venido?

—No lo sé.

—¿Sabes lo que supone esconder a un anarquista?

—Yo no sé lo que es un anarquista, nunca he visto uno.

Esto se lo tomó muy mal, y gritando me dijo:

—Te meto una hostia y vas a ver cuatro. Cuidado con mentirme que te saco las tripas, ¿entendido?

Mi jefe se levantó de la silla:

—Basta ya, márchense de aquí. Se acabó el interrogatorio.

El comisario dando un manotazo en la mesa dijo:

—El interrogatorio se acabará cuando yo lo diga.

Y tú, chaval, si vuelve quiero que vayas al cuartel de Zaragoza que lo tienes aquí mismo y preguntes por mí, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Como se me escape vuelvo a por ti. Y a por usted. —Esto lo dijo apuntando con el dedo a don Juan.

Se marcharon como vinieron.

Cuando nos quedamos solos mi jefe me dijo:

—Joder, Vicente, no recuerdo haber pasado más miedo en mi vida. Esto no me gusta un pelo, si ese señor en verdad es un anarquista tu madre y tu podéis tener muchos problemas.

—Yo la verdad no sé qué es un anarquista, sé que es bibliotecario y que tiene buena educación.

—Un anarquista es más o menos como un terrorista, o algo así. De todos modos, tienes que solucionar esto como sea, no quiero que vuelvan más por aquí esos matones.

Urinarios en la Puerta del Sol

—No se preocupe, así lo haré.

Y el martes como dijo, apareció Mateo, le conté todo lo que había pasado con la policía antes de que se alojara de nuevo.

—No te preocupes, seguro que es un malentendido, piensan que todos los catalanes somos unos anarquistas.

—Pues daban miedo, la verdad, y parecen de los que primero disparan y luego preguntan, como en las novelas del oeste.

—Ya sé lo que vamos a hacer. Yo me cambio de pensión sin que nadie se entere, si vuelve la policía le dices que no he regresado, que no me has vuelto a ver, y a don Alejandro lo mismo. ¿Me harás ese favor?

—Claro que sí, pero no quisiera que tuviera usted problemas.

—¿Yo? No sé por qué, no tengo nada de qué esconderme, solo me voy por no daros problemas.

Sobre todo a tu madre, es una gran persona, cuídala mucho.

—Gracias, espero volver a verle.

—Eso por descontado, la boda es dentro de poco, y después me marcharé a Barcelona, pero pienso volver a Madrid, ¿sabes que me encanta esta ciudad?

Tengo que reconocer que era todo un alivio que se marchara. Posiblemente no tenga nada que ocultar como él dice, pero por otro lado no entendía por qué no daba la cara en vez de esconderse.

A mí me pareció una buena persona desde el principio y esa es la imagen que quiero recordar de él.

Con esto yo creía que se había acabado todo este lío, pero no, volvieron a aparecer los policías con ese tal Bocanegra a la cabeza, pero esta vez en la pensión.

Registraron toda la casa y la pensión, no dejaron un mueble en pie:

—Vamos, señora, ¿dónde está ese hombre?

—Ya les he dicho que se marchó para unos días y no ha vuelto.

—Pero le dijo que volvería.

—Sí, pero ya lo ven, no ha vuelto.

—Sabemos que está aquí en Madrid, cómo le estén escondiendo les quemo la pensión con su hijo y usted dentro.

—A mí no me dan miedo una panda de asusta viejas como ustedes. Y váyase al infierno, que es de donde creo que ha salido.

—Vámonos, antes de que me cargue a esta puta loca.

Se marcharon dejando la pensión patas arriba.

A mi madre le tuve que contar todo porque no tenía ni idea de qué iba todo ese embrollo. Ella tampoco creía que Mateo fuera lo que la policía decía de él. Lo que estaba claro es que le buscaban en serio, y eso a mí me escamaba un poco.

A los pocos días, Julián me dio un sobre que habían dejado para mí en la barra.

—¿Quién era?

—No le conozco, era un señor con una barba enorme y un sombrero que le tapaba media cara, solo me dijo que hiciera el favor de entregarte este sobre.

—Lo abrí y era dinero junto a una nota de Mateo, y eran los días que estuvo fuera y que no había pagado.

—Y qué dices, ¿que tenía barba?

—Sí, y enorme, le llegaba hasta la cintura.

Estaba claro que iba disfrazado, ahora lo entiendo menos. Pensé en ese momento que jamás volvería a saber de él, pero no fue así.

Publicidad en La Mallorquina

«No quiero que se vierte una sola gota
de sangre española por mi persona.»

Alfonso XIII (1886-1941).
Rey de España

Capítulo III

La boda

Aquel 31 de mayo de 1906, Madrid amaneció engalanada, se casaba nuestro rey Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg. Desde muy temprano las calles estaban abarrotadas de curiosos. La calle Mayor estaba adornada de guirnaldas y farolillos, había miles de personas por las calles de un lado para otro para no perderse detalle de aquel día. Todo el mundo iba vestido como si fuera un invitado a dicha boda.

Había policías a caballo con sus uniformes de gala, y un griterío increíble.

Con la comitiva de la boda desfilaban miembros de las casas reinantes europeas, ministros, embajadores, duques y lacayos vestidos a la *federica*. El sol lucía con ganas para dar más alegría a toda esa fiesta. La gente comparaba esta boda con la del padre de Alfonso XIII y de la amada María de las Mercedes.

Mi señora madre, claro está, no se iba a perder este acontecimiento, y allí estábamos ella, Luciano «el ciego» y yo, justo delante de la puerta de *La Mallorquina*. Aquel día tuvimos que cerrar por petición del ayuntamiento cuando pasara la comitiva camino de palacio.

Don Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Batenberg

Yo creo que estaba todo Madrid en la calle.

Aunque este tipo de celebraciones no van mucho conmigo, tengo que reconocer que me gustó mucho esa alegría que se respiraba en la gente y lo bonita que habían dejado la ciudad.

Hasta Luciano no paraba de decir:

—¡Qué bonito está todo! ¡Qué gente más guapa!

Yo le miraba con cara de lelo. Vaya tío este Luciano.

Desde nos encontrábamos, en primera fila, vimos todo sin perder un detalle. Incluso cuando pasaron los novios en su gran carroza, me pareció que don Alfonso me miró y me hizo un gesto extraño con la cara. Los últimos en pasar fueron unos jinetes a lomos de unos caballos andaluces enormes que no paraban de hacer cabriolas, se giraban, se ponían sobre dos patas y cosas por el estilo. Parecía que aquella fiesta daba a su fin cuando oímos un gran estruendo al final de la calle Mayor. Intentamos ver qué es lo que había pasado, pero desde donde estábamos no se veía nada, a los pocos segundos vimos cómo la gente corría hacia la Puerta del Sol atropellándose los unos a los otros.

—¿Que pasa, Vicente?

—No lo sé madre, pero será mejor que nos metamos dentro.

Pero las puertas estaban cerradas y no se veía a nadie dentro, ahí no nos podíamos quedar. Cogí a mi madre con una mano y a Luciano con la otra y nos dirigimos por la calle Arenal. También había mucha gente corriendo, por lo que nos metimos por una calle a la derecha y

entramos en lo que primero vi abierto para refugiarnos, era una iglesia pequeña, según mi madre, la del *Niño del Remedio*.

Éramos más de cien personas apiñadas entre los bancos de la iglesia sin saber qué había pasado, en la calle se oía gritar y correr a la gente.

—Pero, ¿qué ha pasado, hijo?

—Cómo quiere que lo sepa madre.

—Eso ha sido una bomba, un atentado. —Dijo Luciano.

—¿Cómo? Ande cállese, no nos ponga más nerviosos.

—Que sí, Vicente, te digo yo que eso ha sido una bomba.

Me dieron ganas de decirle que si nosotros que veíamos no sabíamos nada lo iba a saber él que no se ve ni la nariz.

Pero entró un hombre también para refugiarse, y como un loco no paraba de decir que habían matado a los novios, que había estallado una bomba cuando ellos pasaban. La gente que estaba allí con nosotros empezó a gritar y la desesperación en aquel lugar era peor que la de la calle. Mi madre estaba aterrorizada y Luciano más de lo mismo, y no paraba de echarme en cara que no le había creído cuando me dijo que había sido una bomba. Vaya panorama. Estuvimos cerca de una hora ahí encerrados, casi me vuelvo loco.

Poco a poco se fue animando la gente a salir y nosotros también, aún había personas corriendo de un lado para otro. Nos dirigimos a *La Mallorquina* y nos abrió las puertas don Juan. Él nos contó que sí, que había sido un atentado contra los reyes, pero que a ellos no les había pasado nada, pero que lo malo es que había mucha gente cerca de la explosión. Por lo visto la bomba salió de una ventana con destino a la calesa de los recién casados, pero la mala fortuna hizo que cayera sobre la muchedumbre. Le había dicho un policía que los muertos eran muchísimos.

A mi madre la dejé sentada en el salón junto a Luciano. Aún les duraba el susto. Al poco rato, Luciano decidió irse a su casa sólo, vivía en una pensión del callejón de Cádiz. Pero nosotros teníamos que pasar por el escenario del atentado para volver a casa. Así que decidimos irnos por la calle Arenal dando un rodeo.

Al día siguiente conseguir un periódico fue una tarea difícil, se agotaban en minutos. Enrique consiguió dos por encargo.

Casi todas las páginas estaban dedicadas al atentado de los reyes. Relataban todo, desde su salida de la iglesia de los *Jerónimos*, hasta

su llegada ilesos a palacio. Pero nada más, no hacían alusión a quien había sido el autor de aquella faena.

Esa tarde tampoco me perdí el encendido del alumbrado de la plaza.

Esa tragedia fue portada y primera noticia durante días en todos los periódicos, hasta que llegó el que anunciaba la autoría del atentado.

Ese día llegué a la oficina como de costumbre, después de desayunar en la barra.

—Siéntate y lee esto. —Me dijo Enrique dándome uno de los periódicos, abierto por la noticia que parecía que quería que leyese.

No lo recuerdo muy bien, pero creo que era el *ABC*.

Volvían a repetir todo, desde la ceremonia en los *Jerónimos* hasta la llegada de los novios a palacio. Sobre el atentado cuentan que la bomba salió envuelta en un ramo de flores de una ventana de una pensión del número 88 de la calle Mayor. La bomba iba dirigida a la carroza real, pero los cables del tranvía se pusieron en su camino, rebotando la bomba tipo *Orsini* y acabó donde se agolpaba la muchedumbre, causando más de 100 heridos y 23 muertos.

Hasta ahí leí, miré a Enrique con cara de querer saber más. Me hizo una seña para que siguiera leyendo.

Pasé página y seguí aquel relato. El autor del atentado había sido detenido en Torrejón de Ardoz, un guardia jurado de una finca le reconoció y le detuvo. Cuando se vio sin escapatoria camino del cuartelillo de la Guardia Civil, el detenido mató al guardia jurado de un tiro suicidándose después al verse acorralado y sin escapatoria.

El cuerpo del guardia jurado como el del terrorista, anarquista y autor el atentado a nuestros monarcas, Mateo Morral, han sido expuestos en el ayuntamiento del pueblo hasta que las autoridades competentes los han trasladado a Madrid. También han sido detenidos José Nakens y Francisco Ferrer Guardia junto a otros anarquistas acusados de ayudarle en la huída.

Yo no quería pensar que ese Mateo Morral fuera el mismo que tuvimos en la pensión, pero la foto que publicaban con su cara, ya muerto, sin duda, era él.

Levanté la vista esperando una palabra de ánimo por parte de Enrique, pero no decía nada.

—La verdad que se parece.

—No digas tonterías, Vicente, ese tío, el de la foto del cadáver,

Boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia en los Jerónimos

era vuestro inquilino, yo solo le he visto una vez y he podido reconocerle.

Me puse las manos en la cabeza y los codos sobre la mesa, esperando que todo eso cambiase por arte de magia.

—Creo que podéis estar metidos en un lío, tanto tú como tu madre. Deberíais haber llamado a ese comisario cuando volvió a Madrid. Se lo hubiesen llevado y ahora no estaríamos lamentándonos. Nunca sabes con quién te estas jugando los cuartos.

Enrique tenía razón, pero ya no había marcha atrás, solo esperar, y que no nos pase nada.

El que ha aparecido conmocionado por lo sucedido es don Alejandro, llevaba el mismo diario con la página abierta donde se veía la fotografía de Mateo.

—Siento mucho lo que ha pasado, Vicente, todo esto es culpa mía, tenía idea de que era un anarquista, pero nunca pensé que fuera un terrorista capaz de hacer lo que ha hecho.

—Usted no tiene la culpa, soy yo el que podía haber evitado todo esto si hubiera llamado a la policía.

—No te culpes, ese hombre nos ha engañado a todos.

—Si vuelve la policía tenemos un gran problema. Mi madre no quiere ni salir a la calle.

—Intentaré hablar con unos amigos de la Dirección de Seguridad,

Instantes después del atentado contra Alfonso XIII

seguro que nos ayudan, me deben algunos favores. Les contaré todo desde el principio. Espero que esto acabe cuanto antes, a mí también me siguen y de cerca.

—Pues lo que faltaba, que también usted sea un anarquista de esos.

—No lo soy, pero ganas me dan de serlo. Bueno, habla con tu madre y tranquilízala, dile que me ocuparé en persona para solucionar todo este malentendido.

No tardó en volver don Alejandro con buenas noticias. Había llegado a hablar con el director de la policía de Madrid, estaba todo aclarado. Sabían que éramos ajenos por completo a este atentado, y a ese tal Mateo Morral.

Ya había varios detenidos y habían rodado cabezas dentro del cuerpo de policía, entre ellas la del comisario Bocanegra.

Me dio tanta alegría aquella noticia que estuve a punto de contarle a don Alejandro quién fue el del bastón, pero mejor lo dejo para otro día. Seguro que nos reímos, pero todo a su tiempo.

«Confía en el tiempo, que suele dar dulces
salidas a muchas amargas dificultades.»

Miguel de Cervantes (1547-1616).
Escritor español del Siglo de Oro

Capítulo IV

Barrio de Lavapiés

Pasaban los días y aún retumbaban las esquinas de la calle Mayor por aquella bomba, incluso si cogías aire y lo retenías en la boca, se notaba ese sabor a pólvora entre los dientes. O eso decía la gente, porque yo ni oía nada ni notaba menos.

Pero como dicen, no hay mal que cien años dure, y poco a poco la normalidad se apoderó de la Puerta del Sol.

En *La Mallorquina* nos iba de maravilla, la clientela aumentaba como los productos a ofrecer, por ejemplo, nuestras reinas de nata eran el producto estrella de la casa. Eran eso, las reinas, elaboradas con la mejor nata natural que se podía encontrar en Madrid, así como las babarruas, sabarinas con nata o fruta, ponches de yema, suizos recién horneados, rusos de crema, merlitones y hasta churros y porras. Los mejores y más variados embutidos, jamones y conservas traídas de todas las partes de nuestra geografía. Sin olvidar nuestra cocina de la que se podía degustar en nuestro salón, vinos de las regiones manchegas y riojanas, los jamones extremeños, las mortadelas sicilianas, butifarras catalanas, los bombones belgas y, sobre todo, el personal más cualificado que se podía tener en Madrid.

Julián ya era el encargado de la barra del bar; la señorita Mari, de las cajas y de las señoritas cajeras, a las que obligaba a tener el pelo recogido con un moño impecable; Andrés responsable de la tienda y Paulino, que era el aduanero del salón, no dejaba pasar a nadie sin su visto bueno. Además no dudaba en decir:

—El salón, reservado, vuelva en otro momento.

Si el personal no era de su agrado.

Y yo, yo me pasaba más tiempo en la oficina con Enrique y don Juan que fuera, ayudando con las cuentas de las compras, las ventas y las nóminas. Gracias al curso que me consiguió don Benito, me colé en la oficina sin llamar.

Don Juan pasaba más tiempo en su Mallorca natal que aquí en Madrid, por lo cual nos quedábamos Enrique y yo a cargo de todo. Y cada vez por más tiempo.

Por otro lado, estaba mi señora madre, con los ingresos de la pensión compró la casa de arriba para hacer más habitaciones, reformó la cocina y se amplió el salón. –Esta termina montando un hotel, si no al tiempo–.

Viendo cómo está Madrid, y de como les va a los demás, hay que reconocer que tenemos mucha suerte al irnos como nos va.

En la pensión nunca faltaban inquilinos y en *La Mallorquina* clientes de todo tipo.

Hice muy buenas amistades entre nuestros clientes, muchos de ellos anónimos y otros conocidos, como don Benito, Ruperto Chapí, don Alejandro o como el bohemio de turno don Pío Baroja. Al principio no le tragaba mucho por sus formas y maneras, pero con el tiempo lo fui conociendo mejor y quizás ahora sea de las personas que más admiro. De este personaje de la vida madrileña tengo tantas cosas que decir que no acabaría nunca. Una de ellas, es que era médico, pero de la medicina ni hablar, y otra es que su familia directa regentaba un comercio. Como este, la pastelería *Viena Capellanes*, a día de hoy tan conocida como nosotros, sus propietarios y fundadores fueron sus tíos y donde trabajaba el hermano de don Pío. Él no pasaba ni por la puerta por si le hacían arrimar el hombro. Escribir, escribía muy bien, pero lo de trabajar parece que no era lo suyo. Ni como médico y menos como pastelero. La verdad de esto último, tampoco lo veo.

La gran Farola de la Puerta del Sol

El que no ha vuelto por el salón desde aquel día es don Alfonso, y eso es de agradecer, y lo digo porque sé que está amenazado, cualquier día le ponen una bomba debajo de la mesa donde se toma sus vinos y nos vamos todos juntos de paseo.

Los que pasaban y desaparecían como nubes de tormenta son nuestros alcaldes, y lo digo por lo poco que duran en el cargo. En poco tiempo pasaron, Eduardo Dato, que por aquí no le vimos el pelo; Joaquín Sánchez de Toca, que ese sí que venía y solía desayunar en la barra, o Nicolás Peñalver que fue uno de los que más duró en el cargo de la alcaldía y al que tuvimos el honor de apodarle entre nosotros y de forma cariñosa, Mirapeñas y su Valdepeñas –por lo de Peñalver–, que es lo que tomaba cuando venía. Seguro que si se lo hubiéramos dicho le habría hecho gracia, parecía de los más majos. Para eso de los apodos o motes, Julián era un maestro.

El que apareció después de unos meses es don Juan, pero no venía sólo, traía un nuevo fichaje para el obrador, un confitero de altos vuelos, Teodoro Bardají, venía de trabajar en París y en poco tiempo convirtió el obrador en el paraíso del azúcar. Toda su experiencia la puso al servicio de *La Mallorquina*, enseñó a todos los operarios del obrador sus conocimientos y sus trucos. Todo un profesional del dulce, y se notó. Nuevas creaciones, nuevas fórmulas, nuevas técnicas de trabajo y más ventas, que es lo que en verdad interesaba.

Aunque la clientela era cada vez más selecta de día, la vida nocturna era diferente y algunas noches entraban señoritas por un lado y señoritos por otro, pero luego salían todos juntos, emparejados.

Coches en la Puerta del Sol

Yo no terminaba de acostumbrarme a estos líos, no sé si será por mi edad, por mi falta de experiencia en este mundillo, o yo que sé.

Recuerdo con cariño lo que un día me dijo Chapí:

—Vicente, hay dos Madrid, el que tú conoces y otro que irás conociendo, el Madrid divertido y el Madrid golfo.

—Yo he visto con mi madre su obra de teatro *La Revoltosa* y ahí ese Madrid que me cuenta no sale.

—Que yo no lo cuente, no quiere decir que no exista. Todo a su tiempo, todo eso lo irás conociendo según vaya tocando.

A don Ruperto Chapí siempre le he tenido como un confesor y consejero, pues siempre que le preguntaba algo me ponía la mano en el hombro como si me quisiera transmitir su sabiduría y me hablaba muy despacio. Todo me lo explicaba de la forma que mejor lo pudiera entender.

Además vivía muy cerca, en la calle Arenal, junto a la iglesia de San Ginés y raro era el día que desde la oficina no le veía pasearse por la Puerta del Sol.

Pero por mucho que me dijera este hombre, las horas nocturnas se nos estaban escapando de las manos. Había noches que las escenas del salón pequeño eran dignas de un local de mala reputación. No sería la primera vez que tuviéramos que llamar la atención a alguna pareja, que, de no haberlo hecho, no sé cómo hubiera acabado el momento. Seguro que lo podéis imaginar.

Cada vez que se hablaba de este tema, Julián se reía de mí en toda la cara.

—Cuando cerremos nos vamos a ir a darnos una vuelta, que nos lo hemos ganado. Verás lo que se cuece fuera de estas puertas, hay otro mundo que ya te toca conocer.

Acepté la propuesta a sabiendas de que me iba a arrepentir.

Éramos cuatro por las calles del barrio de Lavapiés, caminando como borregos; Enrique, Julián, Luciano y yo. Llegamos a las puertas de un cabaret con más luces que los fuegos artificiales que las fiestas de *La Paloma*.

Enseguida me di cuenta de que tanto Luciano como Julián debían ser asiduos de este establecimiento, porque les saludaban desde camareros hasta las señoritas que se paseaban en paños menores.

—Vaya dos buenas piezas son estos –me dijo Enrique al oído riéndose.

Yo le contesté con una carcajada.

Nos sentamos en una mesa y nos atendieron enseguida. Nos trajeron cuatro vasos y una botella de licor que, a día de hoy no sabría decir de qué era. Solo sé que se pidieron más botellas de lo mismo y que me bebí todo lo que me pusieron con las consecuencias que luego trajeron.

Eso era un ir y venir de chicas, que a cada vaso que bebía más guapas me parecían.

Julián se empeñó en que acompañara a una de esas señoritas a un lugar más íntimo, y acepté. No acepté yo, aceptó el alcohol ingerido en ese rato. A día de hoy tengo que reconocer que fue una buena iniciación en mi vida sexual. Me lo pasé de miedo con aquella señorita que no conocía de nada. De vuelta a la mesa, mis compañeros de aquella noche no paraban de hacer chistes sobre mí y de burlarse todo el rato, pero me daba igual, la borrachera que llevaba era un muro que me defendía de las burlas. Es cuando me acordé de lo que me dijo Chapí y me dio por reírme como un lelo. Nos reímos los cuatro sin saber de qué, éramos cuatro gilipollas borrachos.

Pero lo que parecía una noche de fiesta entre amigos se torció en un momento. En las mesas del fondo se oía una discusión y voces, lo que hizo que todo el mundo se levantara para ver qué ocurría. Un tío muy borracho abofeteaba a una de las señoritas e intentaba llevársela por los pelos. Entre los camareros y algún cliente consiguieron separarle. Se quedó sentado en el suelo con la camisa por fuera y bufando como un toro ajusticiado. El que iba con él le ayudó a levantarse, le cogió del brazo y se lo echó como si fuera una bufanda para sacarle de allí y no tener más líos. Pero no acabó todo ahí. Según se encaminaban hacia la puerta de salida dando tumbos, el tío loco que montó aquel revuelo me miró, y se paró en seco. Se soltó del que le ayudaba a

salir y se lanzó a por mí. No me dio tiempo a reaccionar, me cogió del cuello hasta casi ahogarme. Entre mis acompañantes y la ayuda de un camarero consiguieron que me soltara. Yo estaba en el suelo intentando recuperar la respiración entre los cristales rotos de nuestros vasos, cuando volvió a la carga contra mí. Me soltó una patada en las costillas que sonaron como cascabeles.

—Hijo de puta, te voy a matar.

En ese momento tenía los ojos cerrados por el dolor, pero esa voz la reconocí enseguida. Abrí los ojos y lo miré, no me equivocaba, era el comisario Bocanegra.

Volvió a lanzarse sobre mí, noté sus puñetazos como agujas. El que le acompañaba consiguió separarle de mí y lo sacó de allí como si fuera un saco de patatas. Siguió maldiciéndome hasta la salida. Conseguí levantarme con la ayuda de mis acompañantes, me dolían hasta los zapatos. Ya fuera, una de las señoritas me cogió del brazo.

—Espera, hombre, deja que te mire si tienes algo roto.

Era la señorita con la que había estado hacia un rato en el reservado.

Tiró de mí y me metió en un portal, me levantó la camisa y empezó a tocarme donde me dolía.

—Tienes unos buenos golpes, te va a doler unos cuantos días, pero no parece que tengas ningún hueso roto. Y en el cuello, te ha dejado sus huellas dactilares ese hijo puta de comisario.

Ese amigo no te conviene.

—Ese no es amigo mío- me costaba respirar y hablar.

—Pues él parece que te quiere mucho.

—Eres muy graciosa, pero ahora no tengo ganas de reírme.

—¿Te llamabas Vicente? Yo soy Yacunda, seguro que no te acuerdas.

—Hace un rato estaba borracho, pero vaya nombre más raro.

—Pues tengo más, hoy toca este.

Salí de aquel portal sin despedirme, no estaba para formalidades.

La discreción de todos fue tajante, nadie comentó nada de lo que pasó aquella noche, ni para bien ni para mal.

Menos mal que don Juan no está en Madrid, de verme el cuello así, hubiera pensado que me habían querido ahorcar. A mi madre le conté un rollo que se lo creyó sin rechistar, o eso creo yo. Me puso unos paños calientes en las costillas que me aliviaron el dolor y me dejaron dormir.

«Hay dos clases de hombres: quienes
hacen la historia y quienes la padecen.»

Camilo José Cela (1916-2002).
Escritor y Nobel de Literatura

Capítulo V

Madame Pimentón

Aquella tarde teníamos el salón hasta los topes, cuando se nos coló una señora que cantaba a cambio de unas monedas.

—Vicente, tenemos a una señora cantando y pidiendo limosna en el salón.

—Ya voy yo, Paulino.

—Señora, por favor, márchese y no moleste a los clientes. —Me dirigí a ella de la forma más correcta y educada.

—¡Vaya sorpresa, guapo! ¿Qué tal tus costillas?

La verdad que sí fue una sorpresa. Era la señorita del cabaret con la que estuve en el portal hablando.

—¿Yacunda?

—Hoy no soy Yacunda, ya te dije que tenía más nombres.

—Y hoy, ¿cuál toca?

—Cuando canto, soy Madame Pimentón.

—Joder, ¿no tienes algún nombre normal?

—Bueno me voy, ya veo que aquí molesto. Veo que eres un desagradecido, como todos.

Madame Pimentón

—Espera, les diré a los camareros que te dejen entrar a cantar o lo que quieras, bueno lo que quieras no. —Eso último lo dije recordando su otro oficio.

—Sabía que eras buena persona y con un gran corazón.

No sé por qué, pero pensé que podía ser un atractivo para la clientela del salón, y no me equivoqué. Ya había clientes que preguntaban cuándo venía a cantar.

—¿Madame Pimentón? No puede ser, Vicente, esa mujer es la musa de muchos escritores y pintores. —Me dijo Luciano.

—No te lo creas si no quieres, pero es la señorita con la que estuve... bueno no tengo porque decirte nada más. La otra tarde estuvo en el salón cantando, y le he permitido que venga a cantar cuando quiera.

Y era cierto lo que Luciano me contó. La conocían desde don Benito, don Pío y hasta María Guerrero que llegó a decirme que en más de una ocasión la había invitado a comer.

—La gente la quiere mucho por cómo es, pero con eso no se calienta el estómago y yo sé que hay días que no saca ni para un café.

Daba gusto oír cantar en el salón, pero como decía María, si no sacaba lo suficiente, tiraba de su otro oficio.

Hacía poco rato que se había encendido el alumbrado de la plaza,

cuando oímos aplausos en el salón. Salimos y allí estaba, Madame Pimentón, pasando su boina para que le reconocieran su dote con unas monedas. Vi cómo algunos se tapaban la cara cuando pasaba, como con ese miedo a ser reconocido por la mismísima policía.

—¿Qué, la ponemos en plantilla?

—No seas cabrón, Enrique, sabes que es una obra de caridad.

Tal era el cariño que se le tenía a esta mujer en Madrid que varios periodistas, escritores y dibujantes han querido darle un homenaje en nuestro salón. Aunque es una persona marginal, en ella era todo felicidad, incluso parecía disfrutar con esa vida que llevaba que para cualquiera sería una desgracia.

Se preparó un banquete donde no faltó de nada; solomillos. ensaladas, tortillas, embutidos y buen vino. A la hora del postre le dedicaron unas poesías entre todos. Pero yo me quedo con una buena de Gabaldón y López Silva:

«No eres tú de esas cantantes,
de estropajo y soplillo
que se forran de diamantes
cantando cosas picantes
y moviendo el solomillo.
Deja que tu mano estreche
fenómeno de mujer
y ojalá que te aproveche
la ensalada de escabeche
que te acabas de comer».

Pero por desgracia no todo son alegrías y fiestas en Madrid. Las huelgas y las manifestaciones se contaban de cuatro en cuatro. Y raro era el día que no oíamos que se cerraba alguna empresa, acabando con su actividad sin decir ni adiós. Todo esto apuntaba a que nos esperaban unos años muy difíciles.

El PSOE había conseguido colocar como diputado a Pablo Iglesias en el parlamento. Don Alejandro me decía que era un buen principio, que si se unían socialistas y republicanos se podía acabar con la tiranía monárquica y el país dejaría de estar estancado, que avanzaría para adelante.

Cada vez que don Alejandro me hacía alguna referencia a la monarquía, me daban ganas de contarle lo de aquel día y quién era el del bastón.

El tiempo pasa muy rápido, casi sin darnos cuenta. Poco a poco me fui quedando al frente de esta casa. Don Juan apenas venía por Madrid, en el último año le visto un par de veces, y todo apunta a que es por motivos de salud.

Una mañana, al llegar, Yacunda me estaba esperando en la puerta del trabajo. Tenía la cara como si la hubiera pillado un trolebús.

—Pero, bueno ¿que te ha pasado?

—Necesito ayuda, Vicente. Escóndeme antes de que ese cabrón me mate.

—¿Que te mate? Pero, ¿quién te ha hecho esto?

—Eso ya te lo contaré, solo quiero que me ayudes.

—Venga, te acompaño a que te curen, y lo denuncias en la comisaría.

—¿Cómo voy a denunciar a un comisario? ¿Estás loco?

—¿Comisario? ¿No será...?

—El Bocanegra. me vio salir de aquí el otro día, el de la cena con todos esos escritores y periodistas. Anoche iba borracho como una cuba y me acusaba de ser la putilla de todos esos. Si no llega a ser por ese tal Zacarías que siempre le acompaña creo que me hubiese matado.

—¿Y qué tienes que ver tú con ese tío?

—Lo conozco desde hace mucho tiempo, hace años me hizo algún favor que otro. Pero ahora no quiero hablar de eso.

—Vente conmigo, te llevaré a mi casa, mi madre sabe curar este tipo de golpes. Además, te puedes quedar en la pensión hasta que pase todo esto, será un buen escondite.

En principio se quedaría unos días en casa, hasta que ella quisiera. Allí se aseó, mi madre le dio unos vestidos que ya no usaba, la peinó como a una muñeca de porcelana y puedo asegurar que al salir a la calle no la conocería ni su madre.

Se la veía a gusto en casa, tanto que mi madre le ofreció quedarse como empleada de la pensión.

—¿Por qué no te quedas aquí? Necesito ayuda con las habitaciones y la cocina, podías ser mi empleada, aquí no te va a faltar de nada, un buen techo, cama y cariño. Más tu sueldo, claro está.

Y así fue como aceptó la proposición de mi madre y se quedó como

empleada de la pensión. Poco a poco, como si fueran capítulos de una novela, nos fue contando su vida. Historias que a mi madre le hacían que se le saltara alguna lágrima. Historias en las que ya no era ni Yacunda, ni Madame Pimentón. Era Teodora Conde, nacida en un pueblo de Valladolid, y que había estado casada y había estudiado música, pero la mala fortuna en su matrimonio como con su voz, hizo que acabara donde la conocí. A veces pedía limosma cantando, otras veces solo pedía limosna y otras... pues eso.

Con lo que me quedé perplejo es con su edad, tenía diez años más de los que yo pensaba.

Fue una gran decisión que se quedara, ayudaba y acompañaba a mi madre en todo, incluso salían a la calle cogidas del brazo. Se ponía un pañuelo en la cabeza, que yo sé que lo hacía para que nadie la reconociera, y cuando no iban de paseo, iban a misa como si fueran amigas de toda la vida.

Donde también se iba aumentando la plantilla es en *La Mallorquina* al son de la clientela. Nos estábamos convirtiendo en visita obligada de todo el que visitaba la Puerta del Sol.

Entre nuestros clientes ilustres siempre había un momento para dejarnos alguna de sus perlas.

Como las que nos dejaron un día don Pío y Chapí en el salón, dignas de ser guardada en el cajón de la memoria.

Chapí estaba sentado en el salón, leyendo la prensa cuando apareció don Pío con ese andar cansino:

—A usted le digo, amigo.

Al del abrigo, ¿cuántos pelos tiene un higo?

A lo que don Pío le contestó:

—Cuando me lo coma, se lo digo.

La gente que se encontraba en ese momento en el salón soltó unas risas entre aplausos.

Otra de este tipo fue muy buena, nos reímos todos menos la señorita Mari, que fue la víctima. La broma pudo venir de cualquiera, de don Pío o de Rubén Darío que era muy dado a este tipo de chascarrillos.

La señorita Mari entró en la oficina llorando y medio histérica, nos entregó una carta con una nota que por lo visto le habían dejado en su caja:

—Ya estoy harta de tanto desvergonzado.

Multitud de personas en la Puerta del Sol

Esperábamos reconocer la letra, pero estaba mecanografiada:

«Me cagué en tu puerta
creyendo que me querías,
ahora que no me quieres,
devuélveme le mierda
que es mía».

Enrique no pudo contenerse y pensé que se mearía encima de la risa que le dio.

—Venga, Enrique, un poco de respeto, que la señorita Mari está molesta por esa carta y tú te lo tomas a broma.

—Eres igual que ellos, un déspota y un maleducado, —dijo la señorita Mari casi gritando.

Salió de la oficina dando un portazo y maldiciendo entre dientes.

Enrique y yo nos miramos, nos estuvimos riendo un buen rato.

Después de varios meses, apareció don Juan, posiblemente con unos veinte kilos menos, tenía un aspecto demacrado y preocupante, costaba mantenerle la mirada.

Entramos en la oficina esperando una mala noticia, y más o menos así fue:

—Vicente, como ves mi salud deja mucho que desear, y no

estoy en condiciones de seguir al frente de esta casa. He hablado con los socios y mi familia y quieren que esta casa siga su rumbo, yo hasta ahora era el gerente de este negocio como bien sabes, pero como te digo, me es imposible. Por eso hemos decidido que seas tú el que ocupe mi lugar como gerente, con la ayuda de Enrique creo que no te será difícil administrar *La Mallorquina*, solo tendréis que rendir cuentas cuando se os las pidan, tenemos plena confianza en vosotros.

—Pero esto es una responsabilidad muy grande, no sé...

—Venga, Vicente, yo casi no vengo por aquí, desde hace tiempo estáis vosotros solos al frente de todo esto. No cambia nada, es más de lo mismo. Además, no hay nadie más indicado, ni preparado para poder dirigir esta casa.

—Ese cargo de gerente lo mismo me viene un poco grande.

—O eso, o *La Mallorquina* se cierra.

Y así es como sin esperarlo me quedé al frente de esta emblemática casa como es *La Mallorquina*. Ya era el gerente y jefe de personal de un día para otro.

Con la ayuda de Enrique nos pusimos al mando de este encargo, por decirlo de alguna manera. Sin Enrique, creo que yo solo no duro ni una semana.

De lo que no teníamos duda es de que a don Juan no lo volveríamos a ver. Y así fue, a los pocos meses de su última visita nos mandaron un telegrama desde Mallorca anunciándonos su fallecimiento.

Se mandó una carta de pésame a la familia, redactada por don Benito, donde no faltaron las firmas de toda la plantilla y de algún cliente.

También celebramos una misa en su honor en la iglesia de San Ginés. No acudió nadie de su familia, pero estaban varios de sus amigos, clientes y los empleados de *La Mallorquina*.

Sí para tener una vida firme se necesita de unos buenos pilares donde apoyarla, don Juan es uno de ellos. *D.E.P.*

Pero el luto no se marchó de Madrid. A los pocos días falleció Menéndez Pelayo y yo creo que de lo mismo que don Juan.

Quisieron hacerle un homenaje póstumo en el salón, andaban todos con brazaletes negros en el brazo. Todos tuvieron unas palabras para dedicárselas en su honor y memoria.

Jacinto Benavente recordó una frase del fallecido:

—¡Que lástima morir cuando me queda tanto por leer!

Y cosas del destino, este mismísimo Jacinto Benavente fue luego el que ocupó el sillón que dejó huérfano Menéndez Pelayo en la Real Academia de la Lengua Española. Qué cosas.

Las manifestaciones se habían enquistado en la Puerta del Sol, ya parecían pertenecer al mobiliario de la plaza, algunas inofensivas, pero las había de tener que cerrar para evitar algún destrozo si se nos colaban dentro.

Y es que teníamos como vecinos a los de Gobernación, con sus políticas destructivas y cabreando a la plebe.

De ahí, que todas las manifestaciones acaben en esta plaza, lo que nunca cambiará, aunque se caiga el edificio.

Un edificio coronado por un reloj emblemático, que en su día perteneció a la iglesia del *Buen Suceso* que estaba justo frente al Hotel París, iglesia ya desaparecida, hace mucho tiempo. Y este reloj tenía su cantinela callejera.

«—¿Por qué ese reloj tan majo
se atrasa un carajo?
—Porque es el espejo
del gobierno que hay debajo.»

Fútbol en la Puerta del Sol

«La agilidad es una excelente condición para subir
a los árboles, pero no para gobernar a los pueblos.»

José Antonio Canalejas (1854-1912).
Abogado y político liberal

Capítulo VI
Pensión Fernández

A la que tampoco le va nada mal es a mi señora madre. Ya tenía seis habitaciones para alquilar y en varias ocasiones todas ocupadas. Las dos chicas, Teodora y mi madre muchas veces no daban abasto, por lo que me tocaba arrimar el hombro. Ya pensábamos en contratar a alguien más. Esta mujer termina dirigiendo un hotel como el Palace. Tuvimos que registrar la pensión en el ayuntamiento y ponerla un nombre, y bautizarla. Mi madre en principio quería ponerle *Pensión Villa Angustias*, por su nombre, pero eso sonaba a penitencia, por lo que decidimos ponerle en honor a mi padre, *Pensión Fernández.* Se encargó un cartel que yo mismo coloqué en la entrada del portal y que quedó muy chulo.

Se buscó una lavandería para la ropa de cama y se quedó con varios establecimientos para el suministro de todo lo relacionado con la cocina. Porque esa es otra, la cocina que ofrecía mi madre era el mayor atractivo de la pensión. Menudos cocidos, y guisos se preparaban. Estaba todo en orden, o como decía Espronceda, *Viento en popa y a toda vela*. Pero en esta época vivir tranquilo

Inicios de La Mallorquina

cuando regentas un negocio es imposible.

—Don Vicente, preguntan por usted en la barra.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero han insistido mucho en hablar con usted. Han dicho que, o baja usted, o suben ellos.

—¿Ellos?

—Son dos, y parecen pistoleros.

—Diles que ahora bajo.

Según bajaba las escaleras miré hacia la barra, y ahí estaba, ese comisario con cara de perro de presa, Honorio Bocanegra.

Me acerqué a él, pero a una distancia prudencial. Me miró, y si se pudiese matar con la mirada yo ahora estaría criando malvas.

—Tranquilo, por desgracia solo vengo como policía. Tenemos constancia de que hay en Madrid un grupo de anarquistas.

Esto lo dijo mientras sacaba un papel del bolsillo.

—¿Y que tengo yo que ver con que haya anarquistas en Madrid?

—Tienes muy mala memoria, no me hagas refrescártela, no te gustaría. Te voy a dejar una lista de nombres, por si te diera otra vez ganas de relacionarte con ellos.

—Yo no me relaciono con anarquistas.

—Por tu culpa me han jodido. Esto, no va a volver a pasar, antes te mato, ¿entiendes? No me digas que no te relacionas con anarquistas porque te saco las tripas. Lo que pasó con ese Mateo Morral lo voy a estar pagando de por vida, ¿entiendes?

Esto me lo dijo al oído mientras me sujetaba del brazo.

—Te dejo una lista de nombres y un pase para Gobernación, si pasa algo y no me lo dices, date por muerto ¿entiendes?

Dejó un papel sobre la barra y se marchó con ese tal Zacarías que no le dejaba ni a sol ni a sombra.

—Se van sin pagar, Vicente.

—Déjalos, invita la casa.

Cogí el papel que dejaron en la barra y lo leí, eran nombres de

individuos que no había oído en mi vida. Me lo guardé en el bolsillo con la intención de tirarlo en la papelera de la oficina. Y así lo hice, lo hice una bola y lo lancé a la papelera sin más preocupación.

Ese día tampoco me perdí el encendido del alumbrado de la plaza.

Cuando llegué a casa había nuevos inquilinos en el salón esperando ser alojados.

—Tú debes de ser Vicente —me dijo uno levantándose y ofreciéndome la mano.

Yo se la estreché mientras se presentaba.

—Soy Manuel Pardiñas, y estos son compañeros de trabajo. Tu madre nos ha hablado mucho de ti, vamos, que te hubiera reconocido por la calle.

—Bueno, ya sabe lo que son las madres. A veces exageran un poco cuando hablan de su prole.

—Hemos llegado esta mañana y estamos aquí por la buena fama de esta pensión, ya sabes, el boca a boca es esencial para un empresario. ¿Qué te voy a contar? Tú también eres empresario, nos lo ha dicho tu madre.

—No sé qué les habrá dicho mi madre, pero en realidad no soy empresario, solo dirijo una empresa que no es mía. Soy un empleado más de la casa.

—Pues a tu madre se la ve muy orgullosa de ti.

—Eso es otra cosa, yo también lo estoy de ella. ¿Y ustedes?

—Somos profesores de un colegio que regento yo mismo. La educación será un buen negocio con el tiempo, ya lo verás. Estamos en Madrid para comprar material escolar. Necesitamos ponernos al día, renovar o morir.

—Si usted lo dice.

Me despedí de ellos y me dirigí a la cocina, cené con mi madre y Todora. Luego mientras me fumaba un pitillo, revisé el libro de registro, al que ya le quedaban pocas hojas. Con estos seis que habían llegado hoy, ya eran más de treinta en los últimos diez días. No está mal.

A la mañana siguiente, estando en la oficina y sin explicación alguna, me vino a la cabeza el nombre de aquel inquilino que se presentó cuando llegué. Me levanté y fui a la papelera, cogí el papel que tiré, el que me dio el comisario, lo alisé con la mano sobre la mesa y lo leí.

Ahí estaba, el primer nombre de la lista, Manuel Pardiñas. No podía creérmelo. Otra vez. Esos anarquistas en mi casa. ¿Es que no había más sitios en Madrid para alojarse?

—Tengo que salir un momento, Enrique.

—¿Pasa algo?

—Espero que no.

Iba con la intención de sacarlos de allí a patadas, pero cuando llegué solo estaban mi madre y Teodora.

—¿Dónde están los de anoche? —Dije sofocado.

—Se han ido sin decir ni adiós, vino un señor a buscarlos, habló con ellos y los ha sacado de aquí como si esto fuera el infierno.

—Me cago en...

—¿Pasa algo, hijo?

—Pasa que a partir de ahora no se alquila una habitación sin que yo dé el visto bueno.

—Vicente, en la calle hay un montón de policías. —Dijo Teodora.

Me asomé por la ventana y allí estaban, a punto de entrar con el Bocanegra de director de orquesta.

—Madre, rompa las hojas del libro de registro y quémelas en el fogón.

—Pero hijo, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Cállese y haga lo que le digo, y tú, Teodora vete escaleras arriba, solo faltaría que el comisario te viera aquí.

No tardaron en aporrear la puerta a la voz de *¡POLICÍA, ABRAN!*

Abrí despacio, pero entraron como entran los cabestros en una cuadra. Me dieron un empujón y caí al suelo, no tardó el comisario en echarse encima de mí, me puso la rodilla sobre el pecho que casi no me dejaba respirar.

—Te lo advertí, cabrón, te dije que me avisaras.

—No me ha dado tiempo, vinieron anoche y se han ido esta mañana. Se levantó y me dio una patada en las mismas costillas de la otra vez.

Los que iban con él, volvieron a dejar la pensión patas arriba, mientras mi madre no paraba de pedirles que pararan y de gritar como una loca.

—Cállese señora o le cierro yo la boca.

—Aquí no hay nadie, comisario —dijo ese tal Zacarías.

—Eso ya me lo imaginaba, alguien los ha sacado de aquí a toda prisa, se nos han escapado por culpa de este gilipollas.

Me volvió a dar otra patada en las costillas, tenía buena puntería porque me dio en las mismas.

—Señora, ¿sabe dónde han ido, les ha oído decir algo?

Mi madre negaba con la cabeza sin dejar de llorar.

Ubicación original de La Mallorquina

—Esto me lo vais a pagar, os voy a joder la vida, a ti y a tu madre.

Se marcharon como entraron, dejaron todo destrozado. Apareció Teodora diciéndonos que teníamos que pedir ayuda, que ese comisario era muy vengativo, que nos jodería si no pedíamos que alguien nos ayudase.

Hablé con don Alejandro:

—Pues créeme, no tengo ni idea de quién es ese tal Pardiñas. No tengo referencia de que en Madrid estén anarquistas.

—No entiendo que hayan ido a parar a mi casa, alguna referencia tienen que tener.

—En los archivos policiales no figura que Mateo Morral estuviera en tu casa, solo figura la pensión de la calle Mayor, puede que por seguridad escogieran la tuya.

—Pues no los han pillado por los pelos, no quiero pensar lo que hubiera pasado de cogerlos allí.

—No te preocupes, Vicente, no estás solo, sabes que te voy a ayudar en todo.

Más vale que sea así, hoy no he visto ni el encendido del alumbrado de la plaza. Mi madre quiere hasta cerrar la pensión del disgusto que tiene.

A los pocos días, me dirigía al trabajo por la calle Mayor, después de comprar la prensa en el kiosco de Manolo. A la altura del callejón de San Ginés me paró Antón, el carbonero.

—Ahora sí que se ha liado buena, Vicente.

—¿Qué pasa, Antón?

Emplazamiento original de La Mallorquina en la calle Jacometrezo

Miré hacia la Puerta del Sol, y había mucha gente, por la hora, eso no podía ser una manifestación.

—Se han cargado a Canalejas.

—¿Canalejas?

—En la otra esquina de la Puerta del Sol, delante de la librería de San Martín.

Cuando entré en la oficina, Enrique me contó lo mismo. Desde la ventana no nos perdimos nada de esa mañana.

En la edición que sacaron por la tarde los periódicos, relataban los hechos de aquella mañana.

Como todos los días, Canalejas acudía a Gobernación dándose un paseo, paró en el escaparate de la librería San Martín, cuando se le acercó por detrás el anarquista Manuel Pardiñas, asesinándolo a sangre fría. Al verse Pardiñas acorralado por el guardia de asalto Honorio Bocanegra se suicidó de un tiro en la cabeza, poniendo otra vez, en entredicho, la labor de nuestro cuerpo de policía y agentes de seguridad.

Él que vino a darme tranquilidad es don Alejandro:

—Ya no tienes por qué preocuparte, a ese Bocanegra lo han destinado a Galicia y lo han degradado. Por lo visto sus superiores estaban detrás de él desde hace tiempo, a la próxima le mandan a barrer el desierto del Sáhara.

«Yo no me he hecho conservador,
hablo como gubernamental.»

Alejandro Lerroux (1864-1949).
Político de idología republicana

Capítulo VII

Bocanegra

Apesar de la crisis que azotaba a Madrid, aún había quién arriesgaba a abrir algún nuevo negocio, como el que se inauguró en la calle de Carretas. Lo que en su día fue una botillería, ahora era un café con salón.

Desde que abrieron nos faltó algún cliente de diario. Entre ellos Ramón Gómez de la Serna, y alguno de los que le solía acompañar. El nuevo café se llamaba, *Café del Pombo*, sonaba a tienda de tambores, y el salón fue bautizado por el mismísimo don Ramón como *La Cripta*.

Estaba claro que teníamos que espabilar, eso de perder clientes no estaba en nuestra hoja de ruta.

El que aseguraba que nos seguía visitando el rey era Paulino; yo, personalmente, no había vuelto a verle desde aquel día del bastonazo.

—Lo que pasa es que se disfraza mejor que antes, por eso solo yo le reconozco.

Si Paulino lo dice, será verdad, pero casi prefiero que no viniese por aquí. Y lo digo, porque hubo otro intento de atentado contra él, esta vez en la calle de Alcalá, por parte de un tal Sancho Alegre.
Por suerte no tenemos a nadie en la pensión con ese nombre.

A pesar de todas esas manifestaciones que se celebraban casi a diario en esta plaza, de todas esas huelgas que terminaban aquí de la manera más salvaje, yo me considero un enamorado de esta plaza, de la Puerta del Sol y de todo lo que la rodea.

Los comercios son todos de gran estilo, los que ya estaban y los que se iban inaugurando, incluso los que cambiaban de nombre o actividad. Como ese nuevo café, el del *Pombo*, que hay que reconocer que está hecho con buen gusto. Estaban el *Café Continental* al que acudía siempre que podía, el *Café Levante*, le relojería de la calle de *La Sal*, con mi amigo Gabriel al frente; la tienda de abanicos y paraguas *De Diego* o el mismísimo *Hotel París*, que con su gran salón y estupendas habitaciones nada tenía que envidiar a otros hoteles con más prestigio.

A veces me pregunto si a ellos les pasará lo mismo que a mí cuando paseo por esta emblemática plaza, de la Puerta del Sol. Había noches que me quedaba sólo en la oficina fumando un pitillo mientras contemplaba el ir y venir de los paseantes nocturnos. ¿Serán conscientes de que están en el centro neurálgico de un país? No lo creo.

La que ha desaparecido dejando una nota de despedida es Teodora. El disgusto de mi madre es monumental. Yo sabía que tarde o temprano se marcharía, su forma de ver la vida tiraría de ella, era como un gorrión, hoy aquí y mañana... vete a saber dónde estará mañana. Pero eso mi madre no lo entendía, quería que hablara con don Alejandro para que la encontraran.

—Madre, no se puede retener a nadie, se ha ido porque es su forma de vivir, seguro que se encontraba enjaulada y no ha querido despedirse por miedo a que no la dejara ir.

—Si alguien la ve, que le diga que aquí tiene su casa.

Yo creo que no tardaremos en saber de ella.

Parece que se ponen todos de acuerdo. Otro que se despidió es Teodoro Bardají, pues aseguraba que su labor en La Mallorquina había tocado a su fin. La verdad es que deja buena escuela, siempre estaremos agradecidos a sus conocimientos y a su buen hacer.

Aquí nos aseguró que se marchaba a su tierra a descansar. Pero una persona así seguro que vuelve a algún obrador.

El siguiente en marcharse de Madrid fue don Alejandro, pero este se despidió por carta, me la dejó un funcionario en la oficina.

Cuando la abrí vi que era otra despedida, no gano para pañuelos.

«Querido amigo Vicente.
Siento no poder despedirme de ti en persona.
Me voy a Barcelona a recoger unos papeles
y de ahí me marcho a mi tierra, a Córdoba,
donde pienso quedarme una gran temporada
trabajando y descansando, sobre todo
disfrutando de mi familia.
Te dejo mi dirección, y algunos nombres
por si necesitas algo, ya sabes a lo que me
refiero. No dudes en recurrir a mí por cualquier
problema; estoy a tu disposición, aunque no esté en
Madrid. Sin más, querido amigo, me despido de ti
esperando vernos lo más pronto posible. Te dejo unas
citas mías como recuerdo».

UN ABRAZO, TU AMIGO
ALEJANDRO LERROUX

«Jóvenes bárbaros entrad a saco en la
civilización decadente y miserable de
este país sin ventura, destruid sus templos,
acabad con sus dioses, alzad el velo de
las novicias y elevadlas a la categoría de
madres para virilizar la especie.
Romped los archivos de la propiedad
y haced hogueras con sus papeles para
purificar la infame organización social.
Penetrad en sus humildes corazones y levantad
legiones de proletarios de manera que el
mundo tiemble ante sus nuevos jueces.
No os detengáis ante los altares ni ante
las tumbas.
LUCHAD, MATAD, MORID».

Esa carta la leeré más veces, porque ni Enrique ni yo entendíamos nada. Lo único claro es lo que dijo Enrique:

—Siento mucho que se vaya ese amigo tuyo, siempre es bueno tener un aliado en política.

Solo espero echarle de menos por la amistad y no por algún problema.

Lo que me preocupó es la desaparición de Teodora, nadie sabía nada de ella, incluso en el periódico se hizo alusión a su falta por las calles de Madrid. Todo el mundo se preguntaba dónde estaba Madame Pimentón. Solo espero que no le haya pasado nada malo.

Entre las noticias de esos días estaba la que coincidía la muerte de José Echegaray con la inauguración del mercado de San Miguel, que con tanto hierro en su estructura parecía un buque anclado en la misma calle Mayor.

También se hablaba por esos días del fusilamiento de la gran Mata-Hari, por espía o no se qué. Esa Mata-Hari que Teodora aseguraba conocer en persona desde hace años. Yo de esta Teodora ya me creo cualquier cosa.

Pero lo que tenía que llegar, llegó, ante tanta huelga y tanta manifestación: Una huelga general revolucionaria en toda España. Y como era de esperar, el corazón y epicentro de dicha trifulca fue la Puerta de Sol.

Aquel día 16 de agosto de 1917 es recordado hasta en los libros de texto a causa de la violencia que se vivió en las calles de todo el país. Nosotros tuvimos que cerrar a las diez de la mañana, y sacar al personal uno a uno, hasta quedarme solo.

Dejé todo bien cerrado y me subí a la oficina. Como un gran espectador, desde la ventana presencié todo lo que aconteció en esta plaza. La gente corría y gritaba como si les persiguiese el mismísimo demonio, policías, guardias civiles y hasta el ejército andaban de un lado para otro repartiendo palos y deteniendo a todo lo que se movía. La gente usaba como proyectiles las piedras de la obra del futuro Metropolitano. Había heridos amontonados en las aceras como si fueran bolsas de basura. Lo que en principio solo era reclamar unos derechos fundamentales como es el poder trabajar honestamente y poder sacar una familia adelante, se había convertido en una batalla campal.

Todo este lío se les fue de las manos, tanto a los manifestantes como a las fuerzas del estado. Sobre las doce de la mañana empezaron

Alejandro Lerroux

los saqueos y destrozos a comercios de la zona, sobre todo al que se negó a cerrar. Todo el despliegue de seguridad que fue organizado por el capitán general Conde de Serrallo, que patrullaba la zona en un coche militar, se fue a la mierda.

El destrozo a comercios fue monumental, y nosotros no nos íbamos a salvar. Mientras miraba por la ventana oí como se rompía uno de nuestros escaparates; me quedé paralizado. Enseguida se oyó otro golpe acompañado de más cristales rotos y de cómo se abría uno de los cierres. Pensé que lo mejor era quedarme en la oficina sin hacer el menor ruido. Se oían voces y risas abajo, en la tienda. Me asomé por la ventana para pedir ayuda, pero la plaza estaba desalojada, no se veía un alma. Se volvieron a oír romper cristales y más risas, alguien estaba disfrutando con el destrozo. Esperé casi una hora, yo creo que ni respiraba para que no se me oyera.

Puse la oreja en la puerta de la oficina y parecía que ya no había nadie abajo. Salí muy despacio y miré por una de las ventanas del salón, de las que dan a la calle Mayor, y vi pasar un coche militar muy deprisa, pero no había nadie más por la calle.

Me dio la impresión de ser la única persona en Madrid.

Me acerqué a la escalera muy despacio, bajé un escalón, y no se oía nada, fui bajando uno a uno hasta que el ángulo de visión que tenía me dejó ver parte del destrozo; se habían cargado el escaparate

de la tienda y la puerta de la calle Mayor. Seguí bajando, ahí ya no había nadie, o eso creí.

—Vaya sorpresa, mira a quien tenemos aquí, ni más ni menos que a mi amigo Vicente.

Se me heló la sangre, no fui capaz de mover ni un dedo. Esa voz venía desde la barra, no hizo falta volverme para saber quién era.

—Zacarías, saca unos vasos que esto hay que celebrarlo —dijo mientras se colocaba delante de mí.

Yo estaba paralizado, era incapaz de articular palabra. Le miré, y llevaba una pistola en una mano y una botella de ginebra en la otra.

Se acercó tanto a mí, que su aliento me quemaba la cara.

—¿Que pasa, Vicente? ¿No te alegras de ver a tu querido amigo Bocanegra?

Dijo esto, y lo siguiente fue un cabezazo que me sentó de culo. Le dio un trago a la botella y la lanzó haciendo añicos una vitrina.

—Todo en esta vida llega, Vicente, y todo se paga. Y tú vas a pagar por lo que me has hecho.

Cargó la pistola y me la puso en la frente.

—Déjele, comisario, ya está bien por hoy. —Dijo Zacarías.

—¿Que le deje, dices? No hombre, no. Este hijo puta me debe un baile y me lo va a conceder ahora.

Sonó un disparo que retumbó hasta el suelo, tenía los ojos cerrados creyendo que el disparo me lo había llevado yo, pero fue hacía el techo. No paraba de reírse, estaba claro que quería torturarme antes de matarme.

—Venga, comisario, vámonos antes de que venga alguien.

—¡Cállate!

Volvió a cargar la pistola y a ponérmela en la frente, apretaba el cañón con todas sus fuerzas.

Pero cuando ya pensaba que iba a disparar, Zacarías se abalanzó sobre él y le separó de mí.

El tiro se lo llevó él, Zacarías cayó al suelo, y el comisario me volvió a apuntar.

—Te voy a matar, cabrón.

Pero como si fuera un ángel de la guarda entró por la puerta un militar al oír los disparos.

—¿Quién anda ahí?

El comisario no dudó un segundo, se giró hacia la puerta y disparó al militar. De pronto entraron una veintena de militares disparando a quemarropa, el comisario cayó al suelo acribillado. Sin decir nada se llevaron los tres cuerpos y como si nada hubiera pasado, yo me encontraba en el suelo de *La Mallorquina* con los pantalones meados y muerto de miedo. Me levanté, bajé el cierre como pude y me marché a casa. Al día siguiente no abrimos, al personal les conté que fueron unos piquetes, ni si quiera a Enrique se lo conté hasta mucho tiempo después. Al que se lo conté por carta es a don Alejandro, que no tardó en contestarme asombrado de que estuviera vivo, y que en mi situación él se hubiera muerto de miedo.

Pues vaya ánimos. Para colmo me cuenta que el comisario está en la cárcel de Alicante, que casi se muere del tiroteo, pero que ha salvado la vida al igual que su sombra, ese tal Zacarías, que se recupera en un hospital de monjas en Guadalajara. En cambio, el que había fallecido era el militar al que disparó el comisario.

Y que no volvería a ver a ese asesino, porque le esperaba el garrote en poco tiempo.

Me invitó a que pasase una temporada con él y mi madre en Córdoba, seguro que me vendría de maravilla, pero de momento no podemos descuidar ni la pensión ni mi labor en esta casa. Ya veremos más adelante.

De aquella huelga general os cuento que no solo fue la Puerta del Sol el escenario de aquel fatídico día, en la glorieta de Cuatro Caminos hubo muertos, y en la cárcel modelo de Barcelona también. Hubo saqueos por toda España, miles de heridos. Como dije antes, este día ha pasado a los libros de historia. Y lo peor de todo es que nada ha cambiado; tanta desgracia, ¿para qué? Tampoco digo que nos quedemos con los brazos cruzados mientras nos arruinan la vida, pero se debería buscar una forma de protestar más efectiva y menos dañina. No lo sé.

La Malloquina

«A veces el llanto hace más beneficio que la risa.»

Pedro Muñoz Seca (1879-1936).
Escritor y dramaturgo

Capítulo VIII
Compañía Metropolitana

Después de aquel día para olvidar parecía que todo volvía a donde se lo había dejado, todo seguía igual. Se repararon la puerta, las vitrinas y el escaparate, y se tapó con yeso el tiro del techo. La bala se ha quedado ahí como recuerdo.

Al que terminé contándole todo es a Enrique que, a día de hoy, aún tiene la boca abierta.

Hoy nos ha visitado don Benito, cuya artrosis y ceguera le hacen imposible subir al salón sin ayuda, pero cuando se aprecia a alguien duele mucho verle así. Y eso es lo que debió pensar el ayuntamiento de Madrid, aunque se encuentra parado por falta de liquidez, pues le están levantando un monumento en su honor en el parque del Retiro. Yo soy de los que piensa que cuando hacen tantos homenajes a alguien... mal asunto. Por lo visto también tenían paradas las obras del futuro metropolitano de Madrid. Me senté con don Benito en el salón, con su chófer y acompañante. Siempre he intentado ser agradecido, y con don Benito no podía ser menos.

Inauguración del metro

Siempre recordaré lo que hizo por mí cuando yo solo era un mocoso sin oficio ni beneficio, y seguro que sin ese empujón que este hombre me dio, ahora no estaría donde estoy.

La Mallorquina siempre estará agradecida al mundo de la literatura y del teatro, que nos dio fama y buenos momentos. Del salón de *La Mallorquina* han salido miles de sonetos, poesías, y obras de teatro, que en ocasiones se han quedado en nuestros manteles, sin llegar a más escenario que este.

Algún día esta gente se merece que se les haga un buen homenaje por lo que han hecho por Madrid. Hacérselo aquí, sería una buena opción, todo se andará.

Pero lo que voy a contar a continuación es para mear y no echar gota. Se trata de una carta que recibí de don Alejandro:

«Querido amigo, Vicente.
Ante todo, deseo que al recibo de esta carta, os encontréis bien.
Te escribo para informarte de algo no muy bueno. Entre mis grandes amigos tengo a Fernando, un gran abogado, que me cuenta algo increíble. Tu gran amigo, el comisario Bocanegra no solo se ha librado del garrote, sino que está en la calle, está libre de prisión.

Por lo visto tiene un buen ángel de la guarda, es un militar de gran reconocimiento por parte de la Casa Real, Nicolás Franco, que tiene más medallas que el mismo rey. Me cuenta, que son amigos de jaranas, borracheras y putiferios, el comisario le ha sacado de varios líos gordos. Pero a este Nicolás le han echado de casa y el comisario le ha adoptado por decirlo de alguna manera. Además, está viviendo con un familiar del comisario, una señorita de nombre Agustina Aldaña. Creo oportuno ponerte en alerta, aunque ahora se encuentra en Galicia.

Sin más un gran saludo y un abrazo, y la invitación de venir a Córdoba sigue en pie».

ALEJANDRO LERROUX

No sé por qué, pero lo sabía, esto ya me lo temía.

Este tío cabrón tiene al demonio de su parte. A veces creo que la justicia brilla por su ausencia, este tío está en la calle después de todo lo que pasó aquel día y, sin embargo, Julián Besteiro y Largo Caballero están en la cárcel de Cartagena por promover aquella huelga general; la injusticia al poder.

No tardé en tener información sobre ese tal Nicolás Franco, que era de la misma madera que Sanjurjo, a quien conoció en Cádiz y no solo militarmente hablando. A Nicolás Franco su propia familia le echó de casa por su afición al alcohol y a las faldas, vamos, todo un gañan, cuyas hazañas militares fueron anuladas por sus hazañas nocturnas.

En las tertulias del salón o en la misma barra se escuchaba de todo, eran la gaceta callejera, como yo decía. Algo que no se paraba de oír es que se aproximaba una guerra, que la iglesia y el ejército nos estaban crucificando poco a poco. Eso a don Pío le sacaba de sus casillas:

—Son ustedes unos borregos, no se imaginan lo caro que es montar una guerra, si no tenemos dinero ni para pan, a no ser que en vez de bombas nos tiremos insultos y escupitajos.

Era 20 de enero de 1918 y por fin el ayuntamiento homenajeaba a don Benito con una escultura en el parque del Retiro, obra del escultor Victorio Macho. Nos llegaron unas invitaciones para acudir al evento de Serafín Álvarez Quintero, y allí nos fuimos mi madre y yo. Había mucha gente, yo calculé cerca de las doscientas personas entre personalidades y gente anónima que no quiso perderse ese homenaje a tan ilustre persona. Cuando me acerqué a él para saludarle, se me cayó el alma al suelo, estaba sentado en una silla de ruedas y tapado con una manta, parecía un cadáver en vida. Le saludé con un abrazo, noté que abrazaba algo inerte. Se alegró mucho de verme, le costaba trabajo hasta articular palabra:

—Gracias, Vicente, por venir a este lío.

—No me hubiera perdido un homenaje suyo por nada del mundo.

—¿Sabes que este tipo de homenajes se los dan a quien ya les queda poca guerra que dar?

—Hombre, don Benito, no diga eso.

—Ya ves como estoy, no puedo hacer nada por mí mismo, necesito ayuda hasta para hablar. ¿Y tú? Ya te veo, hace dos días no eras más que un chavalillo, y ahora eres todo un hombre.

—De eso, tengo mucho que agradecerle a usted.

—Pero no te olvides, tienes una batalla por delante, la de *Trafalgar*.

Intentó reírse, pero solo le salió un golpe de tos.

Don Serafín se encargó de descubrir esa gran estatua y de dar un discurso en nombre de don Benito y otro en nombre del ayuntamiento de Madrid, agradeciendo tanto la labor de don Benito por ensalzar el nombre de Madrid al máximo exponente, como el esfuerzo del ayuntamiento por hacer realidad este momento a pesar de que las arcas del estado no estaban para estos menesteres.

A don Benito, a pesar de su agotada salud, le gustaba pasearse por las calles de Madrid con un coche descapotable y disfrutar de la ciudad, y aunque sus orígenes vienen de las Islas Canarias, se sentía más madrileño que nadie.

Y como decía Luciano:

—Aunque estemos ciegos vemos más cosas que los que ven, cosas que no saben ni que existen.

Este Luciano es todo un filósofo.

En la Puerta del Sol rezaba un cartel desde hacía meses:

COMPAÑÍA METROPOLITANA
Inauguración de la línea
Norte- Sur
Octubre 1919

Y así fue, el 17 de octubre de 1919 se inauguró, a bombo y platillo, y sin demora el metropolitano madrileño. Mi señora madre, como no iba a ser de otra manera, estaba en primera fila, y hubiera conducido ese primer tren de haberla dejado, pues llevaba allí desde primera hora, seguro que ni había comido. Sobre las cuatro de la tarde pudimos ver desde la ventana de la oficina y la del salón llegar a toda la comitiva que inauguró el metropolitano, venían de la estación de Cuatro Caminos hasta la estación de la Puerta del Sol, vimos a todos con el rey a la cabeza, le seguían políticos, militares, curas y monjas, y los ingenieros Mendoza y Otamendi, responsables directos de esta gran obra.

En la plaza no cabía un alfiler, el rey iba saludando a todo el que se le acercaba al salir de la boca del metro que tenemos justo frente a nuestra puerta. El rey iba dando la mano a todo el mundo, vimos incluso hasta algún abrazo, creo que es a lo que llaman «baño de multitudes». Pero pasó algo que me dejó la boca abierta, vimos que el rey se acercaba a una señora y además de darle dos besos se detuvo para hablar con ella, eso sería normal, si esa señora no fuera mi madre. Lo primero sería pensar en casualidad, pero no, no fue una casualidad.

Cuando acabó todo, mi madre entró como una loca en mi busca.

—Hijo, no te puedes imaginar lo que me ha pasado.

—Sí, madre, lo he visto desde la ventana, te he visto hablar con el rey.

—Me ha dado dos besos, y no veas lo que me ha dicho.

—Alguna tontería.

—Me ha dicho: «Doña Angustias, me alegro mucho de saludarla, y enhorabuena por su hijo, es todo un ejemplo para este país».

¡Me ha llamado por mi nombre!

—Y usted, madre, ¿qué le ha dicho?

—¿Yo? Pues, gracias, ¿que le voy a decir?

Monumento a Pérez Galdós

—¿Gracias? Le podías haber preguntado por qué sabía tu nombre.

—Lo sabe porque es el rey, los reyes saben los nombres de todos los habitantes de su reino.

—No diga tonterías, madre, cómo van a saber el nombre de todo el mundo.

Bueno, si esta mujer es feliz pensando así, yo no le voy a convencer de nada.

Yo no sabía cómo tomarme aquello, se me había hecho una bola que era incapaz de tragar, que supiera el nombre y que era mi madre no me gustaba un pelo. Aquí ha venido un sinfín de veces, y nos conoce a más de uno, pero hasta el punto de conocer a nuestras madres me parece un poco extraño. Extraño y preocupante.

Enrique era de la misma opinión:

—Esto no me gusta, Vicente.

—A mí tampoco.

—Si el rey sabe quién es tu madre y cómo se llama es porque te están vigilando.

—¿Y por qué me iban a vigilar a mí?

—Pues, posiblemente, por el asunto ese de los anarquistas, sobre todo cuando pasó lo de ese Mateo Morral.

—Puede ser.

—Seguro, si no es por eso, por qué iba a ser. Y, además, creo que ha saludado a tu madre a propósito, para que sepas que te vigilan.

—Joder, Enrique, me estás asustando.

Pero hay que reconocer que esa versión de Enrique tenía fundamento.

Cuando acabó el festejo de la inauguración, se nos llenó el salón y la barra. Entre los asistentes de la barra estaba el alcalde don Luis Garrido Juaristi, rodeado de funcionarios y arrimados. Se veían a los escoltas de seguridad de un lado para otro, y, sorpresa, uno de ellos era Zacarías, la sombra del Bocanegra. Entré en la barra para hacer los honores al alcalde y agradecerle esa visita a nuestra casa, miré a Zacarías y me retiró la mirada. Salí de la barra y me dirigí hacia él, le cogí del brazo y me lo llevé aparte.

—Lo siento, no me hace gracia estar aquí, pero ahora trabajo para el alcalde desde que perdí el trabajo de policía. Tengo que estar donde esté él.

—No tienes que disculparte, no tengo nada en contra tuya, todo lo contrario. Estoy agradecido, si no llega a ser por ti, el comisario me hubiera matado.

—Ya lo creo, yo ahora vivo más tranquilo desde que no estoy a su servicio. Aun así, te pido perdón por lo que pasó, a ese hombre le he sacado de muchos líos, y he tenido muchos problemas.

—Me alegro de que hayas rehecho tu vida, aquel día pensé que te había matado, luego me enteré de que estabas en un hospital recuperándote.

—Yo también pensé que me había matado, no daba crédito a lo que había pasado, me había disparado a mí, a mí. A veces creo que lo soñé.

—Pues está en la calle, se ha librado del garrote y de la cárcel.

—Ya lo sé, está en Galicia, con ese amigo que es como él, Nicolás Franco, militar de grado alto. Dicen que hay que tener amigos hasta en el infierno, y el comisario los tiene. Ese juega al tute con el mismísimo demonio.

—Eso ya lo sabía, espero que se quede allí para siempre.

— Más nos vale que no vuelva, es muy vengativo. Yo le he visto cargarse a un tío por menos. Y las torturas son su pasión.

—Me lo creo.

Tanto la comitiva como el alcalde ya se iban, y Zacarías con ellos, me dio un apretón de manos y prometió visitarme otro día.

Desde que se inauguró el Metropolitano, las ventas han aumentado alrededor de un veinte por ciento.

Gran Vía antes y después

Plaza Mayor antes y después

«Sólo temo a mis enemigos cuando empiezan a tener razón.»

Jacinto Benavente (1866-1954).
Dramaturgo y guionista de cine

Capítulo IX

Las joyas del rey Recesvinto

Pasaba el tiempo muy deprisa y no nos dábamos cuenta de que la plantilla se nos quedaba pequeña. Andrés, en la parte de la charcutería y las conservas, no daba abasto, los jamones salían de cuatro en cuatro, el mostrador de la bombonería tanto de lo mismo, pues raro era el día que no acababan con todo el género que se ponía a la venta. El salón estaba casi toda la jornada hasta la bandera y la barra no paraba ni un segundo. Ya no me preocupaba por la nueva competencia del *Café del Pombo* o el *Café Continental*. De lo que tengo que destacar, es que en *La Mallorquina* se hacía notar el buen hacer y las buenas maneras, tanto entre la plantilla como con la clientela, eso sumado al buen género que se elaboraba a diario y su alta calidad, es como farmacéuticamente se diría una «fórmula magistral».

Y posiblemente eso sería la causa de que la señorita Mari se negara a jubilarse. Al no tener familia alguna, si la obligamos a irse, se nos muere a los dos días de pena, como dice mi señora madre. Así contado, parece que en Madrid todo va de perlas, pero no; por otro lado, también

tenemos una lista de morosos que iba creciendo, más de una familia vivía a contra corriente, vamos, que si no es porque se les fiaba –aquí o en cualquier otro establecimiento–, se pasarían más de un día sin comer. Yo por caridad borré alguna de esas cuentas y deudas, a pesar de que Enrique me alertaba de que de seguir así, las deudas las íbamos a tener nosotros.

Y como ya esperábamos, nos llegó la noticia del fallecimiento de don Benito Pérez Galdós, el 4 de enero de 1920, aunque nació en Gran Canaria, era un madrileño ejemplar, y Madrid lo sabía. *La Mallorquina* siempre estará agradecida a este ilustre hombre, nos ha dejado un legado que merece ser enmarcado en oro. Descansa en paz, amigo.

Su fecundidad e inventiva han sido tales que ha dejado nada menos que cuarenta y seis Episodios Nacionales, treinta y dos novelas, veinticuatro obras teatrales y quince libros varios en su memoria. En *La Mallorquina* nos pusimos toda la plantilla un brazalete negro en señal de luto por él.

Hubo algún cliente que nos llegó a preguntar:

—¿Y ese brazalete de luto por quién es?

—Por don Benito Pérez Galdós.

—¿Y ese quién es?

—Pero bueno, ¿no sabe quién es Galdós? Es usted un analfabeto.

—¿Yo analfabeto? Pero si tengo una salud de hierro.

Y es que, por aquí, pasa todo tipo de gente, raro era el día que no nos dejaban alguna perla como la que acabo de contar.

—Buenas, ¿tienen ensaimadas?

—Muy buenas.

—Buenas, ¿tienen ensaimadas?

—Muy buenas.

—Buenas, ¿tienen ensaimadas?

Y es que estar detrás de un mostrador tiene lo suyo, hay veces que tienes que morderte la lengua o contar hasta diez para no mandar al cliente tocacojones a paseo y acabar de mala manera. En ocasiones se hacía de abogado, otras de celestina, y hasta de médico, esta última era la más común, pues te contaban los achaques de la abuela, los dolores de cabeza porque hacía aire, de la meningitis del sobrino porque su cuñado era un borracho y de que habían pasado la noche cagando blando.

La verdad que parecían irse con mejor cara que con la que habían entrado, y eso era lo que buscaban, comprar y desahogarse.

Siempre me ha gustado pasearme por los mostradores y por el salón, y mezclarme con empleados y clientes, contribuir en tertulias y conversaciones. Aunque no lo parezca se aprende mucho de la cultura callejera. Aquí se juntaban monárquicos con republicanos, del *Real Madrid* con los del *Atlético* y los que dicen que hace un día estupendo con los que aseguran que no va a parar de llover en toda la semana. No sería la primera vez que tenemos que intervenir para que no acaben tirándose los vasos a la cabeza, y es que los hay que llevan el hacha de guerra dispuesta a usarla por cualquier tontería. Luego estaban los que como te despistaras no dudaban un segundo para irse sin pagar, estos son los que más me cabreaban, y es por la cara de tonto que se te queda cuando te das la vuelta y el cliente no está, miras para todos los lados con la boca abierta esperando verle entre la gente y aunque no la conozcas, te acuerdas de su madre.

Y los que siempre han existido, y creo que siempre existirán, son los carteristas. Incluso he llegado a oír que hay quien lo trata como un oficio más. Seguro que quién dice eso es porque nunca le han robado la cartera. Reconozco la habilidad con la que se agencian las pertenencias de cualquier individuo, a veces digna del mejor mago, pero llamarlo profesión, me parece un poco ridículo. Aquí se nos colaban sin darte cuenta, aprovechando los momentos tumultuosos para ejercitar su maestría. Siempre hemos procurado estar muy atentos para acabar con esta práctica dentro de *La Mallorquina*, y al que pillábamos no dudábamos de sacarlo a cogotazos, como el caso que nos ocurrió con un cliente que venía casi a diario, Manolo, un tipo grandón, siempre bien vestido donde destacaba un sombrero dos tallas más pequeño, que creo que es porque no los había del tamaño para esa enorme cabeza, tan pronto vendía entradas para los toros o el fútbol, como relojes de caballero o cualquier cosa que vete a saber de dónde las sacaba. Cuando entraba nos saludaba a todos, nos conocía a todos por nuestros nombres, se colocaba en la barra a tomarse su café y su copa de anís, eso siempre luciendo un gran puro que apestaba toda la Puerta del Sol, se colocaba cerca de algún cliente con el que terminaba hablando de lo que sea, y sacaba del bolsillo un solitario de oro que se lo enseñaba abriendo la mano y cerrándola muy deprisa:

—Mil pesetas y es suyo.

—No me interesa.

—Vale por lo menos diez mil.

—¿Y por qué lo vende por tan poco?

—Es que tengo a mi madre enferma y lo necesito para medicinas.

Nunca llegó a vender ese solitario de oro. No paraba de hablar, si no era con nosotros era con los clientes de ese momento. Raro era el día que no dejaba caer algún chiste verde del que solo se reía él.

Pero algo nos hizo sospechar de este tipo, de Manolo, y es que siempre coincidía su visita con la desaparición de alguna cartera entre los clientes de la barra. Y nos pusimos en alerta para su próxima visita. No nos equivocamos, con esa manera de relacionarse con todo el mundo, que hasta perecía que los conocía de toda la vida, mientras sacaba alguna entrada para los toros y la enseñaba con una mano, con la otra tanteaba la cartera del confiado cliente. Ese día no le quitábamos ojo. Vimos cómo conseguía entablar conversación con unos señores que estaban en la barra, entre chistes y gracias, se coló entre ellos, incluso llegó a invitarlos a unas copas de orujo para que no se fueran. Poco a poco iba tomando confianza, y a uno le ponía la mano en el hombro a otro le cogía del brazo, vamos que los fue cacheando hasta dar con el futuro botín. Yo mismo vi con mis propios ojos la maestría con las que les quitó las carteras a los cuatro, reconozco que fue asombroso. Pagó las consumiciones y se despidió de sus víctimas, que incluso alguno de ellos le llegó a dar un abrazo. Cuando intentó salir por la puerta le dimos el alto:

—Espera Manolo, no te vayas. Señores les acaban de quitar las carteras.

Los cuatro se tantearon con las manos todos los bolsillos.

—Joder, es verdad, no tengo la cartera.

Ninguno la tenía.

—Este hombre las tiene, se las ha quitado ahora mismo.

—Pero, qué coño estás diciendo, Vicente, joder que somos amigos desde hace un montón de años.

—Yo no soy amigo de ningún ladrón.

—¿Me estás acusando a mí de ladrón, Vicente? Vamos, pero si me conocéis de sobra, si es una broma no tiene gracia.

-Ojalá fuera una broma, pero yo mismo he visto cómo les quitabas la cartera a esos hombres.

Ya se acercaron los cuatro a Manolo:

—Le vamos a registrar, quiera o no.

—Les habrán robado por ahí, a mí no me toquen.

Se negaba a ser registrado lo que produjo que los cuatro se lanzaran sobre él, le tiraron al suelo y sin sorpresa alguna encontraron sus carteras y billeteras entre los forros de su chaqueta, y aprovechando que estaba en el suelo, la tanda de patadas fue cojonuda. Lo levantaron entre los cuatro y lo tiraron a la calle como el que lanza un cubo de basura, y aterrizó en un charco con el agua más negra que el tizón. Volvieron a entrar, nos dieron las gracias y dejaron una gran propina, eso acompañado de la promesa de volver cuando estuvieran en Madrid. Eran por lo visto, unos comerciantes asturianos y no llevaban calderilla en esas carteras precisamente. Claro está, que a este tal Manolo no hemos vuelto a verle el pelo.

Con quién no podíamos era con la señorita Mari, según pasaba el tiempo tenía más manías y más locuras a las que teníamos que ceder. Ya debería estar jubilada y paseándose por el Retiro o por donde quiera. Hablamos con ella y parecía que la convencimos, le preparamos una gran fiesta en el salón donde no faltó de nada, sobre todo para agradecerla todos esos años de gran dedicación y labor en esta casa. Estuvo toda la plantilla al completo, incluso varios clientes de toda la vida, incluido Luciano, al que tanto quiere esta mujer.

Todo era una gran estrategia para que se jubilase sin enfadarse. Se le entregó una placa de plata con su nombre grabado y el de *La Mallorquina* agradeciendo su servicio, con un precioso estuche de madera. Un sobre con dinero de parte de toda la plantilla para que se diera un viaje o lo que le viniera en gana y un enorme ramo de flores. Se pusieron canapés, empanadas, jamón, queso, buen vino y cervezas, todo un banquete. Se le cantaron canciones, alguno llegó hasta dedicarle una poesía. Nos lo estabamos pasando de miedo. Pero la tuvo que liar.

—Vaya manera de echarme, después de tantos años aquí, me lo adornáis con una fiesta, qué bonito, pero ahora cuando acabe esta fiesta, ¿qué? Me dais una patada en el culo, y se acabó, por fin se fue la señorita Mari.

—Pero señorita Mari, nadie la está echando, se jubila, ¿es que no lo entiende? Ya ha trabajado lo que tenía que trabajar.

—Parece mentira, Vicente, que te conozco desde que eras un mocoso, aún recuerdo el día que entraste aquí con tu madre, el día que te vi por primera vez lo tengo grabado en mi corazón, y ahora me tiras a la basura como un trasto viejo.

Te miro y veo a ese crío corriendo por los mostradores, siempre con una sonrisa para todo el mundo, con esos pelos que traías que yo misma te peinaba y te limpiaba la cara cuando te comías a escondidas las reinas de nata para que no te regañaran. Pero no te preocupes, me voy, pero esta placa y estas flores te las quedas tú, y ese dinero del sobre se lo devuelves a quien lo ha puesto que le hará más falta que a mí.

Esto me tocó la moral, y por las caras de los demás creo que lo mismo.

Teníamos todos un nudo en la garganta, de tal modo que si a alguno rompe a llorar le hubiésemos acompañado todos.

—Mari, ¿qué es lo que quiere? No somos sus verdugos, somos sus compañeros de trabajo, su familia, solo queremos lo mejor para usted.

—Claro, como me queréis tanto me mandáis a que me de paseos por el Retiro.

Ya me estaba cabreando. Y cabreado le dije:

—¿Qué quiere, quedarse? Pues quédese. Enrique, la señorita Mari se queda, deje todos los papeles de su jubilación en la papelera, esta mujer se quiere morir sentada en una caja y, aun así, la tendremos como una momia sentada ahí. Como en un museo.

Tiró el ramo de flores al suelo, y me atravesó con la mirada.

—Se acabó la fiesta, todo el mundo a su casa.

Se lo conté a mi madre. Y tiene razón, si la dejamos irse, se muere de pena.

—Vicente, le debes mucho a esa mujer, déjala, que haga lo que quiera, ahora te toca a ti cuidar de ella en *La Mallorquina*. No tiene a nadie, por favor, hazlo por mí. Si la dejas que se vaya y le pasa algo, tú mismo te lo vas a estar reprochando de por vida.

Y así lo hice, que se vaya cuando quiera.

—Me iré si me da la gana.

Esa es la repuesta que me dio, cuando le dije que se podía quedar. Vaya tela.

Corona robada

Aquella noche aparecieron a última hora dos individuos con una borrachera de aúpa. Iban vestidos de traje con las corbatas aflojadas y riéndose como dos hienas. Se pidieron dos copas en la barra mientras se agarraba el uno al otro para no acabar en el suelo. Ya con la barra del bar como apoyo, se soltaron. Cuando me fijé, vi que uno de ellos era Zacarías, la sombra del Bocanegra. Él también me vio.

Se puso en posición de firmes como si fuera un militar, y al intentar saludar con la mano en la sien, casi se cae por soltarse de la barra.

—¡A sus órdenes, mi capitán! Le traigo novedades del frente.

—Estás borracho, otro día me las das, vamos a cerrar, acabaos esas copas y os marcháis.

—Venga, mi capitán, invítanos a unas copas y te cuento la última de nuestro amigo.

—Otro día Zacarías, os invito a estas copas si os vais ya mismo.

—¡Ah! pues si nos invitas te lo cuento, que te vas a reír un rato, ¿te has enterado del robo a la Armería Real?

—Algo he oído.

—¿A que adivinas quién ha sido?

Se empezaron a reír los dos como dos gilipollas, como si fuera un chiste que les acabaran de contar.

—Venga, Vicente, dilo, di quién ha sido.

—Ni lo sé, ni me importa. Terminaros eso que tenemos ganas de irnos a casa.

—Nuestro amigo, el comisario, ese cabrón se ha llevado medio museo.

Volvieron a reírse que casi se caen.

—No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Y no iba solo, iba con

su amigo del alma, ese militar que es como él. Son uña y carne, ese tal Nicolás Franco es mala hierba.

—Estás borracho, no sabes ni lo que dices.

—Se han llevado un tesoro, unas piezas muy antiguas de Guarrazar, un pueblo de Toledo. Por lo visto había mucho oro en cruces, coronas, joyas y monedas de la época visigoda.

—¿Y para qué van a querer eso ellos?

—Eso es un encargo, ahí está lo bueno, de un museo francés. Ellos dicen, cógelo y él lo coge, ni más ni menos. Se habrán sacado unos buenos duros.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Eso ya no te lo puedo contar.

Se volvieron a reír como se ríen los borrachos.

—Venga marchaos, otro día me lo sigues contando.

—Espera, espera, Vicente, además, sé dónde se esconde. Está en casa de esa putilla, la Pimentón, o como se llame.

—No digas tonterías, Teodora anda desaparecida meses, nadie sabe dónde está.

—Pues ya te lo digo yo, calle Virtudes número 10. Además, podemos joderle, que pague por lo que nos ha hecho. Y de paso le podemos quitar algo del botín.

—No tengo necesidad de esos líos, y no me interesa la vida de ese tío, si roba o deja de robar.

—¿Y la de esa putilla tampoco te interesa?

—Me estás tocando las narices, Zacarías. Fuera de aquí los dos.

Les retiré las copas y se marcaron gruñendo y dando tumbos.

Me quedé con esa dirección, y, pensándolo bien, eran muchos datos para que todo fuese mentira.

Aunque, los líos del Bocanegra no me importaban nada, sí sentí preocupación por Teodora. No podía entender que estuviera en su casa ese individuo. La vida de esta mujer está plagada de líos de este tipo, por eso no debería extrañarme. El tiempo que estuvo en la pensión trabajando no paraba de contarnos historias dignas de una novela negra. Y eso es lo que le daba un poco de credibilidad a lo que me contó Zacarías.

Que no tardó en volver a aparecer con el mismo soniquete. Lo que, en verdad quería es que con mi ayuda, sacara a Teodora de su casa para entrar él y llevarse algo del robo.

—Eres como el comisario, un cabrón. Conmigo has dado en hueso si piensa que te voy a ayudar a robar.

—El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

—No pienso ayudarte en eso, yo no soy de ese mundo de ladrones y rateros. Es más, me molesta que me propongas algo así.

—¿No quieres ayudar a la Pimentón?

—Es su vida, y no voy a meterme en ella. Además, quiero que dejes de hablarme de ese tema. Se acabó, no quiero oír más hablar de ese comisario.

Y como dije antes, este Zacarías lo que buscaba en mí era que despistara a Teodora para robar en su casa. Esta gentuza son todos iguales.

Como todos los días me senté en la oficina con el propósito de ojear la prensa diaria, cuando di con la noticia del robo a la Armería Real. Lo contaban como una noticia de última hora, cosa que me pareció extraño, yo lo sabía desde hace cuatro días. Rezaba:

> «Se ha robado un tesoro en la Armería Real, una colección de magnificas coronas votivas, cruces, monedas de oro y piedras preciosas de la época de los reyes visigodos Suintila y Recesvinto.
> Las intensas investigaciones llevan a creer que es un robo por encargo, ya que varias de estas piezas están de forma extraña expuestas en un museo parisino. El Museo Cluny alberga parte de esta colección.
> La investigación sigue abierta, intentando recuperar algunas piezas que ya se dan por desaparecidas, entre ellas la corona del rey Recesvinto, una corona de gran valor por su composición en oro y piedras preciosas, según cuentan los expertos en este tipo de antigüedades».

Era lo mismo que me había contado Zacarías, pero ahora más real.

No sé por qué lo hice, pero me metí en el metro camino de la casa

de Teodora. Está claro que en este tipo de asuntos es mejor verlo desde la barrera. Llegué a la calle Virtudes y esperé a que saliera, pasé más de hora y media esperando frente a ese portal, ya cuando estaba decidido a marcharme vi salir al comisario, le seguí hasta la parada del tranvía, por lo que deduje que tardaría en volver.

Entré en el portal, y pregunté a una señora por Teodora.

—Segundo, derecha.

Llamé a la puerta y cuando Teodora abrió la puerta la sorpresa de verme ahí hizo que tardara unos segundos en decir:

—Vicente, pero, ¿qué haces aquí?

—Pues venir a verte y ver cómo estás.

—Vaya sorpresa.

—¿Puedo pasar?

Me pareció que llegó a dudar, creo que estuvo a punto de negarme la entrada.

—Sí sí, pasa, pero no deberías estar aquí.

—Me voy rápido, ya sé que no estás sola.

—No sé cómo me has encontrado, pero quiero seguir así una temporada, quiero estar tranquila, sin líos, ya me entiendes.

—Pues la verdad, no lo entiendo. Si no quieres líos cómo tienes aquí a ese tiparraco.

—Me interesa que esté aquí, no te voy a contar porqué, pero es un salvavidas.

—Salvavidas es que te vengas a casa, y dejes todo, esta mierda de vida te va pasar factura tarde o temprano.

—Esta es mi casa, y esta es mi vida, la vida que conozco y la que quiero vivir, la que siempre he vivido, no conozco otra.

—Eso no es cierto, la vida que podías tener junto a nosotros la conoces. Mi madre no para de preguntar si sé algo de ti. Vente a casa y deja toda esta porquería.

—Sé que con tu madre viviría como una reina, pero me traicionaría a mí misma. Yo a tu madre también la quiero mucho, se ha preocupado por mí como nadie lo había hecho nunca. Pero de esta casa no me muevo.

La casa era lo más parecido a un estercolero. Además de oler fatal, había basura hasta el techo, la mugre era la dueña entre esas paredes.

—Tienes que irte, no quiero ni pensar si viene y te encuentra aquí.

—Sí, me voy, yo tampoco quiero crear problemas. Pero que sepas que nuestra casa es la tuya, siempre te estaremos esperando.

—Gracias, Vicente, y yo siempre estaré agradecida por lo que hicisteis por mí. A tu madre dile que me has visto, pero invéntate algo para que esté orgullosa de mí.

—Así lo haré, se va a alegrar mucho cuando le diga que te he visto y que estás bien.

Cuando ya salía por la puerta, Teodora me dijo que esperara, que quería que me llevara un recuerdo para mi madre:

—Espera, Vicente, dale esto a tu madre de mi parte, es un recuerdo mío.

Era una caja con algo muy pesado dentro, nos dimos un fuerte abrazo y unos besos. Yo prometí volver, a lo que ella se negó en rotundo asegurándome que sería ella la que me visitaría por razones de seguridad. Nos reímos un rato.

¡Qué cosas!

Me volví a casa por donde vine, entré en el metro y sin pasar por *La Mallorquina*. Estaba un poco aturdido, no sé si por el olor de esa casa putrefacta o por la preocupación de que a Teodora le pasase algo malo, que es lo más probable.

La caja que portaba pesaba como si llevara unos ladrillos. Cuando llegué a casa la dejé en la mesa de la cocina. Enseguida apareció mi madre para preguntarme cómo me había ido el día, como siempre, era un interrogatorio en toda regla.

—¿Qué traes en esa caja, hijo?

—Me lo ha dado Teodora para ti.

—¿Teodora? ¿La has encontrado?

—Más o menos, madre, está bien y vive como le da la gana. Me ha dado esto que no sé lo que es, dice que te echa mucho de menos.

—Y yo a ella, ya podía estar aquí, si no le faltaba de nada.

—Es una cabeza loca, es como un gorrión. Si lo enjaulas se muere.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, madre, que vive la vida que a ella le gusta, y nada más.

La di el regalo que me dio para ella, abrió la caja y sacando lo que contenía dijo:

—¿Pero, esto qué es? Si parece de oro, qué bonito.

—Déjame verlo, madre.

—Mira, es como una corona, tiene hasta piedras preciosas a los lados.

Al cogerla fue como coger algo que me quemara las manos. La solté otra vez dentro de la caja. Era una joya a lo bestia, no hacía falta ser un entendido para darse cuenta de que eso era una de las piezas del robo de la Armería Real.

—Pues si qué la va bien a Teodora. Esto tiene la pinta de costar muy caro.

—Sí, madre, esto es muy caro, más de lo que se imagina.

Enseguida me acordé de la noticia donde decían que faltaban piezas del robo por encontrar. Un escalofrío me recorrió la espalda. Esa corona debía costar una fortuna: cómo puede ser que Teodora me la diese así, sin más. Está claro que eso debía pertenecer al comisario, por lo cual el problema estaba servido, con el agravante de que esa pieza era una de las que estaría buscando la policía. Resumiendo, que eso no era un regalo, era un gran problema si nos pillaban con esa corona en casa. En principio, decidí no decir nada a mi madre, pero lo que tenía claro es que esa corona no podía estar en casa. Mi madre la guardó en su habitación, como lo que era, un tesoro.

A Teodora de vez en cuando le hacía llegar todo tipo de viandas, desde embutidos, conservas y demás productos de la casa, que recibía de buen agrado. Sobre la corona nunca quise decirle nada. Ya pensaré algo.

La Puerta de Sol a comienzos del siglo xx

«A una colectividad se le engaña
siempre mejor que a un hombre.»

Pío Baroja (1872-1956).
Escritor de la Generación del 98

Capítulo X

La corona de la Virgen del Carmen

Las manifestaciones se habían convertido en algo cotidiano algunas más violentas que otras, tanto que hubo mañanas que cerramos para evitar alguna tragedia. O las peleas con los carteristas, otra cosa que era el pan nuestro de cada día. También teníamos a los amigos del alcohol etílico, que empañaban el día con sus filosofías borrosas. Los que se hacían los locos para irse sin pagar, y demás fauna que nos hacían estar alerta hasta de nosotros mismos.

Alguien dijo que la miseria agudiza la mente, y creo que es por eso por lo que se han multiplicado los timadores, buscavidas, rateros y demás calaña en Madrid.

Y aquí, en *La Mallorquina*, por la gran afluencia de público, se había convertido en escenario idóneo para este tipo de maleantes. Las trifulcas con ellos eran cada vez más frecuentes. No sería la primera vez que algún empleado terminase con un ojo morado y la tienda vacía por culpa del alboroto.

Y cuento esto para justificar de alguna manera una decisión que tomé, y que voy a contar a continuación.

Una mañana apareció Zacarías, venía llorando porque había vuelto a perder su puesto de trabajo, esta vez por ser destituido el alcalde para el que prestaba sus servicios.

Estuvimos un rato hablando, él de su penuria y yo de los delincuentes que nos rodeaban. Dimos con la solución a ambos problemas, trabajaría en *La Mallorquina* como vigilante, sabía de buena mano que, con solo su presencia y la fama de haber trabajado con el comisario, los amigos de lo ajeno se pensarían dos veces el entrar aquí.

Me lo agradeció con un gran abrazo:

—Gracias Vicente, sabía que acabaríamos siendo camaradas.

—Camaradas no, ahora eres un empleado mío, no de *La Mallorquina*. Tu sueldo te lo voy a pagar yo, soy tu jefe. No confundas camaradería con formalidad. Tu labor es intentar acabar con esta panda de delincuentes que se nos cuelan a diario, ¿lo entiendes?

—Entendido, camarada, no te defraudaré.

—Bueno, veo que lo entiendes a medias. ¿Al alcalde le llamabas camarada?

—No.

—Pues a mí, tampoco. Ahora soy don Vicente, tu jefe.

—Entendido calma... don Vicente. ¿Cuándo empiezo?

—Cuando quieras.

—¿Mañana?

—Vale, por mí puedes empezar mañana mismo.

Cuando se lo conté a Enrique, me dijo, con razón, que si estaba loco.

—Te tenías que haber dedicado a hermanita de la caridad. No sé si será buena idea tener a un personaje de esa calaña entre la plantilla.

—No lo voy a poner en la plantilla de la casa. Estará a mi servicio, no lo vamos a poner en el libro de empleados. Necesitamos a alguien que frene la entrada de esta gentuza, y a Zacarías le conoce hasta Candelas. Solo con su presencia hará que más de uno se lo piense antes de entrar.

—Espero que no tengas que arrepentirte, Vicente, este tío puede ser más peligroso que los mismos cacos.

A Enrique no le quise decir que ya me estaba arrepintiendo, antes de que este Zacarías empezase con nosotros. Todo se andará.

A la mañana siguiente, cuando salía de casa camino de la Puerta del Sol, escuché unos pasos detrás de mí. Me volví, y allí estaba Zacarías, para escoltarme hasta el trabajo.

—Buenos días, camarada.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Habíamos quedado en que empezaba hoy.

—Sí, pero en *La Mallorquina*, yo no necesito guardaespaldas. Y no soy tu camarada, creo que te lo dejé muy claro ayer, soy tu jefe.

—Ya..., pero como estás amenazado por el comisario Bocanegra, pensé que mi labor era estar a tu lado.

Vamos, que mi trabajo empezaba en la puerta de tu casa.

—Tú también estás amenazado por el Bocanegra. Si aparece ¿qué hacemos? ¿Tú me proteges o yo a ti?

—Hombre, visto de esa manera no sabría que decir.

—Espero que te haya quedado claro, ni soy tu camarada ni eres mi escolta, tu labor es dentro de *La Mallorquina*.

—Joder, mi primer día, y mi primera bronca.

—Pues eso. Vámonos que es tarde.

—Si quieres, me voy por otra calle.

—¿Cómo te vas a ir por otra calle? Hoy nos vamos juntos.

A partir de mañana te vas derecho allí.

—Lo que mandes, cama... jefe.

Preferí acabar ese diálogo de besugos. Fuimos caminando por la calle Mayor, y él siempre iba unos pasos por detrás de mí. Me estaba poniendo nervioso, sería por eso que lo llamaban «la sombra» del comisario.

Con el tiempo la duda esa que tenía de haber acertado con contratar sus servicios se disipó. Hasta Enrique dijo con la boca pequeña que fue una buena solución. Los carteristas se cambiaban de acera cuando pasaban por nuestras puertas, Zacarías no dudaba un momento si tenía que sacar a pasear una mano para dar un guantazo al que se nos colaba. Conocía a la mayoría de ellos, y ellos le conocían a él. Pero siempre había algún confiado que salía con la cara morada. Ese día tampoco me perdí el encendido del alumbrado.

Cuando acababa la jornada por la noche, entre Enrique y yo terminábamos las cuentas de las ventas y de las compras, se apuntaba todo en el libro para dicho menester y hacíamos una copia para los dueños, por si acaso nos la pedían, cosa que nunca pasó. Jamás nunca nos pidieron cuenta alguna, incluso el día que se presentó don Pedro Balaguer, uno de los socios y fundadores de esta casa, al que solo conocíamos por el nombre.

Estuvimos hablando con él, nos dio la enhorabuena por la labor al frente de esta casa y nos anunció que se mudaba con toda su familia a Madrid, prometiendo visitarnos siempre que pudiera. Todo un acto de confianza hacia nuestro trabajo. Intentamos enseñarle los libros de cuentas y de personal y rechazó verlos, aludiendo que estaba seguro de que nuestro trabajo era inmejorable. Y eso puedo asegurar que así era, sobre todo por la labor de Enrique. Sin él, me habría sido imposible llevar esta casa. Se encargaba del pago, tanto del personal como de los proveedores. Estaba todo en el más riguroso orden. Además de ser un gran profesional, era un gran amigo y gran confidente, nunca he dudado en recurrir a él, por su buen hacer y su sabiduría.

Por eso es por lo que le conté lo que tenía en casa, me refiero a la corona de oro.

—No puedes tener eso en tu casa, es un objeto robado y de mucho valor, te puedes meter en un lío gordo.

—Eso ya lo sé, pero es que a mi madre no puedo decirle qué es realmente.

—Tu madre es muy dada a ayudar a los demás, convéncela para que la done, o la venda para alguna iglesia.

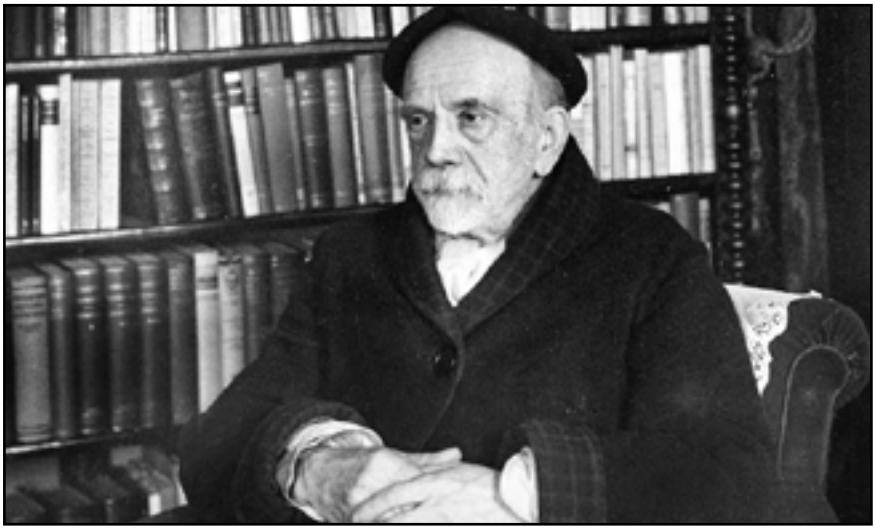
—Si la convenzo, sería una buena solución, pero tiene que ser a alguien que no la reconozca.

—En Madrid hay cientos de anticuarios que se dedican a este tipo de objetos. Pagan menos de lo que deben, pero tienes la ventaja de que el trato se queda entre los dos. Compran de todo, desde joyas hasta obras de arte a sabiendas de que son robadas.

—Yo no conozco a nadie que se dedique a eso.

—Te equivocas, conoces a las hermanas Polo, unas señoritas que suelen venir por las tardes, a veces vienen con el obispo.

—¿Don Prudencio?



Pío Baroja

—El mismo, ellas se dedican a las obras de arte y piezas de anticuarios, dicen que lo tienen como afición, que solo lo hacen para ayudar en obras de caridad de la iglesia.

—Pues podías tú hablar con ellas.

—Más difícil será convencer a mi madre, ya veremos.

Si eran pocas las preocupaciones, ahora había que sumarle otra más, y era la señorita Mari. Había días que en su caja no cuadraba el dinero. La diferencia era muy grande para que fuera una equivocación, todo estaba cobrado y marcado como dios manda, pero el dinero no estaba, y lo más extraño es que no era todos los días: unos días la caja salía bien, hasta el último céntimo, y otros faltaban hasta tres mil pesetas. Lo que se descartó desde el principio fue que ella se lo llevara, su bata como la del resto del personal no tenía bolsillos, y no se le veía hacer ningún movimiento para esconderse el dinero en alguna doblez de la ropa. Registramos todo alrededor de su caja: Ni rastro, en su taquilla nada. Hasta que decidí hablar con ella:

—En mi caja, ni falta, ni sobra. Tú sabrás que haces con las cuentas.

Esta mujer cada día estaba peor, había domingos, que era su día de descanso y se presentaba a trabajar, se sentaba en la caja sin cambiarse y no había manera de dirigirse a ella sin recibir una mala contestación. O cuando aparecía sin peinar, y muy maquillada, la

gente no dejaba de mirarla, incluso era pasto de alguna broma por parte de algún cliente, eso era ya para salir corriendo.

Se registraron mostradores, cajoneras, esquinas y los recovecos donde no llegaba la vista, nada de nada, el dinero no aparecía por ningún sitio.

Una tarde por fin, pude hablar con esas hermanas Polo. Se presentaron como Carmen, una de ellas y Zita la otra, venían solas.

—Nos ha comentado Enrique que tiene una pieza de gran valor que quiere vender.

—Sí, más o menos, es una reliquia y he pensado en venderla.

—Y, ¿de qué pieza se trata?

—Es una corona, no sé el valor que tendrá, pero por lo visto perteneció a un rey visigodo, un tal Recesvinto.

—Vaya, pues debe ser muy antigua, porque ese rey es del siglo VII.

—Sí, tiene muchos años, pero está en perfecto estado.

—¿Y cómo tiene algo digno de un museo en su casa?

—Pues... por herencias, van pasando de manos en manos hasta que ha llegado a mí.

—Y ahora la quiere vender, pero no será porque le haga falta el dinero, este negocio funciona de maravilla.

—Bueno no se confundan, yo solo soy un empleado, el negocio no es mío. En realidad, es mi madre la que quiere venderla. Tenemos una pensión en la calle San Nicolás, y quiere el dinero para emplearlo en reformar un poco la casa.

—Nosotras no sé lo que podremos ofrecer, pero no tanto como le puede dar un anticuario, incluso si esa pieza es original, hasta un museo no dudaría en darles lo que pidan.

—Enrique me habló de ustedes y prefiero vendérsela a alguien conocido, aunque la cuantía sea menor.

—Usted verá, pero posiblemente no podamos darle ni la mitad de lo que vale. La mayoría de estas piezas las donamos junto a don Prudencio, para beneficio de la iglesia, por lo cual nosotras no sacamos más que el agradecimiento por el donativo.

—Ya les digo que la cuantía es lo de menos. Tampoco la voy a regalar, pero lo que me ofrezcan lo recibiré de buen gusto.

—Parece que se quiere deshacer de esa corona como si le quemase las manos.

Me estaban poniendo nervioso con tanta duda y tanta pregunta.

—Además, mi señora madre solo quiere que se venda para una buena causa, y como ustedes dicen, es para beneficio de la iglesia. Si fuera de otro modo, no creo que mi madre accediera a venderla.

—Hablaremos con don Prudencio, estamos seguras de que estará interesado. Es un gran entendido en este tipo de piezas religiosas. Además, sabe reconocer si las piedras preciosas de esa corona son auténticas y su valor.

Se marcharon, las invité a esa merienda en el salón, pero no recuerdo haberles comentado nada sobre si la corona tenía piedras preciosas. Eso me puso en alerta, y le dije a Enrique que no me fiaba un pelo de esas señoritas. Por lo cual decidí no venderles la corona por mucho dinero que me ofrecieran. Antes la tiro al Manzanares.

Esperé a que volvieran, y no tardaron, pero esta vez venían acompañadas del obispo. Me senté con ellas, con intención de anular esa venta.

Habló primero don Prudencio:

—Bueno, alégrese, que estamos muy interesados en la adquisición de esa corona visigoda. Será una buena inversión para nuestra labor que tanto nos cuesta sacar adelante.

—Pues lo siento, siento decirles que ahora mi madre se niega a venderla, dice que es una reliquia familiar y que se sentiría mal si se deshace de ella.

Noté las miradas como agujas.

—Pues ha sido usted el que nos ha buscado a nosotros —dijo el obispo.

—Ya les digo, que lo siento mucho.

—Nos ha costado mucho conseguir el dinero para comprar esa corona, incluso, ya tenemos comprador. Ahora sería de mal gusto que se echara atrás en este trato. Creo que debería hablar con su madre y convencerla, es para una buena causa. ¿No nos dijo que su madre estaría conforme si se destinara a la ayuda de gente necesitada? —Esto lo soltó de muy mal humor Carmen.

—Tienen razón, intentaré hablar con ella, pero no les prometo nada, conozco a mi madre y sé que me costará convencerla. —Esto dije viendo la encerrona en la que me encontraba. Estaba claro, que querían esa pieza. Incluso pensé que sabían qué pieza era esa corona

que faltaba del robo a la Armería Real. Y estaba seguro de que, de negarme rotundamente a vendérsela, tendría problemas. Hay que joderse, en el lío que me ha metido esta Teodora, la madre que la parió.

—Tiene que hablar con su madre lo antes posible, no podemos perder a ese comprador, es un anticuario ruso, y esos no se andan con juegos.

Se dedica a la compra de objetos de ese tipo.

—Cállate, Zita, deja de decir tonterías, qué más da quién sea el comprador. —Interrumpió Carmen a su hermana que se había disparado en los detalles del posible comprador.

Ahora es cuando me di cuenta de que o les vendía la corona a esta gente, o tendría problemas. Aun así, no sé por qué lo hice, no les prometí nada de nada. Se marcharon con cara desafiante, hasta Enrique después de contárselo, me aconsejó que me deshiciera de esa puta corona.

A mi madre ni mu, la corona me la puedo llevar del mismo modo que la traje. Estuve esperando la visita de estas brujas durante varios días, pero ni la más mínima referencia de ellas, y eso me extrañó. Lo mismo ese ruso, al que se la querían endosar, se ha cansado de esperar.

Llegué a pensar que el lío de la corona se había resuelto solo, nada más lejos. Y lo digo por lo que voy a contar ahora mismo, y de la mejor manera posible, porque es para mear y no echar gota.

Era domingo, por la mañana, y para empezar nada mejor que la señorita Mari, que se presenta a trabajar siendo su día de descanso.

Intentamos por todos los medios convencerla de que se fuera, que era su día de descanso, pero no paraba de maldecirnos y de insultar a todo lo que se le ponía por delante. Encima iba vestida y maquillada como si fuera a una audiencia de palacio. Que haga lo que quiera, les dije a todos. Por lo cual se sentó en su caja con la ropa de calle que traía. Había más de uno que se lo tomaba a risa, pero esto ya se pasaba de lo gracioso a lo preocupante: Madre mía.

Y hablando de madres, ahora toca contar, lo prometido. Al poco rato, de esa misma mañana de domingo, apareció mi señora madre para rizar el rizo.

—¿Qué hace aquí madre?

—Vengo a buscarte para que me acompañes a misa.

—Pero madre, sabe de sobra que yo no tengo nada con los santos y menos con los curas.

—Ya lo sé, hijo, pero hoy tienes que acompañarme.

Nos vamos a la iglesia del Carmen, tengo una sorpresa para ti.

—La sorpresa es que yo vaya a misa.

—Vamos, Vicente, tienes que venir conmigo, es solo un rato de nada, seguro que no te echan en falta.

—No es por eso, es que la iglesia y yo no nos llevamos muy bien.

Los que estaban escuchando la conversación que tenía con mi madre, se pusieron de parte de ella, invitándome a que la acompañara, que si no lo hacía es porque era un mal hijo. Vaya tela.

Salimos camino de la dichosa iglesia del Carmen cogidos del brazo como dos novios. Al llegar a la puerta, vi que había más gente que en la guerra esperando que se abrieran esos enormes portones, más dignos de una fortaleza, que de la casa del Señor, como dicen los feligreses.

No tardaron en rodearnos, eran lo que parecían, las amigas de mi madre, con las que compartía los

«mea culpa», rosarios y amenes.

—Este es mi hijo, Vicentín, el jefe de *La Mallorquina*.

Esto lo repitió veinte veces.

—Ya vale, madre, pare un poco.

Hasta un mendigo que estaba sentado en las escalinatas se acercó para conocerme. Mi madre sacó el monedero y le dio unas monedas.

—Gracias, doña Angustias, que dios se lo pague.

Yo creo que de las más de cien personas que se agolpaban allí para entrar todas me estaban mirando.

Por fin abrieron esos portones y entramos como entran los cabestros en las cuadras. Mi madre fue directa a una especie de pilón donde aseguraba que era agua bendita, se mojó los dedos y se hizo la señal de la cruz en la frente. Me miró, y con un gesto me invitó a que hiciera lo mismo que ella, claro está, que me negué con una mueca de desagrado.

Lo siguiente, como ritual que es, encendió una vela y metió unas monedas en un cajón de madera junto a este manojo de velas. Yo ni me acerqué, por si acaso.

De ahí nos dirigimos hasta la segunda fila de bancos, y nos sentamos como si ya tuviéramos reservado de ante mano ese sitio. No paraba de entrar gente, hasta el punto de agolparse a los lados de la iglesia y alrededor de los bancos. Ese olor característico de las iglesias, unido al murmullo de los allí asistentes atontan al más cuerdo.

De lo que me di cuenta es que la mayoría se conocían, porque cruzaban las miradas y se saludaban con un asentimiento con la cabeza a modo de reverencia.

Seguro que mañana se repite lo mismo, y pasado, y al otro, y al otro...

—¿Cuánto tiempo hace que no entrabas en una iglesia, hijo?

—No lo sé, madre, pero no crea que estoy preocupado por eso.

—Eres un pecador, y ya tendrás tu castigo, todo el mundo termina pagando, es el castigo divino.

—Pues si es divino, no creo que sea tan malo, madre.

A los pocos minutos la iglesia estaba hasta los topes, había gente de pie por los lados y la parte de atrás. Se oía un murmullo como un enjambre de abejas. Tanto el cura como los monaguillos que le arropaban, aparecieron de la misma manera que aparecen sobre el escenario las compañías de teatro dispuestas para empezar su actuación. El cura se colocó detrás del altar, cabizbajo y pensativo, con ese atuendo blanco, meditando la manera de sermonear a todos esos fieles, para encaminarlos a los intereses eclesiásticos. Mientras, los monaguillos se colaban entre los bancos y la gente que permanecía de pie, de la misma manera que se mueven las lagartijas, repartían estampas de la Virgen del Carmen con una mano, y con la otra sujetaban un cestillo donde recogían una aportación por dicha estampa. El monaguillo que nos tocó era un enano con cara de pillo, mi madre cogió dos estampas, una para ella y otra para mí, que me la dejó en el regazo, echó unas monedas en ese cestillo rebosando de monedas. Vaya negocio pensé, mi madre ya tenía el monedero vacío. Cogí la estampa y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta.

—No, no la guardes, mírala bien y luego mira la talla de la Virgen que está detrás del altar.

La volví a sacar y miré la estampa por delante, donde figuraba una réplica de la talla de la Virgen y por detrás tenía una especie de oración dedicada a ella.

—¿No ves nada, hijo? Fíjate bien.

—Pues no madre, no sé qué tengo que ver y en qué tengo que fijarme.

—Mira la Virgen, su cabeza, y mira la estampa, ¿no ves la diferencia?

Volví a mirar la estampa y la talla varias veces para ver esa diferencia a la que se refería mi madre. Y la vi, vi la diferencia, pensé que se me iba a salir el corazón por la boca, si entra el mismísimo demonio por ese altar no me llevo ese sobresalto tan grande.

Esa talla de la Virgen del Carmen tenía en la cabeza la maldita corona robada. ¿Pero qué coño hacía la corona ahí?

Fue tal mi asombro y mi enojo que no pude evitar que saliera de mis adentros una maldición:

—Me cago en la puta Virgen.

Ese murmullo de abejorros enmudeció, dando paso a los pocos segundos a recriminaciones de todos los asistentes. De no estar en la casa del Señor como ellos, seguro que me hubieran linchado allí mismo.

El cura dejó de meditar y levantó la cabeza clavándome su mirada como un sable, hizo un gesto con la mano y el monaguillo enano se abalanzó sobre mí, con una fuerza más acorde a un tipo grande que a un enano, me sacó cogiéndome del brazo de entre los bancos. Mi madre se quedó allí sentada tapándose la cara con las dos manos. No me dio tiempo de arrastrarla conmigo.

—Si no se encuentra bien es mejor que salga fuera y le dé un poco el aire. —Me dijo el enano mientras me empujaba hacía la calle.

Cerró aquel portón y me quedé allí de pie como un gilipollas, tenía la cabeza en blanco.

¿Cómo se le ha podido ocurrir a mi madre poner eso ahí? Es un objeto robado, si alguien la reconoce ya podemos correr.

Me encendí un cigarrillo para tranquilizarme, me alejé de esa puerta para evitar que a la salida de misa me quemen como en la *Santa Inquisición*. El que se me acercó es el que pedía limosna en la puerta.

—¿Me invitas a un cigarro, Vicente?

Se lo di y, según lo encendía con una cerilla me dijo:

Virgen del Carmen

—Vaya huevos, Vicente, te has ganado el pase al infierno en un momento.

—Váyase a la mierda.

Esperé frente a la iglesia a que saliera mi madre. Cuando salía todo ese tumulto de borregos la busqué con la mirada, ella me vio y se dirigió hacia mí como las hienas a por su presa.

—Eres el mismísimo *Belcebú*, he pasado el peor rato de mi vida.

Tenía los ojos y la cara con señales de haber estado llorando.

—Pero madre, ¿cómo ha llegado la corona ahí?

—¿A mí me lo preguntas? Tú sabrás en los líos que andas metido, y ese trato con la Hermandad del Corazón de María y el obispo.

—¿Qué Hermandad? Yo no conozco ninguna Hermandad de las narices.

—¿Como que no las conoces? Vinieron a casa, venían de tu parte, el obispo y dos señoritas, me contaron todo lo del robo a esa Armería, llevaban hasta unos recortes de periódico donde lo ponía bien claro.

—La madre que las parió.

—Me asustaron diciéndome que podíamos acabar en la cárcel, y que te querías deshacer de la corona cuanto antes. Me prometieron usarla para fines religiosos, y para ayuda de necesitados.

—Y entonces, ¿por qué está ahí, en esta iglesia?

—Por lo visto el museo de donde la han robado les va a dar una recompensa por encontrarla y hasta que la recojan la tienen expuesta en esa talla en agradecimiento.

—Esas son un par de brujas y el obispo un ratero del tres al cuarto.

—Sí, sí, pero ya me estás contando cómo teníamos eso en casa, ya me contarás de dónde lo has sacado y en los líos en los que andas metido.

—Me la dio Teodora.

—¿Teodora, dónde está?

—No lo sé, pero anda en su mundo, rodeada de delincuentes, lo que a ella le gusta. Me la dio para ti, yo no sabía que era un objeto robado. Por eso decidí vendérsela a esas brujas, pero viendo que me podía meter en un problema las dije que no se las vendía.

—Pues me asustaron mucho, con eso de la cárcel y que podíamos ser cómplices de un robo, y no sé qué más. Pero cuando les di la corona me felicitaron y hasta el obispo me dio un beso en la frente.

—Qué hijos de..., aunque creo que mejor así. Nos hemos deshecho de ese artilugio que a nosotros no nos valía para nada.

Nos fuimos caminando hacía la Puerta del Sol, igual que vinimos, cogidos del brazo y sin abrir la boca.

Lo que tengo claro es que sabían desde un principio que la corona era la robada en la Armería Real, y yo se lo puse fácil para que se la llevaran sin gastarse un céntimo. Y claro queda que los recursos del clero para el engaño son infinitos.

Llegamos a la puerta de *La Mallorquina*, me despedí de mi madre que se fue a casa y yo para adentro. Y como dije antes, este domingo era para enmarcarlo. Julián me contó que la señorita Mari se había vuelto medio loca, que había roto media vajilla, que no paraba de gritar que la estábamos explotando, que era su día de descanso y no sé qué más burradas.

—¿Dónde está?

—Se ha ido, iba llorando como si la estuviéramos matando.

—Joder, vaya domingo.

Era una situación que se me iba de las manos, no sabía qué hacer con la señorita Mari. Vamos a terminar todos más locos que ella.

Había días que faltaba bastante dinero en su caja, la vigilábamos hasta cuando iba al aseo, pero nada. Seguimos registrándolo todo; cajones, rincones, estanterías, hasta levantamos unas maderas de la barra en busca del dinero. Un día de los que más faltaba, una de las señoritas cajeras con la excusa de tomarle medidas para el nuevo uniforme la cacheó disimuladamente y ni por esas, ella estaba claro que no se lo llevaba.

No hacía más que decir que quería hablar con don Juan Ripoll, y eso que estuvo en primera fila en la misa que le dimos cuando falleció.

En las cartas que mandaba a los otros socios de esta casa, las familias Coll y Balaguer les terminé contando lo de la señorita Mari, para que me ayudaran. Me contestaron que lo dejaban todo en mis manos y que aprobarían de buen agrado lo que decidiera. Pues vaya ayuda.

Terminamos registrando hasta el vestuario de los hombres entre Andrés y yo. No dimos con el dinero, pero vimos unos zapatos con señales redondas en la plantilla del tamaño de una moneda. Alguien se estaba metiendo dinero en el zapato para llevárselo, al día siguiente. Averiguamos quién era el dueño de esos zapatos y se le puso de patitas en la calle y descalzo.

Por mediación de mi madre, hablamos con un convento que hay muy cerca de la Plaza Mayor, donde aseguraron poder atender a la señorita Mari de la mejor de las maneras. Lo malo sería convencerla, más sabiendo como era. También aseguraron que eran maestras en ese tipo de trato, que la convencerían sin problema.

Luciano, cuando se enteró, nos puso en alerta con esos cuentos tan fantásticos que nadie sabe de dónde los saca; que, si maltratan a los ancianos, que se quedan con todo, de niños muertos y que en vez de enterrarlos los meten entre las paredes y los dejan ahí tapiados, por ser hijos de las monjas y de los curas, de asesinatos de novicias y violaciones de curas. Vamos, que se podía dedicar a escribir novela negra este Luciano. Parece que no le hizo mucha gracia que lleváramos a la señorita Mari a ese convento.

—Yo, antes de que me encierren en una cárcel de monjas, me tiro por el Viaducto.

Pero no había más remedio, ya es sabido mi poca afinidad con el clero, pero la señorita Mari era soltera de nacimiento, por lo visto hija única y sin familia conocida. ¿Quién se haría cargo de ella? Si por lo menos estuviera cuerda, se le podía poner una asistenta, pero según estaba y el deterioro que sufría día a día, en poco tiempo no iba a saber ni como se llama.

Como ya he dicho en varias ocasiones, yo a esta mujer la he querido como a una madre, y siempre que me acuerdo de ella siento un remordimiento de no poder haber dado un final mejor a esta gran persona.

Al final hicimos de tripas corazón y hablamos con las monjas. Se harían cargo de ella, nos aseguraron tener buenos médicos y buenas

enfermeras especialistas en casos de demencia senil, como era el caso de la señorita Mari.

Nos enseñaron las habitaciones, el patio enorme con un gran jardín y una fuente en el medio de la que no salía agua desde hacía siglos. Las cocinas, porque tenían tres, una sala de baile con un piano de cola y una habitación enorme que hacía las veces de consulta médica.

Después de esa visita turística al convento, nos pasaron a la oficina de la que debería ser la madre superiora. Y allí nos estaba esperando, sentada tras una gran mesa llena de libros de contabilidad y fotos de mi amigo el obispo don Prudencio.

—Siéntense, espero que les haya gustado nuestras instalaciones.

—Sí, nos han gustado mucho, sobre todo ese jardín, está precioso. —Dijo mi madre.

—Pero ustedes no son familia de ella.

—Como si lo fuéramos, solo nos tiene a nosotros.

—Me alegro mucho, no todo el mundo tiene buen corazón para ayudar a los demás.

—Nos duele mucho verla así, la verdad es que no se lo merece, siempre ha sido muy buena persona, la queremos mucho.

—Pues han elegido la mejor opción para ella, aquí también tratamos a nuestros mayores como una familia, no les falta de nada, medicinas, buena comida, ropa, productos de aseo, atención por parte de las hermanas y sobre todo el cariño que se merecen es sus últimos días.

Yo estaba callado, pero enseguida vi por dónde y adónde quería llevar esa monja la conversación. Y no me equivoqué.

—Como han podido observar, a este convento no le falta de nada, pero para que esto sea así necesita de un aporte económico enorme, y un inquilino más supone más gasto, por eso siempre pedimos a las familias que, si pueden, aporten algo como ayuda. Está claro que no todo el mundo puede, sé que la economía de la gente no es la misma que pueden tener ustedes al regentar dos negocios, y le deben de dar gracias a dios por esa suerte.

Me quedé dándole vueltas, ¿cómo esta monja de los cojones sabía de la pensión de mi madre y de que yo regentaba otro negocio?

—Sí, tiene razón madre, hemos tenido mucha suerte gracias a dios.

—Encima, mi madre no se daba cuenta de que nos iban a sacar los ojos.

—Tengan, en este papel les he anotado lo de las aportaciones, y en este apartado se les explica cómo hacer algún donativo. No es obligatorio, pero cuando no es el tejado son las paredes, o como ahora es el caso, renovar la capilla que se nos cae a trozos.

Cogí ese papel que más parecía una factura donde detallaban de muy buenas maneras lo que costaría tener entre aquellas paredes a la señorita Mari. Cuando vi la cuantía a pagar anualmente –eso lo hacen por si se muere a mitad de año —no dudé en preguntar:

—Pero, ¿la reparación de esa capilla la voy a pagar yo solo?

—Qué buen humor tiene, Vicente.

Ganas me dieron de tirarle ese papel a la cara y salir de allí. Pero a ver qué haces. Si vas otro sitio seguro que es más de lo mismo. Por lo cual la señorita Mari ingresó en ese convento del que no recuerdo el nombre, pero allí se quedó sin saber dónde estaba. Mejor.

Al estar en la calle Mayor, recibía visitas de casi todos los empleados de la casa y de algún cliente de toda la vida, y es que a la señorita Mari la quería todo el mundo. Quien iba casi a diario era Luciano, pues siempre ha tenido mucha afinidad con ella. Y fue este mismo el que nos alertó, otra vez, de que hacían firmar a los ancianos papeles para quedarse con sus posesiones, desde terrenos en los pueblos, hasta caseríos de esos que no se abarcan con la vista.

Esta vez, no sé por qué, me hizo preocuparme. Y cogí a Luciano y a uno de los chavales de la tienda y nos dirigimos a la vivienda de la señorita Mari, en el barrio de La Latina.

Subimos la escalera hasta el segundo piso, con la intención de abrir esa puerta y cambiar la cerradura. Sabíamos que fue la casa de sus padres, donde hasta ahora vivía sola.

Pero cuando intentamos forzar la cerradura, oímos que dentro había alguien. Decidimos llamar al timbre. Nos abrió un hombre, con un bebé en brazos.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Qué coño, ¿quién es usted que llama a mi puerta?

—¿Su puerta? Esta casa no es suya, y no sé qué hace aquí.

—Hombre, mía no es, pero pago religiosamente el alquiler, no te jode. A ver si resulta que va a ser suya.

—Esta casa es de un familiar mío, y que yo sepa no se la ha alquilado a nadie.

—Venga, hombre, esta casa pertenece a la Ayuda Social, qué va a ser de un familiar suyo. Márchese si no quiere que les saque yo de aquí a patadas.

—Espere, no cierre. Deje que le explique.

Empecé a contarle lo de la señorita Mari, y pareció que se calmó un poco. La verdad es que era un mostrenco, en cuerpo y alma. Conseguí por la buenas que nos enseñara el contrato de arrendamiento, venía el nombre del mostrenco como inquilino y un nombre que yo no había oído en mi vida como arrendador quien además, figuraba como dueño y amo de esa vivienda.

—Se convencen, esta casa no es de ningún familiar suyo. A no ser que sea una monja. —Dijo esto como si hubiera contado un chiste, pero solo se rio él.

—¿Una monja?

—Es que para estas casas el contrato se firma en el convento de la calle Mayor, uno que está...

—Sí, sí, sé qué convento es. No hace falta que me dé la señas.

Nos fuimos escaleras abajo, pensando que si la señorita Mari ve aquella casa, en la que nació y en la que vivió, en el estado en la que la tenía aquel mostrenco, y ocupada por gente así, se morirá.

Yo iba decididamente camino del convento para pedir explicaciones y ponerlos de vuelta y media por ladrones. Seguro que le hicieron firmar para ceder todas sus pertenencias a ese puto convento. Pero Luciano me dio el alto:

—Ni se te ocurra, piensa que la señorita Mari está ahí dentro, no quiero ni pensar lo que le pueden hacer si les haces algo.

—Pero, qué dices Luciano.

—Yo lo he contado muchas veces, os creéis que son cuentos que me invento, pero no, es pura realidad. Si entras en ese convento para liarla, tomarán represalias con la señorita Mari, son capaces de torturarla.

Me costaba dar crédito a esas historias, pero desistí de ir. Por si acaso.

Se quedaron con la casa de la señorita Mari y con todos sus ahorros. Me imagino, que quien este leyendo esto, pensará que no he descubierto América. Que está práctica la lleva haciendo la iglesia desde que el mundo existe. Pues, amén.

Café Pombo

Café Levante

Café Gijón

«Lo que más indigna al charlatán,
es alguien silencioso y digno.»

Juan Ramón Jiménez (1881-1958).
Poeta y Nobel de Literatura

Capítulo XI
Noche de brujas

Don Alejandro andaba por Madrid en asuntos de partido y no perdió la oportunidad de visitarnos. Estuvimos en el salón hablando de todo. Entre algunas cosas, de la dictadura que se nos echaba encima por lo visto por parte de un tal Primo de Rivera, un militar de malas pulgas y de los de liar guerras por donde pasa.

Le conté lo de la señorita Mari y el lío de la corona, con esto último le dio la risa.

—El clero y los militares, buena mezcla, Vicente. Son el futuro de este país, ya te avisé que estábamos jodidos, a esa gente no se la puede vencer de frente.

—¿Y vosotros? La gente de izquierdas, los republicanos... ¿no vais a hacer nada?

—Con salvar la cabeza ya tenemos trabajo, nuestro sentido común es su peor enemigo.

Y en eso hay que darle la razón a don Alejandro, el poder y el clero, de siempre a los que más han temido es a los librepensadores.

La verdad es que estábamos rodeados, no había escapatoria, poco a poco se estaban instalando en el poder, y lo peor estaba por llegar. En el día a día, yo mismo notaba un ambiente enrarecido, la gente discutía por todo. Y como decía don Alejandro, les interesa que estemos enfrentados entre nosotros, temen que hagamos piña.

Por donde me pasaba de vez en cuando es por la iglesia del Carmen, echaba un vistazo rápido para ver si la corona seguía ahí. No sería una sorpresa el día que desaparezca de la cabeza de esa virgen.

Pero la sorpresa fue encontrarme esa tarde en el salón con esas dos brujas de hermanas Polo. Ahí estaban tan tranquilas y con la desfachatez de saludarme con una sonrisa cuando me vieron.

Me acerqué a su mesa y sin decir ni hola, me senté con ellas.

—¿Aún tienen el desparpajo de venir aquí?

—No sea burro, Vicente, analice la situación desde un principio, debería estar agradecido.

—¿Agradecido? Engañan y amenazan a mi madre para agenciarse esa maldita corona, la asustan con no sé qué líos de acabar en la cárcel, y me dicen que debo estar agradecido.

—Les hemos quitado un problema de encima, esa corona era una pieza robada, no hubieran podido venderla en la vida. De esa colección aún faltan algunas piezas, pero le puedo asegurar que aparecerán todas, como su corona. Además, se le notaba que estaba deseando deshacerse de ella.

—Pero no de esa manera, creo que no hacía falta amenazar a mi madre, ya les dije que hubiese llegado a un acuerdo con ustedes.

—Pero, Vicente, si empezó usted con mentiras y líos que eso no había manera de creérselo; que si una herencia, que ahora la vendo y luego no. ¿Qué esperaba hacer con esa corona?

—Devolverla al museo de donde salió, cosa que ustedes no han hecho.

—Todo tiene un trámite, había una recompensa por devolverla, pero no para cualquiera, nosotras nos dedicamos a este tipo de reliquias y no dudaremos en devolverla como usted dice, pero todo a su debido tiempo. Ahora está custodiada por la iglesia.

—No me creo que ustedes no saquen nada con esto.

—Pues créaselo, hemos evitado muchos problemas, no solo a usted y su madre, esa corona tenía que aparecer de alguna manera.

—No lo entiendo, solo sé que tienen un modo de hacer las cosas muy extraño. Sabían desde un principio que se trataba de esa corona, y no me dijeron nada.

—Ya le he dicho, que el primero en no contar la verdad fue usted, nosotras le seguimos el juego, pero cuando se negó a vendernos la corona es cuando decidimos ir por ella. Lo sentimos, pero hay mucha gente detrás de esto, que de no ser por nosotras ahora...

Un joven Franco

—No me digan que están encubriendo a los autores del robo.

Me miraron sin decir nada. Ya me iba a levantar, cuando apareció un joven vestido de militar, se sentó con nosotros sin decir nada, saludó a las dos y luego me miró a mí y me dijo:

—Usted debe de ser Vicente, el gerente de esta casa.

La voz de ese militar hacía juego a su escasa estatura.

Me tendió la mano, y nos saludamos, me dio la enhorabuena por mi labor al frente de esta casa, se pidió un café y me di cuenta de que lo mejor era levantarse, no estaba de humor para formalidades.

Me despedí de aquel trío de ases, y me metí en la oficina más cabreado que un mono. Me impresionó ese militar bajito, tenía más medallas y chapas en la pechera que una caja de cervezas. Estas tías tienen de su lado a lo más alto del clero y del ejército. Ni Enrique tenía la menor idea de que esas brujas sin escoba eran unas timadoras de guante blanco.

Pero le sorpresa nos la dio Zacarías. Entró en la oficina para recoger unas monedas para el cambio de las cajas:

—Vicente, ¿de qué conoce a esas señoritas?

—En realidad de nada, que me han tomado el pelo y nada más, ¿por qué?

—Sí, en eso son muy buenas.

—Pero, ¿es que las conoces?

—Claro, son Carmen y Zita Polo, dos jóvenes asturianas de buena familia. Las conozco desde que eran unas crías. Y el militar que las acompaña es Francisco, hijo de Nicolás Franco.

—¿El amigo del comisario Bocanegra?

—Ese, con el que robó en la Armería.

—La madre que las parió. Por eso me dijeron que había más gente detrás de ese lío de la corona.

Para tapar al padre de este militar.

—Ese militar es el novio de una de ellas, de Carmen. Pero no tiene relación con su padre desde hace años, al que echaron de casa por golfo.

Se rio Zacarías como si hubiera contado un chiste.

—Por eso les corría prisa apoderarse de la corona, si aparece el nombre del padre de ese militar y lo relacionan con el robo, mancharía su carrera castrense.

—Es que a pesar de lo jóvenes que son, son muy listas y muy inteligentes.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Tienen mucha mano en los obispados de Madrid y de Asturias, hacen donaciones a cambio de terrenos y caseríos que hereda la iglesia y que no pueden mantener. Y él, es el militar más joven de Europa en su categoría.

Ahora todo encajaba, de descubrirse lo del robo la carrera de ese militar podía quedarse mermada, y más con la proyección que parecía tener, y eso a ellas les tocaba en parte.

Y como era de esperar una de esas tardes en las que me asomaba a la iglesia del Carmen, vi que la corona ya no estaba, ahora tenía la original.

Me acerqué hasta la talla y me quedé mirándola, miré a la Virgen y al niño que tenía en brazos, que supongo debería ser su hijo, pero si es su hijo cómo puede ser que sea virgen, nunca entenderé eso. Estaba ahí mirando de frente esa talla, como esperando encontrar una respuesta a todo ese lío de la corona, y el por qué había estado ahí expuesta, cuando noté que no estaba solo, tenía a mi lado y mirándome al monaguillo enano.

—¿Dónde ha ido a parar la corona?

—¿La corona? Si la tiene puesta.

—Esa no, la otra, la que tenía hace unos días.

—No lo sé, siempre tiene la misma.

Además de enano, gilipollas.

—Quiero hablar con el párroco.

—Está ocupado, ahora no se le puede molestar.

—Me da igual, o me llevas o te meto una que no te conoce ni la Virgen esa.

Me quedé con las ganas de darle un guantazo, sobre todo por lo del otro día.

Al cabo de un rato me recibió el párroco en su despacho. Al principio no soltaba prenda, no entendía o no quería entender.

—Esa corona estaba aquí de paso, creo que era una donación a no sé qué iglesia.

—¿Y ahora dónde está?

—Eso no lo sé, se la llevó don Prudencio. Vino acompañado de las señoritas Polo, me dijeron algo sobre el obispado de Asturias, pero nada más.

—Vaya par de brujas.

—Le recuerdo que está en la casa del Señor, ese vocabulario lo deja para cuando salga de aquí.

—Perdón. Pero es que se me llevan los demonios... perdón otra vez.

No sé por qué, pero le conté todo el lío de la corona, y por la cara que ponía de asombro no tenía ni idea de nada.

—Qué me está contando ¿que hemos tenido aquí un objeto robado? Perdone que no le crea, pero estamos hablando del obispo de Madrid.

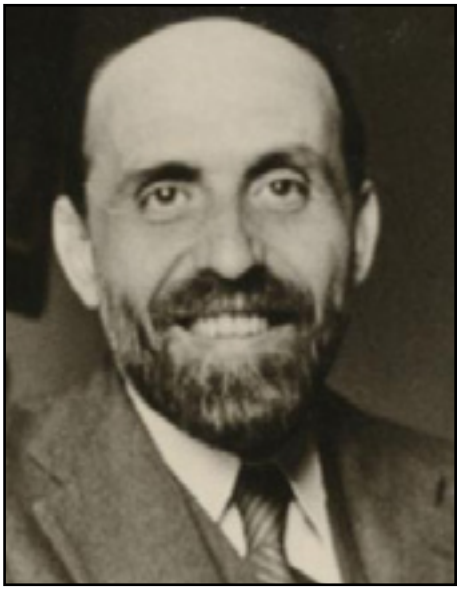
—Pues créaselo.

—Y ellas, esas señoritas que no paran de ayudar a la iglesia y a los pobres. No, no puede ser.

—Bueno, ahora ya da igual.

Me levanté para marcharme, el párroco se levantó a la misma vez que yo, y tendiéndome la mano me dijo:

—De todas maneras, si se entera de algo, venga a contármelo, me he quedado en ascuas de saber más.



Juan Ramón Jiménez

Vaya, me dice que no se cree nada de lo que le había contado y ahora me dice que quiere saber más. Qué gente.

Cuando salí de ese despacho me dirigí hasta el altar para salir a la calle por donde había entrado, volví a mirar hacia la talla de la Virgen, y oí un ruido entre los bancos. Ahí estaba ese monaguillo enano, entre dos filas limpiando de rodillas. Me acerque despacio por detrás y le metí una patada en el culo que hizo que saliera como un cohete.

De vez en cuando mi madre y yo visitábamos a la señorita Mari. Las monjas nos decían que estaba de maravilla, pero yo la notaba algo rara, la expresión de su cara había cambiado, y había envejecido muy deprisa. Algún domingo que otro nos la llevábamos a Cercedilla para pasar el día con ella fuera de esas paredes. La verdad es que nos venía de maravilla pasar el día fuera de nuestros quehaceres diarios, a los tres.

Ya por la noche la dejábamos otra vez en el convento y yo me iba a *La Mallorquina* para cerrar las cajas. Esa noche entré en la oficina y vi que había una maleta vieja, de esas de cartón piedra. Llamé a unos de los camareros para preguntarle qué pintaba esa maleta en la oficina.

—Se la han dejado olvidada en el aseo de caballeros, y Zacarías la ha metido aquí.

—Qué cosa más rara. Bueno, la dejaremos aquí durante unos días por si vienen a reclamarla.

La maleta se quedó en la oficina hasta el punto de que ya ni nos acordábamos de ella, hasta que nos llegó una carta desde Barcelona haciendo alusión a esa maleta. La carta que venía sin remitente, aseguraba que la maleta se dejó en el aseo a propósito, y que dejarían otra si seguíamos apoyando cierto tipo de régimen monárquico.

¿Apoyando? Si aquí no hacemos más que atender a los que entran, sean del bando que sean.

Pero esa maleta ya me dio mala sensación desde el principio, llamé a Zacarías para que la abriera.

La abrió muy despacio, se quedó mirando el contenido con la maleta medio abierta, y de pronto gritó:

—¡Joder! ¡Es una bomba!

Enrique y yo dimos un salto, estuve a punto de saltar por la ventana.

—Tranquilos, tranquilos, no tiene carga, solo tiene el mecanismo montado. Vaya susto.

¿Susto? Casi se me sale el corazón por la boca, y Enrique estuvo todo el día visitando el aseo.

Zacarías se la llevó a la policía, donde le aseguraron que la maleta pertenecía a los anarquistas. Y nos invitaban a tener mil ojos si alguien dejaba algo olvidado.

Pues vaya, lo que nos faltaba, no sé si el rey sigue viniendo como asegura Paulino, pero ya le diré que se busque otro sitio donde tomarse sus vinos, no sea que le dejen una maleta debajo de su mesa.

Lo que nos aconsejó la policía es que no hablásemos del tema con nadie. Si se corre la voz sobre la bomba la clientela antes de entrar se lo pensaría dos veces. Tenían razón y así lo hicimos. Y por suerte esto se ha quedado en una anécdota más.

De hecho, a los pocos días tuvimos una reserva de lujo, una reserva médica.

Era del mismísimo José Ortega y Gasset, vinieron más médicos y varios periodistas, también se encontraba en Madrid un tal Albert Einstein, un tipo raro que no había visto un peine ni en pintura. Fue una cena copiosa y el final con los licores, apoteósico. Más de uno dejó la cena en el retrete, y más de otro tuvo que ser ayudado para bajar las escaleras.

Y lo que me hizo mucha gracia, es que, si son la mayoría físicos y matemáticos no sepan que bebiendo así, acabas matemáticamente con el físico hecho un asco.

Pero ese día fue muy bueno, y no solo por los ingresos de esa cena, por la promoción que nos hicieron los periódicos. En una de las fotos estoy yo con esa panda de médicos y el de los pelos.

Son legados que nos van dejando y que tenemos que guardar como oro en paño.

Como el que nos dejó también Juan Ramón Jiménez, una mañana de mayo se sentó solo en el salón con un café y un tortel, como de costumbre, pasó cerca de dos horas ahí sentado. Cuando se marchó, Paulino entró en la oficina indignado con el mantel en la mano:

—Mire, otro mantel a la basura, está lleno de garabatos de ese señor.

Me fijé y estaba escrito todo lo largo que era el mantel y con tinta negra, eso no saldría por mucho que se lavara.

—¿Otro mantel, dices?

—Con este van tres.

—¿Y dónde están los otros dos?

—Fueron a la basura, donde va a ir este.

—Pero, ¿no sabes quién es ese hombre?

—Claro que lo sé, pero no por eso tiene que estropear así los manteles.

—¿Estropear? Esto puede ser una joya literaria, la pena son los otros dos que habéis tirado. Si vuelve a hacerlo no lo tiréis, los guardáis.

—La próxima vez le pongo uno de papel.

La verdad que es una pena estropear estos manteles que son buenos y caros, pero esto hay que verlo del lado positivo, y quién dice que mañana este no valga una fortuna.

Intentamos en la oficina leer lo que había escrito en ese mantel, nos costó mucho entender esa letra, pero al final pudimos deducir que era una carta cuyo destinatario era él mismo, sobre todo por las iniciales con las que empezaba. Cuando lo teníamos traducido por decirlo de alguna manera pudimos leer lo siguiente:

«Señor D.J.R.J.
Mi más querido amigo, tiene usted razón.
Le voy a contar a usted mi vida, para que
vea que se le parece mucho a la de usted.
Un día me levanto a las nueve. Higiene,
desayuno, a mi terraza a saludar el día.
A sonreír a mis flores, a regar, a ver las
campanillas de anoche.

Viene S.C.G. conversación; Irlanda,
poetas irlandeses, Patagonia, Remonta,
caballos. Dos horas en mi cuaderno
número 6. Almuerzo con mi mujer y una
amiga. Una hora de desechar papeles,
libros, etcétera. Viene J.B. Me lee sus
Filólogos.
Me voy al hotel Savoy a visitar a las
damas chilenas doña A.L.N. y doña
L.L. de R. Conversación; Chile,
Argentina, poética, literatura, vida social.
Un largo paseo por la parte del Botánico,
museo, una puesta de sol. Dos horas de
creación. Cena y terraza. Disfruté del
cielo estrellado, de la brisa.
Dicto a máquina lo escrito antes, una
hora de lectura. Me acuesto a la una.»

El que entienda esto que levante la mano, porque nosotros no entendimos nada. Pero bueno, este mantel con el tiempo puede convertirse en una perla de don Juan Ramón Jiménez.

Fuente de Neptuno

Fuente de Cibeles

«A mí no me borbonea nadie.»

Miguel Primo de Rivera (1870-1930).
Militar y Dictador

Capítulo XII
La corona robada

Con el que nunca perdí contacto, aunque fuera por carta es con don Alejandro Lerroux, pues me tenía al corriente de toda la vida política del país.

Y en su última carta, me alertaba de que se nos echaba encima una dictadura militar por parte de un tal Miguel Primo de Rivera, apoyado incondicionalmente por el mismísimo Alfonso XIII. Le habían nombrado marqués de Estella y con casa oficial en el paseo de la Castellana.

Las que han vuelto por el salón son las hermanas Polo, y esta vez acompañadas por ese militar que venía uniformado de tal manera que parecía que iba a hacer la primera comunión.

Cuando los veo, tan tranquilos y tan felices, como si nada hubiera pasado me hierve la sangre, no puedo evitarlo. Tanto que me dan ganas de intentar que el Bocanegra se entere que la corona la tienen ellos, sería una doble venganza. Pero ya lo veremos si soy capaz o es mejor dejarlo pasar y olvidarme de ese lío.

A pesar de que esta crisis que estaba maltratando nuestro país, a

nosotros, por suerte, no nos iba nada mal. Las reservas en el salón eran la joya de la casa; cuando no eran médicos, eran futbolistas, compañías de teatro o, como la que voy a contar a continuación, de militares. Y por esta reserva, que por cierto fue acordada por el novio militar de Carmen Polo, conocimos de primera mano al nuevo jefe de gobierno Primo de Rivera, eran veinte militares concentrados en el salón pequeño. Entre los asistentes había dos curas castrenses, varios militares jubilados, otros nuevos y para acabar el que faltaba, el novio, ese tal Franco.

Fue un gran banquete donde no se privaron de nada, desde hojaldres rellenos, tortillas, buen jamón, empanadas y el mejor vino de nuestra casa. Postres de todo tipo, cafés y licores a discreción a los que les dieron buena cuenta, lo digo por lo vivas a España y al rey que daban con las copas en la mano. Todos iban con sus atuendos militares y esos pistolones al cinto, que seguro te pegan un tiro y se quedan tan panchos.

La verdad es que daban ganas de ponerlos firmes y ordenarles que salieran a paso ligero.

Cuando ese banquete ya tocaba a su fin, el que había hecho la reserva llamó a la puerta de la oficina, y, como es costumbre en el ejército, se llama y se entra sin permiso:

—Vicente, enhorabuena por esta casa, el servicio que nos han dado es inmejorable.

—Gracias, nuestro trabajo nos cuesta, no se crea que es tan fácil.

—Eso ya me lo imagino. Además quería disculparme por todo ese malentendido que hubo con esa corona, solo quiero que sepa que yo ni entiendo de reliquias ni tengo nada que ver con eso. Aun así, espero que todo eso se olvide.

Estaba claro que no hablaba él, hablaba el alcohol ingerido.

—Intento olvidarlo, pero ha sido un mal trago para mi madre y para mí. Nos engañaron de malas maneras.

—Bueno, ya le he pedido disculpas, y, como le digo, esos negocios no me tocan ni de lejos.

—Yo también pensaría que no tiene nada que ver, si no estuviera su padre involucrado en ese robo.

—¿Cómo? ¿Qué me dice de mi padre?

—¿Usted no es hijo de Nicolás Franco?

Miguel Primo de Rivera

Le cambió el color de la cara.

—¿Qué tienes que decir de mi padre?

Me miraba de tal manera que ya me estaba arrepintiendo de haber dicho nada, pero ya no había marcha atrás.

—No sé qué le habrán contado, pero esa corona procede de un robo.

—Eso si lo sé, pero qué tiene que ver mi padre en todo esto.

—El robo lo cometieron entre varias personas, su padre entre ellos y ese tal Bocanegra, un comisario amigo de su padre.

—Eso, podrá demostrarlo.

—Pues no, no puedo. Pero le puedo asegurar que tarde o temprano se descubrirá todo, y no creo que eso sea muy bueno para su carrera militar.

—Mi carrera militar solo depende de mí, mi padre está desahuciado de mi familia desde hace años. Y a mi, esa puta corona no me importa nada.

—Espero que así sea, esa corona solo trae problemas. Pero no creo que esté de más informarse, por si acaso. Como dicen ustedes, los militares, una buena defensa es la base de un gran ataque.

—Más o menos.

Me dijo que quería pagar de su bolsillo la cuenta de aquel banquete, pero que sería al día siguiente, que vendría un militar con el dinero.

Cuando se marchaban uno de los periodistas que se encontraba con ellos para dar cuenta de la nueva plana militar en los periódicos, se me acercó:

—¿Vicente? Quería saludarle.

Le di la mano y me la estrechó con ganas y se presentó.

—Soy José Nakens, muy amigo de Lerroux.

—Los amigos de don Alejandro son amigos míos.

Ese apellido tan raro me sonaba de algo.

—Además, quería felicitarle por su labor y por estar del lado del pueblo. Hay poca gente así, como usted.

—No sé a qué se refiere.

—Hombre, es usted todo un ejemplo de lucha por la libertad y contra la dictadura monárquica. Estoy muy agradecido por el trato que le dio a mi gran amigo Mateo Morral. Eso nunca lo olvidaremos.

Ahora recuerdo ese apellido, fue uno de los detenidos cuando cogieron a Mateo Morral por ayudarle a escapar, y el que le pidió a don Alejandro que le alojáramos en la pensión.

—Váyase a la mierda, usted y todos los anarquistas, no sé por qué se meten en mi vida si yo no les he llamado.

—Pues debería estar agradecido, aquella maleta iba dirigida al rey, y no se le puso carga por usted, no se mató al rey ese día por usted.

Cuando me dijo lo de la maleta estuve a punto de pedirle la pistola a uno de esos militares.

Se marcharon todos, iba a decir que con paso firme, pero nada más lejos, y por lo que oí sin querer en busca de una compañía que no era la militar.

Y como de costumbre, en la prensa se contaba que aquello fue una reunión para concretar los nuevos mandos en el ejército.

Calle Alcalá antes y después

«La soledad es muy hermosa...
cuando se tiene alguien a quien decírselo.»

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870).
Poeta del Romanticismo

Capítulo XIII

Navidad en la Puerta del Sol

Cuando teníamos tiempo, algún domingo íbamos a visitar a la señorita Mari.

Ese día nos dijeron que estaba en el patio, con otras mujeres que allí residían.

Hacía casi un mes que no la visitábamos. Estaba sentada en una silla de ruedas, haciendo corrillo con otras señoras como ella.

Cuando nos acercamos, creí que en vez de haber pasado un mes sin verla habían pasado años.

Estaba demacrada, debería de tener veinte kilos menos y los ojos en busca de la nuca. Le hablamos y como el que habla a una piedra.

Le puse la mano en su cara, y le hablé, alzó la mirada y me pareció que intentó sonreír. Estaba fría como un témpano, y eso que estaban al sol todas esas mujeres. Las miré a todas buscando un poco de cordura, de que alguna de ellas me dijera algo sobre la señorita Mari, pero estaban todas igual o peor. Mi madre no paraba de lloriquear. Vaya estampa.

La sacamos de aquel corrillo de muertas en vida, nos acercamos

al centro del patio, junto a la fuente seca, y llamé a una de las monjas que custodiaban ese patio por si sale alguna de estas mujeres corriendo y se escapa.

—Diganme.

—¿Qué le pasa? Está peor de lo que pensaba.

—Pobre, está muy mal, pero no sufre. Son los medicamentos, son escasos y los necesita.

—¿No tienen medicamentos?

—Son muy caros, algunos tienen que traerlos de fuera.

—¿Y cuánto cuestan esos medicamentos?

La monja contestó como un rayo.

—Mucho.

Saqué unos billetes de mil pesetas del bolsillo y se tiró a por ellos como un perro de presa. Se los guardó entre ese lío de faldas y capas con una destreza más digna de un mago.

—Espero que con ese dinero consigan algo...

—Seguro que si, que Dios les bendiga.

Desapareció a toda prisa por la puerta.

Me dieron ganas de liarla, se quedan con todo su dinero y su casa, y ahora me cuentan que no tienen dinero para sus medicinas, menos mal que no se entera de nada, porque si se enterara se moría del disgusto. Ese día me dio mucha pena dejarla allí, creo que no volveremos a llevárnosla a pasear por Cercedilla. Y no me equivoqué, a las dos semanas de esa visita nos llegó la noticia de su fallecimiento. Se le dio sepultura en ese convento y una misa en la iglesia de San Ginés a la que acudimos más de cien personas. No voy a ser el único que la va a echar de menos, en *La Mallorquin*a ha dejado una buena escuela, ha sido un referente de buenas maneras y de una disciplina casi militar. Trabajadora y honrada hasta la médula, a pesar de ese dinero que nunca apareció, y del que estoy seguro, ella no se apropió. Descansa en paz, señorita Mari.

Después de esto, Luciano no paraba con sus cuentos macabros de conventos, donde maltrataban a los ancianos recluidos y hasta las novicias. Torturas, violaciones, saqueos y hasta asesinatos. Este Luciano se podía haber dedicado a buhonero en la misma Puerta del Sol, hubiese sacado más que pidiendo. Vaya tío.

Se acercaba la Navidad, y por esas fechas parecía que todo se

animaba un poco más. Aquel año se instalaron unos gitanos en la puerta vendiendo pavos a grito pelado, las loteras voceando asegurando tener el gordo entre sus faldas y los visitantes de la zona centro que más que hablar chillaban, todo eso hacía que permanecer un rato en la oficina fuera un suplicio para los oídos. Ni cerrando las ventanas nos librábamos de ese escándalo.

Santiago Bernabéu

Pero hay que quedarse con el lado bueno de las cosas, y este era el aumento de las ventas. Por estos días la plantilla estaba al completo, yo tenía todo cubierto y ellos se sacaban un extra que les venía de miedo para afrontar estos días de gastos extraordinarios. La mayoría de los días la venta se multiplicaba por cuatro; turrones, jamones, polvorones, licores, mazapanes, guirlaches y nuestro famoso huevo hilado. Bueno, de todo lo que se puede vender en estas fechas. Fue el primer año que tuvimos que cerrar el salón para almacenar las cestas de navidad que nos encargaron, pues no teníamos sitio para ubicarlas. De las cestas que recuerdo aquel año son las encargadas por don Santiago Bernabéu, más de dos docenas en las que no faltaba de nada para toda la plantilla del *Real Madrid*. Cuando fueron viniendo los jugadores a recogerlas, se montó un lío enorme en la puerta, estuvimos a punto de cobrar entrada.

Una de las cestas la preparé yo personalmente, era del Circulo de Bellas Artes y su destinataria era Teodora.

Además de lo encargado, puse un sobre con dinero en el fondo de la cesta, pero eso de mi parte.

Fue una buena excusa para volver a saber de ella.

Me abrió su casa de mala gana. La vivienda estaba peor que la última vez que la visité, olía fatal, había suciedad hasta en el techo y la basura se acumulaba por todos los rincones de la casa.

Estuvimos hablando de mi madre, y de ella, que aseguraba estar feliz y tranquila. Le volví a decir que dejara todo aquello y se volviera a la pensión, que con mi madre estaría como una reina. Pero eso hizo que se enfadara más.

—Deja mi vida en paz, Vicente.

—¿Aún sigue aquí el comisario?

—¿Es que estas sordo? No te metas en mi vida. Además, quiero que te vayas y no vuelvas más por esta casa. Si te ve aquí, tendremos problemas los dos.

Me abrió la puerta, y con un gesto me invitó a salir por ella. Vi que tenía unos lagrimones que le llegaban hasta la barbilla. Se me hizo un nudo en la garganta mientras atravesaba el umbral de aquella puerta.

Siempre he creído, o he querido creer, que lo hizo por mí, para evitarme problemas con ese Bocanegra, no lo sé.

Una mañana al entrar en la oficina Enrique me invitó a que viera cierta noticia, era la más relevante del día:

> «Es ascendido a general de brigada don Francisco Franco, convirtiéndose en el general más joven de Europa»

Además, la fotografia que acompañaba a esta noticia era suya, vestido como si fuera un muñeco de cera.

—Joder con el enano, menuda carrera.

—Así es, a este no le para ni un tranvía.

—Ahora, con ese porte, espero que ya no vengan por aquí.

—Pues te equivocas, por eso te he dicho que miraras esa noticia. Tienen una reserva para el sábado, vienen a cenar.

—¿Vienen?

—Es que la reserva es de la Casa Real, me imagino que no vendrá con esas señoritas, serán comensales de alto grado.

—¿De la Casa Real? No creo que al rey se le ocurra volver por aquí.

Pues se le ocurrió, ese día desde por la mañana estuvieron registrando la casa de arriba hasta abajo, oficina, obrador y demás dependencias. Cosa que me puso muy nervioso y de mala leche, sobre todo porque molestaron a varios clientes registrándoles al entrar.

Sobre las ocho de la tarde, empezaron a desfilar los invitados. Los primeros en llegar fueron unos militares con más chapas en la pechera que una caja de cervezas, con ese tal Primo de Rivera al frente, luego fueron llegando más personalidades, el exalcalde Ruiz Jiménez, el actual conde de Vallellano, otros que no sé quiénes eran y por último el rey, don Alfonso XIII, que me dedicó una mirada que la noté como cien agujas. Creo que le debo incluir en mi lista de enemigos, la que encabeza el comisario Bocanegra. El último en llegar fue el obispo, don Prudencio; iba acompañado por un cura muy joven que destacaba por sus andares y gestos afeminados. Pero he dicho que eran los últimos y no fue así, pues con la cena casi empezada aparecieron las hermanas Polo, se sentaron en otra mesa ignorando por completo ese homenaje que se le estaba dando al novio de una de ellas. Como si no los conocieran. Raro si que era. Se les sirvió lo mismo que se iba sirviendo en la mesa de los militares. Estaban pero no estaban, parecían los ángeles custodios. Eso era una estrategia militar en toda regla.

Los ocupantes de la mesa grande comieron y bebieron de tal manera que daba la impresión de que acababan de volver de una guerra. No faltó de nada.

Cuando acabaron de devorar todo, el militar homenajeado entró en la oficina como suelen hacer los militares, llamando pero sin esperar a que se les diga «pase».

Yo estaba sólo y Enrique hacía rato que se había ido.

—Sabía que aquí estaríamos bien atendidos, mi enhorabuena por el servicio, ¿me puedo sentar?

—Faltaría más.

—Y buen género. Además eres un gran empresario.

—En eso se equivoca, solo soy un empleado más de esta casa.

—Bueno, yo también solo soy un empleado de este país, pero se me reconoce, que es lo que importa.

—No creo que sea lo mismo.

—Piénsalo, y verás que es como yo te digo. Bueno, la cuenta de todo esto corre a mi cargo, antes de que acabe la semana próxima te saldo esta cuenta.

—¡Ah! Pero, ¿no lo va a pagar ahora?

—¿No dudarás de mi honestidad?

Roscones de Reyes

—Es que no acostumbramos a dejar nada a cuenta, menos cuando esto asciende a tanta cantidad.

—Sabes quién soy, Vicente, creo que tienes bastantes motivos para fiarte de mi palabra. Ya viste que la otra vez se saldó la cuenta como te dije.

—Es una práctica que termina dando problemas.

—Además, necesito que me des más datos sobre ese robo, parece ser que lo que me contó no tiene bastante consistencia.

Eso me puso de mala leche.

—Pues espere... que se lo van a contar mejor.

Llamé a Zacarías. Y este se lo contó cómo me lo contó a mí. Le llegó a dar hasta las señas de la casa de Teodora, cosa que me preocupó bastante. Eso ha podido ser mala idea. Escuchó lo que Zacarías le contaba sentado en una de las sillas de la oficina con cara de asombrado, agachó la cabeza y dijo:

—Yo la corona no la puedo recuperar, creo que la han vendido a un anticuario ruso, pero a lo que no estoy dispuesto es a perder mi carrera, y ese comisario, si habla puede ser un problema.

—A nosotros tampoco nos interesa que salga a la luz ningún tipo de noticia sobre esa corona. Dese cuenta que la tuve un tiempo en mi casa, si llega a oídos de mis jefes, no creo que les haga mucha gracia que se relacione esta casa con un robo.

Se levantó, nos dio la mano a Zacarías, y a mí, me volvió a recordar que al día siguiente pasarían a saldar la cuenta como la otra vez y se marchó por la puerta. Bueno, se marcharon todos, el último en salir fue el homenajeado junto a Primo de Rivera. Al rey no le vimos salir, desapareció sin dejar rastro; Paulino miró hasta debajo de las mesas.

La cuenta fue saldada al día siguiente por el mismo motorista militar de la otra vez.

Me dejó preocupado que Zacarías le diera la dirección de Teodora, y no sin razón.

A los pocos días, Zacarías apareció con la noticia. El comisario estaba en el hospital del Rey a causa de una paliza.

Quise pensar que no tenía nada que ver esto con el militar.

—A esta gente tarde o temprano les pasa este tipo de líos. Seguro que son ajustes de cuentas entre delincuentes.

—Eso pensé yo, pero he estado en casa de esa mujer con la que vive y he hablado con los vecinos.

—¿Teodora? ¿Ha sido en casa de Teodora?

—Sí, y por lo que me han contado los vecinos han sido unos militares. Han destrozado la casa, seguro que iban buscando cosas de ese Nicolás.

—¿Y Teodora?

—A ella no le ha pasado nada. Por lo que me ha dicho, le han preguntado cosas de él. Pero por lo visto Nicolás ya no vive ahí.

—No teníamos que haber dado las señas de esa casa.

—Ya lo sé, pero ya es tarde, no creo que el comisario salga de esta, también he estado en el hospital y tiene un pie y medio en el otro barrio. Hasta creo que los militares le daban por muerto.

A mí quien más me preocupaba era Teodora, pensé en visitarla en cuanto encontrara un momento. Pero no hizo falta, apareció ella en *La Mallorquina* buscándome.

—No sé en qué líos andas metido, Vicente, pero ya te dije que te alejaras de mi. Bastantes problemas tengo como para soportar los de los demás. Me han destrozado mi casa y el comisario está medio muerto en el hospital.

—Te puedo asegurar que no tengo nada que ver con lo que me estás contando.

—Vicente, han entrado en mi casa seis hombres, tirando la puerta abajo, han registrado mi casa de punta a punta destrozando todo a su paso, me han pegado y atado en una silla, me han interrogado y al comisario le han dado una paliza para que hablara sobre ese robo, le han preguntado por Nicolás Franco mientras le golpeaban, no han parado hasta que han creído que estaba muerto. Mientras le interrogaban oí tu nombre varias veces, y de no sé qué historias sobre la corona.

Cabalgata de los Reyes Magos a comienzos del siglo xx

—¿Mi nombre? No puede ser.

—Sí, tu nombre. No sé qué tienes que ver tú en todo esto, pero ahora estás metido en este lío hasta el cuello. Has sido un ignorante, te has fiado de quien no debías, ahora tienes a unos enemigos que más te vale no te los eches a la cara.

—Pues todo esto es por la puta corona que me diste. Si sabías que era robada, no sé por qué me la diste.

—Te la di para tu madre, no para que la vendieras.

—Me tenía que desprender de eso, y no la vendí, se la quitaron a mi madre con engaños.

—Me voy, espero no tener que volver a oír tu nombre nunca más.

Se marchó por donde vino. Nunca más volví a verla.

Todo esto me estuvo bien empleado, Teodora tenía razón, me he fiado de alguien solo por llevar uniforme. Ahora mi nombre estaba relacionado con ese robo, sin comerlo ni beberlo.

Estaba tan preocupado que mandé una carta a don Alejandro contándole todo. Me respondió enseguida, comunicándome que venía a Madrid al funeral de Antonio García Quejido, uno de los fundadores del partido socialista y que mejor que eso lo habláramos en persona.

Y así lo hicimos, la bronca que recibí por su parte fue muy similar a la de Teodora.

—¿Cómo se te ocurre hacer tratos con esa gentuza? Ya no eres un crío, Vicente, tienes pelos en los huevos como para saber con quién te juegas los cuartos.

—Reconozco que quise vengarme de ese cabrón de comisario, y al final me he metido en un lío que espero que se pase como ha venido.

—Hay un dicho popular que dice, «Espera a las puertas de tu casa con paciencia, y verás pasar el cadáver de tu enemigo». Pero si intentas hacer mal a alguien, aunque se lo merezca, ese mal te volverá a ti. Las venganzas nunca acaban bien.

Después de esta bronca estuvimos hablando de más cosas, sobre todo del futuro poco alentador que se nos echaba encima. Y que estaba cansado de la política, que intentaba retirarse, pero su cerebro revolucionario se negaba a apagarse.

Se marchó a su tierra natal con la promesa de volver a verme en cuanto volviera a Madrid.

Mientras Zacarías, aprovechándose de su anterior oficio de policía, se enteraba de todo. Por lo visto ese Nicolás Franco estaba en Galicia viviendo con una tal Agustina Aldana, familiar del comisario. Vamos, que se queda todo en familia y el comisario Bocanegra en el hospital, donde le han dicho que solo un milagro le salvaría, tenía la cara desfigurada, había perdido un ojo y un riñón, y todo reventado por dentro a causa de los enormes golpes que recibió.

Nunca he deseado la muerte de nadie, pero como este tío salga de esta, ya puedo correr.

Me senté en la oficina a esperar el encendido del alumbrado de la plaza. ¡Madre mía!

Interior de La Mallorquina

«Vale más un minuto de pie
que una vida de rodillas.»

José Echegaray (1832-1916).
Escritor y Nobel de Literatura

Capítulo XIV

Adiós a dos divas

Recibimos una carta del teatro de la Princesa, en las que comunicaba el fallecimiento de María Guerrero.

Siempre recordaré a esa mujer, sobre todo cuando yo era un crío recién entrado en esta casa, de cuando la conocí en este salón, junto a su esposo don Fernando y de la mano de don Benito.

Ellos adivinaron mi futuro, sobre todo don Benito cuando me hablaba de esa guerra que relataba en su Episodio Nacional, esa batalla de *Trafalgar*, tan acorde a mi propia batalla. Aseguraba que yo era un símil de ese niño que se metió en un barco en esa batalla y aprendió a esquivar las bombas del *Capitán Nelson*. Yo era ese niño, Gabriel de Araceli, *La Mallorquina,* el buque *Santísima Trinidad*, y el *Capitán Nelson*, el comisario Bocanegra.

Acudimos al funeral varios empleados y mi madre que no paró de llorar en una semana. Allí vimos a Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Pedro Salinas y un tal Rafael Alberti que no paraba de dar besos y abrazar a otro que por lo visto era García Lorca.

Después del funeral, algunos acabaron en el salón de *La Mallorquina*,

Cementerio de la Almudena

entre ellos Jacinto Benavente, que no paraba de recordar a María en su papel de Raimunda, en la *La Malquerida* y de cómo gritaba aquellos tres «¡Estaban! ¡Esteban! ¡Esteban!» sin romperse la voz, algo insuperable, solo se podía comparar a los tres «¡Armando! ¡Armando! ¡Armando!» de la *Duse*, en el cuarto acto de *La dama de las camelias*. Esto lo repitió hasta aburrir a un muerto.

Con la muerte de María Guerrero se me ocurrió colgar fotografías en el salón de clientes ilustres. Y la de María Guerrero fue la primera, se puso un marco bonito junto a una placa dorada con su nombre. Claro está, que la segunda fue la de mi amigo Benito Pérez Galdós.

El conseguir fotos se convirtió en tarea de empleados y clientes. A estas dos se sumaron las de Chapí, Echegaray, Juan Ramón Jiménez, Jacinto Benavente, Madame Pimentón, Pío Baroja y la que puse sin su consentimiento, don Alejandro Lerroux. El día que la vea, seguro que me la hace quitar. Llegamos a poner más de veinte fotografías. La verdad es que adornaban el salón y los clientes se sentían importantes al compartir las mesas en las que antes se habían sentado estos ilustres clientes. Enrique fue el que más fotografías consiguió:

—Ya solo me falta conseguirte la del comisario Bocanegra.

—Y yo una de tu padre, Enrique.

De la que me dieron muy malas noticias es de Teodora, por lo

visto estaba muy enferma en su casa. Me encargué de mandarle una enfermera, pero la echó. No quiso ayuda de nadie.

La noticia de su fallecimiento nos la trajo Luciano; murió el 7 de febrero de 1928, sola y rodeada de miseria. Su muerte conmocionó a todo Madrid, no hubo periódico que no hiciera referencia a su muerte, en todas las noticias se leía que había fallecido Madame Pimentón, nada de Teodora o Yacunda, que es el nombre con la que la conocí. Para Madrid será Madame Pimentón.

La cantante Conchita Supervia costeó los gastos del entierro. Teodora podía haber vivido entre algodones de haber querido, pero eligió esa vida de miseria y de mil problemas. Posiblemente era más feliz así, tenía lo justo, y no rendía cuentas a nadie. El entierro se realizó en el cementerio de la Almudena, era imposible contar todas las celebridades que allí se encontraban. Estaba todo Madrid representado, escritores, periodistas, cabareteras, putas, ladrones, policías... y nosotros.

Era una gran estampa de la época madrileña que nos tocó vivir.

Cuando todo iba a terminarse, y Teodora ya estaba en su último destino, decidimos irnos.

Éramos unos cuantos empleados de la casa, Luciano y mi madre, que, a este paso de tanto llorar se me va a secar. Íbamos camino de la puerta de salida, me paré para encenderme un cigarrillo y me vino a la mente el día que la conocí en ese tugurio del barrio de Lavapiés. Me quedé atrás de los que me acompañaban, intenté aligerar el paso para cogerlos, cuando alguien me cogió del brazo muy fuerte.

Me giré esperando ver a alguien conocido, pero nada más lejos. Era un tipo corpulento, embutido en una gabardina que le llegaba hasta los pies, bastón y un sombrero de ala ancha que le tapaba casi toda la cara. Me agarraba el brazo con todas sus fuerzas, tanto que llegó a hacerme daño:

—¿Qué pasa cabrón, no me reconoces, verdad?

—Suélteme, me está haciendo daño.

—Mírame bien, mírame, mírame.

—Que me suelte, yo no le conozco de nada.

Me soltó y se echó el sombrero para atrás.

Lo primero que vi. Fue un parche en el ojo derecho y una cicatriz que le llegaba desde la oreja izquierda hasta casi la comisura de la boca, una boca que apenas le quedaba algún diente.

—Fíjate bien en esta cara, porque esta cara te va a seguir hasta la tumba. Te voy a matar.

Di un salto hacia atrás, pero esa voz y algunas de las facciones que le quedaban a esa cara me hicieron reconocerle, Bocanegra, era el comisario Bocanegra. El corazón empezó a latirme como un tambor, quería salir de ahí corriendo pero las piernas las tenía paralizadas.

Levantó el bastón y me lo puso en la garganta:

—Estás muerto, Vicente. Te voy a matar, esto me lo tienes que pagar hijo puta. —Esto me lo dijo señalándose a la cara.

Se dio media vuelta riéndose y se marchó cojeando y apoyado en ese bastón.

No podía dar crédito a lo que me acababa de pasar. Cuando me incorporé a los que me acompañaban me preguntaron quién era ese tipo tan extraño:

—Un antiguo amigo, nada más. —Les dije con el miedo aún metido en el cuerpo.

Lo primero que hice fue llamar a Zacarías y me explicase por qué no me había dicho que el comisario estaba en la calle, vivito y coleando.

—¿El comisario está vivo? ¡Qué tío, no hay quien pueda con él!

—Pero ¿no ibas al hospital a ver cómo estaba?

—No, ya no, hace mucho que no voy por allí. Como me dijeron que ya no podían hacer más por él, estaba esperando la noticia de su muerte.

—Pues habrá resucitado, porque me ha amenazado con matarme.

—Conozco bien al comisario, y no es de los de matar a sangre fría, no te preocupes, Vicente.

—¿Que no me preocupe?, si casi me mata la última vez. No lo hizo porque no pudo.

—Sí que pudo, pero le gusta torturar, le encanta meter el miedo en el cuerpo de sus víctimas primero.

—¿Primero? ¿Y segundo, qué?

—Para eso estoy yo aquí, para que no haya segundo.

—¡Madre mía!

Ese día se encendieron las farolas de la plaza y ni me enteré.

En *La Mallorquina* hemos creado un dulce nuevo en honor a Madame Pimentón, o sea, Teodora, o sea Yacunda, y como este último nombre es con la que la conocí, este dulce de bizcocho, fruta escarchada y bañado en yema lo he bautizado como *Yacundas de yema*. Todo un éxito.

Solo espero que no tengan que inventar un dulce a mi memoria.

Palacio Real

«Tu derrota de hoy es entrenamiento
para la victoria definitiva.»

José Escrivá de Balaguer (1902-1975).
Sacerdote y fundador del Opus Dei

Capítulo XV

La capa de la diosa Cibeles

Madrid ese día homenajeaba a Primo de Rivera, junto a los alcaldes y demás fauna política que habían coincidido con él en sus años de mandato. Los alcaldes llegaron con sus grupos folclóricos propios de sus provincias. Desde el parque del Retiro, pasando por la calle de Alcalá, hasta la Puerta del Sol y siguiendo por la calle Mayor hasta terminar en la Plaza de Oriente, todo fue un gran circo.

La gente en lugar de tirarles piedras, que es lo que se merecen, les aplaudían y les vitoreaban cuando pasaba la comitiva. Son cosas que aún a día de hoy no comprenderé. Siempre he pensado que estos dirigentes o los que nos tocarán después, son más bien encantadores de serpientes.

Dicen que la miseria nos hace más listos y que busquemos métodos de supervivencia. A los hay que se suelen llamar aves de rapiña, gente que sabe aprovecharse de la desgracia ajena, y lo digo por un nuevo cliente, uno con sotana, que en su día nadie sabía quién era, pero a día de hoy su nombre resuena hasta en el Vaticano, José María Escrivá

Escrivá de Balaguer

de Balaguer. Lo que más destacaba de este individuo, era la manera de meterse a la gente en el bolsillo, tanto que casi me convence para ir a misa, pero solo casi.

Una tarde llegó a reunir en el salón a todas las *Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús*, entre las que se encontraban las hermanas Polo. Vi en primera persona como las encandiló para sacarles todo el dinero que pudo, hablaba de un proyecto destinado a los jóvenes, pues por lo visto andaba reclutando universitarios para crear una unidad entre jóvenes y sacerdotes. Los que empezaron a seguirle se ganaron el apodo de «jóvenes adictos».

Por esta época la gente estaba harta de todo, y les faltaba el apoyo emocional que este hombre ofrecía a cambio de una vida mejor y más ordenada, esas fueron sus mejores armas. Empezó a tener el apoyo de varios dirigentes y de la iglesia, tanto que en poco tiempo creó la *Asociación Católica de Propagandistas* de Herrera Oria, y formando otra asociación de la que fue presidente, donde cristianizó y reclutó a cientos de universitarios, con el fin de tener en su redil a futuros abogados, médicos, políticos, personal de banca y empresarios. Estaba seguro de que este tipo llegaría lejos, y no me equivoqué. Tenía inteligencia, cultura y el don de encandilar a la gente. Una mezcla explosiva si los intereses son malos. Y lo fueron, pero esa historia no nos interesa, por ahora.

Hacía tiempo que no me daba un homenaje, por lo que acepté una invitación a una cena de empresarios de la zona centro. De los que estábamos en aquel restaurante del barrio de Lavapiés solo conocía a cuatro, pero me tocó sentarme en la mesa junto a uno que no conocía, pero tenía muy buenas referencias de él, Santos Seseña, comerciante de capas del mejor paño del país. Tenía clientela hasta en el Polo Sur.

Sus capas eran insignia de quien las llevaba, no era lo mismo, llevar una capa, que llevar una capa de Santos Seseña. Enseguida hicimos buenas migas, él también tenía referencias de mí. Aseguraba conocer nuestras trufas de chocolate y nata que encandilaban a su esposa. Después de esa cena, nos paseamos por los templos del alcohol y el sexo de esta zona. Poco a poco el grupo se fue mermando, hasta que nos quedamos los dos solos, Santos Seseña y yo.

Acabamos esa noche cantado el *Asturias patria querida* por las calles de Madrid. Pero esa noche hicimos algo que nunca se me olvidará, y es donde tengo que reconocer que este hombre es un gran comerciante y con unas ideas tan brillantes que son dignas de mi alabanza.

Esa noche, cuando ya estábamos los dos solos, no se le ocurrió otra cosa que entrar en una de sus tiendas, cogió posiblemente una de las capas más caras y nos dirigimos hasta la fuente de la Cibeles. Nos metimos dentro, y entre los dos se la colocamos a la diosa entre risas. Fue todo un éxito. Al día siguiente, fue portada en varios diarios, fotografía incluida, los comentaristas aseguraban que era una estrategia comercial, y así fue, dobló las ventas en los siguientes días. Si lo llego a saber, le pongo una caja de bombones de *La Mallorquina* en el regazo.

Por estos días se anunciaba la visita a Madrid de los reyes de Dinamarca, pero se anuló en el último momento por el fallecimiento de la reina madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena. Estaba todo engalanado para tal visita, fue una pena. A mi madre le dio otra vez por llorar, ¿que le importará esto?, digo yo.

Últimamente llora por todo, y hace cosas muy raras, me estaba empezando a preocupar. Por lo que decidí llevarla al teatro, hacía mucho que no íbamos. Fuimos al estreno de *La Lola se va a los puertos*, le encantó la obra, por lo menos su afición al teatro sigue intacta. Saludamos a más de un conocido, y ya en la puerta del teatro *Fontalba*, nos presentaron a los autores de esta obra, los hermanos Machado. Yo ya conocía a Antonio, y estuvimos hablando de esta obra de la que aseguraba, llevaba tres años intentado estrenarla. Éramos más de veinte los que rodeábamos a estos hermanos a las puertas de ese teatro, cuando Antonio empezó a recitar entre los que estábamos allí:

«La Lola se va a los puertos,
la isla se queda sola»

Y su hermano, que estaba fuera del grupo, continuó, acercándose:

«¿Y esta Lola quién será
que así se marcha dejando
la isla de San Fernando
tan sola cuándo se va?»

Todos los que estábamos ahí, en ese momento, no paramos de aplaudir, pero lo bueno, es que a mi madre se le quedó grabado aquel estribillo de tal manera que no paraba de recitárselo al que se le ponía por delante. Incluso se colocaba frente a un espejo y ponía hasta las poses de los actores mientras recitaba esta coletilla.

En todas las cafeterías de Madrid, como la nuestra, entre café, vinos y orujos, no se dejaba de oír que la dictadura de Primo de Rivera se había quedado en una «dictablanda», tanto que este había dimitido. Su lugar lo ocupó otro militar de las mismas formas y maneras, el general Dámaso Berenguer. De todo esto, don Alejandro publicó un artículo con el carácter que le identifica, pidiendo al pueblo que se levante y que luche por una Segunda República. El artículo era muy tajante en acabar con la monarquía, el ejército y, sobre todo, con el clero. Animaba a quemar iglesias, hasta con el mismísimo Papa dentro.

Aunque don Alejandro es amigo mío, y apoyo esa idea de una Segunda República, no comparto esa manía que tiene de incitar a la gente a la violencia. La próxima vez que le vea, se lo voy a decir. Y lo hice, llegó a darme las gracias. Y es que asegura que se le calienta una vena que le riega el cerebro, y es cuando se pone de esa manera.

Me invitó a que le acompañara a un mitin en la plaza de toros de Madrid, estábamos en septiembre de 1930. Y hago alusión a esta fecha, porque creo que es el principio de lo que nos llegaría en poco tiempo.

Según la prensa, ese día acudieron más de quince mil personas al llamamiento, para pedir al pueblo español el apoyo para acabar con

esa dictadura y proclamar esa Segunda República. Además, se celebró la eliminación de la censura en los partidos políticos. En un lado de esa plaza habían colocado un escenario, por ahí pasaron dejando sus ideas y comentarios, Abad Conde, Marcos Miranda, Azaña, Martínez Barrio, Marcelino Domingo y el último en hablar, don Alejandro, que al igual que en su artículo, invitaba a todos los allí presentes al «infierno». Sus palabras fueron prácticamente incendiarias, proclamando que la solución a tanta crisis y tanta miseria era la revolución y una abdicación para la soberanía del pueblo español, y que tuviéramos voz y voto en el parlamento. La ovación a esas palabras fue enorme, se me pusieron los pelos como escarpias al ver a tanta gente vitoreando a don Alejandro. Creo que si en ese momento don Alejandro, les pide a toda esa gente que abarrotaba esa plaza, que se levantaran en armas, seguro que lo hacen.

Pero de lo que no había duda, es de que todo aquello era para ensalzar la figura de ese tal Azaña, él era el protagonista de toda esa parafernalia. Aquel día me sentí muy orgulloso de ser amigo de don Alejandro.

La capa de la diosa Cibeles

Cuando terminó todo ese montaje, algunos acabaron, de la mano de don Alejandro, cenando en *La Mallorquina*, fue una gran velada a pesar de que Zacarías se pasó todo el rato refunfuñando y acordándose de las madres de los allí presentes. Y es que, el mayor enemigo de este hombre es su ignorancia.

A los pocos días una desgracia asolaba a los madrileños, el hundimiento de un edificio en construcción en la calle Alonso Cano, hubo cuatro muertos y muchos heridos. La repercusión de esta tragedia fue a escala nacional. En Madrid se montó una buena, pues a la comitiva del cortejo fúnebre se le sumó una gran manifestación por lo sucedido, lo que hizo que este cortejo desviara su primer recorrido, con destino a la fuente de Neptuno, y acabara en la Puerta del Sol, lo que ocasionó un enfrentamiento entre la policía y la comitiva. Fue vergonzoso, desde la ventana de la oficina no nos perdimos detalle de aquella trifulca.

Y por estas fechas, también fuimos testigos del nacimiento de un nuevo diario, el diario *Ahora*, donde se ha confirmado que trabajarán Valle-Inclán, Unamuno y nuestro querido Pío Baroja, diario donde muchos auguraban un gran éxito y donde otros temían ser víctimas de las plumas afiladas de estos colaboradores. Y conociendo a don Pío, no me extraña.

«Ser español es una de las pocas cosas
serias que se pueden ser en este mundo.»

José Antonio Primo de Rivera (1903-1936).
Político y fundador de la Falange

Capítulo XVI
La Segunda República

La Puerta del Sol siempre ha sido el reflejo mismo de todo lo que pasa en este país. País que por esta época no andaba muy feliz que digamos. Se daban allí cita todas las emociones, decepciones, fracasos, peticiones, huelgas, manifestaciones, alegrías y festejos. Éramos, y a día de hoy aún somos, los espectadores de primera fila de esta gran obra de teatro que no tiene fin. Desde manifestaciones y celebraciones hasta llegar a asentamientos de indignados. Los de derechas, los de izquierdas, los del *Real Madrid* o los del *Atlético*, los de dentro o los de fuera, todo el mundo viene a esta plaza a contarnos lo que les pasa por el corazón. Nos dejan sus sentimientos sobre el asfalto de esta gran plaza que es la Puerta del Sol. Así es la Puerta del Sol, y a quien no le guste, que se busque otra plaza.

Una mañana aparecieron los que se hacían llamar el nuevo sindicato español, que es como se presentaron. Le dije al camarero que los acompañara al salón hasta que pudiera atenderlos.
Aunque más o menos sabía a qué venían, ya había oído hablar de ellos.

Eran siete hombres elegantemente vestidos, el que parecía ser el líder de esa manada se levantó y estrechándome la mano se presentó:

—Buenos días, soy José Antonio Primo de Rivera, y estos que me acompañan son miembros de la asociación a la que representamos. De los que me presentó, uno de ellos fue en un futuro un gran amigo mío, Rafael Sánchez Mazas, pero eso ya lo contaré en otra ocasión.

Me senté con ellos y esperé a que se explicaran.

—Venimos a ofrecerle participar en un gran proyecto nacional para empresas como esta. No todas las empresas reúnen los requisitos necesarios, ya me entiende usted, don Vicente. Buscamos el apoyo de empresas para alzar un nuevo sindicato que asesore y ayude a empresarios y trabajadores. Este país necesita un sindicato de este tipo, las cosas como bien sabe van de mal en peor, y los españoles no nos podemos quedar a merced de estos dirigentes.

Ganas me dieron de recordarle que uno de esos dirigentes había sido su padre. Pero no lo hice.

Lo que le dije fue otra cosa que tampoco le hizo mucha gracia que digamos:

—Esta empresa siempre ha estado ajena a sindicatos, y no es porque no nos lo hayan ofrecido, es porque creo que es mejor así.

—Pero las cosas van cambiando, ahora va a ser todo diferente. Hasta hoy, ningún empleado o empresario ha tenido el respaldo y las ayudas que necesitan. Eso lo vamos a solucionar, ya no estarán solos.

—Les agradezco mucho lo que me ofrecen, pero de momento nos quedamos como estamos.

—No me entiende, Vicente, no hay alternativa. Imagínese que la empresa no se afilia y sí los empleados. O viceversa. En este sindicato se pueden afiliar colectiva o individualmente.

Sería una lucha de normas y leyes.

Eso terminó por cabrearme.

—De momento esta casa se queda como está, y si alguno de los empleados se le ocurre afiliarse a este sindicato o a otro, me da igual, le puedo asegurar que será despedido automáticamente.

—Eso es lo que no entiende, Vicente, si un empleado de esta casa está afiliado con nosotros no podrá despedirlo así como así.

—Pruébelo, esta es mi casa, y desde esas puertas para dentro solo rigen mis normas. Aquí no va a venir nadie diciéndonos lo que tenemos

que hacer. Aquí mando yo, y eso no lo va a cambiar ni un sindicato ni trescientos.

—Ya le digo, no hay elección.

—Antes cierro esta casa que afiliarme a un grupo de aprovechados, que buscan en la miseria su beneficio. Dejen a la gente en paz.

Eso no pareció gustarle a uno de los asistentes, dio un manotazo en la mesa y se puso de pie.

José Antonio Primo de Rivera

—Oiga, no voy a consentir que nos insulte. Hemos venido de buenas maneras. Tenga cuidado con enfrentarse a nosotros, saldrá escaldado.

Las voces de este tío hizo que Enrique saliera de la oficina. Se colocó de pie a mi lado y me dio con el codo para que levantara la mirada. Se habían personado unos tipos que parecían ser los guardaespaldas de aquella comitiva, eran individuos de gran porte. Al principio no me fijé bien, hasta que reparé en la cara de uno de ellos. Era el comisario Bocanegra, ¿qué pintaba este tío en esto?

Lo que estaba claro es que eso era toda una amenaza en el más alto sentido de la palabra.

Se marcharon dejándome unos panfletos de mítines y reuniones para que acudiera. Al final todo quedó en unas palabras fuera de tono. Mientras se iban, el comisario no me dejaba de mirar con ese ojo que le quedaba y con una sonrisa amenazante. Fueron bajando todos por la escalera menos él que se quedó el último y parado frente a mí sacó una pistola de la sobaquera, me apuntó y con la boca hizo el ruido de un disparo. Me quedé paralizado, y él se marchó escaleras abajo soltando unas carcajadas que se le oían hasta en la calle.

Zacarías no tardó en ponerme al corriente de la nueva ocupación del comisario, y es que estaba al servicio de esta nueva asociación, Falange Española, y por lo que parece, velaba por la seguridad de sus fundadores.

Todo esto, como de costumbre, se lo conté a don Alejandro, que ya tenía referencia de ellos. Y por lo visto no me engañaron, no había elección, o con ellos o contra ellos. Tenían el apoyo del gobierno, del clero, donde ese nuevo cura, Balaguer, con su formación Opus Dei, estaba más que implicado. Pero la gran baza era que contaban con muchos adeptos en muchas empresas, y con eso aunque el gobierno cambie de manos, ellos seguirán ahí. Vamos, que lo tenían todo estudiado al dedillo.

El nuevo gobierno de Juan Bautista Aznar propuso el nuevo calendario electoral, y con él llegaron más manifestaciones a la Puerta del Sol. Una de las más concurridas que puedo destacar fue a favor de la República, a la que no faltó don Alejandro, que había vuelto a Madrid para quedarse y ayudar a su partido, ya que aseguraba que el triunfo en las urnas estaba casi asegurado.

Y eso es lo que también debieron de pensar ciertos personajes, y lo digo por lo que voy a contar a continuación.

El día antes de dichas elecciones, o sea, el 12 de abril de 1931, nos visitaron el Conde de Romanones y el ministro de Fomento Juan de la Cierva junto con otros señores que no sé quiénes eran. Por las caras que traían, parece que sabían los que les esperaba al día siguiente. Se sentaron en el salón, y uno de los acompañantes se interesó por las fotografías que puse en las paredes del salón, hasta Paulino hizo de guía explicándole quiénes eran y por qué estaban ahí esas fotografias, Benito Pérez Galdós, Madame Pimentón, Chapí, Echegaray... hasta que llegaron a la de don Alejandro, ahí este tipo se paró:

—¿Qué pinta este mamarracho entre tanta gente ilustre?

—También es cliente de esta casa y muy amigo de don Vicente.

—Pues la verdad que hay que tener mal gusto para colocar una fotografía de un individuo como este, a mí me hace daño a la vista.

—Pues lo siento mucho, no todo el mundo tenemos el mismo gusto.

—Vamos a hacer una cosa, mientras estemos aquí, la quitas, y cuando nos vayamos la vuelves a poner si quieres.

—Yo no puedo hacer eso, esa fotografía la puso mi jefe y yo no soy nadie para quitarla.

—Mira, estamos acompañando al alcalde, el Conde de Romanones, y también a un ministro, y no nos apetece tener a ese cerdo de izquierdas ahí en frente.

—Ya le digo, que yo no voy a quitar esa fotografía de ahí.

—No te preocupes, ya la quito yo.

Y así lo hizo, la descolgó y la lanzó por una de las ventanas del salón a la calle.

Paulino bajó en busca de Zacarías que se personó arriba enseguida como un poseso. Cuando llegó arriba se encontró al grupo de políticos recriminando al que había tirado la foto por la ventana. Zacarías, actuó como tiene por costumbre, se dirigió a ese tipo y le soltó un puñetazo que tuvieron que buscar los dientes en una de las fuentes de la plaza. Se levantaron todos y se echaron encima de Zacarías, a esa pelea se unió Paulino que también salió mal parado con más de un moratón. Toda esa trifulca hizo que Enrique y yo saliéramos de la oficina, la gente que estaba en ese momento reaccionó, unos huyendo y otros se sumaron a aquella pelea. Bien por ser clientes o porque les gustaban los líos. Lo único que sé es que aquello parecía un salón del viejo Oeste, solo faltaba el del piano.

Empecé a gritar pidiendo que parasen, me costó varios gritos, pero conseguí que aquello finalizara. Estaba todo el salón pequeño por los suelos, mesas, sillas, platos y tazas rotas, era increíble.

Me dirigí al alcalde:

—Márchense por donde han venido y no vuelvan más.

—Pero, ¡qué dice! Soy el alcalde, usted no puede mandarme que me vaya.

—De puertas para afuera como si es el Papa, pero de puertas para adentro mando yo, así que ya están tardando. Fuera de mi casa.

—Esto no va a quedar así, esto lo va a pagar muy caro.

—Usted preocúpese de que no sean ustedes los que lo paguen mañana, que será lo más seguro. Se marcharon con el rabo entre las piernas. Recogimos lo que quedaba del retrato de don Alejandro y lo guardé en la oficina. Posiblemente no sea buena idea tener fotografías de políticos en el salón, de momento no la voy a poner, y a don Alejandro ni mu.

Y estos tiparracos, ya veían el final de su carrera, viendo como se apagaba, como si de una vela se tratase, por eso les vino al pelo la fotografía y desahogarse.

Y el castigo no tardó en llegarles, el verdugo había sido el pueblo en las urnas.

La fiesta en la Puerta del Sol fue increíble, no cabía un alfiler en

Alfonso XIII en un acto público

la plaza, había gente subida en los quioscos de prensa, en los altos de los tranvías, en las farolas, el griterío era ensordecedor.

Desde la oficina podíamos ver el balcón del edificio de Gobernación, y toda la cúpula del nuevo gobierno. Reconocimos a Azaña, Alcalá Zamora, Martínez Barrio y como no, a don Alejandro. Tengo que reconocer que me emocioné cuando la gente le vitoreaba mientras cambiaba la bandera monárquica por la republicana.

Con los años me di cuenta de que volvía a ser testigo de algo tan importante que ha merecido tener su sitio en los libros de Historia de este país. Y en primera fila, como yo digo siempre.

Y desde esa oficina éramos testigos del cambio de todo un país, del fin de una dictadura militar y monárquica, nadie sabía lo que vendría después, pero de momento se le había devuelto la ilusión y una nueva esperanza a la gente.

En ese 14 de abril de 1931 *La Mallorquina* ya estaba ahí, y de esta día tan emblemático en la historia, no solo de Madrid, sino de toda España, se ha escrito de todo pero, hay algo que ningún historiador sabe de ese día, pero ya estoy yo para contarlo.

Estábamos Enrique y yo mirando por la ventana de la oficina sin perdernos detalle de aquella celebración multitudinaria, cuando llamaron a la puerta, era un joven con un encargo de don Alejandro, quería unas botellas de vino y de champán francés.

Preparé yo mismo el encargo y, con ese joven haciéndome paso, me colé hasta el salón principal de Gobernación. Allí estaban todos, saludé y felicité a los que conocía hasta llegar al balcón donde estaba don Alejandro. Al verme, se acercó a mí y me dio un gran abrazo, me invitó a que me asomara a la Puerta del Sol. Nadie puede imaginar lo que sentí en ese momento, me temblaban las piernas de tal modo que creía que me caería a la calle desde ese balcón. Don Alejandro me volvió a dar un abrazo y me dijo:

—Mira ahí abajo y disfruta, es el premio al buen trabajo y a la paciencia.

Y es lo que hice, mirar hacia abajo, nunca había visto tanta gente junta y gritando a la vez.

Me volví hacia don Alejandro y le pregunté:

—¿Y ahora qué?

Parece ser que no esperaba esa pregunta.

—¿Y ahora qué? Pues ahora... ahora todo será mejor, Vicente, ahora el pueblo será gobernado por los que él ha elegido. Mira ahí abajo, ellos son los que nos han elegido, para que les ayudemos y les representemos. No estamos aquí por imposición, estamos porque ellos así lo han decidido. Se acabó esa dictadura militar y monárquica, ahora manda el pueblo.

—¿Y el rey?

—Camino de Francia me han informado, pero se ha ido sólo, la reina sigue en Madrid.

—¿Y a quién se ha llevado? ¿A sus amigas?

Nos reímos un poco con ese comentario, y me vino a la memoria como un rayo el día de aquel incidente entre el rey con don Alejandro y Mateo Morral. El mismo rey que ahora huía con el rabo entre las piernas. Además, vi que era el mejor momento para contárselo.

—¿Se acuerda de aquel día, el que estaba con Mateo Morral y ese tío se lio a bastonazos?

—Joder, claro que me acuerdo, vaya tío loco.

—Pues ese tío loco no era ni más ni menos que el rey, Alfonso XIII.

—Venga ya, Vicente. Le hubiera reconocido enseguida.

—Como todos los miércoles, después de su visita a *San Judas Tadeo*, y siempre disfrazado, solía tomarse unos vinos en nuestro salón, a veces venía solo, y otras acompañado de alguna señorita.

Imagen en cristal de La Mallorquina

—¿No pensarás que me trague eso?

—Piense lo que quiera, ¿pero cómo se explica que hablando en catalán ese individuo sepa lo que estaban diciendo?

—Y si es así, ¿cómo no me lo has dicho antes?

—Porque le conozco, y sé que la hubiera liado gorda, y yo no quería tener problemas con la Casa Real, ahora ya me da igual, por eso se lo he contado.

—Me dejas de piedra, Vicente, pero mira ahora, el bastonazo se lo ha llevado él.

Nos volvimos a reír.

Ese día ha pasado a ser uno de los más recordados en los libros de historia. Pero a lo que me refería antes, en ninguno se hacía referencia de que aquel día, bajo ese reloj que manda en nuestro horario nacional y donde se celebró tal éxito republicano, el vino y el champán con el que se celebró era de *La Mallorquina*. Botellas que nunca llegué a cobrar, es más, vi cómo abrían la última y decidí irme para que no me pidieran más. Me despedí de don Alejandro con un abrazo, y de Azaña, Alcalá Zamora y Martínez Barrio con un apretón de manos. Bajé las escaleras y vi que era imposible salir por la puerta principal, había más gente que en la guerra, y decidí salir por la puerta trasera, la que da a la calle San Ricardo, salí atravesando el patio central cuando alguien me dio el alto.

—Vaya sorpresa, ¿que hace aquí mi amigo Vicente?

Me volví para ver quién era, y la sorpresa me la llevé yo. Era el comisario Bocanegra, estaba con otros tres individuos, todos vestidos por igual, con un atuendo militar, unas botas que les llegaba hasta las rodillas y llevaban el pelo rapado. Lo único que les diferenciaba es que el comisario tenía un parche en el ojo derecho.

Intenté seguir mi camino, pero soltó una de sus garras y me cogió del brazo como si fuera un ave rapaz.

—¿Has venido a felicitar a tu amigo?

—Déjeme en paz, suélteme.

—Dile a ese hijo puta que le vamos a borrar esa sonrisa de la boca, y dile que vamos a machacar a esa mierda de republicanos.

Conseguí soltarme de un tirón.

—¿Y usted a qué ha venido aquí? —Le pregunté.

Me cogió de la pechera y me puso su asquerosa boca junto a la mejilla.

—Somos la Falange Española, y somos los que vamos a acabar con esta panda de republicanos, eso hago aquí. Y de ti ya me encargaré, te voy a matar poquito a poco.

Me soltó empujándome. Debería tener una cara de pánico tan grande que se rieron los que estaban con él como si fueran hienas. Salí de allí a paso ligero, aún me retumbaban en los oídos esas risas hasta que llegué a *La Mallorquina*.

Lo que me quedó claro, es que a esa victoria de la República le había salido un grano en el culo con nombre propio, Falange Española.

Alfonso XIII abdica del trono

Celebración por la llegada de la República

Entrevista en ABC con Alfonso XIII en el exilio

«Hagamos las escuelas y
preparemos a los maestros.»

ÁNGEL HERRERA ORIA (1886-1968).
Periodista, político y sacerdote

CAPÍTULO XVII
Madrid se vuelve gris

Las ciudades de Sahagún en León, Éibar en Guipúzcoa y Jaca en Huesca, fueron las primeras en celebrar la llegada de la Segunda República.

Alfonso XIII abandonó el país sin abdicar formalmente y se trasladó a París, aunque finalmente se instaló en Roma. En el diario *ABC* publicó una nota que fue portada:

«Las elecciones celebradas el domingo me revelan que no tengo el amor de mi pueblo»

Aquella noche me pareció que el alumbrado de la plaza lucía con más intensidad.

Pero lo que me preocupaba cada vez más, era mi madre, su lucidez se la escapaba por momentos.

—Pero, hijo, ¿ahora quién va a ser el rey?

—Nadie, madre, ya no va a haber rey.

—Eso no puede ser. Todos los países tienen rey.

Vamos a ser como los monos.

—No se preocupe, madre, hay muchos países que no tienen rey y les va de maravilla. Ahora nos van a dirigir unos políticos que lo van a hacer muy bien. Seguro que nos va a todos mejor. Ya lo verá.

—¿Y el palacio? ¿Quién va a vivir en el palacio? ¿Tu amigo Alejandro con sus amigotes del partido? A mí eso no me gusta.

—No sé quién vivirá en el palacio, pero no creo que viva ahí ningún político.

—A lo mejor lo venden.

—No te preocupes, que si lo venden le digo a don Alejandro que nos lo deje barato.

Este tipo de conversaciones con mi madre eran cada vez más frecuentes. Yo intentaba acostumbrarme, pero reconozco que era muy duro verla así. Había días que parecía que recuperaba su estado normal, pero otros hacía cosas muy raras, como preparar la comida dos veces, o salir a comprar y no traer nada.

El nuevo gobierno estaba cambiando la propiedad de lugares y edificios regentados anteriormente por la monarquía. La Casa de Campo pasó a pertenecer al Ayuntamiento de Madrid, tras una cesión del nuevo ministro de Hacienda Indalecio Prieto. Pasaron al Ayuntamiento varios palacetes de Madrid, algunos parques y jardines y muchas posesiones relacionadas con el monarca destronado. Al final mi madre va a tener razón, y estos venden hasta el Palacio Real.

El que andaba encabronado con este nuevo gobierno era Zacarías. En esta casa daba un buen servicio y yo estaba muy tranquilo con su labor, pero por sus venas aún corría un poco de sangre de Bocanegra, y eso se le notaba en sus formas y comentarios. De hecho se había afiliado a esa tal Falange, y andaba intentando reclutar a algún empleado de la casa, cosa que me enojó bastante.

—Zacarías, no sé en qué andas metido con eso de la Falange, por mí, como si te haces socio del *Real Madrid*, pero deja a la plantilla en paz.

—Venga, Vicente, no pensarás que estos que han entrado ahora nos van a sacar de la miseria.

—Eso no lo sé, lo único que sé es que aquí no quiero nada con esa gente.

—No puedes opinar, porque no los conoces. Mañana hay una reunión en el teatro, vente conmigo y luego opinas.

Creo que acepté esa invitación más por curiosidad y por saber quiénes eran en realidad.

En la vida tengo cosas por las que arrepentirme, y esta es una de ellas. Lo que escuché aquel día en ese teatro fue increíble. Allí estaba ese José Antonio, invitando a renegar de las nuevas leyes, proclamas de indignación por la inclusión de mujeres en la política española, del futuro apoyo a esa organización por parte de países como Italia y Alemania. De que el futuro de España pasaría por ellos, y es que aseguraban tener en sus filas a todos los universitarios del país, a militares y claro está al clero con ese Balaguer a la cabeza.

Cuando aquel mitin parecía llegar a su fin, se produjo un tiroteo en la calle. Zacarías me sacó por una puerta lateral, vi cómo todo el mundo corría con una pistola en la mano. Creo que el único que no iba armado ese día era yo.

Se oyeron disparos y muchos gritos, a mí se me salía el corazón por la boca. La verdad es que lo pasé mal, pero ahora puedo opinar en primera persona de esta gente, y desde un principio lo tuve claro. Incluso me di cuenta, de que la entrada de la Segunda República les vino al pelo, pues acabar con la monarquía fue como ponerles una alfombra roja a esta organización de asesinos.

Y como digo, ya lo tenía claro. Junté a toda la plantilla para alertarles del error de asociarse a la Falange.

—En esta casa se da de comer a muchas familias, o sea a las vuestras. Todos los que estamos aquí dependemos de que esto siga adelante como hasta ahora. Por eso nunca entrará ningún tipo de sindicato, ni de derechas ni de izquierdas, y lo repito para que quede bien claro, no va a entrar aquí ningún sindicato. Yo respeto vuestros ideales y creencias, pero las dejáis en la puerta antes de entrar. Al que pille intentando meter esos líos aquí dentro no me temblará la mano para indicarle la puerta por la que se va a marchar. Y os aclaro que Zacarías es empleado mío, no de la casa, no tiene nada que ver con *La Mallorquina*.

Hubo algunas caras largas y algún murmullo, pero no me importó. A los pocos días despedí a dos por repartir panfletos de la Falange.

Zacarías no paraba de machacarme diciéndome que tenía el futuro en mi contra. Pues muy bien.

En diciembre de ese año se puso en marcha el nuevo gobierno de la Segunda República.

Niceto Alcalá Zamora fue proclamado presidente del gobierno. Pero toda esa ilusión por mejorar las vidas de los españoles fue eso, una ilusión.

Las manifestaciones eran cada vez más voluminosas, las fabricas se paraban con infinitas huelgas, los anarquistas y falangistas amenazaban a todo lo que se movía, y los obispos eran expulsados bajo amenaza de muerte.

Llegó hasta haber choques entre dirigentes del mismo partido. La desesperación estaba servida, desde la oficina vimos más de una manifestación que acabó con cientos de heridos y algún muerto a causa de la violencia que se empleaba en las calles. Yo estaba muy decepcionado, que con la llegada de este nuevo gobierno pensé no volver a ver más este tipo de manifestaciones. Nada más lejos, incluso eran más violentas que las de antes. Llegaron a saquear la iglesia de San Ginés, no dejaron un santo en pie. Yo, como ya he dicho en otras ocasiones, no comulgo con el clero, pero esto de saquear iglesias y destrozarlo todo no va conmigo, nunca estaré a favor de este comportamiento. Intenté hablar con don Alejandro, pero me dicen que está en Barcelona y tardará en volver. Con el que sí hablé, y tengo que reconocer que es de las personas que conozco más sensatas e inteligentes, es Ángel Herrera Oria, con el que hice una buena amistad, y como digo de las personas más coherentes que conozco. Sé que no compartimos ideales, pero me encanta hablar con él, y parece que a él le pasa lo mismo conmigo.

Estuvimos hablando de las revueltas callejeras y el evidente enfado del pueblo. La verdad es que lo que me dijo no me tranquilizó mucho. Él era el fundador de una organización católica y de derechas, Acción Católica, luego consiguió reunir en torno al periódico *El Debate* a un grupo de católicos y fundar Acción Nacional, pero estaba que se cagaba sotana abajo.

—Esto pinta muy mal, y más para nosotros los católicos y la propia Iglesia. Los republicanos vienen con buenas intenciones, pero se están equivocando a la hora de ejercer sus leyes, deben de

Caballerizas del Palacio Real

gobernar por igual a todos los españoles, no pueden usar el poder para venganzas, acabarán matándose entre ellos. De momento han designado al general Sanjurjo como director de la Guardia Civil, un militar monárquico al frente un ministerio republicano, eso el que lo entienda que levante la mano.

—Puede que tenga razón, don Alejandro me asegura que en principio este cargo lo iba a ocupar Largo Caballero, pero por lo visto se fían más de este militar que de él.

—A eso me refería, entre ellos no hay confianza, no se puede dirigir un país cuando tus compañeros de partido te clavarán una estaca en cuanto te descuides. Además, Lerrroux no te cuenta toda la verdad. Ese hombre no es como tú crees. Se que sois muy amigos y que le tienes un aprecio especial, pero no le endioses, lo mejor que saben hacer los políticos es defraudar a los que les apoyan.

Esas palabras en contra de don Alejandro no me gustaron nada, pero menos me gustó cuando vi que tenía razón.

Y así fue, don Alejandro dejó el partido y la lucha de la que tanto alardeaba, dejó su cartera de estado sin justificación alguna y desapareció de la vida política.

Volvió a Madrid y no tardé en hablar con él:

—¿Cómo puede ser? Con todo lo que ha trabajado para llegar a donde está, y ahora lo deja todo.

—Pues entiéndelo, Vicente, el rumbo de este barco no es el que se decidió, me traicionaría a mí mismo si sigo en este proyecto. Yo esperaba una revolución para acabar definitivamente con el poder militar y el eclesiástico, y devolver al pueblo las posesiones incautadas por estos organismos. Y lo único que hemos hecho es cambiar el collar al mismo perro. Nos ha faltado tiempo.

Todo esto era un dilema, por un lado el razonamiento de Herrera Oria, y por otro la justificación más que razonable de don Alejandro de dejar todo. Las manifestaciones eran cada vez más frecuentes, la crisis se hacía notar en los comercios de la zona, los periódicos no paraban de bombardear al gobierno y de cabrear más a la gente, en los artículos no dejaban títere con cabeza, los calificaban de inútiles democráticos y de sinvergüenzas legales.

Pero, como suele pasar, siempre hay quien hace leña del árbol caído, y para eso teníamos a los de la Falange con las hachas afiladas, disfrutando del panorama nacional. Y eso lo pude ver y oír en primera persona. Reservaron el salón pequeño para cerca de veinte personas, reserva que con mucho gusto hubiera anulado. Pero para no tener problemas con ellos y que la clientela empezaba a escasear, desistí anular la reserva.

Allí se presentaron, con ese José Antonio a la cabeza. Me saludó con un abrazo, noté la pistola en mis costillas. Vaya reunión, solo con oírlos daban ganas de salir corriendo.

Hasta me parece que el alumbrado de la plaza es más flojo que de costumbre. Espero que no me esté volviendo loco, pero el ambiente que se respira en la Puerta del Sol es raro, como si quisiera decirnos que nos espera algo muy malo, no lo sé, algo que nos hará llorar.

El 22 de noviembre de ese año, hubo elecciones, y por primera vez estaba autorizado el voto femenino; ¡por fin las mujeres pudieron votar! Mi madre se vistió como si fuera a una boda, los dos votamos a Izquierda Republicana. Pero la sorpresa que nadie esperaba fue que ganó la derecha. El 3 de diciembre fue la segunda vuelta y volvieron a ganar los mismos, pero esta vez de una forma aplastante. Los periódicos achacaban al voto femenino a tal resultado.

Al día siguiente las manifestaciones fueron tremendas en rechazo

al nuevo gobierno. En la Puerta del Sol había miles de personas. Yo desde la oficina, viendo todo esto, le pregunté a Enrique:

—Pero entonces, ¿quién les ha votado?

Buena pregunta, Vicente

Siempre me ha gustado mezclarme con la clientela de la casa, oír sus comentarios y participar en tertulias, y los comentarios que se oían por esos días eran poco alentadores. Hablaban de armas, de guerras, de una España dividida. Yo, la verdad no creo que sea para tanto, estas cosas siempre se han decidido en las urnas, era cierto que nos estaban ahogando poco a poco, la crisis hizo que tuviéramos que despedir a más de un empleado, las ventas bajaban a un paso preocupante.

Nunca creí que nos afectaría tanto esta situación, más de un comercio de la zona se estaba planteando el echar el cierre. Lo que creía que iba a ser una mejora social se había convertido en una tormenta con rayos y truenos. Ya nos daba igual quién nos gobernara, estaban más dispuestos a las venganzas que a trabajar por el pueblo que les había votado.

Casa de Diego

Viena-Capellanes

Sederías Carretas

«El arte es ua mentira que nos hace
darnos cuenta de la realidad.»

Pablo Picasso (1881-1973).
Pintor y escultor

Capítulo XVIII
Las limosnas de Luciano

Llevábamos días sin verle y era raro en él que faltara a su cita con nuestra puerta para pedir limosna. Luciano «el ciego» había fallecido sin decir ni adiós. Lo había encontrado su casera tumbado en su cama, vestido con su mejor traje, el pelo repeinado y bien perfumado. La verdad que lo sentimos mucho, era un personaje al que la gente adoraba, incluso, pienso, que pertenecía al paisaje natural de esta plaza.

El funeral había que costearlo, y nadie dudó en aportar lo que pudo, empleados de casi todos los comercios de la zona y sus respectivos clientes. Todos menos uno, don Pío, este se negó en redondo, y a mí no me pilló de sorpresa conociendo cómo era.

Se le dio sepultura de la mejor manera posible, se le echará de menos.

A los pocos días apareció don Pío con un periódico donde hacían alusión al fallecimiento de Luciano:

> «Muere en Madrid, en una pensión de la calle Cádiz, Luciano Montes; un mendigo, ciego de nacimiento, muy admirado por sus conocimientos y querido por sus formas en la zona centro de la capital.
> Sobre todo, por su casera, que ha recibido en herencia el colchón del fallecido, lleno de billetes y monedas que han llegado a la suma de cuarenta mil pesetas».

Cuando leímos esto, Enrique y yo nos miramos con cara de asombro.

—Joder, pues si que da el pedir limosna. —Dijo Enrique.

—Eso parece, tenía dinero para haber dejado de pedir.

Don Pío soltó una carcajada a modo de burla, raro en él, porque se reía poco.

—Pero, ¿os falla la memoria? No se puede sacar tanto dinero pidiendo limosna, está claro de donde ha sacado tanto dinero, de aquí, de *La Mallorquina*.

—¿De aquí? No sé qué quiere decir.

—Quiero decir que a la señorita Mari no la dejaba ni a sol ni a sombra, se aprovechó de que no estaba bien de la cabeza, y por eso no aparecía el dinero por ningún lado. Ya os digo que andáis mal de la memoria.

—¡Que cabrón! Así no encontrábamos el dinero, era él quien se lo llevaba.

—Bueno, Enrique, es una suposición, tampoco tenemos la certeza de que haya sido él.

Don Pío insistía:

—Si no es ese el dinero que os falta, ¿dónde está?

—La verdad que más o menos es la cantidad que creemos que nos faltó. La del colchón, digo.

Pero no quiero pensar que Luciano nos ha estado robando, se ha muerto y no quiero recordarle como un ladrón.

Esto me afectó muchísimo, fue un gran disgusto; aun así que descanse en paz.

Y don Pío, que se dio cuenta del trance que fue para nosotros esa

noticia que él mismo nos trajo, creo que se sentía un poco culpable de aquella situación, y por eso nos regaló a Enrique y a mi dos ejemplares de su última novela, *Las noches del Buen Retiro*.

Ángel Herrera Oria

De otro que parecía que se lo había tragado la tierra era don Alejandro. Lo poco que sabía de él era por la prensa, y la verdad lo que decían de él no era muy bueno que digamos. Por lo que contaban, don Alejandro había dejado su partido, y había pactado con la CEDA formando gobierno con él a la cabeza. Yo eso no lo entendía. Sí la CEDA es un grupo de derechas y clericales, ¿qué pintaba ahí don Alejandro? ¿Dónde había perdido su actitud revolucionaria?

Después de todo esto, la CEDA le retiró el apoyo, y en el PSOE tampoco querían saber nada de él. A pesar de ser mi amigo y el aprecio incondicional que siempre le he tenido, creo que le estaba bien empleado, por dejar con el culo al aire a montones de personas que le habían apoyado.

Y lo que peor llevaba era aguantar los comentarios de los energúmenos de turno que sabían que don Alejandro era amigo mío.

Los socialistas rompieron las relaciones con los republicanos, los republicanos con la CEDA, la CEDA con los socialistas, y mientras tanto la Falange andaba a tiros por todo Madrid. Esta gente había encontrado su caldo de cultivo para hacerse más fuertes en esta sociedad rota por culpa de estos políticos.

Empezaron a controlar empresas y trabajadores, llegaron a parar la minería asturiana, que por esta época era el motor de país, y si no hay carbón, todo se pararía.

Don Antón me dijo que hiciera acopio de carbón porque cerraba, el carbón se acababa.

—Si me dejas sin carbón tengo que parar el obrador.

—Te pararas tú y toda España.

—Pues ya me contarás qué hacemos sin carbón.

—Me da igual, yo me voy con la familia a mi pueblo hasta que esto pase.

Antón tenía razón, la minería era el combustible de este país. En *La Mallorquina* intentábamos sacar la cabeza ante esta política destructiva, pero nos era imposible, teníamos el obrador parado y varios operarios de vacaciones por no despedirlos. Las carboneras de todo Madrid estaban cerradas.

El día 5 de octubre de este año fue trágico; la situación era insostenible, no hubo transporte, no abrió ni el metro, tampoco hubo prensa y la mayoría de los comercios cerrados. Todo esto acabó con la paciencia de los ciudadanos, llegaron a producirse ataques contra la Telefónica, tiroteos en la estación del Norte y asaltos a cuarteles de la Guardia Civil y al Parque Móvil de los Ministerios. Y como siempre el epicentro de esta trifulca estaba en esta plaza, la Puerta del Sol, y desde la ventana de la oficina fui testigo, como muchas veces, de lo salvaje que puede ser el ser humano, nos estábamos comportando como animales salvajes.

Aunque de mala manera todo esto pasó como se pasan las tormentas, se intentó volver a la normalidad, pero nada más lejos. Para explicarlo de alguna manera, el pulso de Madrid había descendido a la mitad.

Antón volvió a abrir la carbonera, pero le costaba mucho conseguir carbón, y cuando lo tenía era a precio de diamantes. Con los años he oído y leído a cientos de historiadores, y todos coinciden en que todo esto fue la punta del ovillo de algo que más tarde nos pasaría, algo que no nos merecíamos pasar, algo que nunca olvidaremos. Pero eso ya lo contaré.

«Donde hay poca justicia,
es peligroso tener razón.»

Francisco de Quevedo (1580-1645).
Escritor del Siglo de Oro

Capítulo XIX
Don Pío Baroja

Hacía más de un año que no sabía nada de él. Don Alejandro apareció como aparecen los fantasmas, estaba demacrado, muy delgado y muy envejecido. Había perdido las ganas de lucha y de la revolución aquella que tanto deseaba, ni hablar.

—Está todo hecho una mierda, Vicente.

—Ya me he dado cuenta, nos habéis metido en la miseria. ¿Esta es la revolución de la que tanto hablabas?

—Sabes que no, se ha intentado construir una gran sociedad, pero los cimientos se han caído.

—Nos hemos caído todos, ahora quien va a solucionar todo esto.

—¿Solucionar? Todo pinta a que vaya a peor, se espera un golpe de estado por parte del ejército. El gobierno está muy debilitado.

—¿Pero el ejército no está al servicio del gobierno?

—Así debería de ser, pero intentan un alzamiento militar, apoyados por los gobiernos italianos y alemanes.

Mientras hablábamos en el salón, vimos un acto propagandista de la ultraderecha. Iban desfilando y aunque no eran militares, lo parecían.

Iban todos uniformados y cantando al unísono, mientras llevaban una mano en alto. Cuando pasaron bajo la ventana vi que lo que más destacaba de esa indumentaria, era una gran pistola. Pero si eran chavales recién salidos de la escuela. Y ahí es donde mi di cuenta de que estábamos ya en manos de esta gente, y lo digo porque al pasar todo el mundo les aplaudía.

—A esto me refiero, a la población la tienen de engañada, aceptaran lo que venga.

—Habéis decepcionado a todo un país, cualquier cosa es mejor. Nos habéis dejado de la mano de dios. Bueno más bien del mismísimo demonio.

—Ya es tarde, Vicente, no hay tiempo para rectificar. Estos no entienden de urnas, todo lo solucionan con escopetas y tanques, es lo que han hecho en Europa.

Nos despedimos con un gran abrazo. A pesar de todo esto, don Alejandro siempre será un referente para mí, me quedo con lo mejor de él. Me volvió a invitar a que pasara una temporada con él. Ya veremos.

Zacarías no paraba de darme la tabarra con eso de afiliar la empresa a la Falange.

—No te puedes quedar fuera, Vicente. O con ellos o en contra de ellos.

—Resistiremos, Zacarías, resistiremos.

Ese resistiremos es muy largo, sé de buena mano que había hasta amenazas, de momento nos íbamos salvando. O eso creía yo.

Los operarios del obrador me alertaron que nos quedábamos sin carbón.

—Antón lleva dos días sin servirnos. Solo nos queda carbón para hoy.

En lo primero que pensé es en otra huelga minera.

Pero Antón tenía la carbonera hasta los topes de carbón.

—Lo siento, Vicente, no puedo servirte ni carbón ni nada.

—¿Cómo que no puedes servirme nada?

—Estuvieron unos pistoleros de la Falange, no puedo servir nada a quién no esté afiliado. Me rompieron la báscula, y me amenazaron con quemar la carbonera conmigo dentro.

—Pero eso lo puedes denunciar.

—No seas iluso, Vicente, ya he hablado con policías, y me han aconsejado que haga caso.

—Y yo, ¿qué hago sin carbón?

—Lo siento, Vicente, búscate otra carbonera, pero con el tiempo te ocurrirá lo mismo. No podrás escarpar de ellos, tendrás que afiliarte quieras o no.

—Son una panda de hijos de puta.

—Y asesinos, los que estuvieron aquí eran muy violentos, sobre todo el tuerto, ese era el peor.

—¿El tuerto?

Seguro que no me equivocaba al pensar en quien era ese tuerto.

—De momento tengo que pagar una cuota todos los meses por su protección, ya lo ves, para protegerme de ellos mismos.

Me pasé toda la mañana de visitas, me pasé por *El Riojano* por *Casa Labra*, el *Café del Pombo* y, hasta el *Hotel París*. Todos habían sucumbido a las amenazas de esta organización con el brazo ejecutor del Bocanegra, lo que más me escamaba que *La Mallorquina* se estuviera librando de esta opresión. No hizo falta esperar mucho, nos llegó una carta de la Falange, la trajo en mano Rafael Sánchez Mazas, y consiguió convencerme, me aseguró que era lo más inteligente. Y no podíamos nadar contra corriente. De hecho, se unieron con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, lo que se conoció como las *JONS*.

Hasta Enrique, que es una persona de las más inteligentes que conozco, pensó que era la mejor opción si queríamos seguir adelante.

A don Pío le conté todo este lío del carbón, y me contó que a su familia que por aquel entoces regentaba *Viena Capellanes* les pasó tanto de lo mismo.

La extorsión al poder. Si ya de por sí nos iba mal, ahora pagando cuotas nos iría peor. Ya veremos de esos beneficios que tanto prometen.

1781
1836
CALLE DE
ESPOZ Y MINA
CALLE DEL
CORREO
CALLE
MAYOR
CALLE DEL
ARENAL
CALLE DE LA
MONTERA
CALLE DE
PRECIADOS
CALLE DEL
CARMEN
CALLE DE
CARRETAS
PUERTA DEL
SOL
CARRERA DE
SAN JERONIMO
CALLE DE
ALCALA

«Si los españoles habláramos solo de lo que sabemos,
se produciría un gran silencio que nos permitiría pensar.»

Manuel Azaña (1880-1940).
Político y escritor

Capítulo XX
Primo de Rivera

Recibimos una carta de la Falange, escrita a mano por el mismísimo José Antonio. Nos felicitaban por nuestra nueva afiliación, y de paso quería una reserva en el salón pequeño para el sábado siguiente.

Ese día solo aparecieron ocho, yo únicamente conocía a José Antonio y a Rafael Sánchez Mazas. Venían todos vestidos de etiqueta. Cenaron en el salón pequeño, como de costumbre. Se les sirvió de todo, fue una gran cena. Esperé a que pidieran los licores para sentarme con ellos. Hay una cosa que tengo muy clara, y es que soy como soy hasta que me muera. Acepté esa afiliación, pero no iba a dejar pasar esa oportunidad para pedirles explicaciones por dejarme sin carbón.

José Antonio me saludó con un abrazo y me presentó a sus acompañantes. Me senté con ellos y el primero en hablar fue José Antonio:

—Estamos muy contentos que esta casa esté dentro de nuestro gran proyecto nacional. Reconozco que has sido duro en tus ideas, pero al final siempre triunfa el sentido común.

—Posiblemente tarde o temprano nos hubiéramos afiliado. Pero creo que esas prácticas amenazadoras no son la mejor forma de buscar afiliados. Me habéis tenido una semana sin carbón.

—¿Sin carbón? Yo no tengo constancia de que se te haya amenazado. Ni a ti ni a nadie, solo informamos, no amenazamos.

—¿Informar? Al carbonero que me sirve le destrozaron la báscula y le amenazaron si me servía carbón mientras no estuviese afiliado. Si eso es informar, que baje dios y lo vea.

—Eso tiene que ser un mal entendido, ese tipo de prácticas no son cosa nuestra.

—¿Y las cuotas a todos los comercios? ¿Tampoco?

—¿Qué cuotas? De momento no hay cuotas, llegarán, eso lo estamos decidiendo con las *JONS*, pero de momento...

—De momento los comercios de la zona lo están pagando, pueden informarse.

Uno de los que estaba allí sentado, dio un manotazo en la mesa.

—¿Nos toma por mentirosos? Ya está bien, nos está acusando de delincuentes y nos estamos callando.

—Yo no les acuso de nada, les estoy contando lo que está pasando en esta zona, unos falangistas se dedican a amenazar y cobrar cuotas. Lo puedo demostrar.

—Más le vale, esas acusaciones son muy duras.

—Honorio Bocanegra, ¿sabe quién es?

—Sí, pertenece a la seguridad, de hecho, le tengo conmigo.

—Ese hombre es el que se dedica a esa práctica que ustedes niegan.

—Esa acusación es muy grave. Si en realidad es cierto lo que me está contando tenemos un problema.

—Sí que lo tienen, ese tipo de publicidad no creo que sea la más idónea. Además a ese antiguo policía le conozco, y sé que es capaz de sacar tajada hasta de las piedras.

—En Madrid hay muchos pistoleros a sueldo, pero no al nuestro. Esto que nos cuenta, Vicente, le prometo investigarlo, y créame que siento mucho lo que le ha pasado con el carbón. Y le puedo asegurar que si hay alguien haciendo daño a la Falange, lo pagará.

Desde aquel día se acabaron las cuotas y las amenazas, creo que di en la diana hablando con esta gente. Los mismos falangistas

hicieron una ronda por los comercios alertando de dicha práctica, y que les informaran enseguida.

Pero al comisario solo le interesaba su beneficio, era un ave de rapiña y las únicas reglas que conocía eran las suyas. Y no consintió que le negaran ese impuesto revolucionario.

A Antón le dieron una paliza que le dejaron tan maltrecho que estuvo una semana sin moverse. En el *Hotel París* se cargaron el mostrador de la recepción y en *El Riojano* vitrinas y escaparate.

El Riojano

Las noticias de los diarios atribuían estos hechos a pistoleros ajenos a la Falange, pero en la calle la gente pensaba diferente.

Este José Antonio debió poner remedio cuando se lo dije. Ahora la imagen de esta organización es lamentable. La repercusión de estos hechos ha llegado a todo el país, tanto que la cúpula de la Falange ha recurrido a las emisoras de radio para aclarar que ellos no están detrás de esas extorsiones.

Y Zacarías que anda con ellos, y que tiene ese don que dios le ha dado, que es el enterarse de todo, me ha puesto en alerta y los pelos de punta:

—Andan buscando al comisario como locos, como le cojan, le matan seguro. Ya puedes cuidar tus espaldas, Vicente.

—¿Qué tengo yo que ver con esto?

—¿No le diste el nombre del comisario?

—Sí, pero no creo que José Antonio...

—Aquella noche no estaba sólo, entre los que estaban con él, había dos ex policías, antiguos compañeros.

Hotel Paris

Sé que uno de ellos es muy amigo del comisario. Estoy seguro de que no le encuentran porque este mismo le ha avisado.

—Joder, Zacarías, me podías haber dicho aquella noche que eran policías.

—¿Pero no me vio que los saludé? Además, yo qué sabía de lo que iban a hablar.

—Pues vaya seguridad tengo contigo.

—Yo cuido de sus espaldas, pero no de su boca. No tenía que haber dado nombres. Ya se hubiesen enterado por ellos mismos.

A los pocos días los diarios se hacían eco de un tiroteo en la calle de las Virtudes número 10, la casa de Teodora. En el *ABC*, atribuían este tiroteo a un ajuste de cuentas entre delincuentes. Yo, la verdad, al leer esta noticia intenté creerme lo que contaban: que eso no fuera obra de los falangistas, en esa casa vivía el comisario. Por lo visto fue un tiroteo tremendo, hubo seis muertos. Pero en las noticias no ponía los nombres de los fallecidos. Reconozco que esperé que entre los muertos estuviera el comisario. El desear la muerte de alguien no va conmigo, pero esta situación me desordena el sentido común. Ni el mejor diario de este país tenía la información que Zacarías siempre tiene. De haberse dedicado al periodismo, este hombre no tenía precio. Él fue quién me completó la noticia.

—Han sido los de la Falange, han entrado seis pistoleros en esa casa, la de esa mujer que conocías. Han entrado en busca del comisario, han caído tres por parte del comisario y uno por parte de la Falange, hubo más tiros que en una novela del oeste.

—¿Y el comisario? —pregunté, sabiendo la respuesta.

De haber caído me lo hubiera dicho desde un principio.

—¿El comisario? Es el mejor, es el más listo. No ha nacido nadie que pueda con él. Ya no estaba allí cuando entraron, he trabajado muchos años con él y no le cogerán.

—¡Madre mía!

De momento se habían acabado esas cuotas, pero llegaron las oficiales por decirlo de alguna manera. Se pagaba por empleados y por empresa. Lo mismo me da, antes se pagaba al comisario y te dejaba en paz, ahora se paga a los falangistas y encima tenemos la amenaza del comisario.

La Falange aseguraba y se comprometía a la mejora social de los españoles, pero pasaba el tiempo y la miseria y la incertidumbre sobre el futuro de este país era cada vez peor. La Puerta del Sol intentaba recuperar el pulso perdido, pero no había manera, solo se hablaba de guerras y más guerras. En la pensión teníamos a unos señores de Bilbao, que le metieron en la cabeza a mi madre que hiciera acopio de comida, que se cerrarían carreteras y vías de tren, que en poco tiempo el dinero no valdrá nada.

Mi señora madre cerró una de las habitaciones para convertirla en despensa, metió aceite, harina, legumbres y demás viandas. Y como digo, la incertidumbre por esos días era nuestro mayor enemigo. Era un gran paso atrás, sobre todo en Madrid. Poco a poco el dinero iba perdiendo valor, parecía que volvíamos a la Edad Media.

Chocolatería San Ginés

«No hay espejo que mejor refleje la
imagen del hombre que sus palabras.»

Juan Luis Vives (1492-1540).
Humanista, filósofo y pedagogo

Capítulo XXI

Los hornos de *La Mallorquina*

De todas estas noticias tan desalentadoras, alguna tenía que ser buena. A don Pío le han reconocido su labor como escritor, no como médico. Por fin ha ingresado en la Real Academia de la Lengua. Fue una gran noticia que celebramos en su honor.

Al que no parecía irle tan bien es a don Alejandro, pues en el partido no paraban las dimisiones y en el gobierno más de lo mismo. Según la prensa, se les atribuía un lío de estraperlo –lo que les faltaba–. Había varios implicados del Partido Radical. Fue el caso Nombela, donde cayeron muchos dirigentes del Partido Radical.

Manifestaciones, peleas, huelgas... el desastre estaba servido, nuestra ventas ya rozaban lo ridículo, de tal manera que el cerrar estas puertas se convirtió en la opción más inteligente. Pero los socios de esta casa, las familias Coll, Ripoll y Balaguer, me animaron a seguir hasta donde quisiera, y así lo hice. Seguí. Y es que si cierro estas puertas sin luchar, me muero.

En mi entendimiento, no entraba que esta casa dejara de existir, a pesar de lo mal que pintaba todo.

Y lo que voy a relatar a continuación puede ser lo que más me ha afectado de por vida, de tal manera que aún estoy pagando lo que pasó. Intentaré decirlo de la mejor manera posible, porque esto no se puede contar de cualquier manera.

Esa noche decidimos cerrar antes por falta de clientes. Fui mandando a casa a los empleados poco a poco, hasta quedarnos solos Julián en la barra, Paulino en el salón mientras terminaba de recoger las mesas ya vacías, y Zacarías y yo, que estaba recogiendo las cajas. En la barra quedaba un señor tomándose un café, que no paraba de removerlo con la cucharilla, el tintineo me estaba poniendo nervioso. Todos fueron acabando sus quehaceres y marchándose, nos quedamos Zacarías y yo solos. No nos dimos cuenta de que el último en salir dejó el cierre arriba y la puerta abierta.

Yo estaba terminando de recoger la caja de la cafetería, y Zacarías estaba por la parte de fuera de la barra.

Pero sin darnos cuenta, alguien se coló, pensábamos que era un cliente.

Se colocó en la barra delante de mí, le miré, era un tipo corpulento, llevaba un sombrero que le tapaba media cara. Zacarías le dijo:

—Está cerrado, vuelva mañana, ya nos vamos, no hay ni café ni nada.

Este tipo se volvió hacia Zacarías, se echó el sombrero atrás y Zacarías dio un salto retrocediendo.

—¿Comisario?

No le dio tiempo a decir nada más, sacó un palo de entre la gabardina, y con gran destreza dejó a Zacarías en el suelo. El golpe fue tan fuerte que lo primero que pensé es que lo había matado.

Soltó el palo, y sacó una pistola de un bolsillo de la gabardina y me apuntó a la cabeza.

—Levántate, hijo puta.

Me levanté de la silla de la caja sin dejar de mirar esa cara, una cara llena de cicatrices, sobre todo esa que le llegaba desde la oreja hasta la boca, y ese parche en el ojo derecho. No paraba de mover el ojo que le quedaba, buscaba si había alguien más. Saltó dentro de la barra y me dio un puñetazo en la cara que hizo que me cayera de espaldas al suelo. Cogió una botella e intentó estrellármela en la cabeza, levanté una pierna para detener el golpe, y acabó estrellándose en mi rodilla, el dolor me llegó hasta la cabeza.

Pasteleros

—Te voy a matar, hijo de puta.

Volvió a darme con la botella, esta vez fue en el antebrazo.

No paraba de darme patadas, me podía haber matado en ese momento, pero disfrutaba con cada golpe que me daba. Intenté levantarme, pero me volvió a dar otro puñetazo con la mano con la que sujetaba la pistola. Volví al suelo, me puso el pie en el pecho y me apuntó con la pistola. Yo no podía moverme por los golpes que me había dado, me faltaba el aliento, puso el dedo en el gatillo y sonó un disparo como un trueno.

En ese momento, notaba como se me iba la vida por los poros, me sentía muerto. Pero solo era víctima del pánico, abrí los ojos y delante de mí no había nadie, estaba allí tirado mirando al techo. Estaba confuso, me toqué con las manos esperando ubicar el disparo en mi cuerpo. No parecía que hubiese recibido ningún disparo.

Es cuando oí reírse a Zacarías, estaba ahí, de pie, con una pistola en la mano, tenía toda la cara llena de sangre a causa del golpe que le había dado con el palo, tenía una brecha en la frente.

Se reía como un loco, levanté la cabeza como pude, y vi al comisario tirado delante de mí, no tenía cara, había restos de sus sesos hasta en el techo. Zacarías le había disparado en la cara. Esa estampa era horrible, estaba todo lleno de sangre, el suelo, las vitrinas y yo mismo. No podía

La Mallorquina en la salida del metro Puerta del Sol

levantarme, el dolor de la rodilla era muy fuerte, estaba seguro de tener algún hueso roto, me dolía la cara, el brazo y medio cuerpo, y es que no paró de darme patadas mientras estaba en el suelo.

Zacarías no paraba de reírse.

—Ya está, se acabó, ya estás en el infierno, Bocanegra, ya estás en el infierno.

Me costó mucho ponerme de pie, el dolor de la rodilla me hizo pensar en algún hueso roto. Apoyándome en la barra conseguí enderezarme. La visión de toda esa escena era horrible, cerré los ojos esperando que todo fuera una mala pesadilla. Pero las risas de Zacarías me devolvieron a la realidad.

—Cállate, Zacarías, cállate por favor. —Le grité.

—Hemos ganado, Vicente, lo hemos mandado al infierno.

Volvió a reírse como un loco. Seguía con la pistola en la mano, yo creo que aún esperaba que el comisario se fuera a levantar.

Zacarías se tiró al suelo, ese golpe en la cabeza le tuvo que hacer daño. Pero no paraba de reírse.

Yo ya me encontraba en pie, no dejaba de mirar para todos los lados, había sangre hasta en el techo. Miré hacia el comisario, aún conservaba el parche en el ojo, tenía la cara destrozada por el disparo

tan cercano a la cara. Me quedé mirando hacia ese cuerpo muerto, reconozco que esperaba que se levantara. En ese momento no era consciente de lo que en realidad había pasado.

—Zacarías, vete a buscar a la policía.

—¿Estás loco, Vicente? Hemos matado a un comisario, no podemos llamar a la policía.

—¿Hemos matado? Lo has matado tú, tú has sido el que lo ha matado.

Volvió a reírse.

—Si no le disparo, ahora el muerto serías tú, Vicente, no he tenido elección. Te hubiera matado.

Zacarías tenía razón, me senté en la caja del bar, el charco de sangre era poco a poco más grande.

Estaba claro que nos teníamos que armar de cordura.

Lo primero que hicimos fue curarnos las heridas, sobre todo la que tenía Zacarías en la cabeza. Yo cogí un paraguas olvidado para que me hiciera las veces de muleta, el dolor de la rodilla me impedía apoyar el pie en el suelo. Eran cerca de las doce de la noche, y había que pensar muy deprisa. Lo primero era esconder el cuerpo del comisario.

—Zacarías, intenta meterle en la trastienda, como puedas. Tenemos que limpiar todo esto.

—¿Limpiar? Esto no lo limpiamos ni en tres días.

Tenía razón, había sangre y sesos por todos los sitios. ¿Y el cuerpo del comisario? Llegué a pensar en meterlo en algún saco vacío y tirarlo lo más lejos posible. Zacarías le cogió por las axilas y tiró de él, arrastrándole hasta la trastienda. Desmontó una estantería y la puso delante, tapando el cuerpo, pero ahí no se podía quedar. También le dije a Zacarías buscara a Antón, y que con su carro le llevásemos a algún sitio para enterrarlo. Pero solo me decía que no, que no, que le dejara, que estaba ahí para cuidarme.

Se me ocurrió ir en busca de las dos chicas que trabajaban en la pensión de internas, ellas dejarían todo limpio y en orden. Y así lo hice, dejé a Zacarías solo, y me dirigí a casa en busca de estas chicas. Tardé un lustro en llegar, la rodilla me dolía mucho, cada paso era como si me clavaran agujas. Entré sin hacer ruido, solo me faltaba que mi madre se despertara. Desperté a las dos chicas, fue muy violento para mí, abrieron los ojos como si fuera el mismísimo

demonio que venía a buscarlas. Las dije que se levantaran y que se vistieran sin hacer ruido, que tenían que acompañarme. Obedecieron enseguida, pero vi en ellas la cara de la incertidumbre.

—Venga, ya os contaré por el camino lo que ha pasado, necesito de vuestra ayuda, esto os lo recompensaré. Venga, no hay tiempo.

Recuerdo amenazarlas con mandarlas a su pueblo si contaban algo de lo que iban a ver. Les conté que un cliente había discutido con un policía y que se habían liado a tiros. Tardamos otro lustro en llegar, a pesar de que las chicas me ayudaron a caminar. Ya no me dolía solo la rodilla, eran las costillas, el brazo y la cabeza parecía que me iba a estallar. No me encontraba bien, estaba incluso un poco mareado.

Abrimos el cierre casi sin hacer ruido, la puerta estaba cerrada pero sin echar la llave, no había luz, solo se veía encendida la de la trastienda, empujamos y nos invadió un olor horrible.

Un olor que se nos metió hasta el alma, era tan denso que se podía masticar, entramos tapándonos la boca y la nariz.

Cuando las chicas vieron los restos de aquel episodio se quedaron de piedra.

—Zacarías, Zacarías. —Le grité.

Pero allí no parecía estar.

Pasé a la trastienda, y ahí no estaban ni él ni el cuerpo del Bocanegra.

A las chicas las dije que tenían que dejar aquello más limpio que una patena. A una de ellas le vi que la daban arcadas. Les proporcioné de todo para la limpieza, ahora tenía que buscar a Zacarías. A Zacarías y el cuerpo del Bocanegra. Estaba casi todo a oscuras, encendí las luces de la barra para que las chicas limpiaran. Al pasar por la trastienda, se encendió una luz en el obrador. Las escaleras que dan al obrador empiezan en la trastienda, aún siguen así, es una escalera estrecha con escalones de madera, al final se encuentra la montadora de nata, y, girando a la derecha el pasillo que da al obrador, que es de donde salía esa luz tenue. Desde arriba de esta escalera volví a llamar a Zacarías, pero no me respondía, sabía que estaba abajo, se oían ruidos. Además, me fijé en los escalones y había restos de sangre, estaba claro que había bajado el cuerpo del comisario arrastrándolo por esos escalones de madera.

Sabía que tenía que bajar, pero ese dolor de rodilla me lo haría difícil o casi imposible. Con la mano izquierda me fui agarrando a las cajas que había a lo largo de la escalera, cajas de cartón y de madera con botellas y demás cosas de almacenamiento, y con la derecha a ese paraguas que hacía las veces de muleta. Sudé hasta llegar abajo. Al dolor se le sumó ese olor que era cada vez más fuerte, notaba que estaba mal, el corazón me latía muy deprisa y un sudor frío amenazaba con doblarme las piernas. Volví a llamar a Zacarías, giré camino del obrador y ese olor hizo que me tapara la boca y la nariz. Es cuando oí reírse a Zacarias, estaba al fondo, en la zona de los hornos. Lo que voy a contar a continuación, nunca lo he olvidado, y creo que se me ha grabado en la cabeza a fuego lento. No es para menos. Entré cojeando y apoyado en ese paraguas hasta la sala donde se encuentran las mesas de trabajo y los hornos. Allí estaba, Zacarías, de pie, mirando una de las bocas de los hornos, riéndose como un loco. Casi no se podía respirar.

—Zacarías, ¿qué haces? ¿qué estás haciendo?

Se giró, me miró con los ojos fuera de sus órbitas, volvió a reírse levantando las manos.

—Ya está, Vicente, se acabó.

Uno de los hornos estaba encendido, ese olor salía de ahí.

—Pero, ¿qué estás haciendo, Zacarías?

—Quemando a este hijo de puta.

En ese momento miré hacia ese horno que estaba encendido, ardía con todas sus ganas, notaba el calor de ese fuego en mi cara.

No podía dar crédito a lo que estaba viendo, había metido al comisario en uno de los hornos y lo estaba quemando. No podía ser, eso no era cierto, estuve a punto de perder el equilibrio por culpa de esa visión.

No paraba de reírse, me miraba esperando mi aprobación por lo que estaba haciendo. Pero los nervios me traicionaron, me entró una llorona nerviosa.

—Vete a buscar al carbonero, Vicente.

—Estás loco, Zacarías, ¿qué has hecho?

—Ya está hecho, Vicente, busca al carbonero. Que venga con el carro. Jajajaja.

—Cállate, eres un hijo de puta, deja de reírte.

—Busca al carbonero, Vicente. Trae al carbonero, me cago en dios.

—Estás loco, ¿qué has hecho?

—Que te calles, Vicente, vamos a salvar el culo. Qué querías, acabar en la cárcel.

Me senté en el suelo delante de ese horno, eso era una gran pesadilla, quería despertarme. Pero pasé un gran rato mirando hacia esa boca del horno, ardía como nunca, notaba ese calor en mi cara, en ese momento pensé que el infierno debería ser algo parecido.

Me levanté, me temblaban las piernas y eso sumado al dolor de la rodilla, hizo que subir las escaleras fuera todo un logro. Las chicas habían casi terminado, eran cerca de las dos de la mañana, me senté en la caja de la barra, apoyé la cabeza entre mis brazos y me quedé dormido. Ya no sabía si eso era un sueño, pero era tan cierto como que me llamo Vicente.

Me despertaron las chicas.

—Don Vicente, ya hemos terminado.

Me levanté aturdido de la silla, estaba todo limpio, las chicas habían dejado todo como si no hubiese pasado nada. Las acompañé hasta la puerta, les di mil pesetas a cada una según salían y las gracias.

—A mi madre ni mu, ¿oído?

—No se preocupe, no le diremos nada.

Volví a cerrar la puerta, y me dirigí hacia la trastienda. Cuando vi que Zacarías subía las escaleras.

—Vicente, ahora sí puedes ir a buscar al carbonero.

Y así lo hice sin abrir la boca. Me dirigí a la carbonera, pero Antón no había llegado, la espera se me hizo eterna. Mientras esperaba intenté poner en orden todo lo que había pasado esa noche. Y lo único que saqué en claro es que no sabía en qué acabaría todo esto.

Apareció Antón, y al verme así se asustó.

—Pero, Vicente, ¿qué te ha pasado?

—Tienes que ayudarme, por favor.

—Estás hecho una mierda. Parece que te ha pillado un tranvía.

—Saca el carro y vente conmigo.

—Cuéntame antes qué te ha pasado.

Se lo conté, desde el principio hasta como terminó todo con el cuerpo del Bocanegra en los hornos de La Mallorquina.

Se sentó en un cajón dentro de la carbonera, se encendió un cigarro y se quedó pensativo mientras negaba con la cabeza.

—Márchate, espérame allí.

Me marché despacio, obedecí sin preguntar nada.

Abrí el cierre y entré, ese olor se me volvió a colar hasta dentro, Zacarías estaba justo delante, tenía un saco junto a él, no quise preguntarle qué es lo que había en ese saco, me puse a su lado mirando hacia la puerta, esperando a Antón. Zacarías sacó dos pitillos, me ofreció uno y lo cogí, encendí una cerilla y encendí primero el de Zacarías y luego el mío. Nos quedamos esperando sin hablar, ya estaba todo dicho. A los pocos minutos apareció Antón, traía el carro lleno de carbón, Zacarías cogió ese saco y arrastrándolo lo sacó fuera. En ese momento se nos heló la sangre, un gemido salió del obrador, fue como el lamento de una persona.

—Joder, qué ha sido eso. —Dije.

Zacarías volvió a reírse como un loco.

—Hijo puta, este no nos va a dejar en paz.

—Pero qué dices, Zacarías.

—Es el comisario, no le quieren ni en el infierno. Conozco esa voz, es él.

Zacarías se giró hacia la puerta de la cocina y gritó con todas sus fuerzas.

—Jódete, comisario, estás muerto, ¿oyes? Estás muerto. Grita cabrón, grita lo que puedas.

—Cállate, por dios, cállate.

Ese gemido volvió a repetirse aún más fuerte. Estaba claro que había alguien abajo, o eso parecía.

—Vámonos, dijo Antón.

Se marcharon, nunca he sabido qué hicieron con los restos del comisario. Me quedé esperando a la plantilla, según iban llegando les mandaba a casa, les puse la justificación de la falta de género y que volvieran mañana. Quise bajar al obrador, pero me quedé en el primer escalón. Cerré y me marché al hospital del Rey, allí me confirmaron que no tenía rotura, era una contusión debido a la caída que tuve, que es lo que les conté. Me vendaron la rodilla y ya está. A mi madre le conté lo mismo. Esa tarde busqué un albañil y se cerró esa boca de horno. Pero lo que no desaparecía era ese olor a carne quemada.

Al día siguiente se abrió como si nada, estuve esperando a Zacarías pero no apareció. Me pasé por la carbonera y Antón me señaló la puerta de salida, no quería hablar conmigo. Me sentía culpable de todo, pero sin haber hecho nada.

Y encima esto me lo remató el encargado del obrador, diciéndome que de esa boca de horno se oían ruidos.

—Será cosa de las chimeneas, ya lo mandaré revisar.

¡Madre mía!

La Corrala de Mesón de Paredes

«Es feliz el que soñando muere.
Desgraciado el que muera sin soñar.»

Rosalía de Castro (1837-1885).
Poeta y novelista del Romanticismo

Capítulo XXII
La sombra

Desde aquella noche, no volví a bajar al obrador, solo con recordar aquel momento se me retorcían las tripas. El cerrar ese horno, no supuso nada, no necesitábamos ni ese ni dos más, las ventas estaban bajando de un modo alarmante.

Antón me servía el carbón, pero notaba que me evitaba, el carbón estaba a punto de vendérmelo por gramos, la actividad del obrador era casi nula.

Y Zacarías seguía sin aparecer, se lo había tragado la tierra. Desde aquella noche que se fue con aquel carro, no había vuelto a aparecer. Al que no le conté nada fue a Enrique, no quise hacerle cómplice de aquel asesinato, porque es lo que fue, un asesinato.

Ya dudaba de que todo volviera a la normalidad. Teníamos días que no cubríamos gastos, y la plantilla era cada vez más reducida. Despedirlos era como si me cortaran un brazo. Esa noche cerré y me quedé sólo recogiendo el dinero de las cajas.

Fue un día muy malo en cuestión de ventas, incluso cerramos casi una hora antes. Fui mandando al personal poco a poco a su

La Mallorquina cerrada por la guerra

casa, y como digo, hasta quedarme sólo. Desde aquella noche cierro a cal y canto cuando me quedo sólo.

Por costumbre, empezaba recogiendo la caja de la tienda y la de la repostería, y terminaba con la del bar y lo que marcaban los camareros del salón.

Ya estaba terminando y mientras apuntaba en el libro de cuentas lo registrado ese día, oí de nuevo ese gemido. Sonó más fuerte que nunca, fue como un lamento de dolor. Estaba sentado en la caja del bar, solo con girar la cabeza tenía toda la visión de la escalera del obrador, que es de donde pareció salir ese lamento. Estaba todo oscuro, no se llegaban a ver los últimos escalones. Me estaba arrepintiendo de quedarme solo. Recogí el dinero que me quedaba y dejé sin apuntar lo que me quedaba, ya lo haría al día siguiente. Reconozco que empezaron a temblarme las manos, y por eso se me cayó el libro de cuentas. Al agacharme volví a oír esa queja dolorosa, me incorporé como si tuviera un muelle. Giré la cabeza muy despacio otra vez hacia las escaleras, paro ahora sí se veían los escalones finales, una luz tenue los iluminaba, una luz que procedía del fondo del obrador. En ese momento dudé, si es

que antes no me había fijado bien y esa luz ya estaba encendida. Pasé muy despacio por detrás de la trastienda sin dejar de mirar hacia las escaleras. Me quedé parado junto al primer escalón pensando en bajar y apagar esa luz, ¿cómo iba a dejar esa luz toda la noche encendida? Pues lo hice, no bajé, reconozco que estaba... acojonado. Solo quería dejar el dinero y los libros en la oficina y marcharme, tenía claro que no iba a bajar al obrador. Seguí mi camino hasta la cocina cuando me pareció oír mi nombre. Me paré en seco, las piernas no me respondían, estaba paralizado. Es cuando empecé a oír cómo alguien subía por la escalera del obrador, los escalones eran de madera y cada paso sonaba como si los golpearan con un martillo, yo estaba de espaldas a la escalera, no era capaz de moverme, un golpe... un escalón, otro golpe... otro escalón más cercano. Esos pisotones se acercaban, esos pasos estaban a punto de llegar al último escalón. No podía ni girar la cabeza hacia atrás para ver quién, o que era, ya no sentía mi cuerpo, un sudor frío se apoderaba de todos mis poros. Quién fuera lo tenía detrás de mí, notaba su aliento en mi nuca. De pronto todo fue invadido por ese olor a carne quemada que hizo que me costara respirar, las manos perdieron su fuerza y se me cayeron al suelo el dinero y los libros. Me estaba mareando, forzaba los pulmones para recoger el poco aire que había en la cocina. Se me cerraban los ojos, todo me daba vueltas, lo último que noté fue una mano sobre mi hombro y que susurraban al oído mi nombre.

Cuando me desperté estaba tumbado en el suelo de la cocina. Miré hacia todos los lados muy despacio esperando no estar solo, pero lo estaba, ahí no había nadie, no quedaba rastro de ese olor. Lo primero que noté es que me había meado encima, tenía todo el pantalón mojado. A pesar de que estaba consciente, me quedé en el suelo sin moverme mucho rato, no sé si esperando que apareciera alguien por la puerta de la cocina o porque aún el cuerpo no me respondía. Tenía ganas de llorar, estaba seguro de que esa situación me la había producido el pánico por el que había pasado, y es que todavía notaba esa mano en mi hombro. Quería creer que todo eso lo había producido ese miedo que pasé en ese momento. Allí no había nadie, estaba sólo, desde donde estaba tumbado veía la puerta de la calle, estaba como yo la dejé.

Me levanté como pude, aún seguía mareado, recogí el dinero que estaba por el suelo y los libros sin dejar de mirar hacia las escaleras del obrador. Me asomé muy despacio y como al principio, los últimos escalones no se veían, la luz estaba apagada. ¿Me estaba volviendo loco? Esos días de incertidumbre, de ver cómo todo se iba a la mierda, el mal trago de despedir empleados, la presión de ser el mayor responsable de esta casa. No lo sé, todo esto mezclado pudo ser el causante de esta alucinación, porque yo no creo en ciertas cosas, porque si creyera, pensaría que todo eso fue cosa del comisario Bocanegra. Y eso no podía ser.

La vida de esta casa se estaba apagando, la vida de Madrid y la mía propia.

—Vicente, necesitas descansar, tienes que parar un poco o te volverás loco, eso si antes no te mueres. —Me dijo Enrique con toda le razón.

Se dejó la pensión casi vacía, en manos de las dos chicas y *La Mallorquina* en las de Enrique.

Pensé en visitar a don Alejandro pero mi madre no estaba en condiciones para meterle un viaje largo, por lo que nos fuimos adonde tanto nos ha gustado siempre ir, a Cercedilla. Allí nos pasamos una semana descansando y recuperando la tranquilidad para afrontar el futuro cercano que se nos echaba encima. Y así fue, hasta mi madre pareció recuperar un poco la cordura, pero solo pareció. Se acordaba de cosas cuando solo era una niña, de su infancia en el barrio de Vallecas de donde salió cuando se casó con mi padre, pero no recordaba lo que había comido hoy, incluso llegaba a preguntarme si ya habíamos comido. Pero nos vino muy bien la tranquilidad de esos días.

El que por fin había aparecido es Zacarías. Desde aquella trágica noche no había vuelto a saber nada de él. Me contó que había estado en un convento de monjas en Guadalajara; aseguraba que eran más malas que el veneno, pero que a él lo trataban como a un rey. Vino para despedirse de mí, se marchaba a su pueblo de donde era originario, Otero, un pequeño pueblo de Toledo donde aseguraba tener unos terrenos. Su idea era construirse una casa allí y retirarse de todo, buscarse una buena mujer, y vivir con su huerto

y la caza, aficiones en las que yo personalmente no le veía, pues no me imaginaba a Zacarías de hortelano.

Lo que me llamó la atención es que Zacarías con lo hablador que era y las vueltas que le daba a todo, rozando la pesadez, no me hiciera alusión a lo que pasó aquella noche. No hablamos nada de lo que ocurrió.

—Me voy, Vicente, estar contigo aquí creo que ha sido el trabajo con el que he sido más feliz. Ha sido mi mejor destino.

—Yo también me alegro de haberte tenido a mi lado todos estos años. Esta casa te ha cambiado, ahora eres persona, antes eras un delincuente con licencia.

Nos reímos un buen rato con ese comentario.

—Joder, Vicente, que razón tienes. Ahora, ¿ya te puedo llamar camarada?

—Creo que sí.

—Prometo escribirte, y cuando tenga mi casa en pie, tienes que ir a Otero y pasar una temporada conmigo, camarada.

—Te lo prometo..., camarada. Aunque los camaradas no se quedan solos.

—No te quedas sólo, tienes al Bocanegra que te hará buena compañía.

Aunque no le contesté nada a ese comentario, me di cuenta de que algo sabía y no me contaba.

Nos dimos un abrazo de despedida, y nos faltó poco para sacar a pasear unos lagrimones.

Fuera, las cosas iban de mal en peor. La crispación recorría las calles de Madrid. Habían detenido a José Antonio Primo de Rivera, estaba en los calabozos de la DGS, justo frente a esta casa. Este tipo de gente que se creen los salvadores de este país, pero con sus entendimientos destructivos, creo que están mejor guardados.

Van a tener que pasar muchos años, muchos, para que este país se dé cuenta del daño que nos hicieron, de la gente inocente que ha sufrido su violencia, de las muertes y asesinatos por no mirar para donde esta gente quería. Nos habían metido en un pozo, un pozo muy hondo. De momento las bombas y los tanques estaban llamando a nuestra puerta.

Escampa en la Puerta del Sol

Violetera en La Puerta del Sol

«Estábamos al borde del abismo, pero
hemos dado un paso hacia adelante.»

Francisco Franco (1892-1975).
Militar y dictador

Capítulo XXIII
La guerra llega a Madrid

Por estas fechas, ya no salía ni el sol, y ese día menos, ese 12 de julio de 1936 las noticias nos anunciaban que el cielo se nos venía abajo, era la punta del ovillo.

«Hoy 12 de julio de 1936 ha sido asesinado el teniente de asalto José Castillo, entre las calles de Hortaleza y Augusto Figueroa. Todo apuntaba a afiliados de Revolución Española, pero las investigaciones dan como autores del asesinato a pistoleros de la Falange»

Enrique, que ya ha demostrado en varias ocasiones su templanza y su sabiduría, no para de decir que estábamos a las puertas de algo muy malo, de que acabaríamos todos a tiros. No se equivocó.

Esa noticia del asesinato de José Castillo tuvo su réplica al día siguiente. El diputado monárquico y jefe de la oposición, José Calvo

Sotelo, era asesinado; las primeras noticias sobre este asesinato fueron una sarta de mentiras. Estaba claro que intentaban maquillar la verdad, entre todas las noticias recuerdo la más ridícula, y era que un tipo que se había enfrentado con un sereno, pero al final confirmaron lo que todo el mundo ya sabía, fue la venganza por el asesinato de José Castillo. Leer la prensa daba miedo, y oir Radio Nacional era peor. Entre la gente que conozco hay muchos preparándose para marcharse de España. Los que tenían familia en Francia o Alemania se estaban yendo, y es que fuera de estas fronteras estaban mejor informados que nosotros mismos de lo que estaba pasando, y por eso las familias que estaban fuera invitaban a sus familiares a salir de España.

Una mañana apareció la policía buscando a Zacarías.

—Ya no trabaja aquí, hace unas semanas que se marchó.

—Bueno, con que nos dé una dirección donde encontrarle nos vale.

Me quedé pensando, y me di cuenta de que en verdad no sabía nada de él.

—No se lo van a creer, pero lo único que sé de él es que fue policía, que se llama Zacarías y nada más.

—Tiene razón, no me lo creo. ¿Cómo quiere me nos creamos que un empleado no tenga ni apellidos ni dirección?

—Es que en realidad, no era empleado de esta casa, estaba para mi seguridad personal, no era de la plantilla de *La Mallorquina*, le pagaba de mi bolsillo.

—Aún así, necesitamos encontrarle y queremos que nos diga dónde está, y no me diga que no lo sabe porque no queremos meterle a usted en problemas.

Eso me sonó a amenaza, y viendo como estaba todo, y lo poco que me estaban importando las cosas, no me dio la gana de decirles que estaba en su pueblo.

—Hagan lo que tengan que hacer, me pueden detener, o pegar un tiro, que parece que es lo que se lleva ahora, pero les aseguro que no se nada de él, se marchó y punto.

Eso lo dije muy cabreado y en voz alta, y fue mano de santo, porque parece que se les bajaron los humos.

—Además, ¿puedo saber por qué le buscan?

Se miraron los dos oficiales y pusieron cara de circunstancias.

—Esto no deberíamos contárselo, pero es el posible autor de un robo, pero no de un robo cualquiera, han desaparecido los restos de Calderón de la Barca del templo de Nuestra Señora de los Dolores, y por lo que nos han contado las monjas, es el mayor sospechoso.

No pude evitar reírme, solté una carcajada que hizo que esos agentes me miraran como si estuviera loco.

—¿Qué es lo que le hace gracia?

—Perdón, pero conociendo a Zacarías, sé que es capaz de eso y de mucho más, estoy seguro de que ha sido él.

Ahora nos reímos los tres.

—¿De verdad que no sabe dónde está?

—No, y les juro que si lo supiera no se lo diría. Lo siento.

Me dieron la mano y se marcharon.

Pasé un rato imaginándome a Zacarías llevándose esas reliquias mientras encandilaba a las monjas. Hacía mucho que no me reía tanto.

Las familias Ripoll, Coll y Balaguer dejaron todos los negocios que tenían en Madrid, recibí una carta desde Mallorca dejando a mi entendimiento el futuro de esta casa. Me aconsejaban cerrar a cal y canto, pero si quería seguir debería ser con mis propios medios.

Como dicen en las novelas del oeste americano, teníamos los días contados. Yo, mejor que nadie, sabía que esto no se sujetaba por muchos pilares que les pusiera. Hasta la clientela había cambiado, se nos colaba lo peor de Madrid, gentuza de todo tipo y la peor calaña de la zona.

Hubiera dado un brazo por sacar esto adelante, pero era una lucha que caía en saco roto. La Mallorquina no podía mantener esas puertas abiertas desde el año 1894, el aliento de esta casa se apagaba sin poder luchar por seguir.

Curiosamente, los historiadores cuentan que en la Villa de Madrid, hace muchos años, hubo una gran epidemia de sífilis, y el rey de turno mandó cerrar todos los prostíbulos de Madrid, todos menos uno, el ubicado aquí mismo, donde se encuentra *La Mallorquina*, y no lo cerró por ser cliente asiduo.

Eso fue cojonudo, pero ahora no hay rey que nos salve de la quema inquisitorial. Esta epidemia no tiene vacuna.

Estaba con Enrique, en la oficina, dejando las cuentas al día, la

situación era insostenible, ya solo éramos seis en plantilla, fuimos dando la baja a los empleados poco a poco. Ya no comprábamos nada, solo intentábamos vender lo que nos quedaba, llegamos a dejar o, mejor dicho, regalar artículos para que no se estropearan.

Cuando oímos ese quejido, sonó como un trueno.

Enrique levantó la mirada de sus papeles, y mirándome me preguntó:

—¿Que hay en ese horno?

No podía engañarle, nunca le había ocultado nada a Enrique, a veces se lo he contado a toro pasado, pero siempre le he contado todo.

—El Bocanegra, el comisario Bocanegra.

Volvió su mirada a los papeles, y siguió con su tarea como si le hubiera dicho qué día más bueno hace. Me recosté en mi sillón, me encendí un cigarro y le conté lo que pasó aquella noche. Fue como si se lo contara a la mesa, no reaccionó.

Siguió con su tarea como si estuviera hablando solo.

Levantó la vista, y me miró fijamente:

—Vicente, yo también me voy, trabajar aquí contigo ha sido un orgullo, me marcho a Ávila, allí tengo a mi familia. Esta situación es insostenible, terminamos estas cuentas y te quedas sólo.

Cerré los ojos esperando que eso fuera un sueño, no podía imaginar seguir sin Enrique. En ese momento me di cuenta de que era un inútil, que dependía de la gente que me rodeaba, sin ellos no era nada, y Enrique era el máximo exponente.

—Vicente, tú también tienes que irte. Cierra esto, no puedes luchar contra lo que es evidente. Cierra, vete y espera, algo me dice que esta casa volverá a recuperar su sitio.

—Yo no me voy, si este barco se hunde, yo me hundo con él.

—Siempre has sido muy cabezón, y por eso has tenido tantos problemas y líos. Tú verás, pero aquí ya no haces nada, hasta los socios han desaparecido. El país se parará, y mucho tiempo, se va a ir todo a la mierda.

—Sé que tienes razón, pero tengo que resistir, nos hemos dejado mucho para que esta casa llegara a estar donde está, para que ahora me marche sin luchar. No puedo dejar esto como el que tira unos zapatos viejos. Me iré, sé que me iré, pero aguantaré todo lo que pueda.

En pocos días acabamos con las cuentas, ya estaba todo en orden,

y, como prometió, Enrique, se marchó. Nos dimos un gran abrazo y me quedé como un pasmarote mirando por la ventana de la oficina. Miraba pero la vista no era capaz de traspasar los cristales de la ventana, unas lágrimas espesas y pesadas me impedían ver más allá.

Lo que parecía un castillo con grandes cimientos se había convertido en un castillo de naipes, solo faltaba el último soplido para acabar con todo.

Hasta Antón vino a decirme que también cerraba, el carbón estaba a precio de oro. De todas maneras el obrador lo tenía cerrado y los hornos apagados. Otro que se marchaba a su pueblo, aseguraba tener recursos para vivir varios años sin tener que trabajar.

Aún no había ni escopetas ni tanques por las calles, pero la guerra asomaba su cabeza entre las calles.

El Gobierno republicano se trasladó a Valencia, el general Miaja se quedó en Madrid con el encargo de proteger la capital. El Gobierno de Largo Caballero también acabó en Valencia con todos sus ministros y ejército al completo. En Madrid se pone de moda «el no pasarán» de *La Pasionaria*.

Bombardearon el Palacio de Liria, pero la rápida intervención de los bomberos consiguió salvar varias obras de arte de este palacio. Madrid resistía.

Lo que son las cosas, quién me iba a decir que aquel militar de baja estatura y voz de niña, con el que hablé en varias ocasiones, con el que tuve un problema gordo por el lío de la corona, ahora había llegado a partir este país en dos.

Las hermanas Polo, el obispo, Serrano Súñer, y este militar, del que lo que menos se podía uno imaginar es el poder que tenía y el que llegó a tener.

Toda esta gente lo único que busca es el poder, pero para eso están las urnas, llegar a gobernar un país a base de escopetas y tanques es digno de asesinos y cobardes. Se creían muy valientes enfrentando a vecinos y hermanos, pero todo esto será desvelado con el tiempo. Se creían los salvadores de la patria, pero lo único que hicieron es llevarnos a la miseria y a la muerte. Pero tienen que pasar muchos años para que esto se vea en realidad lo que fue.

De momento, seguiré contando cómo nos iba, y como aquel dijo

«que el pueblo que no sepa de su pasado, no entenderá su presente», pero es la mejor manera de intentar entenderlo todo.

Los líos eran tan cotidianos como tomarse un café. Como el siguiente. En esos momentos de lucidez de mi madre, me pidió que le llevara a un desfile militar en el paseo de la Castellana, desfile que se anunció como una gran fiesta militar, pero todo acabó con varios disparos, mataron a un alférez que estaba de paisano y tuvimos que salir de allí a la carrera. Y no fueron los únicos disparos que vi aquel día, desde la ventana de la oficina fui testigo de otro tiroteo, unos chavales, porque eran unos críos vestidos con la indumentaria de la Falange, se liaron a tiros con un grupo de hombres que paseaban por esta plaza. No quedó uno en pie. Aun así, con todo esto que estoy contando, Madrid seguía su día a día. Un año después de la heroica defensa de Madrid, los cines y los teatros seguían con sus funciones diarias, faltaban los recursos más necesarios para cubrir la alimentación y la higiene de la población, los comercios iban cerrando, tiendas y cafeterías iban dejando sus actividades por falta de género que vender y de clientes, pero los teatros y cines seguían como si nada.

Hasta los niños se acercaban a las zonas de conflicto para recoger los casquillos de las balas y otros objetos bélicos para convertirlos en juguetes.

La Mallorquina se abría todos los días. Éramos cuatro, había días que no entraba nadie, ya no se fabricaba nada, en los mostradores y vitrinas quedaban los restos de bombones y caramelos. Los escaparates solo mostraban sus estructuras vacías, el esqueleto de lo que en su día no era capaz de abarcar la cantidad de productos que se ofrecían. Al salón le sobraban las escaleras porque ya nadie iba buscando su mesa junto a su ventana preferida, o buscando la tertulia preferida delante de un espejo.

Yo empecé en esta casa sin saber dónde tenía la mano derecha. Todo lo que sé, es porque lo he aprendido aquí, y no me refiero solo a llevar esta empresa, aprendí a hablar, andar, saber y lo más difícil, a no saber.

Por esos días esperaba la huída de los pocos que resistían conmigo, entre ellos Paulino y Julián, dos chavales que disfrutaban de esa situación como si fuera un juego, y una señorita de Toledo, que no sé qué pintaba en todo esto.

La Mallorquina durante el asedio

Una tarde, mientras mirábamos cómo se acumulaba el polvo sobre estanterías y mostradores, me rodearon y se explicaron de la mano de Julián, que se marchaban. Estaba claro que lo habían decidido entre ellos:

—Nos vamos, Vicente, esto ya no tiene sentido, aquí no hacemos más que contar telarañas.

—Os voy a echar de menos, algo me dice que no volveré a veros, pero entiendo que no aguantéis esta situación.

Volví a pasar un mal rato mientras me despedía de todos. Nos fuimos abrazando. Paulino lloró, y Julián se me quedó mirando de frente, ese camarero de la cara picada, seguro que por una viruela loca, fue con la primera persona con la que me tropecé cuando entré con mi madre en esta casa recién inaugurada.

—Joder, Vicente, te miro y aún veo a ese crío que se movía por los mostradores como si fuera una lagartija, ¿y qué es lo que dices en estos momentos?

—¡Madre mía!

—Pues eso. ¡Madre mía!

Nos dimos un abrazo tan fuerte que no pude evitar lo que no quería hacer, llorar.

Salieron todos por la puerta de la calle Mayor, Julián bajó el cierre desde fuera mientras nos sosteníamos la mirada.

Me subí a la oficina y lloré hasta quedarme seco.

Retumbaron hasta los cimientos, ese gemido hizo que me pusiera de pie. Ahora estaba sólo, se habían ido todos. Las sensaciones de

ese momento se me mezclaban, incertidumbre, añoranza, tristeza y miedo, reconozco que más que miedo era pánico. Yo también me marché a casa.

El militar de la voz de pito consiguió el Cerro de los Ángeles, Carabanchel Alto y parte de la Casa de Campo, cruzaron el Manzanares y conquistaron parte del Parque del Oeste. Algunos soldados de Regulares entraron por la calle de La Princesa y fueron abatidos cuando llegaban a la Plaza de España.

Los teníamos encima, Madrid se había defendido con uñas y dientes, ninguna ciudad había resistido de esta manera a los ataques. Pero las fuerzas se agotaban, a veces pienso que si Madrid se hubiera rendido antes, se hubiesen evitado muchas muertes, pero eso quién lo sabe.

De los socios de esta casa, las familias Ripoll, Coll y Balaguer, ya no tenía ni rastro de ellos. De don Pío nada de nada, lo mismo que de don Alejandro, al que le escribí varias cartas y no me respondió a ninguna. Antón se marchó sin decir ni adiós, y Zacarías andaría en su pueblo con los restos de Calderón de la Barca como compañía. Podía haber vendido alguna que otra cosa de *La Mallorquina*, pero no lo hice pensando que no era mío, vitrinas, material del obrador o cualquier utensilio, que me hubiera reportado algo de dinero. Todo lo contrario, puse todo en su sitio como si mañana fuéramos a abrir; bandejas, rodillos, pinzas, platos, vasos... todo limpio y ordenado. Así lo dejé todo. El salón con sus manteles azules con su escudo de la casa en el centro sobre las mesas, las sillas colocadas y los espejos libres de polvo y de reflejos. Allí ya no había refejos de nada ni de nadie.

No sabía qué hacer, irme y no volver, quedarme esperando algún tipo de noticia por parte de los socios, o yo qué sé.

Todos los días me paseaba por la zona, miraba, observaba, intentaba sentir el pulso de la gente. Y luego entraba en *La Mallorquina*, me quedaba justo en el centro de la tienda mirando para todos los lados, oía las conversaciones de los clientes que se habían grabado en estas paredes, olía ese aroma a café y vainilla que hizo que ese día entráramos mi madre y yo a esta casa. Sentía como si fueran cosquillas las reprimendas de la señorita Mari que me aguardaba todos los días, y siento los consejos ilustres de Enrique esperándome en la oficina. Eso

son solo ilusiones, pero lo que era real como la vida misma son esos gemidos, incluso había veces que me parecía escuchar mi nombre, como si el Bocanegra me llamara desde el más allá.

La que está cada día peor es mi señora madre, ha llegado a hablar conmigo como si le estuviera hablando a mi padre. Cada vez que abre la boca parece que pierde un poco de cordura más.

Las dos chicas se volvieron a sus pueblos extremeños, por lo cual busqué a una señora para que acompañara a mi madre, una señora de Vallecas, viuda y sin hijos que cuidaba de mi madre como si la conociera de toda la vida, la señora Victoria. Se quedó en la pensión, vacía desde que empezó todo esto. Era una persona atenta y muy culta, además de cariñosa, tuvimos suerte con encontrar a alguien así.

Todos los días me pasaba por los pocos comercios que iban resistiendo, hablaba con sus moradores, todos estaban con la incertidumbre de seguir o salir corriendo. Todos habíamos dado con nuestras almas en el infierno, solo pasar un día más era una toda una hazaña. Después de estos tristes paseos, terminaba en *La Mallorquina*, levantaba el cierre y me colaba dentro como si fuera un ladrón. Me pasaba por todos los mostradores, por la barra y el salón. Nunca volví a bajar al obrador. El porqué, pues ya os lo podéis imaginar. Donde sí me pasaba un buen rato era en la oficina, estaban todos los papeles en orden, y las cuentas repasadas hasta el último céntimo.

Esa tarde cuando entré en la oficina estuve a punto de dar las «buenas tardes», me senté en mi silla y recorrí los visillos para observar la plaza, abrí las ventanas de par en par. Las personas y los coches que circulaban se podían contar con los dedos de una mano, las fuentes estaban apagadas y sin una gota de agua. Lo único que se movía eran las manillas del reloj de la Puerta del Sol. Me encendí un pitillo, y me quedé esperando el encendido del alumbrado, era de las pocas cosas que aún me quedan. Recorrí con la mirada de esquina a esquina esta plaza, de rincón a rincón, algo me decía que esta plaza, que es el centro de un país, con más historias y relatos de los que se pueden recordar, estaba cerca de contar su última crónica. Como cuando una gran nube negra, de las de tormenta gorda, anochece un día soleado asegurando una gran descarga de rayos y truenos. Esa

nube ya la teníamos encima, en cuanto cayera la primera gota ya podíamos correr a refugiarnos.

Me encendí otro cigarro mientras miraba hacia la plaza. Nunca me iba sin ver el encendido, quería pedir el deseo de que todo esto solo fuera un mal sueño, y eso es lo que me entró, sueño; empecé a sentirme muy cansado y a costarme respirar. Notaba un sudor frío que hizo que la visión de la plaza empezara a verla borrosa, el corazón me latía tan deprisa que notaba sus latidos en mi cabeza, me puse las manos en las sienes intentando parar ese tambor. Estaba a punto de perder el conocimiento, cuando ese gemido sonó más fuerte que nunca. Intenté levantarme pero no tenía fuerza ni para sujetar el cigarrillo que se me cayó al suelo. Empecé a respirar por la boca a grandes bocanadas, volví a oír ese lamento. Retumbaron hasta las paredes. Recordando lo que me pasó en la cocina aquel día mi única intención era salir por la ventana y quedarme en la marquesina, creo que hubiese sido capaz de saltar a la calle desde ahí.

Me sentía muy mal, se me puso un dolor en el pecho que me impedía respirar, las bocanadas grandes las sustituí por bocanadas cortas y muy rápidas. Las fuentes da la plaza empezaron a girar, iban de un lado a otro, creo que acabaron en el tejado junto al cartel del Tío Pepe cuando perdí el conocimiento.

Me despertó ese gemido, creí oir mi nombre en ese aullido de dolor, abrí los ojos muy despacio, no sé el tiempo que había pasado

Estampa de la Puerta del Sol

inconsciente, pero el alumbrado de la plaza ya estaba encendido. Ya no tenía ese dolor en el pecho y mi respiración era normal.

Estaba empapado de sudor, pero me encontraba bien, fue como si todos esos problemas que me acechaban en la cabeza hubieran desaparecido. Mi nombre volvió a sonar como si saliera del mismísimo infierno, pero ya no me alertaba, había perdido el miedo a lo que pudiera pasar. Puse los pies sobre el marco de la ventana y me encendí un cigarro, ahora veía la plaza de otra manera, iluminada con esas farolas. Parecía que esas nubes negras no serían más que una triste tormenta.

Estaba preparado para resistir y aceptar cualquier desgracia. Ya no había remedio, y no había manera de cambiar el futuro que haría trastocar todo un país cuyos pueblos y sus gentes serían llevados a la guerra entre hermanos por capricho de unos militares.

Estaba todo en silencio, un silencio roto por unos pasos que sonaban en la escalera del salón. Alguien estaba subiendo muy despacio, cada paso sonaba como si golpearan los escalones con un martillo, conté los veintidós escalones mientras oía esos pasos hasta que llegaron al último. Se pararon unos segundos. Ahora los pasos eran en el salón, cada vez se oían más cerca de la oficina. Cada tres o cuatro pasos se paraba unos segundos, llegué a oir hasta la respiración de quien se acercaba poco a poco. Era una respiración ronca, de alguien a quien le costaba respirar. Volvía a andar por el salón y volvía a pararse, dio otros pasos, paró, y un gemido hizo que volviera a retumbar hasta los cimientos. Cada paso lo notaba yo bajo mis pies, ya estaba cerca cuando volvió a pararse. Esa respiración era como un ronquido, dio tres pasos más, ya estaba junto a la puerta cerrada de la oficina. Me encendí otro cigarro sin dejar de mirar hacia la Puerta del Sol, la manilla de la puerta empezó a girarse muy despacio, chirriando. Al abrirse la puerta una corriente de aire introdujo ese olor a carne quemada que invadió la oficina. Alguien entró y noté que se sentó detrás de mí, yo seguía mirando por la ventana mientras me fumaba ese pitillo.

Estaba tranquilo, no me hizo falta volver la cabeza para saber quién me había visitado.

—Nos hemos quedado solos..., comisario.

Noviembre de 1937, Madrid.

Soneto dedicado a Madrid

Hermosa Babilonia, en que he nacido
para fábula tuya tantos años,
sepultura de propios y de extraños,
centro apacible, dulce y patrio nido;
cárcel de la razón y del sentido,
escuela de lisonjas y de engaños,
campo de alardes con diversos paños,
Elisio entre las aguas del olvido;
cueva de la ignorancia y de la ira,
de la murmuración y de la injuria.
donde es la lengua espada de la ira;
a lavarme de ti me parto al Turia,
que reír el loco lo que el sabio admira,
mi ofendida paciencia vuelve en furia.

Lope de Vega
Rimas, nº 142

PABLO SOMOZA ORTEGA

LA MALLORQUINA 1942-1975

Crónicas de la Puerta del Sol

Segunda parte

eraseunavez.org

Socavón por obús en la Puerta del Sol

Introducción

Han pasado tres años desde que oímos esa frase que se ha quedado como coletilla nacional.

> «*En el día de hoy, cautivo y desarmado*
> *el ejército rojo, han alcanzado las tropas*
> *Nacionales sus últimos objetivos militares.*
> *La guerra ha terminado.*
> *El Generalísimo Franco*
> *Burgos 1º de abril de 1939*».

Madrid, como el resto de España estaba destrozado, tanto sus pueblos y ciudades como sus moradores. Aunque este militar anunciase el final de esta guerra que él mismo inició por capricho, no fue así, la guerra y el odio se quedó por muchos años más.

La posguerra fue muy dura en Madrid y quien lo haya vivido o estudiado, como es mi caso, sabrá a lo que me refiero. Los productos básicos sólo se encontraban en el mercado negro a precios poco decentes, el estraperlo era el rey del comercio, y el que te acusaran de rojo, de masón o de homosexual, recordaba a la Santa Inquisición

Las tropas franquistas entran en Madrid

cuando incriminaban a la gente de herejes o brujas acabando en la hoguera, ahora sustituida por un tiro en la cabeza o el famoso garrote.

Ha habido muchas personas desaparecidas a causa de esta puta guerra; algunos han huído a Francia, otros a Rusia y otros que no volveremos a ver.

La Puerta del Sol está destrozada, las señales de los obuses se dejan ver hacia donde mires.

La Puerta del Sol reformada

Muchos de los negocios de la zona siguen cerrados y con poca pinta de volver a abrir y *La Mallorquina* no iba a ser menos.

A pesar de eso, nunca he dejado de pasearme por esta plaza y de entrar en *La Mallorquina*, el polvo y las telarañas son ahora los regentes de esta casa, al igual que en la pensión que también está vacía desde que falleció mi madre. Bueno, que no se me olvide, en *La Mallorquina*

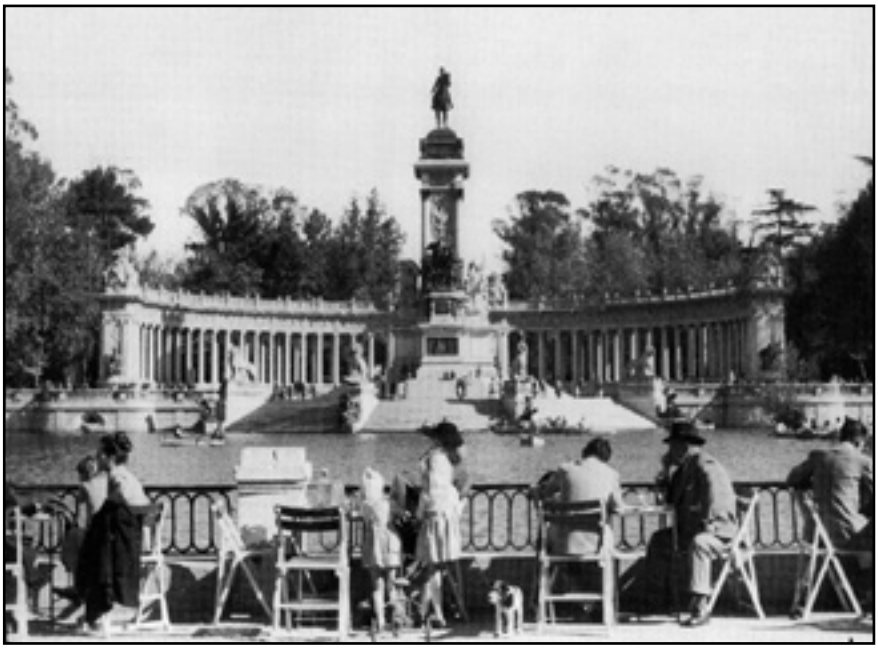
Los coches y tranvías invaden la Puerta del Sol

sigue «mi amigo», el comisario Bocanegra, que de vez en cuando se hace notar rompiendo algún vaso o moviendo las sillas del salón. Reconozco que un día llegó a asustarme cuando paseaba por los mostradores de la tienda, oí su voz y vi como una de las vitrinas se partía de arriba hasta abajo como si la hubiera partido un rayo.

A pesar de todo, me gusta pasarme por esta casa abandonada y recordar. Me acuerdo de todos: Enrique, don Alejandro Lerroux, don Benito, la señorita Mari, Madame Pimentón, de Alfonso XIII y sus disfraces, pero a quien en verdad echo de menos es a mi señora madre. También me acuerdo de Zacarías, ¿cómo le irá a esa cabeza loca?

Esta casa merecía volver a endulzar Madrid y así se hizo. Y sus relatos a vuestras manos, y así será.

No pensaba sacar una segunda parte pero el ánimo de quienes han leído la primera me ha dado ese empujón que siempre viene bien ante la indecisión. Pues ahí va la segunda parte de estos relatos sobre unos años muy difíciles en la vida madrileña, donde la posguerra se ensañó sobre sus habitantes.



Monumento a Alfonso XII en el lago de El Retiro

Palacio de Cristal del parque de El Retiro

«El más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza perdida.»

Federico García Lorca (1898-1936).
Poeta, dramaturgo y prosista

Capítulo I
Calle del Espejo

Ya habían pasado tres años del final de lo que en la calle se llama «nuestra guerra» y Madrid está hecho una mierda. El militar enano con voz de pito nos ha jodido bien.

Mis paseos por la calle Mayor, sus calles aledañas y la Puerta del Sol reflejaban la realidad en la que nos encontrábamos. Me costaba mucho aguantar las lágrimas cada vez que entraba en *La Mallorquina* y ver todo abandonado, ya no había nadie de los de antes y yo creo que por eso llegué a hacer amistad con un grupo de indigentes que ocupaban con sus chabolas un solar en la calle del Espejo.

Calle del Espejo

Era un solar que en su día fueron viviendas, y por la causa de algún bombardeo lo único que quedó en pie fue una gran higuera que presidía ese solar que además de dar higos daba

sombra y cobijo a esas chabolas distribuidas alrededor, de tal manera que esa higuera parecía el ángel de la guarda.

Todos los moradores de este solar antes de esta guerra eran personas normales con una vida normal. En la chabola del fondo, que era la más grande, vivía una familia gitana de origen portugués con sus cuatro hijos más malos que un dolor de muelas, Cristo, que es como se llamaba el padre no paraba de recibir quejas de los demás vecinos del solar. Otra de las chabolas, y creo que la más acogedora y mejor construida, era la del matrimonio de don Conrado, antiguo jefe de mantenimiento en la cárcel de Alicante y su esposa doña Manuela, que siempre terminaban contando como mandaron a su hijo en un barco desde Valencia con destino a Rusia para evitar que acabara en algún hospicio como muchos de los niños españoles de esa época. Los que en el futuro fueron llamados *Los niños de la guerra*.

La chabola colindante la constituían don Juan Martín, que regentaba un ultramarinos en Navalcarnero, junto a su mujer doña Raimunda su hijo Jimeno y su hija Elena. Tuvieron que huir una noche dejando todo por ser acusado de rojo por su propio hermano que le disputaba una herencia familiar.

La chabola más divertida, por decirlo de alguna manera, era la de dos jóvenes que aseguraban ser primos hermanos aunque todos sabíamos que eran pareja, Ramón y Tomás, dos homosexuales castigados primero por sus familias y ahora por el régimen franquista. Ramón era un gran carterista y muy bueno con el arte de los trileros y el famoso lio del garbanzo con los tres vasos. Y Tomás, un artista capaz de imitar a la mejor cupletista de todos los tiempos con lo que nos deleitaba muchas noches bajo la higuera y al calor de un gran fuego. Las risas con ellos estaban garantizadas y era un balón de oxígeno para todos. Y la última

Refugiados en el metro

Restos de bombardeos

chabola era de con quien creo que tengo más afinidad, un profesor asturiano y director de un colegio de Gijón, una persona seria, formal y muy culta. Lo que más destacaba de su chabola era una gran estantería llena de libros que de seguir ahí acabarían mal por la humedad y el calor. Me gustaba charlar hasta las tantas con Trifón, que es como se llamaba este profesor que también tuvo que huir por ser acusado de colaborar con el Ejército Rojo por parte de otro profesor que pretendía el puesto de director.

Muchas noches cenaba con ellos entre los revoltosos hijos de Cristo y las historias de todos, siempre acabábamos con una representación por parte de Ramón y Tomás que hay que reconocer que lo bordaban y lo digo por mi afición al teatro que de otra cosa no sabré, pero de eso sí. Yo también contribuía con mis relatos de mi anterior etapa en *La Mallorquina* y se me llevaban los demonios cuando me decían;

—Anda ya, Vicente, eso no hay quien se lo crea.

Sobre todo, cuando les contaba las visitas de Alfonso XIII y su encontronazo con Mateo Morral o como acabó el comisario Bocanegra, con esto se meaban de risa, joder, si supieran el miedo que pasé, no se reirían tanto.

Pero bueno, eran mi nueva familia y siempre estaré agradecido a la amistad que me dieron y que me trataran como si fuera parte de ellos. Eran personas como muchos otros, andaban en la penuria, lejos de sus lugares de origen y de sus familias y con un futuro no muy alentador. Son personas a las que nunca olvidaré tanto por su trato humano, como por el apoyo moral y afectivo que en esta época era casi imposible de

Edificios destrozados por la guerra

encontrar. Me encontraba entre ellos como un miembro más de esa gran familia de desgraciados a los que solo les quedaba la ilusión de seguir viviendo. Aun así, puedo asegurar que el mejor cocido madrileño me lo he comido bajo esa gran higuera sentado en un cajón de madera acompañado de un gran vino que aún conservaba en la trastienda de *La Mallorquina* y una partida de mus para rematar la faena. Y digo que nunca les olvidaré por lo que más tarde voy a contar.

Madrid, como el resto de España, está destrozado y hecho todo un amasijo de escombros. Era el año 1942 y aunque poco a poco se iban restaurando algunos edificios o los trabajos de restauración de calles, quedaba mucho por hacer. Por entonces repetía alcaldía Alberto Alcocer Ribacoba que ya lo fue entonces con Primo de Rivera, un abogado falangista con ideas destructivas y miserables.

En la lista de los ministros designados por Franco a algunos los conozco y a otros solo de oídas. De los que conozco está a Salvador Moreno, ministro de Marina y también conocía al ministro de Asuntos Exteriores, del que creo que no hace falta presentación, el cuñado del gran jefe: don Ramón Serrano Súñer, casado con una de las hermanas Polo al que con el tiempo se le apodó "el cuñadísimo".

En Madrid la falta de recursos como el agua y el jabón ha causado la aparición del tifus exantemático o como popularmente se le ha bautizado «el piojo verde». Desde el Hospital del Rey aseguran tener la epidemia controlada mientras el ayuntamiento se gasta más de un millón y medio en reemplazar el antiguo viaducto de hierro de la calle Bailén.

Al igual que *La Mallorquina* muchos establecimientos del centro de Madrid siguen cerrados y con pocas esperanzas de volver a abrir sus

puertas, como la *Carbonera* de don Antón, la librería *Multicolor* de la calle Arenal, la tienda de retales ingleses de la calle del Correo o el que ha cerrado para siempre como el *Café del Pombo* con su *Cripta* de la que fue fundador mi amigo don Ramón Gómez de la Serna. Y viendo esto yo no termino de ver a *La Mallorquina* otra vez en danza.

Pero por suerte me equivoqué, recibí una carta del hijo de don Juan Ripoll anunciándome una visita a Madrid para hablar conmigo sobre el futuro de esta casa.

Y así lo hizo, se personó en la Puerta del Sol y fuimos a comer donde mi gran amigo Rafael, encargado del restaurante más antiguo del mundo, *Casa Botín* en la calle de Cuchilleros.

Yo esperaba que me anunciara la nueva etapa de esta casa pero no fue así, lo que me adelantó es la renuncia a seguir con todos los negocios que tenían en la capital tanto él como los demás socios.

—Nos vamos de Madrid, pero no se preocupe don Vicente, hemos dejado *La Mallorquina* en manos de unas familias de comerciantes que nos han prometido continuar con su trayectoria.

—Pero no será lo mismo sin ustedes.

—Yo espero que sí, porque no solo se han quedado con *La Mallorquina*, también con sus servicios como jefe, que era uno de los requisitos que han aceptado gustosamente.

—No sé si sabré trabajar para otros, antes tenía todo controlado...

—Y ahora igual, don Vicente, ya verá como enseguida vuelve a tomar las riendas, a estos nuevos dueños les hemos dado las mejores referencias de la otra etapa y están muy ilusionados. Además no son nuevos en el mundo del comercio, ya los conocerá. Se trata de las familias Quiroga por un lado, y la otra, la familia Gayo, y le puedo asegurar que harán todo lo posible por llevar esta casa al lugar donde se la dejó.

—¿Y cuándo esperan empezar?

Obuses en la Calle Mayor

—Eso no lo sé, pero la casa ya les pertenece a ellos y seguro que pronto se pondrán en contacto con usted.

Nos fuimos después de que mi acompañante abonara la cuenta y nos tomáramos unos licores a los que nos invitó Rafael. Nunca volví a saber nada de la familia Ripoll desde aquella comida con el hijo de don Juan.

No dejé de pasarme esa noche por la calle del Espejo y cenar con todos, y contarle a Trifón lo de la comida, por lo que me felicitó, a pesar de que yo todavía no lo veía muy claro.

Pero en uno de mis paseos por la Puerta del Sol y al intentar entrar en *La Mallorquina* un obrero me impidió el paso;

—¿Dónde va? Aquí no se puede pasar.

—Pero ¿Quién es usted?

—El encargado de esta reforma.

—¿Reforma? ¿Están los dueños?

—Sí, son aquellos de los trajes.

Me acerqué a ellos y lo primero que hice fue presentarme;

—Buenos días, soy Vicente Fernández anterior jefe de personal...

Enseguida me tendieron la mano:

—Teníamos muchas ganas de conocerle don Vicente, solo con las referencias que tenemos de usted le hubiera reconocido enseguida.

Me estuvieron enseñando hasta los bocetos de las nuevas vitrinas y mostradores, se conservaría la antigua distribución y la esencia, pero con materiales nuevos y modernos.

Al igual que mi puesto.

—Nosotros tenemos más negocios y atender este nos sería una tarea casi imposible, por lo que su labor aquí será la misma que tenía en la anterior etapa, vamos, si usted quiere.

—Yo empecé en esta casa con solo 12 años y no conozco más vida que esta, no se pueden ni imaginar las veces que se han humedecido los ojos al ver esto cerrado.

Estuvimos hablando de todo, del pasado de esta casa y del futuro que la esperaba con este Madrid hecho polvo, y lo difícil que será devolver a esta casa al lugar que dejó antes de la guerra.

«Caminante no hay camino,
se hace camino al andar.»

Antonio Machado (1875-1939).
Poeta de la Generación del 98

Capítulo II
La posguerra en Madrid

La Mallorquina ya estaba preparada para empezar su segunda etapa en la vida madrileña y volver a endulzar esta plaza, o por lo menos intentarlo porque la verdad con la escasez de productos será un poco complicado.

Los nuevos dueños, al igual que los anteriores me han dejado con el timón de esta casa y entre otras tareas, el contratar personal y no sé por qué, pero decidí recurrir a los moradores de la calle del Espejo. Y creo a día de hoy que fue una acertada decisión por la aportación y dedicación que pusieron para darle un empujón como si de un camión viejo se tratara y volviera a arrancar. Por eso dije antes que jamás les olvidaré.

Nos hicimos con un almacén en la Plaza del Marqués viudo de Pontejos, ya que conseguir productos nos costaría mucho y había que hacer todo el acopio del que pudiéramos. Del almacén se encargó Cristo el gitano, con su esposa y sus hijos, y de conseguir los productos don Juan Martín quien, como hacía con su tienda en Navalcarnero, encontraba de todo en los cuarteles de la zona de

Vista de la cafetería

Cuatro Vientos, productos de estraperlo y procedentes del mercado negro o vendidos como era este caso por oficiales que vieron un gran negocio en la venta de lo que en principio eran las viandas de la tropa. Don Juan se convirtió en el conseguidor de productos como azúcar, patatas, leche, harina, sal, carne en pocas ocasiones o algún que otro producto que solo el ejército tenía, como el café.

De hecho, una enorme partida de café que procedía de Brasil, la revendió Franco para beneficio propio.

Las demás cosas se encontraban en el mercado negro a precios no muy decentes, aunque por suerte los nuevos dueños nos conseguían los jamones y demás embutidos de sus otros negocios, pero hasta el carbón nos costaba como si compráramos diamantes. Sé que hay mucha gente que al leer esto y haber vivido en esta época saben que hasta el dinero no valía nada porque no había nada que comprar en Madrid, en los pueblos el que menos tenía su huerto o sus animales, pero aquí dependíamos de que lo venía de Valencia, de Ciudad Real o de cualquier zona de España. Se llegó a vender pan en las bocas de Metro comprado en tahonas por señoras que luego vendían a precios superiores. Productos como la carne o el pescado no se encontraban en Madrid por mucho dinero que se ofreciera.

Doña Raimunda, mujer de don Juan, se encargó de los manteles, visillos y de adecentar tanto la cocina como el obrador; don Conrado, de dar los últimos retoques a todo, cámaras de frío, electricidad y demás cosas que hace un jefe de mantenimiento; su mujer doña Manuela se dedicó a la limpieza con la ayuda de los hijos de don Juan, y Ramón y Tomás poniendo pegas a todo. Y claro está, a

Trifón le puse en la oficina, le senté junto a la mesa de la ventana y le entregué todos los libros de cuentas y de personal de la otra etapa. Ahora solo nos quedaba buscar personal para poder abrir estas puertas otra vez.

Se empezó por contratar al personal del malogrado *Café del Pombo*, a amigos de Ramón y hasta se llegó a hacer entrevistas, en poco más de una semana estaba todo cubierto, desde el obrador hasta el salón.

Pero una cosa que no me parecía bien es que mis nuevos empleados estuvieran en esas chabolas, por lo cual se adecentó la pensión y se alojaron en las habitaciones que por entonces estaban vacías y sin esperanzas de volver a ser alquiladas. El orden y la limpieza volvieron a reinar en esta casa casi abandonada desde que falleció mi señora madre, seguro que ella, si nos está viendo, hubiera hecho lo mismo. Yo, claro está, me mudé a la calle Independencia. No es por nada en especial, pero no creo compatible compartir vivienda con los empleados, por lo que me compré un piso muy barato y muy acogedor donde por casualidad sus balcones daban al solar de la calle del Espejo.

La nueva etapa de esta casa no quedó en un día más, se publicó en el *ABC* un artículo anunciando nuestra vuelta:

> «En este país poco a poco se va recuperando la normalidad y su actividad con más fuerza gracias a la política de nuestros dirigentes y gobernantes que trabajan para el bienestar de todos los españoles, ejemplo de esta labor es la vuelta de *La Mallorquina* en la Puerta del Sol de la mano de su anterior jefe don Vicente Fernández, lugar de cita obligada de madrileños ilustres, tertulianos y de quien quiera disfrutar de los manjares de los que esta casa dispone**».**

Y no fue lo único que se inauguró ese día de marzo de 1942, también se da por finalizada la obra de sustitución del viejo viaducto de la calle Bailén que era de hierro por uno nuevo, llevándose la memoria de un sinfín de suicidios que siempre han sido el emblema de este puente.

Pero aún queda mucho por reformar y sin ir más lejos en esta

misma Puerta del Sol, una bomba destruyó en el número 10 de esta plaza lo que fue el *Café Oriental* y la tienda de caramelos *La Flor de Lis* que intenta volver en el número 11. Los que siguen a duras penas son el *Hotel París* y la tienda de abanicos *De Diego*, que también ha tenido que reformar escaparates y fachada a causa de una bomba. Un periodista escribió que los abanicos de esta casa refrescaban más la Puerta del Sol que el agua de sus escuchimizadas fuentes centrales.

La inauguración fue un poco sosa, pensé que con el artículo de *ABC* acudiría alguno de los de antes, pero solo llegaron curiosos, algún que otro cliente de la primera etapa y otros esperando alguna invitación por la inauguración.

Los que no faltaron, además de los nuevos regentes de esta casa, fueron comerciantes de la zona, como mi gran amigo el señor Villatoro quizás uno de los mejores sastres de Madrid.

Él se encargó de los uniformes del personal y de los manteles del salón.

—Bueno, Vicente, ahora solo quedas tú.

—¿Yo? No sé qué quieres decir.

—Me refiero a que no piensas estar con esos trajes de antes de la guerra para siempre.

—Tienes razón, con todo este lío ni lo había pensado.

Por lo cual le encargué tres trajes para mí y dos para Trifón; visitamos la enorme tienda de sombreros en la Plaza Mayor de nuestro amigo Maximinio, *La Favorita*, curiosamente inaugurada en 1984 al igual que *La Mallorquina*, donde me hice con dos sombreros a gusto del señor Villatoro y acabamos las compras en la relojería de la calle de la Sal, también comandada por otro gran comerciante, como era don Gabriel, que me preparó un reloj de bolsillo que cuando se abría la tapa sonaba un vals.

El nuevo viaducto

Ahora sí, ya estábamos todos para dar una nueva cara a

Sombrerería La Favorita

este negocio y su nueva andadura en este Madrid tan difícil. Y como un tablero de ajedrez, ya estaban todas las piezas en sus casillas para empezar otra partida.

Madrid estaba en manos del alcalde Alberto Alcocer, un tipo del que no tengo muy buenos recuerdos de la primera etapa de la Falange y que estaba más interesado en la reconstrucción de la ciudad que en proveer de alimentos a los madrileños, porque en esta época el dinero no valía nada, no había en qué gastarlo. Nosotros, como dije antes, conseguíamos casi todo en los cuarteles de Cuatro Vientos o en el mercado negro a precios enormes.

Era increíble lo que podía llegar a valer un kilo de carbón o un simple saco de harina. Y tengo que reconocer que los sueldos de los empleados no pudieron ser lo que les prometí, les dije; Esto no es lo era, que lo sentía, y si alguno quería irse a otro sitio, lo entendería.

A pesar de eso la plantilla iba aumentando poco a poco según las necesidades y entre los nuevos empleados se contrató a dos chavales que me recordaban a mí mismo cuando empecé en esta casa con solo doce años. Uno era un chaval de Toledo que vivía en la calle Esparteros con su abuela después de quedarse huérfano en la guerra y al que todos le llamaban Nacho, apodo de Ignacio, y el otro chaval era de origen alemán pero de madre española que procedían de un campo de exterminio nazi donde su padre ejercía de médico para el ejército alemán, cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. Todos estos médicos de estos campos como el de Treblinka que es de donde procede esta familia, fueron repartidos entre Madrid y Roma para

seguir sus estudios. El joven que hablaba español a la perfección se incorporó a la plantilla junto con Nacho, se llamaba Sebastián, pero se quedó con el apodo de Bastian, hijo del médico Karl Schiffer discípulo de don Mariano Gómez Ulla. La embajada alemana se marchó de Madrid por discrepancias con el nuevo régimen, dejando abandonados a los médicos que fueron aquí trasladados. Por lo que el padre de Bastian empezó a trabajar junto a Vallejo-Nájera y López Ibor en el Hospital Militar de Madrid, a los que ya conocía de otros destinos como el de Berlín. Aunque la embajada alemana cerró, se habilitó un piso en la calle Fuencarral donde se reunían los alemanes y hacía las funciones de embajada. Las historias que nos contaba Bastian sobre Treblinka ponían los pelos como escarpias al más duro, de cómo llegaban trenes llenos de personas hasta dentro de ese acuartelamiento y de los hornos de donde ya solo salía ese humo y un olor que aseguraba que aún conservaba dentro de su cerebro.

La verdad es que no paramos de escuchar calamidades y desventuras. Espero que pronto venga algo bueno para recordar, pero parece que nos tendremos que sentar para esperar que esto suceda. Porque Nacho no se queda atrás cuando cuenta como a sus padres los fusilaron junto a otros vecinos de su pueblo frente a la tapia del cementerio de Talavera de la Reina.

Tenemos que mirar hacia delante, pero sin olvidar nuestro pasado, dicen que quien no sabe su pasado no entenderá su futuro.

Y yo creo que este país nunca debería olvidar, sobre todo a los que ya no están y han luchado por sus hijos, amigos o vecinos. Unas guerras inútiles que solo valen para hacernos diferentes y donde no gana nadie, bueno sí, gana el que las provoca y se queda con todo, con nuestra libertad y nuestras vidas para beneficio propio como ha sido el caso de esta guerra.

«Venceréis, pero no convenceréis.»

Miguel de Unamuno (1864-1936).
Escritor y filósfo de la Generacion del 98

Capítulo III
Bar Chicote

Marzo de 1943, aquel militar de la voz de pito al que conocí en esta casa ahora dirigía y comandaba este país a golpe de tanques y escopetas. Hoy preside una solemne apertura de las nuevas Cortes Españolas, que son definidas como el órgano superior de participación del pueblo español en las tareas del Estado. Y se le asigna como misión especial y principal la preparación y elaboración de las leyes sin perjuicio de la sanción que corresponde al jefe del Estado. Ni más ni menos. Y no solo se quedan en esto las leyes y normas que se aprueban casi a diario, nos dejan en una gran prisión tan ancha y tan larga como es este país, rematada con la famosa cartilla de racionamiento que pasa de ser familiar a individual a partir del mes de abril, más de 27 millones de cartillas garantizan la miseria y el hambre de este país. El estraperlo llego como llegan las tormentas, incluso para el pan que se vendía en las bocas de metro al grito de ¡TENGO BARRAS! Ante las miradas impasibles de los policías. Se desarrolló el ingenio para acarrear productos de los pueblos hacia la capital de la forma más ingeniosa, aceite, carne, harina, azúcar o huevos de gallina que en Madrid no se veían ni en pintura.

El bar Chicote

Sé que no está bien, pero nosotros llegamos a comprar al ejército un camión de harina que descargamos por la noche poco a poco en el almacén y el ejército lo denunció como un robo o que lo habían perdido, no lo sé, pero a nosotros nos vino de perlas, era lo que había en esa época. Y si no fuera por eso no creo que hubiera vuelto a abrir *La Mallorquina*.

En la oficina no parábamos de comparar los libros de contabilidad de antes y los de ahora y la verdad es que no se acercaban las ventas ni de lejos.

Pero aquel día tuve una gran sorpresa, estaba en la oficina cuando entró Ramón;

—Don Vicente, pregunta un señor por usted.

—Ahora salgo.

—Está aquí, en el salón.

Salí de la oficina y cuando le vi esperándome de pie en el centro del salón con el sombrero quitado y sujeto con las dos manos y ese bigote inconfundible, ya blanco, no pude decir nada solo acercarme a él y darnos un gran abrazo. don Alejandro Lerroux, no creía que volviera a verle.

—Sabía que con los huevos cuadrados que tienes esto volvería a tus manos.

—Huevos los suyos que se pasea por Madrid sin miedo.

Estuvimos hablando sentados en la mesa de siempre y recordando muchas cosas y yo creo que en la tercera silla había alguien más escuchándonos, incluso vi cómo se movían los faldones del mantel, el comisario nos acompañaba en esa tertulia, nunca me dejará en paz.

Estuvimos hablando de todo lo que acontecía en este país.

—Están quitando del medio a todo lo que les estorba por eso estoy viviendo en Portugal, si se enteran de que estoy aquí, tendría problemas.

—No sé cómo se arriesga paseándose por Madrid.

—Bueno, no me preocupo si me detienen por mí afiliación a la CEDA, pero aun así prefiero pasar desapercibido.

—Y la política ¿ya nada de nada?

—Nada de nada, aunque reconozco que echo de menos esos líos. De todas maneras, ahora no existe la política, es un régimen militar y dictatorial que creo va a durar muchos años.

—¿Y vamos a estar siempre así?

—Pues si no es para siempre, poco le va a faltar Vicente, esta guerra se ha montado para algo, esta gentuza está para quedarse y están apoyados por países como Alemania o Italia, no hay más salida que irse como he hecho yo, o quedarse aquí intentando ser como ellos te dicten.

Pasamos un buen rato hablando de todo, incluso llegamos a reírnos cuando recordamos aquel día del altercado entre Mateo Morral y Alfonso XIII.

Cuando se marchó me prometió volver a pasarse por *La Mallorquina* cuando volviera por Madrid, pero nunca jamás más volvimos a vernos.

A pesar de los trabajos de reconstrucción, la Puerta del Sol está hecha un asco, y nosotros no paramos de ayudar a las casas de comidas que hay habilitadas para dar de comer a miles de familias que no tienen nada, todo lo que nos queda de la producción diaria se entrega a la Cruz Blanca en la calle Doctor Cortezo y a ayudar en lo posible a estas personas que viven en la miseria.

A los pocos días tuve otra gran visita y una gran sorpresa para mí, don Pío Baroja.

A este sí que no le esperaba volver a ver, apareció con un grupo de médicos amigos suyos de la facultad.

—A usted sí que no le esperaba.

—Qué pensabas ¿qué me había quedado en alguna trinchera? Me enteré de que volvías a la palestra y tenía ganas de verte.

—Yo también me alegro de volver a verle.

—Además, a estos mamarrachos con los que vengo les he hablado mucho de ti, creo que tener nuevos clientes no os vendrá nada mal.

—Pues por desgracia así es, la clientela brilla por su ausencia.

—Ven y te los presento.

Nos acercamos a la mesa donde ya estaban todos acomodados y Ramón tomándoles nota.

—Señores, este es don Vicente un gran amigo mío y responsable de esta casa y del que ya os he hablado en otras ocasiones. Y posiblemente el mejor ejemplo de disciplina y trabajo de este puto país.

Se fueron levantando según don Pío los presentaba. Todos eran médicos de gran renombre, estaban Ramón Sarro, José Solé Segarra, Marco Merenciano, Juan José López Ibor y Antonio Vallejo-Nájera.

Me senté con ellos y no pararon de preguntar por los entresijos de esta casa y de cómo resistíamos a tanta miseria a la que aseguraban que era por culpa de la desidia española y de sus habitantes que se habían relajado en vez de luchar por su país, porque esta clase social había sido la culpable de esta guerra al igual que en otras guerras, en eso recalcó mucho Vallejo-Nájera:

—De no existir maleantes políticos, masones, comunistas, judíos o maricones como ese camarero que nos ha servido no habría guerras, son enfermos que contaminan la sociedad y es un gran trabajo el que tenemos por delante, no podemos mirar para otro lado los que tenemos la solución y obligación de curarlos.

Yo no daba crédito a lo que estaba oyendo y menos el que don Pío con lo que era se codeara con gentuza de este tipo, y lo que menos me gustó, y creo que fue lo que me hizo entrar en esa tertulia de locos, fue le alusión que se hizo sobre Ramón y su condición sexual dictaminando que se trataba de un enfermo con posibilidad de cura.

—Es imposible por mucho que se esfuercen en querer que seamos todos iguales a imagen y semejanza, por mucha técnica y mucha terapia torturadora que usen.

Publicidad Bar Chicote

—Usted, Vicente, debería ver nuestros estudios que hemos hecho desde Berlín o desde cualquier campo de refugiados en Europa.

No estábamos como para despreciar clientes y eso fue lo que me hizo morderme la lengua y no mandarlos a la calle y llamarlos asesinos.

Pero las casualidades de la vida hicieron que aquella tertulia cambiara cuando aparecieron Nacho y Bastian camino de la oficina para recoger los encargos de algún cliente. Al pasar junto a nosotros Vallejo-Nájera se levantó y llamó a Bastian;

—Sebastián..., Sebastián Schiffer.

Este se paró en seco y miró hacia nosotros, y al verle me pareció que se cuadró en posición de firmes como si se tratara de un militar.

—Don Antonio, me alegro de volver a verle.

Este se levantó y se acercó al muchacho, le puso la mano en el hombro y estuvieron un rato hablando en alemán. Yo estaba pendiente de lo que hablaban, pero claro está, no me enteraba de nada. Se marcharon todos menos don Pío que se quedó conmigo en la barra.

—Buena gente, Vicente.

—No me joda don Pío, si dan hasta miedo.

—Ja, ja, te los he traído para que disfrutes de la nueva fauna de este país.

—¿Y no conoce usted a alguien más normal?

A pesar de este rato me hizo mucha ilusión volver a ver a don Pío.

No tardé en hablar con Bastian para que me contara de qué conocía a ese personaje, y me comentó que trabajó con su padre en Berlín y Treblinka dando cursos a médicos alemanes, y que ahora

Restaurante Lardhy

habían coincidido en el Hospital Militar donde trabajaban junto a López Ibor y los demás que se encontraban en la mesa.

Vallejo-Nájera era el jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares de la dictadura franquista, había trabajado junto a López Ibor en varios campos de concentración por toda Europa. Y son cosas que no deben quedar en el olvido porque de estos años se ha escrito mucho, pero la labor que yo la calificaría de siniestra de estos médicos de la posguerra que hicieron del sufrimiento una técnica que ellos la calificaban de salvadora para una sociedad en la que no había sitio para estas personas se ha escrito poco. Yo siempre he alardeado de conocer a muchas personalidades de todo tipo y condición, pero estos se llevaban la palma, y lo digo porque llegaron a ser asiduos de esta casa. Y a día de hoy no recuerdo a nadie tan convencido de que la salvación del ser humano pasaba por sus conocimientos y sus teorías.

En *La Mallorquina* no llegábamos a despegar y mi preocupación hizo que mi gran amigo Rafael del restaurante *Casa Botín* me invitara a visitar al gran hostelero Perico Chicote en lo que ahora es la Gran Vía y ver cmo funciona este personaje entre tanta miseria y pobreza.

Y así fue, nos presentamos allí y fuimos formalmente presentados. Me llamo la atención que tuviera referencias sobre mí.

—Vicente, claro, eres un gran referente de trabajo y tesón para este mundo de la hostelería.

Pasamos un buen rato en el Bar Chicote hablando con este gran personaje de la vida madrileña entre cócteles y clientes de alta

graduación. Pasamos a hablar de nuestros principios en este mundo de la hostelería y nos reímos un buen rato. Él empezó en el Hotel Ritz donde cogió fama de ser el mejor coctelero del mundo. Yo entré aquí buscando consejo y salí con un gran amigo y confidente eso sin contar lo perjudicados que salimos de aquel bar a causa de los varios cócteles que nos metimos entre pecho y espalda. Perico Chicote se convirtió en un gran aliado de esta casa.

Estamos en 1944 y ahora tocan las agobiantes restricciones eléctricas prohibiendo los carteles luminosos en cines, teatros y cafeterías al igual que el alumbrado público. Si esto dicen va a mejor, que baje Dios y lo juzgue.

En estos días se le otorga a Franco la medalla de Hermano Mayor de la cofradía de San Isidro por parte del obispo de Madrid-Alcalá a lo que llamaron el principio de una Gran Cruzada contra los que están en contra del régimen, y Dámaso Alonso publica «Hijos de la ira», escritor a la que esta casa siempre le deseará lo mejor por haber sido un gran cliente y amigo.

De mi nuevo amigo Chicote me llegó una invitación para acudir en Lhardy a un homenaje que se le hacía al torero Manolete, Chicote me invitó para que hiciera de espía en esta casa emblemática, pero enseguida me di cuenta de que les iba como a nosotros, los cocidos los contaban con los dedos de una mano.

Pero de ese día tengo que destacar que conocí a personajes a los que no dudé de invitar a visitarnos, desde el torero homenajeado pasando por José María Pemán, Joaquín Calvo-Sotelo, al doctor Blanco Soler o Agustín de Foxá y el que me prometió pasarse por el salón de *La Mallorquina* fue Camilo José Cela, le aseguré que sería bienvenido. Tengo que reconocer que Chicote es toda una institución en este Madrid tan difícil para algunos y tan gratificantes para otros. Me costó mucho entenderlo, y mi nuevo amigo Chicote era el puro ejemplo de superación sin importarle más que sus intereses. Y eso es lo que tengo que hacer, pero no sé si sabré hacerlo.

Estadio Chamartín

Plaza de toros de las Ventas

Estadio Metropolitano

«La poesía es un arma cargada de futuro.»

Gabriel Celaya (1911-1991).
Poeta y escritor

Capítulo IV
Una nueva generación

El ayuntamiento publica las chapuzas de reconstrucción de calles y plazas, tapando zanjas y trincheras. Se reutiliza el asfalto bajo la idea de un ingeniero y firma la penosa labor que solo vale para tapar con parches lo que antes destrozaron.

Eso sin poner ningún interés en edificios y casas destrozadas por algún obús.

Pero lo que jamás ha faltado en este Madrid es la afición por el teatro, el cine o los musicales de las compañías de moda, como en ese momento fue el estreno de *Zambra* con la pareja más famosa del momento y los que, creo, me dieron una lección para estar más atento a

Cartel del musical Zambra

quien pasa por esta casa. Lola Flores y Manolo Caracol, los tuvimos junto a toda su compañía en el salón comiendo y bebiendo hasta agotar casi las reservas de la casa, cuando parecía que se marchaban empezaron a discutir entre los dos protagonistas del musical, yo mismo vi como Manolo Caracol le soltaba una bofetada en la cara a Lola Flores, lo siguiente no quiero ni contarlo, pero la pelea que se formó entre todos hizo que acabáramos llamando a la policía. Se fueron todos detenidos. Y según mi amigo Chicote, eso lo tenían ensayado como una obra de teatro y la representaban para irse sin pagar. La policía se los llevaba, pero siendo quienes eran, enseguida estarían en la calle. Me tocó la moral. Años después supe que esta práctica era muy común fuera de España.

A pesar de las penurias de los madrileños, en Madrid había otra vida más acomodada como pude comprobar con mis propios ojos, y es la vida nocturna de las salas de fiestas. Como la sala *Pasapoga* donde acudí una noche con Chicote. Me presentó a la flora y fauna más distinguida de la ciudad, entre ellos a su antiguo jefe George Marquet, regente del *Hotel Ritz*, me gustó hablar con él. Empezó como yo, siendo un crío en un hotel de su país y ahora regenta posiblemente el mejor hotel de España. Bueno mi amigo Chicote es más de lo mismo, empezó en este hotel y mira ahora, hasta condecorado por el gobierno. También conocí a varios comerciantes de la zona que no sé por qué no me gustaron un pelo, parecían lobos buscando presas. De los que me presentaron, recuerdo a un tal Pepín

Inicios de El Corte Inglés

Fernández, un tal César y su sobrino Ramón Areces, fundadores de varios comercios a los que más tarde haré referencia por una visita muy especial que me hicieron.

En Madrid los pistoleros no paran, ayer han sido asesinados en un local de la falange en Cuatro Caminos dos falangistas por parte de un grupo denominado «Cazadores de la ciudad», dirigido por un tal José Vitini Flores, quien acabó ejecutado junto a sus ayudantes y según cuenta *ABC*, con estos se da por terminado el terror comunista y marxista.

Raro era el día que no escuchábamos la desaparición de alguien cercano a nosotros bien acusado de comunista, masón o de desviado sexual. En España estaba a la orden del día la huida hacia Francia o Rusia de familias enteras o repartidas y separadas. Y aquí no nos quedaríamos al margen, también pasamos sin quererlo por esta situación. Y es que entre nuestros clientes de todos los días se encontraba doña Asunción, una viuda de guerra que vivía en la calle Carretas junto a su hijo Martín y la miseria hizo que un día apareciera en *La Mallorquina* para pedirnos un gran favor, y es que ella se marchaba a Francia en busca de su hermano cruzando los Pirineos y nos dejaba a su hijo hasta que vinieran a buscarle para llevarle a Valencia, donde se embarcaría en dirección de Rusia y donde se encontraba su tío paterno que ejercía de profesor de los niños españoles que allí se encontraban. Y de este profesor tengo que hacer mención, porque su labor con el tiempo fue reconocida y premiada, poniendo en el distrito del Puente de Vallecas un centro cultural bautizado Alberto Sánchez en su honor.

Se quedó sentado en la cocina con una maleta de cartón y la mirada baja. doña Raimunda se lo llevó esa noche a su casa asegurando que no dejó de llorar en toda la noche. Por la mañana estuvo sentado en la cocina esperando con su maleta de cartón a que vinieran a buscarlo como dijo su madre, pero allí no apareció nadie ni ese día ni ninguno. Aseguraba no tener más familia que su madre, solo sabíamos que se llamaba Martín Sánchez y que tenía once años. A Ramón le puse de encargado de que no le faltara de nada, aunque al principio no quería ni agua luego empezó a comer y enseguida hizo buena amistad con Nacho y Bastian que le cuidaban casi más que Ramón.

Con los días me di cuenta de que es lo mejor que le ha pasado, creo que estaría mejor con nosotros que en Rusia con su tío al que casi no conoce. Y yo reconozco que se hizo con el corazón de todos y el mío. Hasta Trifón, que es de piedra y aunque intente disimularlo está pendiente de él. A mi empezó a llamarme tío Vicente y de vez en cuando pasaba la noche en mi casa, Martín se convirtió en mi apadrinado. Le busqué un profesor particular y con la ayuda de Trifón que había sido profesor se empezó su educación además de trabajar en *La Mallorquina*.

El que vino a buscarme fue Chicote para acudir a la celebración de la adquisición de su jefe y amigo George Marquet del *Hotel Palace* del que también sería su futuro regente. Pasamos directamente al jardín del hotel, donde el lujo desentonaba con el Madrid que yo conozco de tal manera que me costó volver a la realidad, no podía creer que hubiera un oasis así en medio de este desierto. Pero entre aquel edén había mucha gente de todos los géneros posibles como la política, el deporte, militares, comerciantes o médicos reconocidos. Saludé a todo aquél que Chicote me presentaba a algunos con gusto y a otros con asco, no puedo evitarlo, seguro que se me nota, pero si no puedo, no puedo. Me alegré de ver a personas de las que no había vuelto a saber nada, entre ellos y con el que nos dimos un gran abrazo fue al Cardenal Herrera Oria.

—Vaya sorpresa, Vicente, nunca hubiera pensado verte aquí entre tanto... bueno tú me entiendes.

—Es que si lo sé no vengo, es más bien un compromiso, nunca viene mal un poco de influencia.

—Tú deja, que Dios está para ayudar a gente como tú, no dependas de esta gentuza, que te joderán si pueden.

—De eso ya me he dado cuenta, pero hoy tenía que venir.

Me volvió a dar un abrazo, se dio media vuelta y desapareció entre las plantas que reinaban en aquel jardín. Entre los que conocía estaban el alcalde Alberto Alcocer, algún ministro de la época y el que me miró de reojo, Escribá de Balaguer, vaya tío sabe a quién arrimarse. Y lo que no quiero que se me olvide contar es cuando mi amigo Chicote me presentó a don Juan de Borbón hijo de nuestro antiguo rey. Me felicitó por mi labor al frente de *La Mallorquina* que aseguraba conocer y ser un devorador de nuestros productos,

y lo que me dejó de piedra es cuando me dijo que la Casa Real siempre estará agradecida a la discreción con la que se trató a su padre. Me dieron ganas de contarle lo de su padre con Mateo Morral y Alejandro Lerroux, pero no lo hice más por desconfianza que por otra cosa, nunca sabes con quien estás hablando y dejándote los cuartos. Fue un gran banquete donde no faltó de nada, incluso llegué a comer cosas que no sabía ni que existían, como una cuchara llena de unas huevas negras que te ofrecían los más de cuarenta camareros que circulaban por ese jardín. Fijándome en los demás, cogí la cuchara y me la metí en la boca de golpe, asqueroso, no recuerdo haber comido algo tan malo en mi vida. Según Chicote, aquello era caviar y del bueno, joder cómo será el malo. Yo ya estaba agobiado entre tanto duque, conde de no sé qué y marquesas venidas a menos. Cuando decidí irme sin mi amigo y sin decirle ni adiós me tropecé con ese tal Pepín al que conocí en el Pasapoga:

—Hombre, pero si es mi amigo don Vicente, con usted tengo yo que hablar.

—Pues lo siento estoy cansado y un poco bebido, me marcho no aguanto más esto.

—Venga, compadre, quédese un poco más y hablamos.

A él también se le notaba el efecto del alcohol.

—Lo siento, me voy además que no me interesa nada de lo que usted me pueda ofrecer.

Hotel Palace

Se rió como una niña, pero allí se quedó con su copa en la mano y tambaleándose, pero no fue la última vez que nos vimos. Eso ya lo contaré.

Salía por la puerta cuando Chicote me cogió del brazo y volvió a meterme dentro:

—¿Dónde vas, Vicente?

—Me voy, estoy cansado y bebido.

—No seas gilipollas, tienes que pasearte por este jardín, que te vean y que sepan quién eres, habla con todo el mundo, ¿cómo te crees que mi mierda de bar está dónde está? Tragando lo que pusieran delante y aguantando a toda esta gentuza.

No me dio tiempo a decir nada, la orquesta que amenizaba esa noche cortó con el vals que estaban tocando para interpretar el himno nacional, la gente se calló de golpe y para mi sorpresa, pasaron al jardín cuatro militares de la guardia mora ataviados con sus turbantes y unas espadas que llegaban hasta el suelo y detrás de ellos apareció con la mano levantada a modo de saludo el gran generalísimo vestido con el traje de gala militar. Joder, me tenía que haber ido.

Las reverencias rozaban el ridículo, llegué a ver a más de uno ponerse hasta de rodillas. Se cerraron las puertas, y de allí ya no había manera de entrar ni de salir. Saludaba a todo al que se le acercaba, a los civiles con un apretón de manos, a los curas con un beso en el anillo y a los militares cuadrándose. Yo en ese momento, apoyado en una de las barras donde servían los mejores cócteles de ese gran jardín, era el espectador de la mayor hipocresía de este país. El alcohol ya había hecho su presencia y me encontraba un poco afectado, tanto que le vi acercarse a mí junto a uno de los moros que le guardaban las espaldas.

—Don Vicente, nunca creí volver a verle.

Esa voz, esa cara y esos andares que parecía que no tenía rodillas me hizo recordar las conversaciones que tuvimos por culpa de aquella puta corona.

—Yo tampoco me alegro de verle.

Se rió como una hiena.

—Deberías alegrarte de que te salude, esto para tu casa es una gran ayuda. Ahora mismo tienes a toda esta gentuza preguntándose quién es ese tipo que habla con el generalísimo.

—No quiero su ayuda, además, no quiero hablar con usted, usted no es de mi agrado.

El acompañante moro se agarró a su espada haciendo ademán de sacarla de su funda, pero Franco le sujetó del antebrazo y dijo:

—Pues a mí me gusta la gente como usted, odio a esta panda de pelotas y lame culos, es una pena que no esté de mi lado, estoy rodeado de gente que no pone ningún impedimento a lo que se me pone en los huevos.

—Yo solo me quiero marchar de aquí, esto al principio me pareció el paraíso, pero ahora se parece más al infierno.

Dejé la copa casi entera en la barra y sin decir ni adiós me dirigí hacia la salida.

El militar moro se encargó de acompañarme hasta la puerta de salida y cuadrándose sacó la espada se la puso en la cara y me deseó que Alá me acompañara.

Me volví a casa andando esperando que el alcohol se fuera evaporando con cada pisada. A la mañana siguiente no aparecí por *La Mallorquina* hasta el mediodía.

Chicote no tardó en felicitarme, yo aún no sé por qué.

Gente bañándose bajo el Puente de los Franceses

Plaza de Callao

Calle Mayor

«Una de las amarguras de la depresión es que
borra la idea y los sentimientos de esperanza.»

Juan Vallejo-Nájera (1926-1990).
Médico y escritor

Capítulo V
Vallejo-Nájera

En Madrid se cambia de alcalde, se marcha Alberto Alcocer y entra uno nuevo del que yo personalmente no tengo ninguna referencia, es José Moreno Torres apoyado por el Banco de Crédito Local y varios empresarios madrileños. El apoyo no es ni más ni menos que 70 millones de pesetas para las tareas de reconstrucción, por lo que las zanjas volvieron a formar parte del paisaje madrileño para las redes eléctricas, de gas y teléfono. Todo sea por la patria, como dicen los afines al gobierno. Por este año de 1946 Francia nos cerró su frontera, eso no debería importarme si no fuera por Martín, su madre estaba allí y ahora sí que nadie vendría a buscarle.

La mañana empezó de buena manera, la barra estaba llena y el salón casi también, en la tienda el trasiego de clientes no paraba y para completar ese día apareció mi amigo Chicote con un acompañante que no tardó en presentarme, era don Luis Sánchez-Rubio, regente de varios comercios y tiendas en la calle de Preciados y la Gran Vía, aunque ahora se llame de otra manera para mí siempre será la Gran Vía, además de ser el propulsor de la sala de fiestas *Pasapoga*.

Paseo de la Gran Vía

Me senté con ellos en el salón y estuvimos hablando de comerciante a comerciante, me contó entre otras cosas, de cómo quiso fundar una asociación de comerciantes de la zona y no solo se le fue denegado, sino que se le acusó de intentar fundar un grupo radical para enfrentarse al ayuntamiento y al gobierno. Solo estaba permitida cualquier asociación que estuviera vinculada a la Falange. Sus consejos fueron de gran ayuda y creo que es una buena amistad que interesa tener cerca. Cuando se marchaban no dudó en invitar a *La Mallorquina* a visitar el *Pasapoga* el día que quisiéramos. Y sin más demora ese mismo fin de semana nos personamos Trifón, Juan Martín, Conrado, Ramón y Tomás, Alfonso y un par de clientes de la casa, y como fue prometido no pagamos ni a la entrada ni las consumiciones. Nos sentaron en una mesa cerca del escenario, el ambiente de ese lugar hacía pensar que todo estaba cambiando, aunque todos sabíamos que no era así. Fue como traspasar el espejo de Alicia en el país de las maravillas. La mesa de al lado estaba vacía, pero tenía un cartel de reserva sobre el mantel que anunciaba *HOSPITAL MILITAR*, no tardaron en aparecer los médicos que en alguna ocasión han pasado por nuestro salón, desde Vallejo-Nájera hasta López Ibor, además venían acompañados de varios médicos alemanes.

—Deberías levantarte y saludarlos. —Me dijo Trifón.

—Sí, no es que sean de mi agrado, pero tienes razón.

Me levanté y me acerqué a la mesa del *Hospital Militar.*

—Don Antonio, señores, buenas noches.

—Vaya sorpresa, si es mi amigo Vicente. Le presento a mis compañeros de profesión, a algunos ya los conoce.

—Sí, me acuerdo de alguno.

—¿Ha venido solo?

—No, estamos en esa mesa de al lado, también somos unos cuantos compañeros.

—Ah sí, ya veo, también reconozco a algún empleado suyo, y lo que no entiendo es que dejen pasar a esta gran sala de fiestas a maricones como a esos dos que le acompañan. No deberían estar aquí.

Me dieron ganas de decirle que si entraban asesinos como él aquí podía entrar todo el mundo.

—Estamos invitados por don Luis, y no creo que ponga impedimentos a ninguno de mis empleados.

—Él quizás no, pero es incómodo tener cerca a gentuza como esa.

Me contuve de decirle lo que pensaba de él y preferí marcharme.

—Buenas noches.

Me despedí con mala cara y me volví a mi mesa, le conté al oído a Trifón lo ocurrido y dijo lo que yo pensaba:

—Vaya panda de hijos de puta.

Vi como Vallejo-Nájera se levantaba y hablaba con el que se supone era el jefe de sala, este no tardó en dirigirse a la oficina.

Estábamos hablando entre nosotros y consumiendo nuestras bebidas cuando llego don Luis.

—Buenas noches ¿qué tal la velada?

Yo me levanté para darle la mano, él me la cogió y tirando de mí me sacó del grupo.

—Vicente, lo siento, pero tenéis que iros, sé que no es justo, pero no quiero tener problemas.

—Ya me imagino de quien es la idea de que nos vayamos, no te preocupes ya nos vamos.

—Podéis venir otro día, para mí siempre seréis bienvenidos.

Nos levantamos y nos marchamos no sin antes echarle una mirada a nuestro vecino de mesa que sonreía por el triunfo logrado.

Nunca volvimos a hablar nada sobre aquella noche.

Pero pasó lo que tenía que pasar, Ramón desapareció a los pocos días sin dejar rastro.

Buscamos en hospitales y en comisarías sin tener ninguna referencia de él, solo en la Dirección General de Seguridad nos sacaron unos papeles con todos sus antecedentes delictivos, detenciones por carterista pasando por estafador o por comportamiento indecoroso:

—Puede estar en cualquier sitio o en ninguno, ya me entienden.

La verdad que los ánimos que nos dio este funcionario eran para ponerse en lo peor. Yo estaba seguro que en la DGS de querer nos hubieran dado alguna pista sobre Ramón, es lo malo de no tener algún aliado en política como tenía antes. Pero la primera pista entró sola y fue con una reserva del Hospital Militar al que estuve a punto de anular si no llega a ser por Trifón.

Yo creo que eran casi los mismos de aquella noche en el *Pasapoga* los que ocuparon el salón pequeño, intenté no cruzarme con ellos, pero fue Vallejo-Nájera el que hizo por hablar conmigo:

—Ve, don Vicente, ahora se respira mejor en esta casa.

—Algún día pagarán por todo el mal que están haciendo.

—¿Mal me está diciendo? ¿Pero usted no se da cuenta que si no fuera por nosotros la sociedad estaría cada vez más enferma? No sea iluso, Vicente.

Sala Pasapoga

—¿La solución es la tortura y la muerte? Los enfermos son ustedes y quien consiente esas prácticas propias de asesinos son peores.

—No somos ni asesinos ni torturadores, la sociedad con el tiempo reconocerá nuestra gran labor no solo en España sino en toda Europa.

—Váyanse a la mierda.

Me di media vuelta y me metí en la oficina solo, me encendí un cigarro y a mirar por la ventana esperando que todo volviera a su sitio, donde estaba antes de esta puta guerra.

—Ten cuidado, Vicente.

Esa voz y ese olor me hicieron volverme, pero estaba solo en la oficina;

—¿Comisario?

Joder, voy a acabar medio loco. Abrí la ventana para que me diera el aire y se fuera ese olor a carne quemada. Ya cuando salí se habían marchado. No tengo ninguna duda de que detrás de la desaparición de Ramón está esta panda de médicos tienen mucho que decir.

Hasta el *ABC* hace referencia de estos dos médicos como son López Ibor y Vallejo-Nájera por sus condecoraciones tanto militares como civiles a la labor que hacen por España.

Se me ocurrió una noche, al cerrar, juntar a todo el personal para alertarles de lo que estaba ocurriendo y de que si entre los clientes encontraban algún aliado que me lo hicieran saber tanto político, policía o lo que fuera para encontrar a Ramón.

—Nosotros conocemos a alguien en la DGS —dijo Nacho.

—¿Nosotros? ¿Que nosotros?

—Bastian y yo, conocemos a un escribiente de ahí dentro.

—Si viene por aquí quiero hablar con él, decírselo por favor.

—Es que por aquí no viene, somos nosotros los que le visitamos.

—Eso no lo entiendo: ¿cómo que lo visitáis si ahí no se puede pasar y menos dos mocosos como vosotros?

Miraron a Manolo el jefe de obrador agacharon la cabeza y se callaron. Algo pasaba en *La Mallorquina* que yo no sabía.

—Manolo, ¿de qué coño me están hablando estos?

—Las alcantarillas don Vicente, se meten por el pozo que hay abajo y creo que se recorren medio Madrid. Lo siento, yo les he echado la bronca, pero siempre se las apañan para escaparse.

Los miré a los dos que tenían la mirada en el suelo y esperando una buena reprimenda.

—Se pueden marchar todos y vosotros dos acompañadme a la oficina. En cuanto a usted, Manolo, deja mucho que desear su función de jefe, espero que rectifique y ponga un poco más de orden en sus cometidos.

—Lo siento don Vicente, no volverá a ocurrir.

Me subí con los dos a la oficina y a Trifón como apoyo:

—Sentaros... Que os sentéis coño.

Se sentaron aún con la mirada perdida entre sus pies.

Y ahora contadme qué es lo que hay en esas alcantarillas y a donde os llevan. Se miraban el uno al otro sin abrir la boca.

—Yo tengo toda la noche, de aquí no nos vamos hasta que me contéis algo.

Por fin habló Nacho;

—No somos los únicos, don Vicente, hay más chicos como nosotros que juegan por esos túneles.

—Eso no me importa, me importa donde vais vosotros.

—Pues a todos los sitios, a iglesias, tiendas, colegios, Palacio Real...

—¿El Palacio Real? Pero estáis locos o qué, no puedo creerme que se pueda acceder al Palacio tan fácilmente.

—Sí, don Vicente, nos enseñaron los caminos los hijos de los empleados del Palacio.

Me puse la mano en la frente mientras miraba a Trifón que tenía cara de haber visto a la Santísima Trinidad.

—Joder, no sabéis en el lío que nos podéis meter a todos, pero lo que nos interesa, es como entráis en la DGS y a quien conocéis, va a ser la única manera de saber algo sobre Ramón.

Plano antiguo de metro

—Conocemos al señor Romero, es el escribiente donde se dan las altas y bajas de los detenidos, de vez en cuando salimos por una tapa que hay en el patio que da a su oficina, le llevamos algún bollo para su hija que está muy enferma.

—¿Alguien más sabe de vuestras visitas?

—No, solo él. Seguro que si le pedimos ayuda no le importará echarnos una mano para saber lo que ha pasado con Ramón.

—Bueno, decidle que venga que quiero hablar con él.

No me gustaría que les pasara algo por mi culpa por lo que decidí que sería mejor que hablara yo con él. Cuando acabe todo este lío mandaré cerrar ese pozo. Pero de momento tendré que dejarles hacer una última visita a ese funcionario de la DGS.

Feria promocional de turismos en la Plaaza Mayor

«Ha llegado la hora de la mujer que comparte
una causa pública y ha muerto la hora de la mujer
como valor inerte y numérico de la sociedad.»

Eva Perón (1919-1952).
Política y actriz

Capítulo VI
Eva Perón

E de noviembre de este año de 1947 se convierte en un día para recordar por una gran manifestación convocada por el mismo gobierno en contra de la *ONU* por meterse en la dirección del país, retirando todos sus embajadores de Madrid. Fuera de estas fronteras yo creo que ya no nos quiere nadie. Y este mismo año nos deja Manuel Machado, un personaje de salud frágil al que me hubiera gustado conocer en persona, pero no se puede tener a todos en el libro de genialidades de esta casa. También estaba a punto de ser inaugurado el llamado rascacielos de Madrid en la Plaza de España –ante la vista de don Quijote y Sancho Panza–

Eva Perón

Salón de La Mallorquina

con sus más de 110 metros de altura, 30 plantas y un montón de ascensores.

Firman este gran proyecto los hermanos Joaquín y Julián Otamendi, que aseguran que es una gran inversión para nuevas empresas y la creación de oficinas, hoteles y salas de fiestas. Por lo menos creo que se dará empleo a unos cuantos madrileños.

Parece que nosotros también vamos algo mejor, aunque se nota en el ambiente la desaparición de Ramón y estamos todos muy preocupados.

Con el tiempo me enteré de que esos pasadizos o túneles por los que se metían los chavales eran los usados por Alfonso XIII para escaparse de Palacio.

Y de Palacio, pero del Pardo, nos llegó una reserva para veinte señoras, en la que requerían que se les habilitara el salón pequeño y se tratara por todos los medios de preservar la intimidad separando un salón de otro con biombos, además un empleado del Palacio del Pardo se encargaría de la buena disposición del evento.

Encima de la poca gracia que me hace volver a ver a esta señora, vienen con inconvenientes y normas. Y es que se encontraba en Madrid Eva Perón y seguro que toda esta parafernalia era debido a ella.

El primero en llegar fue un camarero del Palacio del Pardo para

distribuir los sitios donde irían ellas colocadas, así que puso un letrero en cada silla para que nadie se sentara junto a la homenajeada salvo Carmen Polo.

También apareció un fotógrafo acreditado para la situación del momento. Y es que por lo visto Carmen Polo se encargaría de llevarla a museos, fiestas y demás saraos, vamos que no la dejaría ni a sol ni a sombra. Más les vale quedar bien porque en el extranjero no nos quieren ni en pintura.

Cuando fueron entrando, reconocí a la esposa de nuestro anterior alcalde, la del actual, la del ministro de la guerra y otras que supe quiénes eran por los nombres puestos en la mesa donde se iban a sentar. Cerrando la comitiva dos monjas con cara de perro y Carmen Polo cogida del brazo de la homenajeada Eva Perón. Todas con una especie de camafeo en el pecho de la Hermandad del Santísimo Corazón de María. Y a día de hoy tengo que confesar que me enamoré de esa señora nada más verla, hasta creo recordar aún ese perfume que invadió el salón, y se me debió de notar por la mirada y la sonrisa que me dedicó al pasar a mi lado.

De este salón he contado muchas historias, algunas son simples anécdotas, pero otras creo que son para no olvidar jamás y esta es de las últimas.

En la mesa no faltó el mejor jamón elegido para la ocasión por Juan Martín, quesos de varios tipos, ensaladas de patata preparadas por doña Manuela, anchoas de Santander, hojaldres rellenos, empanadas sacadas de nuestros hornos y sobre todo la típica tortilla española. Todos los platos pasaban la aprobación del camarero de palacio, que no dudó en rechazar alguno por no sé qué tonterías y dos botellas de vino de La Rioja que aseguraba estar picado. El que estaba picado era yo, que me estaba tocando la moral con tanta gilipollez. Por lo visto la homenajeada se interesó por la vida de la mujer española, y no hay más que ver la representación que allí se encontraba para imaginarse lo que pasó después.

—No puedo creer que estén acá en España como si la mujer viviera en la prehistoria.

—La mujer tiene su sitio, y es servir a su esposo y no denegar de sus mandatos, sería una falta de respeto. —Contestó la mujer del alcalde.

—Mire, señora de Duarte, está bien que la mujer ayude como es nuestro caso a nuestros maridos que tienen la difícil tarea de dirigir un país, pero otra cosa es querer meternos en terrenos solo destinados para el género masculino. —Eso salió de la boca de Carmen Polo.

—No, señoras, ya no, la mujer tiene los mismos derechos que los hombres, tenemos que luchar y demostrar de lo que una mujer es capaz, la mujer está tanto o más preparada que el hombre. —Esto lo dijo Eva Perón sin darse cuenta de que estaba rodeada por lo mejor del país.

Cuando habló una de las monjas con cara de perro:

—La mujer ha nacido para ser la sierva de Dios y del hombre al que honrará hasta la muerte, si Dios quisiera que la mujer mandase como dice usted, así lo habría dispuesto, y así lo disponen las Sagradas Escrituras.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, pero no piensan nunca escapar de esto, no es Dios, es la sociedad la que maltrata a la mujer, ¿no se dan cuenta de que son esclavas?

—En España la mujer es feliz así, aquí no venga con sus ideas de su país que no las queremos y que yo sepa aquí no hay esclavos de nadie. —Dijo otra que no sé quién era.

—Pues no es lo que cuentan. Los españoles que viven allá que han llegado huyendo de este país para no ser fusilados o metidos en una cárcel de por vida no dicen lo mismo, han huido por pensar diferente, nada más.

—Han huido porque son masones y comunistas y aquí no cabe ese tipo de gentuza. —Claro esto solo se le ocurre a Carmen Polo.

—Me está dando la razón, la gente en España huye, se van de sus tierras y dejan sus casas por miedo.

—Se van por que quieren, aquí solo se les pide que se unan a una vida ordenada con Dios y la Patria. Volvió a decir la monja con cara de perro.

Yo, aunque siempre intento estar ajeno a las tertulias del salón, en esta ocasión no me perdía detalle, incluso cruzamos la mirada a través del espejo grande del salón entre Eva Perón y yo, incluso Murillo el camarero que se encargó de atenderlas me hacía señas agitando la mano de que el ambiente en el salón pequeño se estaba convirtiendo en la sala de hornos.

Y de las muchas cosas que me han pasado y nunca olvidaré es lo que ocurrió a continuación.

Volvimos a cruzar la mirada por el espejo, pero esta vez me hizo una seña con la mano para que me acercase, me la tuvo que hacer otra vez porque no me atrevía a acercarme a ese gallinero.

Entré como el que entra en casa ajena:

—Buenos días, ¿está todo del agrado de las señoras?

La pregunta fue de lo más inoportuna por mi parte. Las miradas fueron fulminantes.

—¿Me puede sacar usted de acá? —Me dijo Eva Perón como si fuera una orden a la que no podía negarme aunque quisiera, porque me lo decía mientras se levantaba y recogía su chaqueta del respaldo de la silla.

La ofrecí mi brazo, lo cogió y salimos del salón ante las miradas de asombro de las demás. Bajamos por la escalera y habló con alguien que debería ser su guardaespaldas, y me dijo:

—Ya está, nos podemos ir.

Salimos a la calle cogidos del brazo como si se tratase de un par de novios, se colocó un pañuelo azul y blanco en la cabeza y unas gafas de sol que la tapaban media cara y sin rumbo nos dirigimos por la calle Mayor paseando como si nos conociéramos de toda la vida.

—Gracias por salvarme de ese grupo de hienas.

—No hay de qué.

—¿Cómo se llama?

—Vicente, Vicente Fernández, y usted..., bueno no hace falta que se presente.

Casa Botín

Estación de metro Sol

—¿Adónde me va a llevar, Vicente...Fernández?

—Pues no lo sé, donde usted quiera.

—Quiero conocer el verdadero Madrid y no lo que esas brujas me querían vender.

No sabía que hacer ni donde ir, no se me ocurría nada, por lo que decidí que sería todo sobre la marcha, y así fue.

Se interesó por el mercado de San Miguel y habló con la mayoría de los tenderos, le encantó la estructura del mercado y de las gentes que se preguntarían quien es esa mujer que no para de preguntar y animar a todo el mundo.

La siguiente parada la hicimos en *Casa Ciriaco* donde nos tomamos unos vermús que aseguraba no haber probado en su vida y unos berberechos.

No paraba de preguntar por todo lo que veía, de algunas cosas la podía dar referencias, pero de otras reconozco que, aunque sea mi ciudad, no tenía ni idea de lo que era. Es más, de algunas de las cosas por las que me preguntaba no sabía ni que estaban allí porque jamás me había fijado y eso le hacía mucha gracia.

—¿No está vos preocupado por no conocer su ciudad?

—La verdad, ahora que usted lo dice, un poco si. —Se volvió a reír no sé si de mí o de lo que dije.

Seguimos paseando por la Plaza Mayor, el Arco de Cuchilleros y pasamos a comer al que, según los datos, es el restaurante más

antiguo del mundo y donde trabaja mi gran amigo y gran profesional Rafael, *Casa Botín*.

Sabiendo de su gran discreción hice las presentaciones, y había que ver la cara de asombro de Rafael cuando se quitó el pañuelo y las gafas, pero creo que su asombro fue el que fuera acompañada por mí, más de por quien era, por que dudo que haya en Madrid alguien que conozca a más celebridades que Rafael, tanto nacionales como extranjeras.

Nos sentó en un salón reservado para cuando aparecen personajes de esta índole.

Nos sirvieron un cochinillo que en esa época en Madrid no se veían ni pintados, un gran vino y un postre que no tenía nada que envidiar a los nuestros. Hablamos de todo, pero lo que más perplejo me dejó es que sabía de España más que nosotros:

—Si España no cambia, se les van a cerrar todas las fronteras, incluso la nuestra, nos hacemos llamar hermanos, pero no es así. Acá la carne que se encuentran en los mercados y en los cuarteles viene de allá congelada en barcos.

—Hasta no hace mucho la escasez de productos como la carne solo se encontraba en el mercado negro, nos tienen bien jodidos.

—Vi la muestra en su casa, dan miedo esas señoras.

—Son la continuación de sus maridos.

—Incluso las monjas que estaban allá me miraban que pensé que me crucificarían de un momento a otro. Y que me dice de la gran señora, tanta joya y tanto collar, no sé cómo no se la cae la cara de vergüenza.

No sé cómo empecé, pero la conté todo el lío de la corona, me escuchaba con la boca abierta, como si se tratase de un cuento infantil.

—¿Y tiene el valor de acudir a su casa como si nada hubiera pasado? Son peor de lo que yo pensaba.

Ahora le tocó a ella desvelarme algo muy importante sobre la gran señora como ella la llamaba. Y referente a su hija.

—¿Qué hija? No es hija de ellos, ¿cuándo han visto a esa señora embarazada? Nunca. ¿Dónde dio a luz? Nadie lo sabe. No existen fotos de ningún diario luciendo embarazo.

—Entonces, ¿esa niña quién es? —Le pregunté dando por cierto lo que me estaba contando.

—Es su sobrina, de su hermana Zita Polo y de Ramón Serrano Súñer. De ahí sale el segundo nombre, el de Ramona.

—Esto me lo cuenta otra persona y dudaría de lo que me está contando.

—Eso se sabe en toda Argentina, todo el mundo sabe que el jefe es monórquido.

—¿Eso no sé qué es? —Pensé que sería una broma, para referirse a él como antimonárquico.

—Monórquido significa que solo tiene un testículo.

Hacía mucho tiempo que no me reía tanto, me lo podía imaginar sin calzoncillos y mandando a las tropas con un solo huevo.

—¿Pero eso cómo puede saberlo una señora como usted?

—Se lo contó Leónidas Trujillo a mi marido, Trujillo es muy amigo de Franco, su mujer se escapa muy a menudo a Madrid de compras, cosa que a él también le viene bien para sus lances amorosos.

—Joder, ¿hay algo que usted no sepa?

Nos volvimos a reír un rato, Rafael nos trajo unos licores de parte de la casa y unos cigarrillos americanos para concluir esa gran velada que como he dicho antes, jamás olvidaré.

Nos despedimos de Rafael y cuando salimos por la puerta había un coche oficial esperándola y el tipo con el que habló en *La Mallorquina* sujetando la puerta trasera para que montase.

Se giró y me dio un gran abrazo que aún conservo entre mis costillas como una cicatriz de guerra.

Y sin más se despidió prometiéndome estar en contacto por carta. Lo del coche esperándola me hizo pensar que en todo momento nos iban siguiendo.

Me estuve acordando todo el camino sobre el único testículo y me reía solo, también sobre lo de su hija y pensé que estaban engañando a toda España, ya no soy yo el único al que engañan. Y gran vergüenza de cómo habían intentado humillar a Eva Perón entre ese montón de arpías.

Le conté a Trifón lo del huevo y las risas se oían hasta en la calle.

Hasta la prensa hace eco de le elegancia y la cultura de esta gran mujer y aseguran que encandiló al mismísimo Caudillo, sería por eso que su mujer la quisiera fastidiar en todo lo posible.

«Permitamos que el tiempo venga a
buscarnos en vez de luchar contra él.»

Miguel Delibes (1920-2010).
Escritor

Capítulo VII
El poder del dinero

Madrid se va recuperando al dictado de esta gente que asegura un gran futuro para este país. De momento tenemos cerradas todas las fronteras y embajadas como la de Alemania han desaparecido. Si eso es a lo que llaman un gran futuro estamos jodidos. Los colegios se han convertido en lugares que más parecen cuarteles donde la disciplina militar y la religión están por encima de la cultura y la enseñanza. Vamos que aprenden antes el *Cara al sol* que la regla de tres. Y lo sé por Martín, que su educación se quedó como asunto mío y está en un colegio de monjas de la calle Desengaño donde pago algo más de lo que corresponde para que no acabara en una inclusa. Sin padres y yo sin poder demostrar que somos familia, lo más normal es que hubiera acabado mal en uno de estos centros. Me han contado mil historias de estos lugares y solo con pensarlo tengo pesadillas.

La Falange con su Sindicato Vertical obligaban a empresas y trabajadores a afiliarse a este único sindicato legal en España y que *La Mallorquina* no iba a ser menos. Desde 1940 se estableció la Ley de Unidad Sindical bajo el mando de FET.

Y de las JONS. Y hago referencia a esto por una reunión que tuvimos en el salón presidida por Gerardo Salvador Merino invitando a los allí asistentes a imitar el modelo de trabajo alemán. Esa reunión llegó a ser portada de varios diarios por lo que tuvimos publicidad gratuita al mencionarse esta casa como el lugar de dicho acto. Aun así, las ventas no son lo mismo ni de lejos.

Hoy los chavales se han personado en la oficina con una nota del funcionario de la DGS. La nota asegura que Ramón pasó más de una semana detenido en los calabozos con fecha de entrada y salida firmada por él mismo.

—Pero ¿dónde está ahora?

—Eso de momento no lo sabe, pero nos ha dicho que le dijéramos que no fue maltratado como a los presos políticos.

—Vaya, eso por lo menos es un alivio, dile que le estamos muy agradecidos por su apoyo. El próximo día le lleváis unos bombones para su hija.

De momento es una gran noticia, veremos lo que sigue.

A los comercios de la zona también les pasaba lo que a nosotros, o eso creía yo.

Ramón Areces que hacía pocos años que fundó *El Corte Inglés* junto a su tío don César y el asturiano Pepín Fernández parecían que habían dado con la gallina de los huevos de oro. De tener una simple tienda de ropa de niños, a quedarse con todo el solar en el número 3 de la calle Preciados. Siempre he valorado a la gente emprendedora,

Tráfico en la Puerta del Sol

Galerías Preciados

pero desde el respeto, desde que los conozco, me dan mala espina, y no me confundía.

Tuvimos una reserva a nombre de don César para el aniversario de su llegada de Cuba, se cerró como de costumbre el salón pequeño para tal evento. Pero no solo aparecieron estos nuevos comerciantes también venían acompañados de las esposas y para sorpresa nuestra les acompañaba nuestro alcalde don José Moreno Torres, Conde de Santa Marta de Babio su esposa doña Isabel de Benjumea a la que no había vuelto a ver desde el homenaje de Eva Perón. Lo que me llamó la atención es que los acompañara lo que parecía un escribiente, ya que llevaba unas carpetas y varios papeles oficiales del ayuntamiento, eso pintaba más a negocios que a un aniversario. Y lo que menos me iba a imaginar es que yo sería el protagonista. Cuando andaban con los postres y los licores mandaron al camarero en mi busca:

—Buenas noches.

—Buenas noches Vicente, siéntate con nosotros que queremos tener la mejor compañía de la Puerta del Sol. —Dijo don César retirando una silla para que me sentase.

—Tengo mucho trabajo, tengo que recoger las cajas dentro de un momento.

—Venga, hombre, que acabo de pedir una botella de Napoleón para celebrar por los grandes comercios de la zona, y este es uno de ellos. Venga sólo sera un momento.

Me senté sabiendo o imaginando algo que no me iba a gustar. Yo esperaba que el primero en hablar fuera don César, pero fue Ramón Areces:

—Don José, nuestro alcalde que hoy nos deleita con su presencia, nos comenta que el comercio del centro de Madrid no le va como le debería de ir. Por lo cual se va a poner en marcha una asociación de comerciantes para que entre todos podamos llevar a cabo un estudio y relanzar la zona a donde se merece. Tenemos hasta el apoyo incondicional de nuestro alcalde, que por eso está aquí, es un tren que no hay dejar pasar.

—Y yo, o sea, *La Mallorquina* ¿qué podemos hacer?

Ahora habló don César;

—Vicente, tienes la mejor esquina de todo Madrid y por las cuentas esto no es muy rentable.

—¿Cuentas? ¿Qué saben ustedes de las cuentas de esta casa? Eso solo lo sé yo y los regentes de este negocio.

—Habla con ellos, nos haríamos cargo de todo el personal y tú te podrías retirar sin problemas.

—Sí, hablaré con ellos, pero para alertarles de la panda de buitres que merodean por aquí.

—Sabes que *La Mallorquina* no podrá superar el cambio, no podrá asumir el reto del nuevo comercio, no seas cabezón y habla con los dueños.

—Ya tengo muchos años y mucha experiencia como para que una panda de mamarrachos comandada por el mismísimo alcalde venga a darme lecciones de cómo llevar esta casa.

—Piénselo don Vicente —dijo Areces.

Me levanté y me di el placer de hacer una reverencia al estilo mosquetero y me despedí con un:

—Señores. A día de hoy aún siguen llorando por esta esquina, y lo más gracioso es que auguraban que duraríamos menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Vinieron a darme clases y más vale que hubieran venido a aprender, les hubiera ido mejor.

El alcalde se levantó y me cortó el paso:

—Vicente, es mejor hacer las cosas por las buenas, el ayuntamiento está apoyando a estos nuevos comerciantes que traerán fortuna a la ciudad, si no está con nosotros, esta casa desaparecerá con usted dentro.

—Don José, no será la primera vez que le tengo que enseñar la puerta de salida a un alcalde.

Me metí en la oficina con Trifón que no tardó en felicitarme:

—Una de las cosas por las que accedí a trabajar contigo es porque los tienes bien puestos.

Miguel Delibes

Sobre esta visita tenía que hablar con los dueños y como yo esperaba, me dijeron que no me preocupara, que como estos buitres ya antes había habido otros con las mismas intenciones y que no se habían quedado con *La Mallorquina* para luego dejársela a una panda de capitalistas, y que la única intención era convertir esta casa en una institución en Madrid.

Y las consecuencias no tardaron en llegarnos, inspecciones por parte del ayuntamiento, policías a diario pidiendo la documentación a los clientes y la negativa del ayuntamiento a una petición para instalar mesas en la acera de la calle Mayor.

Pasó tiempo hasta que se cansaron, parece que están entretenidos con la adquisición de la Quinta y Parque de la Fuente del Berro, pues que pongan allí un *Corte Inglés*.

Al funeral que también acudí, más por el recuerdo de mi madre que por mí, es al de Miguel Mihura, no olvidare el día que fuimos a ver una obra de él que nos gustó mucho,«Tres sombreros de copa». Entre los asistentes estaba don Pío al que me hizo mucha ilusión saludarle, nos dimos un gran abrazo y me presentó a algunos de los nuevos talentos de la literatura española entre los que estaba un tal Miguel Delibes, un joven que no tardó en convertirse en asiduo de la casa cuando llegaba a Madrid de su Valladolid natal, de hecho, tengo un ejemplar firmado por él de la primera edición de *La sombra del ciprés es alargada* con la que ganó el premio Nadal. Cuando hablo con este joven le encuentro un parecido en las formas a don Benito Pérez Galdós.

Hablé largo y tendido con don Pío. Me cuenta que sigue escribiendo y tocando las narices a todo el que puede, yo le conté como nos va y las cosas que nos siguen pasando para no aburrirnos.
Prometió visitarme en cuando pudiera.

Al llegar a la tienda me estaba esperando Bastian con una nota de su padre, por lo visto en una de las visitas al funcionario de la Dirección les consiguió el destino de Ramón, el Hospital Militar, donde trabajaba su padre, era el parte de entrada con el primer diagnóstico firmado por López Ibor donde explica su ingreso y las causas a tal efecto:

«Habiendo reconocido al paciente arriba
mencionado, se le da ingreso para los
tratamientos que expongo a continuación;
-Quemaduras de 2º grado en genitales y
mano derecha.
-Contusiones en espalda, tórax y rostro.
-Posible fractura de antebrazo derecho.
-Conducta sexual desviada.»

Se me heló la sangre al leer esto, se lo di a Trifón y se dirigió a Bastian;

—¿Pero no dijo ese funcionario que no le habían tocado un pelo?

—Eso le he dicho a mi padre y dice que todas esas heridas y golpes eran muy recientes.

—¿Y eso que quiere decir?—Pregunte yo.

—Pues que sería durante el traslado cuando le hicieron eso.

—¿Tu padre estaba cuando llegó?

—No, mi padre no está en consultas, sabe de esto porque se lo he pedido yo, nunca ha visto a Ramón.

—Ha podido ser en el trayecto al hospital o allí dentro, primero lo torturan y luego hacen el parte de ingreso, no sería el primero al que se cargan y en el parte pone que llego así.

—De todas maneras ¿sigue en el hospital?

—Mi padre cree que no, pero me ha prometido buscar entre las fichas de los pacientes.

—Dile a tu padre que le estamos muy agradecidos por lo que está haciendo.

—Bueno, también me ha dicho que no nos hagamos muchas ilusiones de encontrarlo.

Hay momentos en los que la esperanza reluce y otros en que la pierdo por completo. A Tomás le contamos más o menos, que seguíamos su pista y que de momento estaba en el Hospital Militar, ya habrá tiempo para los detalles.

Acudí de mala gana al bar de Chicote, pero había prometido ir. Estaba en Madrid el mexicano Jorge Negrete y como toda gran celebridad que viene a Madrid la visita a su bar es obligada. Había un gran revuelo y me costó entrar hasta donde estaba Perico, me tropecé con Manolo Caracol que juraba no conocerme de nada y menos *La Mallorquina*, vaya caradura.

Perico me presentó a varios músicos que acompañaban a Jorge Negrete con los que estuve hablando un buen rato, reconozco que me vino bien para despejarme un poco, me hablaron de playas maravillosas y de mujeres preciosas de su México querido. Bueno aquí también podemos alardear de lo mismo, pero creo que lo que querían es vender su país como destino de vacaciones. Apareció Chicote con el protagonista de tal fiesta, pero enseguida llegaron una morena y una rubia y no volví a verle en toda la noche.

La mejor esquina... la de La Mallorquina

Estos músicos mexicanos, además de cantar muy bien, beben más que los peces del villancico.

Otro huésped que llegó a Madrid para otro homenaje a los pocos días es el doctor Fleming, ovacionado sobre todo por el mundo del toreo que está muy agradecido por el aporte de la penicilina ya que ha evitado más de una desgracia en los ruedos. Me hubiese gustado tenerle por el salón, pero no hubo suerte.

Los que sí han estado son los de la Falange, hacía mucho que no nos visitaban. De los seis que acudieron solo uno vestía de paisano, al principio no le conocí, pero cuando se acercó a mí a saludarme supe que era Rafael Sánchez Mazas, uno de los fundadores de la Falange y uno de los primeros ministros de Franco:

—¿Qué tal, Vicente, no me vas a saludar?

—Reconozco que no le había reconocido, han pasado muchos años.

—Hombre, no me trates de usted, ya hemos discutido tanto que nos merecemos un trato más amigo.

—Tienes razón, es la costumbre.

—¿Que tal por esta casa? Ya me llegaron referencias de la visita del alcalde y los del Corte Inglés.

—No sé qué te habrán contado, pero no tiene más importancia que la que se le quiera dar.

—Pues ellos creo que están muy dolidos, nos pasaron una nota para que viniéramos, para que entraras en razón, ya me entiendes.

—Pues aquí me tienes, pero no te molestes en sermones que *La Mallorquina* seguirá como está.

—Ah no, no, Vicente, esa nota cuando llego a mis manos y vi que se trataba de esta casa, la rompí y fue a la papelera. Conmigo tienes un aliado, que se jodan esos cabrones, además te voy a dejar un teléfono para situaciones como esa no te quiten el sueño.

—Pues es de agradecer, tener a alguien como tu cerca alivia, de todos modos, hasta ahora he sabido torear en todas las plazas.

Estuvieron un gran rato en el salón y cuando se decidían a marcharse le regalé unos bombones en señal de agradecimiento para su esposa.

Y con el tiempo se fue haciendo asiduo de la casa junto a su esposa Liliana.

Tengo que cerrar ese pozo, los chavales siguen entrando y

saliendo y el encargado dice con razón que he sido yo el que les dio autorización.

Y encima aseguran que entre los chavales de Palacio con los que se juntan hay uno que asegura ser el nieto de Alfonso XIII, solo faltaba eso.

Pero después de varias semanas Bastian nos ha traído otra nota de su padre donde pone la fecha de alta del hospital de Ramón.

Por lo menos sabemos que está vivo, pero en el parte solo indica que, una vez terminado el proceso de curación y adaptación al que ha sido sometido el paciente y pasado un tribunal médico militar, se le da apto para la integración social.

—Bueno, si le han dado el alta donde coño está.

—Mi padre me ha dicho que a los que son como Ramón se hace cargo la Brigada Político Social.

Ahora estábamos jodidos, no tenemos muy buenas referencias de este grupo policial, tanto que si Ramón estaba vivo sería un milagro.

Pasaban los días y no sabíamos a quién recurrir ni a quien pedirle que nos ayudara por lo menos para saber cómo está.

Hoy he acudido al teatro, no quisiera perder esta afición, a ver creo que de las mejores obras de teatro que he visto jamás, *Historia de una escalera* de Buero Vallejo, un gran dramaturgo y un gran luchador que ha llegado a burlar una pena de muerte, una pena de cárcel de 30 años y recorrer las prisiones de Yeserías, la del *Dueso* y la prisión de *Santa Rita*. Pero se presentó al premio Lope de Vega y lo ganó. Lo que son las cosas y las vueltas que da la vida.

Protección de la Estatua de Felipe III en la Plaza Mayor

Instalación de la cuádriga del Arco del Triunfo

«¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!»

José Millán-Astray (1879-1954).
General fascista y fundador de la Legión

Capítulo VIII
El Valle de los Caídos

Va a ser verdad lo que me cuentan los chavales sobre las amistades que tienen en esos túneles, está en España para su educación el príncipe Juan Carlos de Borbón, hijo de los condes de Barcelona y nieto de Alfonso XIII. Ya me gustaría un día contarle a este chaval las visitas que nos hacía su abuelo.

Nosotros seguíamos con buen rumbo, de tal manera que se decidió ampliar la plantilla. No tardaron en presentar sus credenciales varios pasteleros, nos quedamos con uno de la pastelería El Pozo y dos de la de Hontanares, uno de ellos hermano de Murillo, el camarero del salón que resultó tener una gran inventiva en la elaboración de bollería y repostería que nada tenía que envidiar a Teodoro Bardají. Entre las creaciones de Murillo está la famosa napolitana de crema, una masa suave mezclada con crema de vainilla que a día de hoy es un referente del centro de Madrid junto a los Huevos de *Lucio*, los bocadillos de calamares de la Plaza Mayor, las torrijas de vino dulce de la *Casa de las Torrijas*, el bacalao de *Casa Labra* o los caramelos de *La Pajarita*. Poco a poco se fue reduciendo el mostrador de

la charcutería para dejar más espacio a lo que iba teniendo más demanda. Se duplicó la venta de croissant, de ensaimadas, torteles de levadura rellenos de crema de mazapán, suizos y napolitanas. Eso sin contar los churros y porras que se llegaban a despachar en la cafetería. Los mostradores ya no nos eran funcionales, por lo que se cambiaron por unas vitrinas acordes a lo que necesitábamos y se colocaron unas planchas de mármol italiano que creo costaron una fortuna. *La Mallorquina* le estaba dando un toque de color a este Madrid tan gris, solo con ver pararse a los paseantes de esta plaza a mirar nuestros escaparates me alegraba el día.

En el salón hemos sido pioneros con la brillante idea de no cobrar por menús si no por plato, y posiblemente sea de las pocas cafeterías donde acuden las señoras sin compañía masculina ya que era indecoroso ver a una señora en un bar o cafetería sola.

Había mañanas que en la barra solo se veían almas femeninas celebrando su rato de independencia con un desayuno. *La Mallorquina* está reconocida por muchas cosas, pero creo que esta es una de las más importantes.

Pero el régimen franquista era una carga que había que sobrellevar de la mejor manera, pues aún costaba hacerse con algún artículo como botellas de whisky o champán.

Hoy lo que me ha dolido, como si me hubieran clavado una estaca

Café Levante y la Pajarita

fue haberme enterado por la prensa del fallecimiento de mi gran amigo Alejandro Lerroux en Madrid, cuando yo ni siquiera sabía que estaba aquí. Hoy, 27 de junio de 1949, se quedará en mi memoria al igual que nunca olvidaré cuando le conocí siendo todavía un crío. Ni los ideales que me inculcó, a pesar de que él traicionara los suyos. Descansa en paz, amigo. No me importa confesar que lloré.

Siempre he pensado que tener un político cerca es de gran ayuda y con Alejandro teníamos un gran aliado y nos ha sacado de más de un lío.

Y la providencia ha hecho que el lugar de Alejandro Lerroux lo ocupara Rafael Sánchez Mazas y esto es por lo que os contaré a continuación.

Sus visitas a esta casa eran cada vez más frecuentes, bien con compañeros, con su esposa Liliana o solo. Se convirtió en un adicto a los bombones y las pastas de té.

Hasta que un día apareció con un grupo de policías para celebrar el ascenso de uno de ellos.

Las caras de estos tipos hacían del Bocanegra un angelito.

Como ya tenía por costumbre cuando venía, era saludarme y charlar un poco conmigo sobre cualquier cosa, pero sobre todo del *Real Madrid* del que era socio. Andaba detrás de mí para que le acompañara algún día al Bernabéu, pero el fútbol y yo no estamos muy emparentados.

—Bueno Vicente, me voy para el salón que he venido con unos compañeros de la policía que están arriba para celebrar el ascenso de uno de ellos.

—Sí, se les nota lo que son desde el otro lado de la Puerta del Sol, me recuerdan a un amigo mío.

—Todos en la Brigada Político Social tienen esa expresión en la cara, de tipos duros. Son muy eficientes en su trabajo, aquí no entra cualquiera.

Cuando dijo lo de la Brigada me dio un vuelco el corazón.

—¿Y conoce a todos en la Brigada?

—A todos menos a los nuevos, se está ampliando el grupo, sobre todo en Madrid. ¿Por qué, conoces a alguien en la Brigada?

—No, no es por eso, en otro momento con más tiempo hablamos sobre eso.

—Cuando quieras, Vicente, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Me quede sin poder moverme mientras le veía subir las escaleras hacía el salón.

Se lo comenté a Trifón, que también se quedó como yo, le pedí que elaborara una ficha completa de Ramón tanto el nombre y apellidos como el numero de la antigua cartilla de racionamiento y cualquier dato que creyera oportuno. Hizo una ficha muy completa, hasta las fechas que teníamos desde su desaparición pasando por el ingreso en el Hospital Militar y hasta la fecha de alta que nos proporcionó el padre de Bastian.

A los pocos días volvió Sánchez Mazas por *La Mallorquina* y solo, era una gran oportunidad de hablar con él.

—¿Qué tal, Vicente?

—¿Tiene un momento? Quisiera comentarle un problema que tenemos.

—Es verdad, ya no me acordaba que querías hablar conmigo. Pues tú dirás.

—¿Podía ser en la oficina? Es que es algo bastante serio.

—Claro, Vicente, solo espero que no sea nada grave.

—Yo también lo espero.

Entramos en la oficina y Trifón se encargó de darle la ficha de Ramón y le contamos todo lo que había pasado desde el principio.

—De momento creo que deberíais poneros en lo peor, ya me extraña solo el que le dieran de alta en el hospital. Pero si es como aseguran en el hospital de que la Brigada se hizo cargo de él, sabré seguro lo que ha sido de este joven.

—No queremos crearle ningún compromiso que le pueda afectar, ya solo por intentarlo le estaremos muy agradecidos.

—No es ningún compromiso, ¿saben quién es Roberto Conesa?

Los dos negamos con la cabeza, vamos yo no había oído nunca ese nombre.

—Roberto Conesa es el director de esa orquesta como él la llama, de la Brigada para que me entiendas.

—¿Y usted le conoce?

—¿Que si le conozco? Somos amigos desde la infancia, incluso su mujer y la mía son intimas amigas. Por lo cual esto que me encargáis no será más que un puro trámite, como el que pide la fe de bautismo.

—Ojalá sea así, estamos muy preocupados por él.

—Bueno, eso es otra cosa, como os he dicho antes esto tiene muy mala pinta, entre sus antecedentes y ese comportamiento afeminado que a vosotros os parece tan normal el que esté vivo será un milagro.

Por un lado esto nos preocupó más, pero por otro terminaría la búsqueda y esa incertidumbre que nos machacaba.

Se llevó la ficha con la intención de cuando tuviera algún dato se pasaría a comunicárnoslo.

La verdad que la espera se hacía interminable, yo no estaba seguro de querer saber el paradero de Ramón.

Otro día que quedará para marcado fue cuando apareció un grupo de legionarios con ganas de fiesta. El alboroto que estaban montando en el salón obligó a Murillo, el camarero, a invitarles a que se comportaran. La respuesta por parte de estos militares entre los que se encontraba alguno de la Guardia Mora fue enfrentarse con el camarero.

Se sintieron ofendidos y la que liaron fue espectacular, no quedó una sola mesa en pie mientras los clientes huían escaleras abajo, rompieron vajilla, algún cristal de las ventanas y el espejo grande del salón y, claro está se fueron sin pagar. Aunque dimos parte a la policía estos nos aconsejaron que no interesaba tener como enemigos a la Legión. Que nos olvidáramos de lo que había pasado y todo iría bien.

La Mallorquina en los años 60

Tuvimos cerrado el salón dos días, y todavía dábamos gracias de que no le pasara nada a nadie.

Pero la sorpresa vino a los pocos días, estaba en la oficina cuando entro uno de los camareros con la cara desencajada me dijo:

—Don Vicente, preguntan por usted.

—¿Qué es lo que pasa que tienes esa cara? Parece que hayas visto al demonio.

—Pues no se qué decirle; son unos legionarios y están en el salón esperándole.

Joder, no me extraña que tuviera esa cara de susto. El susto me lo llevé yo cuando salí de la oficina. Eran tres legionarios en posición de firmes en el centro del salón, me acerque despacio y a una distancia prudencial les pregunte que querían.

Pero no eran tres, de detrás salió un cuarto cuya cicatriz en la cara y ese parche en el ojo hizo que diera dos pasos hacia atrás. El comisario Bocanegra.

—Tranquilo no se asuste, soy el coronel Millán Astray, y vengo para hablar del incidente del otro día.

Se me hizo un nudo en la garganta, no le había reconocido, había vistos muchas fotos de él en la prensa, pero la primera imagen fue la del comisario, el mismo parche en el ojo derecho y la cicatriz del lado izquierdo que le cruzaba de arriba a abajo.

—Usted dirá.

—¿Podemos pasar a la oficina?

Cuando entramos Trifón dio un salto de su silla, él sí que le reconoció enseguida. No hizo falta invitarle a sentarse, se sentó en mi sitio y mirándonos con ese ojo primero a uno y luego al otro sin abrir la boca sé sacó una especie de libreta del bolsillo.

—¿Cuánto ha costado lo que mis hombres destrozaron?

Tardé en contestarle porque no me esperaba esa pregunta, yo esperaba más problemas.

—¿No entiendo qué es lo que quiere hacer?

—Muy sencillo, yo me he enterado de ese incidente gracias a su amigo Rafael, el encargado de Casa Botín, también es amigo mío, no se preocupe.

Los responsables están pasando unos días de maniobras en el Sáhara y queremos recomponer el daño causado.

Millán Astray

—No sabría decirle, la mayoría de lo que se estropea lo arregla el personal de la casa, hemos tenido dos días el salón cerrado, pero son días flojos. No creo que deba de compensar a esta casa con ningún aporte económico.

Volvió a mirarnos con ese ojo, se recostó en el respaldo de la silla y después de un silencio interminable con la mano que le quedaba dio un fuerte manotazo en la mesa que nos hizo saltar hacía atrás.

—Ahora me explican por qué recurren a la policía para dar parte de mis hombres. Dijo gritando.

—Es lo único que se nos ocurrió, teníamos que dar parte a alguien de lo ocurrido —me temblaban las piernas después de ese manotazo como dos flanes.

—Si recurren a la policía sería para algo, ellos no están para dar la cara por la Legión, para eso estoy yo. Fueron a la policía a pedir ayuda que no les dieron, claro está, y yo vengo a ayudarles y resulta que no quieren nada.

—No es eso, lo que no queremos es tener más problemas de los que ya tenemos.

Volvió a dar otro manotazo sobre la mesa.

—Cállense, no intenten ahora justificar el error de intentar denunciar a mis hombres. Les voy a dejar un pagaré de cinco mil pesetas, que seguro es más de lo que ha costado la reparación y los dos días de venta, no quiero que se ensucie el nombre de la Legión.

Se guardó la libreta se levantó, abrió la puerta y antes de salir se dio la vuelta y dijo:

—Y un consejo muy importante, nunca falten el respeto a la Legión. La próxima vez puede que no tengan tanta suerte.

Tanto a Trifón como a mí nos costó recuperar el aliento. Estuve a punto de hacérmelo en los pantalones.

Al día siguiente Trifón se encargó de hacer efectivo ese pagare. Yo creo que estuve varios días malo a causa de esa visita.

Del que esperaba peores noticias es de Ramón, por fin ha venido Sánchez Mazas con todos los datos de él.

—Bueno, alegraros, Ramón está vivo.

—¿Y dónde está?

—Vamos por partes, lo primero, los datos que tenéis no son del todo ciertos. Fue detenido por que ya estaba fichado y no por otra cosa. Y ese parte de entrada del hospital no sé de dónde lo habéis sacado, pero tampoco se ajusta a la realidad. Todos los golpes y quemaduras se las produjeron otros compañeros de calabozo. Por lo demás esta todo correcto.

—¿Pero está bien?

—Creo que sí, para estar donde está tiene que estar bien. Está trabajando en el valle de Cuelgamuros, se han llevado a muchos presos políticos y delincuentes comunes, los han sacado de las cárceles donde ya no se podía mantener a tanto recluso.

—Creo haber oído algo en la radio sobre una gran obra, más acorde a un faraón que a un gobernador.

—Así es, Vicente, es una especie de abadía, la llaman la Abadía Benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

—Muchas gracias por haberlo encontrado.

Obras en Cuelgamuros

—Pero no todo son buenas noticias, allí no se puede pasar, el Caudillo quiere firmar una amnistía para todos los presos cuando acabe la obra en agradecimiento a los trabajos prestados.

—Eso será dentro de mucho tiempo —dijo Trifón.

—Por la envergadura de la obra creo que sí. Y otra cosa, allí no se puede ir, no se os ocurra ni acercaros, lo tienen todo cercado y muy en secreto. No dejan pasar ni a periodistas.

Bueno, todo sea tener paciencia y que sea verdad lo de la amnistía.

Se lo contamos a Tomás y daba saltos de alegría mientras no paraba de llorar.

Nosotros ya habíamos hecho todo lo posible por él, ahora solo queda esperar.

La verdad que fue una gran alegría para toda la plantilla, y ya estaban planeando un gran homenaje para cuando volviera, un poco pronto pienso yo. Querían cerrar el salón para él y traer hasta una orquesta.

En la vida todo son sorpresas y hoy me la ha dado

Trifón cuando entré en la oficina y estaba esperándome de pie ataviado con un traje nuevo y un sombrero en la mano.

—Prepárate que nos vamos.

—¿Adónde nos vamos?

—A buscar a Ramón.

—¿Pero no recuerdas lo que nos dijeron? Allí no se puede entrar.

—Yo sí.

No sabía que decir me limité a ir detrás de él hasta la calle donde nos esperaba un amigo suyo con un coche negro. Quise preguntarle cómo le iban a dejar entrar allí y me mandó callar. Por lo cual fuimos todo el camino sin decir ni mu. Trifón es una gran persona, pero su forma tan reservada de hacer las cosas a veces me pone de mal genio.

Cuando llegamos al primer puesto de vigilancia como me temía se nos echaron encima como perros de presa dándonos el alto. Se bajó Trifón y saco unos documentos que le entregó al Sargento de la Guardia Civil. Este llamo a un cabo con el que estuvo hablando mientras miraban hacía nosotros. Al momento, el cabo cogió el coche militar que tenían allí y se marchó en dirección a la obra. Trifón entró de nuevo en el coche y dijo que teníamos que esperar. No sé

a qué, porque yo seguía sin abrir la boca. Solo esperaba que no nos metiéramos en otro lío. Pasó un buen rato cuando apareció el cabo con el coche y con otro pasajero de paisano.

Trifón salió del coche otra vez y se dirigió al coche militar, el que acompañaba al cabo también se bajó y se dieron un abrazo. Estuvieron un momento eterno hablando entre ellos, al fin Trifón entró en el coche y dijo que podíamos pasar. La curiosidad pudo más que el silencio.

—¿Tampoco me vas a decir quién es ese tipo que nos ha dejado pasar?

—Mi hermano Mariano.

—¿Tu hermano?

—Si, no nos habíamos vuelto a ver desde que se fue del pueblo.

—¿Y que hace aquí?

—Es uno de los arquitectos.

Llegamos a unos barracones donde nos esperaba el hermano de Trifón. Nos bajamos del coche y le seguimos a uno que debía ser la oficina.

—Dame el nombre completo de ese joven.

Trifón le dio unos papeles con toda la información de Ramón. Sacaron un montón de libros enormes y con la ayuda de un secretario se pusieron a buscar.

—Aquí está, Ramón López Soto. Espera, hay dos con el mismo nombre. El primero está destinado en encofrado y el segundo figura como fallecido.

La incertidumbre de ese momento no se la deseo a nadie.

—¿Y de qué manera averiguamos cuál de ellos es? —Preguntó Trifón.

—Si pusieran más putos datos, la única manera de salir de dudas es hacer venir al que está en el encofrado y que Dios reparta suerte. —Dijo Mariano mientras salía y llamaba al militar para que fuera a buscarle.

—Bueno, hermano, cuéntame cómo te va, después de tantos años sin vernos algo tendremos que decirnos.

—Solo he venido a buscar a este hombre. No tengo nada que contarte.

—Soy tu hermano, creo que me merezco un poco de compasión, no tuve elección y lo sabes. No puedes estar así toda la vida, mira ahora

como me va, arquitecto del estado con un gran sueldo y reconocido en todo el país.

—Aunque no quiera nada contigo sé lo que haces y dónde estás, es mejor tenerte controlado.

—No cambiaras nunca, y eso es lo que te da tantos problemas, eres muy cabezón.

—Y lo peor es que te crees que has hecho lo correcto, no sé cómo duermes tranquilo.

En ese momento oímos llegar el coche militar, yo crucé los dedos y miraba hacía la puerta esperando ver entrar a Ramón. Todos mirábamos con la respiración cortada.

Entró primero el militar;

—Pasa —le dijo al que le seguía.

—Éste es Ramón López Soto.

Construcción de la Cruz

Pero el que le seguía era un tipo rudo y enorme.

Tanto Trifón como yo bajamos la mirada al suelo, se acabó, ya no había que buscar más.

Cuando salíamos, el otro Ramón me cogió del brazo y me dijo:

—Yo estuve con él, dormíamos en la misma nave.

Murió a los pocos días de llegar. Ya venía enfermo y muy débil, era un buen chaval.

—¿Está enterrado en algún sitio? —pregunté.

Contestó Mariano como una bala:

—Claro que está enterrado, con los demás, dentro de la basílica junto a los caídos por la patria, para eso se está construyendo esto,

para que no olvidemos a los que han luchado por España sin importar al bando que pertenecían.

Nos marchamos de aquel sitio por donde entramos y escoltados de nuevo por el militar. Trifón no le dedicó ni una última mirada a su hermano.

De camino de vuelta nos costó decir algo al respecto.

—¿Cuántos habrán caído como Ramón? —dije.

—Y los que caerán, hasta me cuesta creer que los dejen libres cuando esto acabe, hay mucho por construir desde carreteras a hospitales. Tienen la mano de obra gratis.

Yo sólo pensaba en cómo decírselo a Tomás.

No sé cómo pero Trifón empezó a hablar sobre su hermano y todo lo que ocurrió en su pueblo.

—Poco antes de acabar la guerra mi hermano se pasó al bando nacional, donde le dieron un cargo en el ayuntamiento, se encargó él mismo de hacer una lista de los vecinos que lucharon en el bando republicano, fueron detenidos y fusilados en la tapia del cementerio, cayeron amigos suyos de la infancia y nuestro tío materno sin importarle lo más mínimo, muchas familias tuvieron que huir dejando casas y tierras que no dudó en apropiarse.

Nuestra madre cayó enferma a causa del mal que veía hacer a su hijo hasta que murió de pena.

Por suerte le reclamaron en Madrid para un cargo en un ministerio donde se sacó la carrera de arquitecto. Ahora medio pueblo es suyo y del estado.

Con los años esto qué me contó Trifón lo he vuelto a oir mil veces de mil pueblos de toda la geografía de España.

«El amor es física y química.»

Severo Ochoa (1879-1954).
Médico, científico y premio Nobel de Medicina

Capítulo IX
Una nueva Puerta del Sol

Dicen que con el tiempo se cura todo y no es que hayamos olvidado a Ramón, pero tenemos que mirar hacia delante y seguir luchando.

En Madrid parece que hay más movimiento de lo habitual, Dámaso Alonso publica un libro de estudios y la sociedad de autores se hace con el palacio de Longoria, todo rodeado de la anunciada boda de la hija del Generalísimo que se casa en abril con el marqués de Villaverde, un médico con título nobiliario.

En *La Mallorquina* se está estudiando el ampliar el horario y contratar a más personal. Y así se hizo, se empezó por abrir más temprano y no cerrar al medio día. A pesar de las obras que se están haciendo en la plaza, no parece que haya influido en las ventas de los comercios.

Se espera que las obras acaben para enero de 1951. A mí, cada vez que tocan la plaza parece que me quitan un trozo de mi pasado.

Hicimos cientos de entrevistas ya que corrió como la pólvora el que necesitábamos personal. La mayoría no llegaba ni de lejos a lo

Reforma de la Puerta del Sol en 1951

que buscábamos, pensamos que tener personal que hablara francés sería buena idea y contratamos a un joven recomendado por Chicote qué además también tenía nociones de inglés.

Un par de camareros con buenas referencias, dos chavales para los pedidos, un confitero llegado del *Hotel Palace* y dos cajeras. Pero esto de las cajeras lo tengo que contar más despacio.

Tuvimos una visita sorpresa, Millán Astray, pero esta vez venía solo, se sentó en el salón y mandó que me buscaran. Me llamó la atención que se levantara y me saludara con un apretón de manos.

—Usted dirá —pensé que me preguntaría por el pagaré.

—Pero siéntese, no se quede ahí como un pasmarote.

Me senté justo en frente de su ojo bueno, no quería que se diera cuenta que no podía dejar de mirarle el parche.

—Vengo a pedirle un favor, no es nada del otro mundo, se trata de mi sobrina.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando, el mismísimo Millán Astray pidiéndome un favor.

—Es la hija de mi hermano, pero el falleció tras la muerte de su esposa por lo que decidimos sin más remedio ingresarla en un convento para que la educaran y formaran, ya que nosotros no

podíamos hacernos cargo de ella. Pero se niega a recibir los votos y menos a quedarse allí, los problemas que ocasiona son tantos que la madre superiora me ha pedido que la saquemos del convento.

—¿Pero cuánto tiempo lleva ahí?

—Doce años, doce años que no paro de hacer donaciones para que la retengan, pero ya no quieren más dinero, quieren que se vaya.

Me estaba imaginando el final de esta charla.

—Y se estará pensando que tiene usted que ver en todo esto, pues muy fácil, quiero que la contrate.

No quiero que se piense que saliendo del convento todo va a ser coser y cantar, aquí sé que se trabaja duro y que se arrepienta de lo que ha hecho. Sé que en esta empresa se aplican las buenas maneras, la seriedad y la mano dura.

—Bueno, esto no es un campo de concentración, es cierto que hay una disciplina, pero la mano dura creo que nunca se ha usado aquí.

—Yo me entiendo, pues en cuanto llegue a Madrid se la mando.

No recuerdo que aceptara contratarla, pero es mejor así, no son personajes para tenerlos como enemigos.

Hoy se ha estrenado un don Juan Tenorio algo diferente a lo que estamos acostumbrados en Madrid, pero lo bueno es que acabaron cenando en *La Mallorquina* ese tal Salvador Dalí con su grupo de teatro. Entre los componentes de la obra había alguno que me recordaba a Ramón en los gestos y andares, me dieron ganas de contarles como se está construyendo la Basílica del Valle de los Caídos, pero no lo hice.

La qué se ha presentado es la sobrina de Millán Astray, más que su sobrina parece su hija, solo le falta el parche en el ojo. Aunque quien sabe.

Trifón se encargó de hacerla la ficha y darle de alta en el libro de personal, se llamaba Encarnación Astray y tenía 22 años. Empezó al día siguiente y lo curioso es que no vivía con su tío sino en una habitación alquilada en la calle Segovia. Raro sí que era.

Y algo que nunca me hubiera imaginado por mucho que me lo juraran es el día que me llegó una carta del Palacio del Pardo de la mano de un motorista del Parque Móvil. La firmé y me daba hasta miedo abrirla;

—Toma, ábrela tú.

—Viene a tu nombre, no al de *La Mallorquina*, esto es privado.

—Ya lo sé, pero ábrela.

—Esta es buena, no te lo vas a creer.

—¿Qué es?

—Una invitación de boda, de la boda de la hija de Franco. Toma.

Y tanto que no me lo podía creer, me estaban invitando a la boda de la hija del Caudillo, eso más bien parecía una broma. Pero no, luego me enteré de que a varios comerciantes de la zona también les había llegado otra invitación, incluido Chicote. Además, con la invitación venía un sobre donde había que confirmar la asistencia y que en pocos días otro motorista recogería.

—No pienso ir ni borracho.

—¿Cómo no vas a ir, Vicente? Vamos a ir todos —me dijo Chicote.

—Sí, pero vosotros no habéis tenido nada con él, ¿o es que no te acuerdas lo que te conté sobre la corona?

—Mayor motivo, además esto significa que él no te guarda rencor, no te das cuenta de que es un signo de amistad.

—¿Rencor hacía mí? ¿No sé por qué?

—Hombre, tampoco tu comportamiento fue muy fino en el *Palace*. Yo mismo iré a buscarte con mi chófer, no tienes escapatoria.

Nos reímos un rato y nos tomamos unos cuantos cócteles a la salud de los novios. Hay que joderse.

Trifón me miraba, negaba con la cabeza y se reía.

Me estaba poniendo más nervioso de lo que estaba. Le encargue como de costumbre un traje a mi amigo Villatoro, azul oscuro y camisa blanca.

Llegó el 10 de abril de 1950 y vino a buscarme Chicote con su gran coche y su chófer. Madrid estaba engalanado y adornado como en la boda de Alfonso XIII. Llegamos al palacio y con las invitaciones en la mano pasamos por los jardines hasta el fondo, donde nos aparcaron el coche, enseguida se hicieron cargo de nosotros acompañándonos hasta donde estaba la capilla rodeada de la Guardia Mora. Allí andaba ese Enrique Busian con su fajín y esa espada mora que casi la arrastraba. Éramos por lo visto 800 invitados de todas las clases y lugares, incluso me comentaron que se habían invitado a 20 ciudadanos anónimos. No lo sé, pero me

La Mari Blanca y el cartel del Tío Pepe

cuesta creerlo. A los que sí vi de lejos es a los del *Corte Inglés* y al de *Lhardy*, también andaba por allí el alcalde con su señora con un montón de curas y monjas y Millán Astray, que no dudó en venir a saludarme y preguntarme por su sobrina.

—Hombre, lleva dos días, tiene que ir poco a poco. Ya veremos y ya le contaré.

—Pienso pasarme de vez en cuando para ver cómo va. El otro día me fui sin darle las gracias.

—No pasa nada, no se preocupe por las formalidades.

—De todas las maneras, el próximo día que vaya le llevaré algún detalle de la Legión.

—Espero que no sea un batallón como los otros que estuvieron.

No pareció que le hiciera mucha gracia el chiste.

La verdad que nunca había visto una boda así, y de los allí presentes seguro que tampoco, todo estaba cuidado al milímetro, se masticaba el ambiente militar por todos los lados, hasta la disposición de las mesas y los comensales recordaban a las estrategias militares en campaña.

A Chicote y a mí nos sentaron con algunos comerciantes de la Gran Vía –yo siempre la llamaré así– a los que no conocía.
Chicote si, este conoce hasta los perros y gatos de Madrid.

Alguno de ellos estaba indignado por no dejarle pasar a la ceremonia,

vaya problema pensé yo. Y otros comentaban los trajes de los novios, el de él por lo visto era algo del Santo Sepulcro de no sé dónde. Nos habían sentado con una panda de borregos.

Me comí todo lo que me pusieron y tengo que reconocer que la calidad era inmejorable al igual que el servicio de camareros, a uno le deje una tarjeta por si buscaba trabajo, cosa que me agradeció llenándome la copa de vino cada vez que la veía por la mitad y creo que fui el único de todo el banquete que repitió postre.

Poco a poco la gente se iba levantando y unos se paseaban por los salones donde las paredes lucían unos tapices que debían de pesar toneladas, por lo visto traídos para la causa. Y otros por los jardines que estaban cuidados al detalle. Seguro que todas las plantas tenían el mismo número de hojas. Enseguida tuve al camarero de antes detrás ofreciéndome una copa de brandy.

—Yo estaré por aquí, no dude en pedirme lo que se le antoje —me dijo.

—Pues mira si me consigues un puro, y si es cubano, mejor.

Me despisté de Chicote que le dejé hablando con los de *El Corte Inglés*, salí a los jardines con mi copón en la mano y saludando a gente que no había visto en mi vida. Estaba ensimismado observando esos jardines cuando alguien se me acercó por detrás:

—Aquí le traigo su puro cubano como quería.

Me volví esperando al camarero y la sorpresa fue mayúscula. Era el mismísimo Caudillo con dos enormes puros en la mano, me ofreció uno que cogí sin decir nada y me lo puse en la boca, él hizo lo mismo con el suyo. Pero nos faltaba con que encenderlo y antes de decir nada apareció el camarero que nos encendió los puros guiñándome un ojo mientras encendía el mío.

—¿Qué le parece la boda, Vicente? Espero que esté todo de su agrado.

—Sí...sí la verdad que nunca había asistido a un banquete como este.

—Por una hija se hace lo que sea, ya me entiende.

Me acorde en ese momento de Eva Perón y lo que me confesó sobre los padres de Carmen Franco.

Ganas me dieron de decir;

—¿Querrá decir su sobrina?

Pero creo que se hubiera echado la Guardia Mora sobre mí con esos

sables de más de un metro y no quedaría de mí ni el puro.

—Lo que no se hace por un hijo no se hace por nadie. Y esto es un gran ejemplo, hay gente de todas clases, militares, curas, políticos y creo haber visto a algún dirigente extranjero.

—Todos unos mamarrachos, Vicente, no se puede imaginar lo que tengo que aguantar. Son todos unos lame culos y más falsos que los duros sevillanos.

Miseria en las calles

—Pero tiene usted a gente a su alrededor que daría hasta su vida solo con que se lo pida.

Me puso una mano en el hombro y me llevó a pasito corto hacía el fondo del jardín.

—¿Usted daría su vida por mí, Vicente?

—Seguro que no.

—Pues así es como hay que ser, yo no daría la vida por ninguno de ellos.

Se rió con ese tono tan gracioso que le caracteriza.

—Como le digo Vicente, como nosotros hay pocos, estos son unos interesados y unos pelotas. Estoy rodeado de inútiles y de gentuza, mírelos, mírelos, comiendo como cerdos y luciéndose como si fueran los dueños del mundo. Y son lo que yo quiera que sean, hoy eres ministro y mañana te mando a barrer el Sahara.

—Perdone si le molesto, pero creo que usted y yo no nos parecemos en nada.

Volvió a sacar a pasear esa risa de niña.

—Si hombre, usted a su modo y yo al mío, pero somos de la misma madera. A nosotros no nos engaña nadie. Bueno, me reclaman por sotavento, veo que se ha agenciado un camarero para usted solo, pídale lo que quiera.

Me dio una palmada en el hombro y desapareció entre los arbustos. El que volvió con otra copa de brandy fue el camarero.

Cuando le conté a Chicote la conversación me dijo:

—Ves, lo que yo te decía, él no te guarda rencor, además creo que le caes bien.

—Pues él a mí no, no me gusta ese hombre por muy pronto que se levante.

Y no sería la última vez que hablara con él, pero eso ya lo contaré. Lo que me dejó claro es que todo lo que vemos y nos cuentan no vale para nada, es toda pura parafernalia. En noviembre de este año dan por finalizadas las obras en la Puerta del Sol, pero hasta el 6 de enero de 1951 no se da por inaugurada oficialmente.

Se ha cambiado el alumbrado por otro más potente y se ha dado más espacio al tráfico rodado. Se han colocado las fuentes en el centro de la plaza rodeadas de jardineras. La verdad que esta mejor que antes, que solo estaba llena de parches con los que habían tapado las huellas de los bombardeos.

El alumbrado lo componen 31 focos de 1500 vatios cada uno, que ya está bien, incluso algunos se han colocado sobre los soportes de los cables de los trolebuses. Más 24 focos que se han instalado en las fachadas, pero estos de 1000 vatios, y las fuentes gemelas sostenidas con un pedestal de piedra traída de Colmenar. A todo esto, hay que hacer referencia a los carteles que coronan esta plaza, algunos han cambiado y otros han desaparecido renovando por completo la corona de luz publicitaria de la plaza. Había carteles anunciando desde bebidas, pasando por relojes como el de Longines, el de jabones de Tierruca, de lamparas, el de anís La Asturiana o el del Mono que a mí nunca me había gustado y hasta carteles anunciando pomadas milagrosas.

Pero el que decían ser el mejor cartel del país es el de González Byass, el que hoy se conoce por Tío Pepe. Pero cada vez que tocan la plaza me acuerdo de esos momentos en los que me quedaba esperando el encendido del alumbrado como algo mágico. Ya no me pasa y es una pena.

Pero lo que me dio una gran alegría fue el parque que se ha inaugurado en honor de Eva Perón, aunque lo llaman de Eva Duarte. Seguro que Carmen Polo no ha asistido.

«El que quiere interesar a los demás tiene que provocarlos.»

Salvador Dalí (1904-1989).
Pintor y escultor

Capítulo X
Las malas maneras

Llaman «la canción triste de los números» a la falta de vivienda en Madrid ya que hay miles de familias que viven en subarriendo, otras miles en chozas, chabolas y hasta en cuevas y lo que aseguran es por las familias que se han trasladado de otras provincias hacía la capital. Y lo digo por el aumento de gente pidiendo limosna por el centro de Madrid. Aquí entran a diario pidiendo algo para comer, aunque sea estropeado o atrasado. Es una pena, pero no podemos convertir *La Mallorquina* en una casa de ayuda.

Las cuentas han mejorado desde que se amplió el horario, pero aún nos falta otro empujón para llegar a lo que nos corresponde. El personal ya ronda los cincuenta empleados entre la que se encuentra la sobrina de Millán Astray.

Y vuelvo a hacer referencia a esta señorita por lo peculiar de sus maneras y formas. Sólo verla aparecer por las mañanas con ese atuendo que más parecía un hábito sacado del convento donde estuvo recluida, el pelo cortado como un hombre, los ojos como huevos con los que controlaba todo a su alrededor y con

Escudo Real Madrid

un sobrepeso muy pronunciado, daban ganas de llevarla de la mano a la virgen de Lourdes. Pero cualquiera se las gasta con su tío, acabamos todos en la legión extranjera.

En el salón hemos tenido una reserva de parte del *Real Madrid* para celebrar las bodas de oro del club, entre los asistentes, además de Santiago Bernabéu, estaban los presidentes del Millonarios de Bogotá y del equipo sueco que ahora no recuerdo el nombre tan difícil de pronunciar. También les acompañaban alguno de los jugadores que firmaron autógrafos a toda la plantilla. Además de varias entradas que me regalaron para el partido y que decidí dárselas a los chavales. Espero que vuelva a animarse el salón con este tipo de reservas.

También estuvieron unos periodistas acompañando a Camilo José Cela alardeando y demostrando sus dotes flatulentas que retumbaban hasta las ventanas y unos eructos que parecían rugidos. Escribirá muy bien, pero es un cerdo por muy pronto que se levante. En cambio, al que se le nota educación y buenas maneras es el joven Miguel Delibes, me regaló un ejemplar de *La sombra del ciprés es alargada*, que me lo leí de una vez, me recuerda mucho a don Benito, no me canso de decirlo.

A mediados de mayo inaugurando la IV Legislatura de las Cortes, anuncian la desaparición por completo de la cartilla de racionamiento, cosa que se ha celebrado en toda España y aquí no iba a ser menos. Los comerciantes del mercado de San Miguel lo han celebrado por todo lo alto, se han llevado unas botellas de vino y unos pasteles para la ocasión.

Pero no hay manera de estar tranquilos, en el obrador se quejan de ruidos extraños y de un olor a carne quemada que de vez en cuando invade el aire.

—Son las chimeneas, deben estar sucias y atascadas. Haré que las limpien en cuando pueda.

—Sí, que las miren bien, a veces parece que hay alguien metido en los hornos. Se oyen como lamentos y otras veces voces y risas.

—No sería la primera vez que se cuela un gato por las chimeneas.

Yo no creo en fantasmas, pero el comisario no me va a dejar descansar nunca, le noto cuando pasa cerca de mí y deja su aliento en mi cara, es un olor mezclado entre alcohol y pólvora. De vez en cuando se hace notar rompiendo algún vaso o derramando alguna jarra de leche.

Y no se queda ahí los quebraderos de cabeza, hoy se ha presentado Juan Martín con más problemas con el personal:

—No estoy muy seguro, Vicente, pero creo que tenemos un ladrón entre la plantilla. Llevo varios días que la caja central no me sale bien.

—Podemos poner alguna trampa como a los ratones, se puede marcar algún billete. ¿Quién estará de responsable de la caja mañana?

—La señorita Encarnación.

—Dile que suba.

—¿Se puede pasar?

—Pase, Encarnación.

—No sé si Juan le ha comentado el problema que hay con la caja.

—Algo me ha comentado.

—No voy a desconfiar de usted, pero si la puedo culpar de descuido en su tarea.

—No volverá a pasar, pero con la plantilla que tiene no se puede esperar más que esto.

—No sé a qué se refiere.

—Pues muy sencillo, la plantilla de esta casa no es muy decente, usted tiene una venda en los ojos y no ve nada de lo que pasa. O no quiere verlo.

—Tendrá que explicarse mejor, esa acusación que está haciendo es muy grave y ya no solo con la plantilla de esta casa, también me acusa a mí de dejadez.

—No me entienda mal, solo quiero alertarle de las cosas que usted no ve.

—¿Y qué cosas son las que no veo, señorita?

—Usted no ve las indecencias que tenemos que sufrir las que solo venimos a trabajar, tiene a Carlos que está casado y con dos hijos toqueteando a la señorita Raquel y viéndose fuera de estas paredes, no sería el primer día que los veo salir de la pensión de la calle Postas. Y no son los únicos que cruzan miradas de mostrador a mostrador.

—Lo que pasa fuera de aquí no nos interesa, solo me interesa lo que pasa de puertas para adentro.

—Es que para costearse la pensión hace falta dinero, y no creo que salga ese gasto de un sueldo.

—Señorita Encarnación, creo que está acusando sin poder probar nada.

—Sólo le estoy poniendo en alerta, todo lo que le he contado caerá por su propio peso.

—Bueno, puede marcharse, se pondrá mañana un billete marcado en su caja, espero no comente nada, solo lo saben usted y don Juan.

Se marchó dando un portazo.

—Ahora sé por qué la echaron del convento. —Dijo Trifón.

—Me parece que nos ha salido un grano en el culo.

El billete marcado estuvo más de diez días en la caja sin que nadie lo tocase hasta que desapareció y se puso *La Mallorquina* boca abajo hasta que apareció en la taquilla de Carlos. Juraba por sus hijos que no tenía nada que ver con el billete, confeso lo de la señorita Raquel, que fue despedida de inmediato. Pero a él le salió un defensor asegurando que Carlos no se había movido de su sitio en toda la mañana. Solo sabíamos que el billete estaba en su taquilla. Si el billete desapareció esa mañana y él no se había movido, ¿cómo llegó a su taquilla? Todo un misterio, pero los billetes no tienen patas.

No pasaron muchos días cuando tuvimos otro problema con el dinero, esta vez fue en la caja de la cafetería. El dinero de las propinas de los dependientes de la barra era muy superior a lo normal, y el dinero de la caja cotejándolo con la venta era bastante inferior a lo que debería haber. Conclusión, las ventas en lugar de marcarlas en la caja iban derechas al bote de las propinas para beneficio de los dependientes. Decidimos no decir nada, se repartió las propinas el día 20 como todos los meses, aunque si hubo alguno que preguntó si no había algún error al ver la cantidad que percibía. Se contaba el bote cada seis días y se apuntaba en

Noticiario NO-DO

la oficina, hubo días que el importe triplicaba a lo habitual. Y una cosa que tengo muy claro, después de tantos años como jefe de personal, es que el que roba termina cayendo solo, y así fue. El que empezó todo este lío se tenía que buscar un aliado para que cuando librase se siguiera con la operación y no se notase nada, pero este a su vez se buscó a otro hasta qué ya eran tres los que en vez de cobrar lo que servían lo metían en el bote de las propinas. Les delató el descaro y la confianza.

Me pasé a la barra junto a Trifón y llamé al dependiente que estaba más cerca de la puerta;

—Isidro, haga usted el favor.

—Usted dirá, don Vicente.

—¿Donde está el dinero de los desayunos que acaba de cobrar?

Se puso más blanco que la leche que llevaba en la mano.

—Donde va estar, en la caja.

Me acerque a la cajera y le pregunte el tiempo que hacía que Isidro había marcado algo en la caja.

—No lo sé, pero hace mucho rato.

—¿Y usted no se da cuenta de cuando un dependiente cobra lo que hace con el dinero, si lo trae, lo tira a la basura o les regala los cafés porque son sus primos de Murcia?

—No.

—Joder, estamos apañados.

Curiosa señal de tráfico en Otero

Trifón se metió en la trastienda se puso las manos tapándose la cara, no sé si de asombro a lo que estábamos viendo o se estaba riendo que no era para menos.

—¿Que hacemos, Vicente? Esto sobrepasa a mi entendimiento.

—Mañana no se abre ni la barra ni el salón. Y vete buscando personal que estos van todos a la calle, cajera incluida.

Y así lo hice, según salían del vestuario les indicaba que no volvieran ni a pasar por la calle Mayor. Hasta Isidro tuvo la cara dura de reclamarme unas horas que decía que le debía. Solo le miré a los ojos y no hubo más conversación.

Fueron siete a la calle, con una mano delante y otra detrás. Y no es eso lo peor, las referencias que daré de ellos a quien me las pida, hasta el último detalle.

Al día siguiente, con el personal de la tienda conseguimos abrir la barra de mala manera y atender el salón como se pudo, durante una semana no pudo nadie disfrutar de su día de descanso.

Y para rizar el rizo todavía la señorita Encarnación me aseguraba que quedaban manzanas podridas en la cesta.

Decidí juntar a lo que quedaba de plantilla en el salón, excepto al personal del obrador.

—Creo que es de todos sabido los despidos que se han efectuado en la casa, espero sirva de ejemplo para los demás, aunque creáis que mañana se puede encontrar otro puesto de trabajo no es así. Como

aquí no vais a estar en ningún sitio, no seáis idiotas. También quiero dejar claro que no me tiembla el pulso cuando tengo que enseñarle a alguien las dos puertas con las que disponemos para que elija por donde irse. Si es necesario, cierro hasta volver a encontrar personal. Tengo mano libre por parte de los dueños para hacer lo que crea más conveniente. Me gustaría que la próxima vez que reúna al personal sea para algo que celebrar. No hay cosa más ruin que robar de donde se come, y no son los únicos perjudicados, también sus familias. Y a partir de ahora me estoy planteando no solo el despido, incluiré una denuncia que les hará casi imposible volver a trabajar. Piénsenlo antes de hacer una tontería.

Poco a poco se fue contratando a nuevos dependientes y cajeras, espero no volver a pasar por esto, es muy desagradable esta situación. Se acerca el verano y cada año hay menos gente en Madrid, menos los peseteros del *Corte Inglés* casi todos cierran en agosto, incluso *Lhardy* se da el capricho de cerrar casi dos meses o *El Riojano* que se van más de cuarenta días.

Se estudió el caso con los dueños y nos dieron el visto bueno para cerrar todo el mes de agosto.

Y desde ese año, el último día de trabajo alquilaba un autocar y me llevaba a toda la plantilla a Cercedilla a pasar un día de campo, y la verdad que era gratificante tener ese buen ambiente entre el personal, nos llevábamos todo lo que había quedado de la venta, no faltaban las cervezas que poníamos a enfriar en una poza, buen vino y las canciones de Tomás, que luego terminaba llorando acordándose de cuando actuaba junto a Ramón. Bueno, he dicho que me llevaba a toda la plantilla, pues no es cierto, la que nunca vino a estas excursiones fue la señorita Encarnación, y casi mejor, seguro que se hubiera caído desde el risco más alto *sin querer*.

Yo ese primer verano no sabía a qué dedicarlo, incluso Trifón me intentó convencer para que le acompañara a su Asturias patria querida unos días. Pero como le dije:

—Ya nos vemos las caras todo el año, descansa de mí un poco.

—Si no vienes conmigo, búscate un sitio tranquilo para descansar, sobre todo la cabeza. Te hace falta más que el comer.

Y Trifón como siempre tenía razón. Pero lo que son las cosas, se me vino a la mente Zacarías.

Me acerqué a la librería *Multicolor* y me compré un mapa de España lo más detallado posible, y ahí estaba, Otero, Toledo. No sé lo que me indujo a hacerlo, pero hice la maleta y me busqué un buen chófer recomendado por Chicote para que me llevara y me recogiera para cuando decidiera volver. Sé que sería acertado pasar unos días junto a Zacarías, el descanso y la buena atención lo tenía asegurado, y si ese pueblo se corresponde con el punto minúsculo del mapa, creo que la relajación y la tranquilidad que voy a tener será como la medicina que necesito.

A las ocho de la mañana ya tenía al chófer en la puerta esperándome. Quise indicarle el camino, pero no hizo falta, se conocía la zona por su gran afición a la caza. Es más, fuimos parando por pueblos donde le conocían, el primero fue en Navalcarnero, donde nos invitaron a desayunar unas migas con uvas en una taberna de cazadores acompañadas de un vino que bebíamos pasándonos la bota de mano en mano. Creo que aquel desayuno me regeneró la sangre. Pasamos por Quismondo y entramos en una especie de corral a saludar a otro compadre del chófer. Después de los saludos y honores nos pusieron mesa junto a un montón de cabras que olían a eso, a cabras, y de unas gallinas tan gordas que no podían ni andar. Pero el chorizo, el queso, una caldereta de ternera y más vino en bota hizo que pidiera ayuda para levantarme. Le dije a Jerónimo, el chófer, que es así como se llamaba, que si parábamos otra vez reventaría.

Eran las cinco de la tarde y la siesta que me eché en el pajar de este corral a causa del vino duró casi dos horas, me costó un momento saber dónde estaba cuando desperté. Y yo creo que el compadre del chófer se dio cuenta de mi aturdimiento y me dijo con una jarra de barro en la mano:

—Toma bolo, esto resucita a los muertos.

Era gazpacho, me lo metí entre pecho y espalda en dos tragos.

Volvimos a coger el coche con la promesa de que la próxima parada ya sería Otero.

Paramos en la misma plaza del pueblo donde estaba el ayuntamiento y una tasca con unas barricas de vino a la puerta que hacía pensar que el vino se vendía a granel en la misma plaza.

Entramos y nos sentamos en unos taburetes de madera enanos al igual que las mesas. La tasca tenía una barra pequeña al fondo

donde colgaban unos paños donde uno se limpiaba las manos o lo que fuese, y que por la mugre deberían llevar ahí colgados desde que se inauguró la tasca. Del techo pendían jaulas con perdices que no paraban de armar ruido.

Se nos acercó un tipo con un traje de pana negro muy gastado y una boina que la llevaba de coronilla dejando al descubierto un flequillo canoso.

—¿Qué va a ser?

Habló Jerónimo:

—Va a ser una frasca de ese vino que tiene fuera, queso y jamón para acompañar y...a saber.

—Pues aquí se sabe poco.

—Buscamos a Zacarías.

—¿Al Zacarías? Eso si lo sabemos. Acá por donde han entrado y todo para abajo, es la última casa, la más grande.

Nos acabamos lo que pedimos, pagué y me despedí del chófer quedando en que avisaría a Chicote para que me viniera a buscar.

Cogí mi maleta y me dirigí por donde me indicó aquel tabernero.

Llegué a una gran casa rodeada de unos árboles enormes y de una gran huerta. Los primeros en recibirme fueron unos perros que creí que, de no estar la valla, me hubieran comido allí mismo. Los siguientes en salir fueron dos chavales de unos doce años.

—Madre, madre, hay un señor fuera.

Salió una señora entrada en carnes con un pañuelo en la cabeza y un palo en la mano. Todo esto con los perros ladrando como locos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Busco a Zacarías y en el pueblo me han dicho que viniera hasta esta casa.

—¿Para qué quiere usted a Zacarías? Es mi marido y ahora no está.

—¿Cuándo va a venir?

—No lo sé, ¿para qué quiere a Zacarías? ¿Quién es usted?

Los perros no dejaban de ladrar.

—Zacarías trabajó para mi hace unos años en Madrid y he venido a hacerle una visita.

—¿Es usted policía?

—No, trabajó conmigo en la Puerta del Sol.

—¿Es usted don Vicente?

Me dejó sin palabras cuando dijo mi nombre.

—Si señora, ese soy yo.

Pegó un grito que se me cayó hasta la maleta, pero desaparecieron los perros y los niños como si hubiera aparecido el mismísimo demonio.

Abrió la verja y me invitó a entrar. Me hizo pasar a una especie de cocina que más parecía una cueva, con un hogar encendido y cociéndose algo que olía a gloria, una mesa con varias sillas de madera y esparto donde me indicó que me sentara. De las paredes colgaban trenzas de ajos y guindillas rojas y verdes, unos cuadros con motivos bodegueros una foto enmarcada de unos señores muy mayores que podían ser los padres de ella o los abuelos, no lo sé.

—Zacarías no para de hablar de usted, nos ha contado muchas cosas de cuando trabajaba en aquella cafetería.

—Bueno, teníamos buena relación, por eso estoy aquí, me hacía ilusión volver a verle.

—Pues ha salido con el alcalde a cazar, estará a punto de llegar, ya casi no hay luz. Vera cuando le vea, se va a volver loco de alegría.

Entraron los niños y se sentaron a mi lado sin dejar de mirarme.

—Mirad a este hombre, es el jefe de vuestro padre en Madrid, don Vicente, el que quemó al comisario en los hornos.

Me quedé de piedra, no fui yo, fue su padre el que lo metió en los hornos. Los chavales pusieron los ojos como platos y silbaron como si se encontraran delante de un héroe de guerra. Los perros que estaban tumbados a la puerta de aquella cueva se levantaron y salieron corriendo hacia la entrada.

—Ahí está.

Me levanté esperando su paso por aquella cocina y la cara que pondría cuando me viera.

Tenía cerca de diez kilos más y la cabeza afeitada para compensar la falta de pelo. Cuando entró casi no repara en mí hasta que uno de sus hijos le avisó de mi visita. Me miro y cuando la poca luz que había en esa cueva le dejó reconocerme se le cayó la escopeta y unos pájaros que traía en la mano.

—¿Don Vicente?

El abrazo que me dio lo noté en las costillas.

Plaza de Otero

—Pero ¿qué hace aquí? Vaya sorpresa. No me lo diga, huyendo del comisario.

Los niños volvieron a silbar.

—No... no sólo que necesito un poco de tranquilidad y he pensado pasar unos días aquí contigo, si no molesto.

—Pero, si esta es su casa, como si quiere quedarse para siempre.

Me estuvo preguntando por los de antes y de cómo iba todo. Hablamos un buen rato acompañados por sus hijos, su mujer, los perros y unos vinos que rascaban la garganta.

Me llevaron a un cuarto donde pasaría las noches con una cama rellena de borra que me tragaba y me impedía darme la vuelta, un armario de madera al que seguro las puertas habían acabado en la chimenea porque no las tenía y una gran ventana que daba a la huerta. De día descubrí que era una especie de ático con las vigas como techo.

Los días que pasé en Otero me los pasé siguiendo a Zacarías a todos los sitios, llegó hasta adjudicarme una escopeta para cuando le acompañaba a cazar perdices y palomas. Pero fui incapaz de llegar a pegar un solo tiro, yo no valgo para estos menesteres. Las comidas eran copiosas y sanas, el descanso en esa cama, a la que llegue a coger cariño, era de lo más reparador, siestas de pijama como yo las llamo. Pero lo que más echaré de menos son las noches que nos quedábamos los dos solos hablando en unas tumbonas

Monumento a los caídos

bajo aquellos olmos enormes mientras dábamos buena cuenta de un vino que hacían en ese pueblo que más se asemejaba al brandy que al vino.

—Y el comisario, ¿aún sigue dando por culo?

—Si, no me va a dejar en paz nunca.

—Siempre ha sido muy cabrón, ese no se va a ir. Ya se lo digo yo.

—Y tú, ¿qué pasó con Calderón de la Barca?

Se rió como un poseso.

—Joder, ¡qué bueno era ese tío! Con lo que me dieron unos curas por él me compré el terreno donde tengo la huerta.

—Te envidio, Zacarías, esto es vivir tranquilo.

—No se crea, en los pueblos también tienes que tener la escopeta cargada. En el cementerio hay un par de tumbas con mi firma.

Me incorporé para mirarle a la cara y siguiera contándome eso.

—Quisieron comprarme los galgos, son los mejores de toda esta zona, pagué buenos duros por ellos, y me negué en redondo. Pero esta gentuza no entiende y me los quisieron robar, pero los pillé esa noche cuando ya los tenían atados para llevárselos. A uno de ellos la madre le reconoció por la ropa por que le dejé sin cara.

—¿Y la policía?

—Aquí solo hay Guardia Civil. Estaban en mi casa, en mi terreno, ya me entiende, tenía que defender a mi familia. Me llevaron a Santa Olalla, al cuartelillo, les saque el carné de guardia de asalto y solo me tomaron declaración. Hasta el sargento me dijo que él hubiera hecho lo mismo.

Esto es parar mear y no echar gota, pero me dio por reírme. Vaya tío este Zacarías.

Con el que hice buenas migas es con el tabernero del pueblo, todo lo que tenía de bruto lo tenía de buena persona, Justino se llamaba. Y su esposa, a la que en pueblo la llamaban la Cari, y digo yo que sería por Caridad. No lo sé. Me prepararon una cesta de mimbre llena de quesos, algún chorizo hecho de su matanza al igual que unas morcillas de cebolla y dos frascas de vino para que me lo llevase de vuelta a Madrid.

Pasé casi todo el mes de agosto en Otero, paseando, descansando y aclarándome hasta dejar casi el cerebro en blanco. Creo que volveré.

Y lo que me dejo perplejo fue cuando le conté a Zacarías lo de los robos en *La Mallorquina* por parte del personal y de que tuve que contratar a la sobrina de Millán Astray.

—Esa es a la que tiene que vigilar. Por lo que me cuenta que no se relaciona con ningún compañero puede que tenga que ver con todo ese lío.

—Pero si es medio monja.

—Esa pone el cepo y usted cae. Como si lo estuviera viendo. Búsquele un enemigo, y mañana se lo servirá en bandeja.

La vuelta a Madrid fue igual, paramos en donde se le puso al chófer. Llegué como nuevo a Madrid. Hay que reconocer que los pueblos están para eso, para curarnos a los de ciudad.

Una mejorada Puerta del Sol

«Cuando hay dinero de por medio,
es muy difícil la libertad.»

Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999).
Escritor y profesor

Capítulo XI
El convento de Burgos

Madrid cambia de alcalde y de conde, se marcha el conde de Santa María de Babio y entra el conde de Mayalde. Retoma las obras de transformación de la Puerta del Sol pavimentando las calles de Alcalá, Montera y la Red de San Luis. A lo mismo que el puente de Praga y las comunicaciones con el aeropuerto. Está claro que al ayuntamiento a lo que le da prioridad es al tráfico rodado. Y es que la circulación se ha multiplicado por diez en poco tiempo. Será el progreso, pero creo que los coches nos terminaran quitando nuestro espacio. No vamos a poder ni andar por las calles, ya solo querer cruzar la Puerta del Sol es una odisea, los atropellos están a la orden del día. Las aceras son más pequeñas y las carreteras más anchas.

Como se suele decir la demanda es la que manda y eso es lo que ponemos en práctica, la venta de productos de charcutería se ha reducido a la mitad, pero el mostrador de la pastelería esta todo el día a tope, ya más de la mitad de los ingresos de la casa proviene de ese mostrador. Las napolitanas de crema se están convirtiendo en la joya de la corona. Sin dejar de lado las tartas de trufa, yema

tostada o la capuchina. Las pastas de té y pasteles también han mejorado en las ventas. Los dueños han vuelto a recibir ofertas por no llamarlo amenazas para que dejemos *La Mallorquina* en manos de esa sociedad de la que es titular ese tal Ramón Areces. Están como locos por esta esquina y, claro está, los dueños se han vuelto a negar en redondo. Y lo más gracioso es que se pasean por la Puerta del Sol como si fueran los dueños hasta del reloj. Sé por Chicote que andan detrás de más de un negocio para quedárselo por cuatro duros, ya de por si tienen cinco plantas en lo que era una simple tienda de ropa. Tanto este Ramón como el tal Pepín Fernández de Sederías Carretas, me parecen dos buitres carroñeros. Serán como dicen unos grandes comerciantes y economistas, pero yo no los envidio para nada. Como se suele decir a más alto subes más fuerte es la caída.

Del que estoy muy orgulloso es de Martín, a sus veinte años se pasa medio día con Trifón en la oficina ayudando con las cuentas, los pedidos del almacén y las nóminas. A mí me ha quitado mucho trabajo. Tiene un gran futuro aquí de seguir de esta manera. De su madre que le abandonó con mentiras y engaños nunca volvimos a saber de ella ni de su tío, el profesor de Rusia. Hoy nos hemos ido los dos solos al teatro a ver *Tres sombreros de copa* de Miguel Mihura. Es de las obras de teatro que más me ha gustado, y de otra cosa no sabré, pero se reconocer una gran obra y no tardé en comprarme el libro y de recomendarlo a todo el mundo. Estando en la salida del teatro Español, me tropecé con doña Concha Espina, a la que mi señora madre adoraba. No dude en saludarla y presentarme y me aseguró conocer *La Mallorquina* muy bien.

—Me hubiese gustado haberla reconocido allí y haberla invitado a merendar.

—La próxima vez me aprovecharé de usted. Aceptaré esa invitación con mucho gusto.

La acompañaban unos señores con los que fuimos presentados, y casualidades de la vida, uno de ellos era hijo de un amigo que tenía en común con don Alejandro Lerroux, era Luis García-Berlanga hijo de don José también militante del Partido Radical.

—Yo conocí a tu padre y sentí su fallecimiento.

—Gracias, era muy amigo de don Alejandro.

Esquina de La Mallorquina

—Yo también.

Estuvimos un gran rato hablando, sobre todo de teatro y cine. Yo de teatro lo que quieran, pero en cine estoy un poco pez. Tanto que no sabía que estaba hablando con un director de cine, sólo tenía una película de momento, pero me aseguró que tiene otra casi terminada, me contó que la estaba rodando en la sierra madrileña con José Isbert y Manolo Morán. Me dijo el título sobre un «bienvenido» pero no me acuerdo. Me prometió acudir a *La Mallorquina* la semana siguiente, por lo visto venían a Madrid varios periodistas de toda España y quería darlos un paseo por el centro de la capital.

Y así fue, se reservó medio salón para cerca de 30 personas, entre los que había algún actor, figurantes, técnicos y periodistas de varios diarios. Como tengo por costumbre con todas las reservas, me personé para darles las gracias por acudir a esta casa. Se notaba que eran actores de comedia, las bromas entre ellos no paraban y las risas se oían hasta en la calle. Pero lo que ocurrió después no se me puede olvidar contarlo.

Hechos los honores, me metí en la oficina con Trifón y Martín, al poco rato entró Juan Martín haciendo aspavientos con las manos y diciendo que estaba harto y que no podía más:

—Pero ¿qué son esas voces, Juan?

—Es esa señorita, yo no puedo con ella.

—Joder, otra vez, ahora que es lo que pasa.

—No hace nada de lo que digo, es más, hace todo lo contrario, me dice que yo no soy nadie para mandarle hacer nada.

—Pues déjala, como si no quiere venir más, creo que es lo que busca, cabrear a dios y a su padre.

—Es que me saca de mis casillas y un día la suelto un bofetón que la siento de culo.

—A eso me refiero, eso es lo que ella quiere. No debemos entrar al trapo.

—Es que esta mañana le ha tirado una bandeja llena de merengues a uno de los chavales, ella dice que se le han caído a él, pero yo sé que ha sido ella. La bronca ha sido para el chaval y he tenido que amenazarle con descontarle los merengues del sueldo.

—Eso ya no está bien.

—Sólo tenías que ver cómo me mira, me da hasta miedo darla la espalda, solo está pendiente de los demás, se cruza de brazos se apoya detrás y ni atiende al público ni nada, no hace más que mirarnos con cara desafiante.

—Bueno, Juan, tranquilízate. Intentaré hablar con su tío, de momento dila que suba, lo mismo la doy unas vacaciones.

Como de costumbre entró en la oficina sin llamar.

—Bueno señorita, ¿sabe por qué la he hecho subir?

—No.

—Vaya, pues es porque ya estoy harto de que me den quejas de usted y de su comportamiento con sus compañeros.

—La que se tenía que quejar soy yo, son ellos los que se meten conmigo.

—Además de negarse a lo que el encargado le manda, se cruza de brazos y no hace nada.

—Yo no voy a hacer el trabajo de los demás, yo mi labor la desarrollo todos los días.

—No es lo que me cuentan. Tiene a media platilla en contra suya.

—Eso es lo que tiene que atajar usted, tiene que acabar con toda esta injusticia.

—Y lo voy a hacer, pero hablando con su tío.

Se le puso la cara tan colorada que parecía que iba a explotar. Cogió aire y gritando como una loca me amenazó con matarme si le

decía algo a su tío. No daba crédito a lo que acababa de oír, y creo que los demás tampoco. Martín se levantó y se fue a por ella de tal manera que si Trifón no se interpone en su camino la hubiera tirado por la ventana. Las voces y golpes que daba esta señorita en la pared y en la mesa junto a las patadas que daba a la puerta me hizo pensar hasta en llamar a la policía. Estaba histérica, no fuimos ninguno capaz de decirla nada. Por fin abrió la puerta y salió llorando como una loca, se metió en el vestuario y se marchó. Ojalá no vuelva.

De todo este lío han sido espectadores los de la reserva de García-Berlanga y sus invitados. Cuando salí de la oficina este mismo se levantó y se acercó a mí.

—Joder, vaya espectáculo, espero no nos cobren por esto. Estoy por contrataros para mi próxima película.

—Pues no sería mala idea, porque esto se está convirtiendo en una tragicomedia.

Me cogió del brazo y me sentó con toda la tropa, acabé contándoles lo de esta señorita y, sorpresa, cuando dije de quien era sobrina uno se levantó como si tuviera un cohete en el culo.

—¿La sobrina de Millán Astray? ¿La monja?

Se volvió a sentar como se levantó, se puso las manos en la cabeza y se rió como si le hubieran contado algo muy gracioso. Me miró y volvió a preguntarme si en verdad era la sobrina de Millán Astray.

—Si, él viene por aquí, y me pidió ese favor, que la contratara. No sé dónde le encuentra usted la gracia.

—Joder, cuando se lo cuente se va a cagar.

Ya no era yo solo él que estaba esperando que este individuo se arrancara a explicarse. Se recreaba con su copa de vino mientras no dejaba de mover la cabeza y de sonreír.

—¿Quieres hablar ya, Jesús? —Dijo uno de los allí asistentes. La verdad que me quemaba la curiosidad. En ese momento salía de la oficina Trifón al que invité a quedarse. Algo me decía que lo que estábamos a punto de escuchar no era para perdérselo. Primero se presentó como periodista del *Diario de Burgos*:

—Si esta señorita dicen que es quien es, tienen que cuidarse las espaldas.— Se volvió a reír.

—Quieres soltarlo ya o te lo saco yo a ostias. —Dijo otro de los comensales.

Calle de la Montera

Lo que oímos a continuación y bien relatado como hizo este hombre haciendo honor a su oficio no sé si yo lo podré contar igual, pero ahí va más o menos lo que nos contó:

—Nos llegó a la redacción la denuncia por parte de los padres de una novicia en el cuartel de la Guardia Civil sobre la desaparición de su hija en el convento de la Visitación de María de Burgos. Primero fuimos a la Guardia Civil para saber sobre las investigaciones y no quisieron darnos ningún dato, por lo cual nos personamos en el convento y hablamos con la que se supone era la hermana mayor y la única que se podía comunicar con el exterior. La preguntamos por la novicia y negó rotundamente, que allí no había desaparecido nadie y que con ese nombre no había ningún ingreso. Nos fuimos sabiendo que nos mentían y hablamos con los padres, y cojonudo, a ellos las habían dicho que su hija pidió voluntariamente el traslado a misiones a la India. Entonces, ¿por qué a nosotros nos dicen que no ha ingresado nadie con ese nombre en el convento? Volvimos a intentar hablar con la monja, pero nos denegaron la entrevista, llegaron a llamar a la Guardia Civil para que nos fuéramos. Pero no se pueden imaginar lo pesado que puedo a llegar a ser. Investigué y di con un tío que las compraba los dulces que fabricaban, un amigo del vino y las malas compañías que no tardó en soltar la lengua después de varias botellas y un par de chavalas que me costaron el sueldo de una semana. El trasiego de militares y de curas no paraba por las noches, y como le decía la hermana Begoña los niños son para Dios. No quiero ni pensar lo que quería decir con eso. Le ofrecimos dinero que aceptó para poder hablar con esa hermana, y nos consiguió que habláramos con

ella en una de sus salidas de compras. Nos contó que la novicia que buscábamos murió asfixiada en la habitación que compartía con la sobrina. Se quiso dar parte a la Guardia Civil pero su tío, aparte de amenazarlas con quemar el convento, las compensó con una buena cantidad de dinero, se la enterró en el cementerio del convento como a una más y santas pascuas. Llegamos a publicar la entrevista de la monja y al día siguiente le pegaron una paliza a mi compañero que casi lo matan y a mí me dejaron una nota en la puerta de mi casa diciendo que sería el siguiente. Nuestro director nos prohibió seguir con el tema y así lo hicimos. Yo reconozco que tenía miedo por mi familia.

Pero la sorpresa fue cuando la hermana Begoña se personó en la dirección del periódico junto a una joven que se notaba que era una novicia. Exigió que habláramos en privado y nos metimos en una habitación con ellas, mi compañero ya recuperado y yo. Obligó a la novicia a levantarse el jersey y enseñarnos la espalda, y joder, tenía la espalda llena de golpes, estaba morada de arriba a abajo. La pregunté si así era como inculcaban la fe.

—No han sido las hermanas, ha sido la hija del militar. La misma que mató a la otra novicia.

—¿La hija? ¿Pero no era su sobrina? —Preguntó otro de los comensales.

—Callaos que sigo. Yo también la pregunté lo mismo a la hermana y solo con la mirada me contestó. Me llegó a contar que tenía amenazadas a todas las hermanas. La invitamos a denunciarlo, pero nos dijo que si la poníamos en apuros negaría todo lo que nos había contado. Ahí metimos el gato en el agua, fuimos a la Guardia Civil para contarles lo que sabíamos y nos dijeron que la hermana Begoña había fallecido de muerte natural. Por fin se consiguió una orden desde Madrid y consentida por el Obispado de Castilla para dejar entrar a las Fuerzas del Estado. Se incautaron de los libros donde figuraban los fallecimientos dentro del convento y ahí es donde se percataron de que en dos años habían fallecido varias hermanas presuntamente jóvenes y sanas, se interrogó a todas por separado y todo apuntaba a la señorita Astray como sospechosa. Tapados por la madre superiora y posible madre de la susodicha y su padre Millán Astray. No se pudo publicar nada, desde Radio

Nacional se encargaron de contar que una epidemia se había llevado a estas hermanas a mejor vida. Y la Guardia Civil lo dio por bueno, se archivó el caso y se sacó del convento a la señorita que todos hemos visto pasar por delante de nuestras narices.

Todos los allí asistentes me miraban esperando mi reacción, y la verdad es que me quedé paralizado ante aquel relato. No sé, pero que sea su hija me lo esperaba.

Me tenía que poner los pantalones por los pies y hablar con Millán Astray para que la sacara de aquí. Y no tardé en intentar buscarle no sin antes darla vacaciones a la señorita Encarnación, no quería tenerla allí hasta que hablara con su tío o lo que fuese. Me personé en el cuartel de la calle donde antes teníamos la pensión, justo en la calle San Nicolás se encontraba un pequeño cuartel de la Legión donde dejé nota para él. No tardó en presentarse en *La Mallorquina*. Le invité a sentarse conmigo en el salón, creo que se esperaba lo que le iba a decir.

—Quiero que saque de esta casa a Encarnación.

—Eso no puede ser de momento, tiene que quedarse.

—Está de vacaciones obligadas, no la quiero aquí, si se queda pasara algo grave.

—Si alguien la hace algo, lo mato.

Me costó decirle que sabía lo del convento, pero se lo solté.

—Se todo lo que pasó en el convento de Burgos, lo de las hermanas desaparecidas. Su sobrina o lo que sea, es una asesina. Quiero que se la lleve.

Dio un manotazo en la mesa que hizo saltar todo lo que había.

—Si vuelve a llamar asesina a mi sobrina le arranco la cabeza. Usted no sabe nada. Si la despide le cierro esto con usted dentro. Se quedará aquí o ¿es que no sabe quién soy yo? Puedo quemar esta casa con usted dentro y no pasar nada, ya le aconsejé que no faltara el respeto a la Legión.

—Se lo pido por favor.

—Se queda.

Se levantó y me señalo con el dedo como si fuera una pistola apuntándome, se marchó sin decir nada más.

Estábamos jodidos. Tanto que a los pocos días se presentó la señorita acompañada por dos señoras que se quedaron allí hasta que

la vieron con el uniforme de trabajo. A la plantilla no les dije nada, ni a Juan Martín que era el encargado.

Solo Trifón y yo sabíamos lo del convento.

La dejamos hacer lo que quisiera, nadie le decía nada, el que peor rato pasaba era don Juan, que tenía que soportar todas las malas maneras tanto con el personal como con los clientes con los que se topaba. Tuve que poner a Martín de vigilante cuando no estaba en la oficina, quería que la tuviera controlada hasta cuando iba al servicio.

Pero todo llega en la vida, el primer día de 1954 nos trae la noticia del fallecimiento de Millán Astray, la radio no para de repetir una y otra vez la noticia. Y la señorita Encarnación fue despedida con todos los honores cuando se la pilló metiendo dinero en el bolsillo de un dependiente. Como se suele decir, muerto el perro se acabó la rabia.

Del que me siento muy orgulloso es de mi gran amigo Perico Chicote ya que su labor y tesón le han llevado a ser condecorado por el consejo de ministros. En mayo de este año de 1954 todos los diarios se hacen eco de esta condecoración por su aporte a la Villa de Madrid con su bar frecuentado por gente de bien y su museo de bebidas sin igual en el mundo, hasta el compositor mexicano Agustín Lara le dedica un recuerdo en el chotis «Madrid» con aquello de «En Chicote con agasajo postinero...». Enhorabuena compañero, personas como tu son los que hacen grande esta villa. No tardó en mandarme una invitación para acudir al restaurante del Ritz para celebrarlo junto a otros comerciantes de la zona, y como era de esperar allí estaban ese tal Pepín y Ramón Areces que tan bien me caen. Si sé que iban a estar no voy. Ellos se empeñan en hablar conmigo de lo que sea. Hasta de toros, y no se dan cuenta que de intento evitarlos, que no quiero nada con ellos.

Y es que siempre acaban hablando de lo mismo, de la expansión de sus negocios y de todo lo que ganan. Pero, bueno, son amigos de Chicote y habrá que tragar.

En *La Mallorquina* se va animando la venta, despacio, hay clientes que han desaparecido, pero han llegado otros, el que se ha ido para no volver es don Jacinto Benavente que ha fallecido a sus 88 años que según su médico era la enfermedad que tenía. Desde que volvimos a abrir no recuerdo haberle visto por aquí. Y es que de la primera época quedan pocos y los que quedan están muy

mayores. Y de los nuevos clientes ahora son más personas anónimas que famosas las que frecuentan el salón. Bueno, anónimas hasta que dejan de serlo por algún motivo, como el caso de un nuevo cliente que empezó a ser asiduo del salón. Además, se ganó la amistad de los camareros con las propinas que les dejaba tan copiosas o si no dejaba entradas para las corridas de toros, entradas caras. Con el tiempo nos hizo alguna reserva a nombre de José Manuel Jarabo, y con los que le acompañaban daba la impresión que se dedicaba a la alta joyería. Se le vio en el salón vender y comprar alguna que otra joya. Pero lo que a los camareros del salón les llamaba mucho la atención es que nunca le llamaban por su nombre con los que hacía negocios y además diferentes. Era todo un personaje, siempre rodeado de mujeres muy elegantes y personas de alto nivel económico. Sus reservas del salón eran por todo lo alto y siempre pagaba él. Hago referencia a este curioso cliente por lo que aconteció años después, pero eso ya lo contaré.

Otra que nos ha dejado y a la que me hubiera gustado conocer mejor es la escritora Concha Espina, solo hablé una vez con ella y enseguida me di cuenta de que era una gran señora.

Hoy se han dedicado a limpiar con mucho interés la Puerta del Sol y las calles aledañas, hay cerca de veinte operarios con mangueras regando las calles y han cerrado al tráfico la plaza. Y es que están en Madrid los reyes de Jordania. Se pasearon por toda la plaza hasta llegar a nuestra puerta donde el Generalísimo les estuvo indicando algo por que señalaba para las ventanas del salón, pero no entraron. Me hubiera gustado saber que les decía. Y como yo había vaticinado y qué sabía que llegaría lejos es ese chaval, Miguel Delibes, hoy en el Ateneo el jurado le ha concedido el Premio Nacional de Literatura por su novela *Diario de un cazador*, lo leeré enseguida. Le he pedido a Trifón que intente mandarle una carta con nuestra felicitación.

«En la vida hay que ser un poco tonto porque
sino sólo son los demás y no te dejan nada.»

Ramón Gómez de la Serna (1888-1963).
Escritor y periodista

Capítulo XII

Piratas sin barco

En el ayuntamiento se deben de aburrir mucho, llevan una semana para decidir el color de la bandera para la Villa, ya no va a ser de color morado, va a ser carmesí. No pueden ser más ridículos estos dirigentes, con lo de problemas que tenemos se entretienen en colores. Entre los que está la seguridad de los madrileños, los atracos se han duplicado, el último y más sonado ha sido a una joyería en la Gran Vía, en el número 15 de esta avenida, en la joyería *Aldao*, han entrado dos encapuchados con acento sudamericano, pero el dueño les tenía una sorpresa, un revólver que sacó de un cajón con el que hirió uno de los asaltantes. Acabaron detenidos, pero el susto se te queda bien marcado. Pero donde el gobierno ha encontrado un gran aliado es en el fútbol, todo Madrid esta eufórico con el trofeo ganado por el *Real Madrid*, la primera copa de Europa conquistada por un equipo español. La portada de todos los diarios la dedican a este logro deportivo. Y esta práctica de atontar a la gente con el fútbol se quedó muchos años como arma de despiste. Y no fue lo único que se usó de esta manera, en octubre de este año nace *Televisión*

Pío Baroja

Española coincidiendo con el 23º aniversario de la fundación de la Falange. De momento sólo hay 3.000 televisores en todo Madrid, pero seguro que irá a más.

Algo que me dolió mucho fue enterarme por la prensa del fallecimiento de don Pío Baroja. El 30 de octubre de 1956 lo tendré grabado para siempre, nunca olvidaré sus visitas y de las perlas que nos ha dejado en esta casa, era un tipo solitario y bohemio, pero creo que en sus relatos del Madrid gris y triste lo representaba como nadie, sus novelas de *La lucha por la vida* retrata magistralmente el Madrid oscuro, miserable y doloroso. Aunque sus visitas a *La Mallorquina* se habían reducido casi a cero, le echaremos de menos, descansa en paz, amigo y dale recuerdos a don Benito. ¿Habrá un lugar especial para estos genios cuando mueren? No lo sé.

Hay días que, mientras intento conciliar el sueño quiero acordarme de los que ya no están y nunca termino, me duermo antes, y es que son muchos los que nos han dejado. Echo de menos hasta las manifestaciones en la Puerta del Sol, y no las hay, no porque la gente esté bien, es porque manifestarse es peor que matar a alguien. El derecho de ser persona ha desaparecido, no hay opción, o estas con ellos o en contra. Irás por el camino que el gobierno y la iglesia te marquen, si no mal vas. En *La Mallorquina* estamos afiliados a la Falange por que no hay opción, se ayuda a el Obispado madrileño para que nos dejen en paz y solo nos falta mantener a los monaguillos de los Jerónimos.

Tengo que hacer referencia a una frase de don Pío, y reflejado en su libro *La Busca*:

—Que la miseria hace que florezcan los piratas sin barco, y lo digo por lo que nos ocurrió.

Raro era la semana que no aparecía ese tal José Manuel Jarabo

con más gente o clientes suyos con los que trataba de joyas, relojes de oro, diamantes y demás artículos de alta joyería en las mesas del salón sin importarle las miradas de camareros y demás clientes. Allí vendía y compraba, los billetes circulaban como si fueran cromos. Para nosotros se convirtió en una práctica habitual a la que no le dábamos la más mínima importancia. Un día llegó solo, se sentó en el salón y después de un gran desayuno acompañado de media botella de brandy le pidió al camarero que tenía un problema y necesitaba de nuestra ayuda.

—Usted dirá en que le podemos ayudar. —Le dije.

—Sólo es un pequeño favor, había quedado aquí con un cliente mío para entregarle unos diamantes y debería estar ya aquí.

Es un joyero de Barcelona que ya ha estado conmigo aquí en otra ocasión. Yo me tengo que ir a París, el avión sale dentro de dos horas y tengo que marcharme.

—Si lo que quiere es dejarlos aquí no hay problema, tenemos caja fuerte en la oficina.

—Me harían un gran favor, pero necesito el dinero de la venta, me voy sin dinero a París, y voy a comprar. Me podían adelantar el dinero de los diamantes y que el comprador cuando venga se lo reponga.

—Pero ese comprador, ¿cuándo va a venir?

—Debería estar ya aquí, en cuando lo vea el camarero le va a reconocer. De todas maneras, le llamaré desde el aeropuerto para decirle que usted tiene los diamantes.

—No sé, es una responsabilidad muy grande, ¿y si no viene?

—Pues me devuelve los diamantes y yo el dinero, pero vendrá, no se preocupe, está muy interesado en esas piedras. Es una venta muy importante para mí.

—O sea, que yo le doy el dinero y él me lo da a mí.

—Hoy mismo. Estaré muy agradecido si me hace este favor.

Le invité a que me siguiera a la oficina, abrí la caja, saqué las cinco mil pesetas que necesitaba y guardé los diamantes en la caja fuerte.

Se marchó dejando una gran propina como siempre y dándome las gracias sin parar.

A media mañana apareció el joyero catalán, se sentó y preguntó por José Manuel al camarero, pero de mala manera:

—¿Ha estado el hijo de puta de Jarabo?

—Sí, hace más de dos horas que se marchó.

—Había quedado con él aquí, me tenía que dejar unos diamantes.

—Creo que los tiene mi jefe, se los ha dejado para entregárselos a usted.

—Sólo los diamantes, que cabrón, me ha estafado más de diez mil pesetas con unos relojes falsos. Llama a tu jefe, por favor.

—Los diamantes los tengo en la caja, le he dado cinco mil pesetas que tiene usted que darme si los quiere.

—Por lo menos ha cumplido con este encargo.

Saqué los diamantes y se los di en esa bolsa de terciopelo, los sacó y los miró con una especie de anteojo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Esto qué es?

—Los diamantes de este hombre.

—¿Diamantes? Estos son cristales, y malos.

Me los dejó en la mesa.

—Oiga, a mí no me metan en sus líos, deme las cinco mil pesetas y luego se apaña usted con él.

—No diga tonterías, le acaban de estafar. Le ha sacado cinco mil, pero a mí me ha timado más de diez mil, y no me engaña más. Tengo que encontrarle, y le juro que le voy a matar. Venía con la intención de quedarme los diamantes a cuenta de lo que me debe. Pero es un cabrón y un estafador.

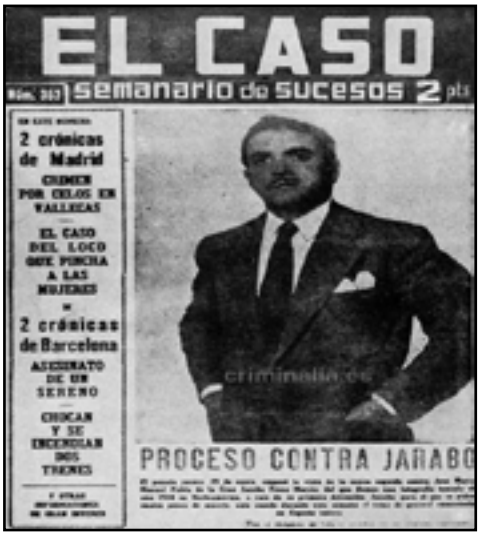
—¿Y qué hago yo con esto? No es mío, es suyo.

—No, señor, esos cristales son suyos. Le han estafado a usted.

No sé por qué lo hice, si por rabia o por impotencia, pero le pedí que se marchara de la oficina si no quería salir por la ventana. Le llamé ladrón y cómplice de esa estafa. Le cogí de la pechera y le saqué de la oficina con un empujón.

Hijos de puta, me habían timado cinco mil pesetas que tuve que reponer de mi bolsillo.

Esto no era un caso aislado, los timos y estafas se habían convertido en una de las formas de supervivencia de la vida madrileña, el timo de las estampas era de las más populares. Consistía en un gancho que se hacía pasar por demente y con alegría repartía billetes de mil pesetas por tenerlos repetidos, o los iba tirando por el suelo



El Caso Jarabo

hasta que algún desgraciado se acercaba con intención de aprovecharse de ese pobre retrasado ofreciéndole dinero por ese supuesto sobre lleno de billetes. Por lo general, se les agregaba un compinche que anulaba la indecisión del posible estafado. Se hacían a medias con el supuesto botín que luego se repartirían entre compinche y estafado. La gracia estaba cuando el estafado creía ser el estafador y descubría que en el sobre sólo había recortes de periódico a modo de billetes. Estaba el «cuento del tío, que consistía en asegurar ser el apoderado de una gran herencia o ser el portador de un boleto premiado con una gran suma de dinero que debería cobrar después de hacer un viaje que sería costeado por la víctima a la que se le prometía parte del supuesto premio. La víctima, con el afán de ganar dinero fácil le pagaba el importe de supuesto viaje y se quedaba esperando a que el estafador volviera con su parte del premio o herencia, lo demás creo que no hace falta que lo cuente. O la más popular entre los cafés de la Puerta del Sol, era el timo del entierro o también llamada estafa a la española que se trataba de desenterrar un tesoro o un dinero escondido durante la guerra para que no fuera sustraído por las tropas en danza. Poco a poco se iban incorporando más secuaces y cartas que daban crédito a toda esta estafa. Se le pedía un dinero por adelantado para llevar a cabo dicha labor de desentierro que hasta el estafado llegaba hacer con pico y pala. Queda claro que luego ni había tesoro ni nada que se le pareciese. Aún con todo esto nadie estaba a salvo de cualquier timo, y, según la prensa, la Puerta del Sol era el escenario favorito de estos busca vidas.

Y sin dejar de hablar de estafadores, el gobierno cambia por quinta vez de ministros y gobernantes, destacando una gran presencia

Almacén de Pontejos

de integrantes del Opus Dei, los denominados tecnócratas como López Rodó o Alberto Ullastres y el falangista José Luis de Arrese. Viendo esto recuerdo la conversación que tuve con Franco en la boda de su hija quejándose de la gentuza que le rodeaba, pues no lo entiendo, ahora tiene a su lado a personajes con más poder que él mismo. Ya empiezo a pensar que solo es un figurante rodeado de poderosos y peligrosos componentes de esta asociación tan poderosa como es el Opus Dei.

La sorpresa nos la ha dado hoy la recién llegada de Estados Unidos, Sara Montiel junto a sus compañeros del largometraje *El último cuplé* con una cena en el salón, y no quiero que se me olvide comentar que posiblemente haya sido de las clientas más fieles de esta casa del mundo del espectáculo, nunca dejó de visitarnos junto a sus enormes puros habanos. No dudé en regalarla una caja de bombones y creo que nos la metimos en el bolsillo desde el primer día y siempre que estaba en Madrid no se perdía una buena merienda en *La Mallorquina*. Una mujer triunfadora, simpática y muy guapa donde las haya.

Si vuelvo a poner fotografías en el salón de personalidades que han frecuentado esta casa una de ellas será la de esta mujer.

Y es que la Puerta del Sol cambia casi a diario, llegará un día que no la conozca ni yo. Ahora se nos ha instalado un organillero en la puerta que viene todos los días acompañado de su hija desde Vallecas, las primeras canciones se soportan bien, pero cuando llevas más de dos horas oyendo el mismo recital, ya aturden un poco, solo cambia de ubicación en navidades dejando el sitio a las loteras que tampoco se quedan mudas.

No sé si en España habrá una plaza con más ruido que en esta, el tráfico se ha multiplicado con la aparición del Seat 600 que está

invadiendo todas las carreteras. Han aumentado los taxis, trolebuses y tranvías de tal manera que andar por la Puerta del Sol es toda una odisea.

Nosotros hemos decidido intentar dar banquetes en el salón para compensar las faltas de tertulianos, muchos de ellos han sido arrastrados por Camilo José Cela al Café Gijón donde les atiende una bruja con muy mala leche y tiene a los camareros esclavizados. Una tarde entré con Martín a cotillear más que a otra cosa, y el suizo que nos pusieron con el café debería pertenecer a la plantilla de la casa, y lo digo por el tiempo que tenía, fue mojarlo en el café y el café desapareció. Allí estaban Celaya, García Hortelano, Bonald, López Salinas y alguno más que no reconocí.

Intentaba encontrar el motivo por el que cambiaron los cafés de la Puerta del Sol por este y no vi nada especial, pero por la calidad del género y la atención de los camareros no creo que sea. Hablan de que por aquí han pasado desde la espía Mata-Hari pasando por Orson Welles y acabando por Truman Capote, bueno también se comenta que se inundó de aguas fecales y tuvieron que cerrar durante una semana para que se ventilara el local. Yo creo que aun huele mal.

Pues como decía, nos dedicamos a dar banquetes y fue una gran idea. Organizamos el primer año varias comuniones, alguna con el salón completo por los invitados. Incluso llegamos a hablar con el organillero para que tocara en los banquetes y accedió encantado, pero mientras él le daba a la manilla del organillo su hija pasaba un plato pidiendo la voluntad a los asistentes del banquete, que eso, nos parecía bien, lo que ya no me gustaba es que con una mano llevaba el platillo y con la otra se apropiaba de carteras, relojes, joyas y cualquier cosa que se le pusiera delante. Se llegó a llevar hasta cubiertos. Por lo que les pedimos que no volvieran a entrar más a pesar que negaban dedicarse al descuido. No te puedes fiar ni de tu sombra. Tanto el organillero como su hija estuvieron muchos años en la Puerta del Sol deleitando a paseantes con sus chotis, zarzuelas y vete a saber. He hablado con cientos de policías y me aseguran que jamás los han visto robar una cartera ni tienen noticias de que fueran denunciados por algo. O son muy buenos que no hay quien los pille o se han reformado, no lo sé.

La organillera de Vallecas

Del que si hemos vuelto a saber es del timador de los diamantes, ahora lo conoce toda España. Ha sido detenido por la brigada criminal acusado de matar a cuatro personas, tres a tiros y otra a puñaladas, después de su detención, José Manuel Jarabo Pérez-Morris que es como se llamaba, confesó los crímenes, por lo que fue sentenciado a pena de muerte y en febrero de 1959 fue agarrotado. Y lo que más nos asustó, por decirlo de alguna manera, es que todo fue por recuperar el collar de una amante suya. Y es que si lo de los diamantes le sale mal hubiéramos tenido problemas, porque no solo era un estafador, también un asesino. Quién lo diría, si parecía un hombre de negocios con talento y educación. Y lo que era es un encantador de serpientes.

Por estos años de recuperación se incrementó la picaresca y robo por descuido. Y más por esto último, había días que los dependientes se turnaban para mezclarse con los clientes y evitar la entrada de carteristas. Una que se hizo famosa por su habilidad en estos menesteres era una señora mayor con aspecto de abuela entrañable que no levantaba sospecha alguna pero que poco a poco se la fue descubriendo, y si no que se lo cuenten a los del almacén de textiles de Pontejos que se les colaba en cuanto se despistaban. A día de hoy se la recuerda todavía entre los comercios de la zona. Aquí los camareros de la barra aseguran haberla servido en alguna ocasión, lo que no sabemos si se llevó algo más mientras desayunaba en la barra. Y otro timo que duró muchos años en la Puerta del Sol fue con la lotería de Navidad, las loteras que siempre han presidido nuestra puerta junto a la hermana de doña Manolita que la teníamos de vecina y eran las participaciones de los décimos. Las participaciones tenían caducidad de tres meses por lo cual si tocaba algún premio la

lotera que lo había vendido desaparecía hasta el mes de abril que se la volvía a ver otra vez por aquí.

Pero ya era tarde; ella había cobrado los décimos premiados y no pagaba las participaciones por lo que el premio era doble, el dinero de la venta de la participación y el del premio. Y los que nunca han necesitado presentación son los carteristas del Metro, esos existirán siempre. Nunca he llegado a saber si había más piratas en el Caribe o en la Puerta del Sol.

Dirección General de Seguridad

«Escribir es siempre protestar,
aunque sea de uno mismo.»

Ana María Matute (1925-2014).
Escritora

Capítulo XIII
El Madrid oculto

Hoy, 1 de abril de 1959, se cumplen 20 años del final de la guerra y para celebrarlo el gobierno, con el generalísimo a la cabeza, inauguran el monumental Valle de los Caídos. Una obra más acorde a un faraón que a un gobernante europeo.

De la inauguración se han hecho eco varios países que han mandado a dirigentes y periodistas para tal evento, anunciándolo como símbolo de una España única y libre. Contiene, además de una basílica, un monasterio, una cripta subterránea y una cruz monstruosa de 150 metros de altura, convirtiéndose en la cruz cristiana más alta del mundo. Son muchos los datos de este monumento representativo de la represión a la que es sometido este país, datos de altura, de metros cuadrados o de toneladas de piedra de Colmenar usada para su construcción, pero yo me quedo con sólo dos, los casi 1.200 millones de pesetas sacados del erario público para su construcción y los 33.872 allí enterrados víctimas de los dos bandos de la Guerra Civil. Me faltaría el dato de los fallecidos durante la construcción

como Ramón, pero nadie se pone de acuerdo, solamente los muertos por silicosis la lista es enorme, aparte de los accidentes laborales graves que se producían casi a diario según el médico preso Ángel Lausín y que los dirigentes de esta obra niegan en redondo.

Nunca olvidaré el día que estuvimos allí, no sé si sería por los nervios, pero las fotos que salen en la prensa no las recuerdo haberlas visto en persona. Esa cruz que aseguran que se ve desde 40 kilómetros y toda esa estructura que alardean que representa a este país unido y se jactan de homenajear a los caídos por la patria siendo del bando que sean.

Yo creo que los allí enterrados son las víctimas de Franco y de esta manera piensa que Dios le perdonará todos estos asesinatos, he hablado con él en varias ocasiones y es una persona insegura y temerosa, por eso se rodea de personajes poderosos tanto del mundo militar como eclesiástico, sabe que con ellos su poder no tiene final. Y cuando me dice que le gusta hablar conmigo seguro que es porque no cedo ante nada ni ante nadie, que es lo que le gustaría hacer él.

Tengo la sensación de que volveremos a encontrarnos, no sé como ni cuándo, pero pasará.

Al que le ha pasado lo ya anunciado es a ese tal Jarabo, su destino ha sido el garrote, o la bufanda como lo suelen llamar en la calle. No estoy a favor de la pena de muerte, con una buena condena hubiera sido suficiente, perder la juventud entre paredes es un buen castigo.

Hacía mucho que no nos hacían una reserva ni se les veía el pelo por aquí a los de la Falange con Rafael Sánchez Mazas a la cabeza, al que salude con mucho gusto;

—Me alegro de verle, don Rafael.

—Lo mismo digo, Vicente, ya tenía ganas de premiarme con tus manjares, y es que estoy muy ocupado con los jóvenes que vienen con ganas de trabajar y darle un aire nuevo a este país.

—Eso me parece estupendo, es lo que necesitamos sangre nueva, todo lo que venga seguro que es mejor que lo que tenemos.

—Tu siempre dando caña Vicente, eres cojonudo. Vente que te presento a dos chavales que estamos preparando.

Le acompañé hasta la mesa y me fue presentando a los que le acompañaban, a algunos ya los conocía, miembros de la Falange

y del Opus Dei, y a los otros me los fue presentando. Por último, me presentó a los dos nuevos fichajes. Del primero reconozco que no recuerdo su nombre, pero del segundo siempre le recordaré y es que su nombre a día de hoy está en los libros de texto, Adolfo Suárez, me pareció un joven con cara de picaresca y seria a la vez. Se encontraba también el tutor de este joven que por lo visto se estaba encargando de su formación al desaparecer el padre de este y no poder pagarse los estudios por lo que este tal Fernando Herrero Tejedor que era gobernador civil y jefe provincial del Movimiento en Ávila se hizo cargo de él.

Cenaron y estuvieron de tertulia hasta muy tarde, yo me senté un rato con ellos y luego se unió Martín con nosotros, les presenté por encima a todos y se quedó allí hablando mientras yo terminaba la caja. Ya cuando empezábamos a recoger para cerrar se levantaron para marcharse y Martín se marchó con ellos. Al día siguiente Martín no se pudo levantar, la resaca que tenía daba la impresión que le había pillado un camión.

Cuando resucitó me contó que acabaron Adolfo y él solos por el barrio de Lavapiés, fue el comienzo de una buena amistad entre ellos.

Hoy le he esperado para irnos juntos a *La Mallorquina* y me contaba algo sobre esta gente, hemos parado para desayunar en casa Ciriaco y hablar tranquilamente. Me contó que a Adolfo le espera un gran futuro, quieren que sea gobernador civil en Ávila o Salamanca como mínimo, y él no está mucho por la labor que le tienen reservada.

A mi esta gente nunca me han gustado un pelo, pero creo que si Martín quiere ser algo más que el contable de *La Mallorquina* estas amistades le serán de ayuda.

Raro era el día que no quedaban, a veces solos y otras veces con unas señoritas que venían a buscarles. Pero el gusto por el alcohol se convirtió en un problema, el día que salían solos la cosa acababa de muy mala manera. Llegaron a meterse en más de un lío con la policía que terminaba arreglando ese tal Fernando. Y es que Adolfo era especialista en jaranas y juergas, y Martín en mujeres prohibidas y pasadizos para escapar del mejor convento.

Madrid tiene un gran entramado de túneles y pasadizos que Martín conoce como las calles de arriba, afición que le inculcaron

Túneles bajo Madrid

Nacho y Bastian cuando se metían por el pozo del obrador. Hablan de construcciones de la época romana, de pasadizos que salen a las cocinas del Palacio Real, que seguro que es por donde se escapaba Alfonso XIII para personarse en el convento de la Encarnación o en la zona del barrio de las Musas, túneles que entrelazan el edificio de Gobernación con el teatro Español o la iglesia de San Ginés con el cuartel de la Montaña. Y nuestro pozo que debería haberlo condenado y tapado hace mucho tiempo, conduce a muchos lugares de Madrid, lugares que podían ser peligrosos. Tanto que una noche cuando estábamos a punto de cerrar apareció Adolfo con la cara llena de golpes, la ropa mojada y desgarrada, yo cuando le vi entrar por la puerta ya sabía que algo le había pasado a Martín:

—¿Que te ha pasado, Adolfo? ¿Dónde está Martín?

Se sentó en los primeros escalones de la escalera, me acerque a él, olía a alcohol desde lejos.

—Tienen que bajar a buscarlo, tienen que bajar a buscarlo. —Decía entre sollozos.

—Bajar, ¿a dónde hay que bajar, Adolfo? Cuéntame donde está Martín, habla por favor.

—Está abajo, en los túneles, le dije que no entrara en el búnker. Le dije que no entrara.

—Tomás, vete a buscar a Nacho y a Bastian. Y tu ponte en pie y que los vas a acompañar.

Bajamos al obrador y retiramos la tapa del pozo, se ató una cuerda para que bajaran. Eran cerca de las dos de la mañana y no aparecían, cuando por fin se oyó voces, el primero en salir fue Adolfo.

—¿Y Martín?

—No lo hemos encontrado, ahí abajo no hay luz.

—Coño, coger unas lamparas y volvéis a por él.

Salió Nacho y dijo de intentarlo mañana.

—Pero, Adolfo, ¿en qué lío os habéis metido? ¿Qué le ha pasado a Martín?

—Nos metimos en un búnker que está debajo de Cibeles, Martín aseguraba que casi nunca había nadie, entramos y estuvimos abriendo armarios que tenían latas de conservas y ropa militar. Me estuvo enseñando unos mapas de los pasadizos que estaban en un cajón, túneles anulados de antiguas obras del metro y pasadizos de la República, cuando oímos un «quien anda ahí», quisimos salir corriendo, pero nos alcanzaron enseguida, no paraban de preguntar quienes éramos y de darnos golpes, eran por lo menos seis militares, de pronto se oyó un disparo que retumbó como un trueno y pararon de pegarme, aproveche para levantarme y salir corriendo. Corrí sin saber hacía donde. Salí por el campo del Moro y vine hasta aquí para pedir ayuda.

Me quede pensando en lo que me acababa de contar y creo que a Martín no hay que buscarlo por esos malditos túneles si no por la superficie, si no lo han matado lo deben de tener preso.

—Adolfo, nos tienes que ayudar, habla con don Rafael o con quien sea, ahí no vais a bajar más.

Menos mal que os habéis dado la vuelta, si volvéis al búnker ese os matan a los tres.

Metimos a Adolfo en un taxi y nosotros para casa recordando el destino que tuvo Ramón.

Al día siguiente apareció Adolfo con un militante de la Falange y un militar, prometieron investigar lo que había pasado. Yo tengo pocas esperanzas después de oír lo que pasó. Y además el militar me anunciaba que era muy grave lo que habían hecho. Adolfo se libraría porque no llegaron a reconocerle:

—Eso es como colarse en el Palacio del Pardo y coger algo confidencial.

Adolfo me llamó aparte;

—Don Vicente, esto es más serio de lo que parece, pero me van a ayudar a encontrarlo, conozco a mucha gente del Movimiento y ya les he dado los datos de Martín. Tengo amistades en la plana mayor del ejército.

—Ya hemos pasado por algo igual, espero que no se repita lo mismo, ese capítulo no acabó bien.

Estuve bastante rato hablando con ellos, y todo quedó en investigar hasta donde les permita su seguridad.

Yo me sentía culpable por no haber cerrado en su día ese pozo, pero Trifón me intenta consolar diciéndome que, de saber lo que había ahí abajo, el mismo se habría encargado de taparlo.

A los pocos días apareció Trifón con una especie de mapa que le había comprado a un anticuario en el Rastro, eran las calles, por llamarlas de alguna manera, del subsuelo madrileño. Lo estuvimos estudiando y era increíble hasta donde llegaban esos pasadizos y túneles, había uno que empezaba en el Teatro Real y acababa en la Casa de Campo, dimos con lo que parecía un refugio debajo de la Cibeles junto a algo que por el dibujo representaba un río, y no era el único, había más corrientes de agua, por la calle Alcalá, por la calle Arenal y por la calle Goya. Cada túnel estaba dibujado con un color dependiendo de quien lo había construido, algunos eran republicanos, otros monárquicos algunos pertenecían a obras abandonadas del Metro y hasta pasadizos que según Trifón podían tener más de 500 años por tratarse de alcantarillado romano. Creo que tenemos una obra de arte con esta especie de mapa que parece dibujado a mano.

No pasaron muchos días cuando recibimos una reserva por parte de Adolfo, serían diez para cenar, espero que traiga buenas noticias.

Se personó con su padrino Fernando varios dirigentes de la Falange y tres militares con la sorpresa que uno de ellos era ni más ni menos que Carrero Blanco, y en una mesa del salón grande se sentaron dos individuos que deberían ser de la seguridad de este porque no dejaban acercarse a nadie al salón pequeño, y es que todos los clientes que se encontraban en ese momento intentaron saludar a

Carrero Blanco como si se tratara de un actor o cantante de moda.

Hambruna en Vallecas

Estuvieron cenando tranquilamente mientras a mí me temblaban las piernas esperando alguna noticia, tanta era mi impaciencia que no pude evitar acercarme a saludar a Adolfo y a su tutor. Adolfo se levantó, me saludó y me presentó a los demás acompañantes. Me llamó la atención que Carrero tuviera referencias de mí y de la casa:

—Hombre, es usted don Vicente, tengo entendido que tiene una buena amistad con nuestro jefe de estado. Y lo sé de buena mano.

—Yo no lo llamaría amistad, sería más adecuado llamarlo complicidad, él me deja tranquilo y yo a él.

—Eso que dice es muy gracioso, me gusta el buen humor. No todo el mundo puede decir que tiene un trato tan campechano con el Generalísimo, sé que le agrada hablar con usted.

—Pues yo no puedo decir lo mismo, siento si le incomodo, pero no le veo dentro de mi círculo de amigos.

—A lo mejor a partir de hoy y después de que le cuente algo deja de pensar así. Gracias a Adolfo y a don Fernando que se personaron en mi oficina buscando ayuda por la desaparición del joven que está bajo su custodia, se puso en marcha un mecanismo de búsqueda, se interrogó a los militares que estaban de guardia ese día y de cómo dejaron su puesto de vigilancia, porque de haber entrado alguien inapropiado hubiéramos tenido algún disgusto. Ahora están pendientes de juicio. Creí oportuno informar de lo sucedido al Caudillo y el mismo ordenó que fueran detenidos estos militares, y cuando se enteró de que el tutor del joven era usted se ocupó personalmente de su busca.

Me quedé de piedra con lo que acababa de oír:

—Y ¿le han encontrado?

—Aún no, hasta que no hablen estos militares no sabremos nada, dese cuenta de que no podían detenerle, hablaría y a ellos se les caería el pelo, se descubriría que habían dejado su puesto, pero no contaban que el otro que se les escapó era Adolfo, seguro que aún no se explican cómo los hemos descubierto.

—¿Y cuándo es ese juicio?

—Un juicio militar no es como uno civil, puede ser mañana o el año que viene. Pero el Caudillo ha designado a unos interrogadores muy convincentes y esperamos que confiesen antes del juicio. Esto no es muy común en el ejercito por eso le comentaba que debería estar agradecido con el Caudillo.

Yo no sabía que pensar, por un lado tenía razón Carrero, pero por otro estaba muy preocupado por el desenlace de esta búsqueda.

Me estuvieron alertando de la gravedad de este asunto si se llega a enterar la prensa de que Adolfo se encontraba en el lugar junto a Martín.

Y es cuando entre copas de Napoleón y buenos puros a cargo de la casa se descubrieron las intenciones de colgar a Adolfo en la alta política. Vamos, que le estaban preparando por parte del ejército, de la Falange y el mismo Caudillo. Yo no sé, pero no le veo para la política, lo mismo me equivoco.

Ahora toca esperar como pasó con Ramón, se despidieron y Carrero me prometió volver con su esposa y lo cumplió, apareció con ropa de paisano y nos costó reconocerle.

El juicio a esos militares no parecía llegar, pero las torturas a las que fueron sometidos no se las deseo a nadie y es que estar acusado de abandono es una cosa y de hacer desaparecer a una persona es otra. Llegué a recibir una carta del palacio del Pardo pidiéndome paciencia y que estaban muy cerca de dar fin a este asunto escabroso. No puedo hacer de tripas corazón y por mucho que este dictador me ayude nunca cargaré con él. Pero el interés por encontrar a Martín me hizo mandar una carta de agradecimiento expresando lo agradecido que estaba con la ayuda por encontrar a mi ahijado.

No puedo decir cómo me enteré, porque juré que jamás contaría quien me informó, pero sí puedo contar que uno de los militares no

soportó las torturas a las que fue sometido, otro quedó que no conocía ni a su madre, tampoco quiero contar las torturas que emplearon para que hablaran por ética. Hasta que uno quiso hablar y confesar, pero sólo se lo contaría al otro que acompañaba a Martín, o sea a Adolfo, le llevaría a donde estaba, pero los dos solos. Sabía que le mandarían a una cárcel militar de todos modos y quería conocer a su delator. Y Adolfo, que en su interior tenía una pesada losa de culpabilidad por dejarle allí solo, aceptó la proposición del militar.

Tuvimos que llamar a un albañil para que volviera a abrir el pozo por donde entraron Adolfo y el militar que llegó esposado y con la cara que parecía que le había pillado un tranvía.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando se empezó con este lío, yo quería que encontraran a Martín, pero había algo que me preocupaba, no me gustaba la forma de hacer esto, y por eso me dirigí al militar que llevaba esa operación;

—No creo que sea buena idea que bajen los dos solos.

—¿Quiere bajar usted? Por mi se puede tirar de cabeza.

—Yo no puedo bajar por edad, si no lo haría, pero quiero que les siga un empleado de la casa que conoce bien estos túneles.

—Está bien, pero que les siga de lejos, no quiero que esto después de tanto trabajo se vaya a la mierda.

Llamaba trabajo a torturar, seguro que era peor que los militares arrestados.

Bajó Nacho después de unos minutos para seguirlos, Adolfo llevaba una pistola por si tenía que defenderse.

Pasó más de una hora y media cuando apareció Nacho sólo;

—Necesito que alguien baje y me ayude. —Gritó desde el fondo del pozo.

—¿Qué pasa Nacho? ¿Habéis encontrado algo? —Le pregunté.

—Que baje alguien coño, y tirar una cuerda.

Bajaron dos militares jóvenes y desaparecieron de la vista los tres.

Esperamos otra media hora hasta que volvimos a oír a Nacho;

—Tirar la cuerda.

Yo en ese momento me senté, me temblaban las piernas esperándome lo peor, y no me equivoqué, ataron el cuerpo de Martín a la cuerda y pidieron que tiráramos de ella, cuando el final de la cuerda llegó arriba llevaba atado el cuerpo de Martín,

estaba descompuesto y roído por las ratas, no sé si fue el olor a putrefacción o la imagen del cuerpo de Martín todo desfigurado que siempre se me quedaría en la retina, pero perdí el conocimiento. Hasta los militares que estaban allí, se echaron para atrás al verlo. No pude ayudarlos a desatar el cuerpo, aún estaba conmocionado. Lo tumbaron en el suelo y lo taparon con dos chaquetas de los militares cuando se oyó una carcajada que procedía de la parte de los hornos, retumbó hasta el suelo.

—Joder, ¿qué ha sido eso? ¿Quién está ahí? —Preguntó el sargento dándose la vuelta.

Preferí no contestar o no pude, no lo sé, yo sabía que era el puto comisario alegrándose por lo sucedido. Pero qué le importa a esta panda de mamarrachos. Acabaron subiendo del pozo Nacho, los militares y Adolfo, pero el otro militar no salió y a Adolfo se le cayó la pistola a las alcantarillas y no se pudo recuperar. Ahora fue Adolfo el que se encargó de que ese pozo quedara sellado de por vida. Y ahora es cuando pienso que quizás este chaval sí que puede valer para la política. El futuro decidirá.

Pasaron los días y no conseguía levantar cabeza, no me centraba en mi trabajo, fue como perder a un hijo para mí. Me aconsejaron que pasara unos días alejado de *La Mallorquina* y así lo hice, me marché a Otero y pasé unos días con Zacarías descansando y paseándome por ese pueblo que con el tiempo se convertiría en una vía de escape y de ayuda para relajarme de tanto problema, quizás sea la medicina que hacía que no renunciara a mi cargo en esta casa. Tanto que terminé comprándome una parcela y encargué a Zacarías que me construyera una casa para pasarme algunas temporadas allí.

Y así lo hizo con la ayuda de varios albañiles me levantaron una gran casa con huerta y un gran porche donde pasaba la noche hasta que el relente me hacía entrar de madrugada. La muerte de Martín me afectó de por vida.

«El camino del deber se encuentra
en frente del sendero del egoísmo.»

Niceto Alcalá Zamora (1877-1949).
Político y jurista

Capítulo XIV

La mala hierba

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero cuando son tantas heridas por curar voy a necesitar tres vidas para hacerlo. Pero mi deber con esta casa y sus empleados hace que mire hacia adelante y siga tirando del carro. Ahora se vive en España una época de recesión y la creencia de que Franco está perdiendo poder hace que los partidos de izquierdas en el exilio formen agrupaciones y sindicatos más fuertes. Los salarios llevaban congelados más de dos años, lo que provocó una oleada de emigración a otros países más industrializados, de hecho, de aquí se marcharon dos empleados del obrador hacia

Emigrantes españoles vuelven

Alemania para trabajar en una empresa de fabricación de motores. Y eso fue la punta del ovillo, aseguraban que allí se ataban los perros con longanizas con lo que se consiguió el efecto llamada y en los años sesenta raro era el que no tenía en la cabeza marcharse para ganar lo que no se ganaba aquí. Y para poder vivir de otra manera más saludable.

Se empezaron a crear sindicatos y nuevas fusiones de partidos como ARDE presidido por Diego Martínez Barrio al que conocí de la mano de don Alejandro, partido del resultado de la unión de Izquierda Republicana y Unión Republicana, lo que era el Gobierno de la República en el exilio al igual que el Gobierno vasco con el PNV, ANV, y el PSOE que mantenía su sindicato UGT sin casi participación en los organismos sindicales franquistas.

Hasta lo impensable, la iglesia católica con sus nuevos y jóvenes sacerdotes se unieron y crearon la Hermandad de Acción Católica y la Juventud Obrera Cristiana y se identificaron con movimientos de libertad fuera de España. Tanto que más de trescientos curas vascos firmaron una carta en la que protestaban por la falta de libertad tanto en el clero como en las provincias vascas. Quien lo iba a decir hace unos años, los curas quejándose de libertad. Pero yo creo que es el fruto de lo que se está sembrando, siembran odio y es lo que están recogiendo.

Sobre todo, en las vascongadas, ellos van a ser los primeros en rebelarse, como dice Trifón.

Espero que no acabemos a tiros otra vez.

Y los que han vuelto a Madrid son los príncipes de España fijando su residencia en el Palacio de la Zarzuela. Nacho y Bastian aseguran ser amigos del príncipe de cuando frecuentaban las dichosas alcantarillas y pasadizos. Algún día me gustaría contarle lo de su abuelo con Mateo Morral. No estaría de más una reserva principesca en nuestro salón, pero yo a estos, de momento, los veo más de no salir del palacio. Los que sí han vuelto a reservar son los del *Real Madrid*, y es que han vuelto a ganar la Copa de Europa por quinta vez consecutiva, están tan acostumbrados a esto que solo han venido cuatro dirigentes del club, ni don Santiago ha venido. Pero bueno, no nos podemos quejar, las ventas van mejor sobre todo en la pastelería y la confitería, ha sido todo un acierto apostar por

las labores de pastelería. Las napolitanas son todo un éxito, están dejando atrás a las ensaimadas y los croissants, y es que tenemos los mejores profesionales en el obrador. Y el qué ya no disfrutara de nuestros productos es el médico Antonio Vallejo-Nájera, tiene una esquela a toda página en el diario *ABC*, no lo sé, pero no lo siento. Lo que siento es que esta pandilla de asesinos se queden sin castigo, ojalá sea cierto que después de la vida hay castigo para la gente como esta. Del que si sentí su muerte es del doctor Marañón, al que conocí junto a don Benito, y es posiblemente la manifestación de duelo más multitudinaria que se ha visto en Madrid.

El que ha venido a visitarnos es Adolfo, intenta traer ánimos por lo de Martín, en el fondo sé que se siente un poco culpable de lo que pasó. Hemos estado hablando de todo sentados en el salón cuando se personaron dos jóvenes y se nos acercaron;

—¿Es usted Adolfo Suárez?

—Sí, ¿qué desean?

—Sólo entregarle esta carta para que la haga llegar al Obispado, somos dos sacerdotes de la provincia de Álava y no tenemos manera más que esta de que les llegue esta nota.

—¿De qué se trata?

—Puede leer la carta, está abierta, es solo una reclamación. Y una advertencia para el Obispo. Le hemos seguido hasta aquí, llevábamos varios días detrás de usted, sabemos que nos ayudará.

—¿Por qué les iba a ayudar? No les conozco de nada.

—No se trata que nos ayude a nosotros, cuando lea la carta verá qué es un problema que nos concierne a todos. Sobre todo, a los políticos que vienen detrás, como usted.

—Puedo hacer llegar esta carta, si después de leerla lo veo oportuno, al obispo don Leopoldo Eijo, lo que no puedo hacer es que él la lea. Quizás deberían hablar primero con el arzobispo de su ciudad.

—Eso ya lo hemos hecho, pero asegura ser un problema político en el que la iglesia debe quedarse al margen.

—Puede que tenga razón, si es un problema de esa índole quizás sería mejor que el destinatario de esta carta sea algún dirigente político.

—En Euskadi se están formando grupos marxistas dirigidos por

miembros del PNV en el exilio. Y eso ha llegado hasta los seminarios, más de 300 curas vascos han firmado una carta de protesta por la falta de libertad en las provincias vascas.

Yo, que lo único que hacía era escuchar, opté por intervenir en esa conversación.

—Si los curas se quejan es que algo malo pasa por esas tierras.

—Pasa y pasará si alguien no pone remedio. —Dijo el cura de la barba.

—Y claro, quieren que yo le dé esta carta al Obispo para que ponga orden, pero no creo que sea tan fácil.

—Nosotros tampoco creemos que pueda poner orden, solo queremos darle esta información, que no encontrara por mucho que busque.

—Está bien, yo haré que le llegue esta carta.

—Muchas gracias, don Adolfo, sabemos que es usted una persona coherente y que después de leer lo que hay dentro de ese sobre actuará de la forma más inteligente posible. Gracias otra vez.

Se despidieron estrechándonos las manos y se marcharon.

Adolfo se quedó mirando el sobre, era un sobre grande con la pinta de tener un cuaderno dentro, más que una carta parecía a primera vista una declaración de guerra.

Adolfo abrió el sobre y sacó una especie de cuaderno mal encuadernado y escrito a máquina, lo miró por todos los lados y lo volvió a guardar en el sobre.

—Esto hay que leerlo tranquilamente, me voy don Vicente, no se preocupe, ya le contaré lo que contiene esto.

—Pues sí, me he quedado con ganas de saber de qué va esto de los curas.

Y no tardó en volver y contarme que había hecho llegar la carta al obispado de Madrid y que después de leerla se dio cuenta de la importancia de lo que estaba pasando en las provincias vascas.

Por lo visto, todo viene del Plan de Estabilización Interna y Externa de la Economía impulsado por el Ministro de Finanzas Mariano Navarro Rubio, de lo poco que vale la peseta y del aumento del desempleo con la desaparición de industria en esta zona de España, lo que ha hecho que los integrantes de la organización Ekin junto con los de Acción Católica, los curas seminaristas, los jóvenes del

Partido Nacionalista Vasco y no sé quién más formen una organización clandestina a la que llaman Euskadi Ta Askatasuna, traducido al castellano como dice Adolfo, País Vasco y Libertad.

José Ortega y Gasset regresa del exilio

Como digo yo, visto esto después de veinte años de dictadura y de represión alguien tenía que dar el primer manotazo sobre la mesa. Y es que Franco ha prohibido el euskera hasta en las lápidas del cementerio. Espero que esto solo se quede en eso, en un manotazo sobre la mesa. Adolfo me cuenta que existe una lucha cultural clandestina y algo sobre unos cuadernos de formación incautados por la Policía Político Social que son para preocuparse. No creo que una panda de chavales cabreados sea para preocuparse, pero ellos verán.

Y la verdad, que entre las conversaciones que se oyen entre los clientes, son que el gobierno pierde fuelle y respeto. A mí me gusta enredarme entre ellos, los clientes son una gran fuente de información y de opiniones, alguna vez se ha llegado a las manos por tener diferentes pareceres y hemos tenido que prohibir la entrada a más de uno. Y es que cada uno cuenta su historia según le va. Entre los clientes de la casa están los que son nuestros vecinos de la DGS, entran y salen como ratones, no se les oye y casi no se les ve, por lo que hay que tener mucho cuidado con lo que se habla, puedes acabar en uno de sus famosos calabozos. Y sobre todo porque aseguran que muchos exiliados de la República están volviendo con identidades falsas y andan con las orejas como la de los zorros, los políticos republicanos, a los que llaman «caza mayor», son su predilección. Los camareros de la barra tienen identificados a algunos de los policías de la Social como se la conoce, pero entran otros con cara de perro que no sabes si sí o si no. Y hago referencia a esto por lo que voy a contar a continuación.

Ese día estuve comiendo en la calle Tetuán, en el restaurante de

unos hermanos asturianos conocidos de Trifón, donde se perdía el sentido con la fabada que allí se servía. Grandes comerciantes y trabajadores y con gran visión de negocio, tenían dos restaurantes en la misma calle, *La Farola* y *El Manantial*, se hicieron con locales en la plaza Mayor, la calle Toledo y la plaza del Carmen. Todo lo invertían, vamos, un ejemplo a seguir por su tesón y buena labor. Siempre me ha gustado codearme con empresarios de la zona, y hablar y pasar un gran rato con Benito, gerente de estas casas asturianas, me alimentaba casi más que la fabada, el postre siempre me lo comía con su visita a mi mesa. Ya era tradición, aparecía con dos vasos y una botella de orujo de café que él mismo aseguraba elaborar. Raro era que no acabásemos con ella.

Cuando salí camino de *La Mallorquina* vino a mi encuentro uno de los chavales de la casa.

—Hay una señora en la oficina preguntando por Martín.

Lo primero en que pensé es en la madre de Martín, y tenía que pensar rápidamente que la diría, esta situación no me la esperaba. Cuando me decidí a subir me temblaban tanto las piernas que tuve que agarrarme al pasamanos de la escalera para poder subir. Entré en la oficina y allí estaban Trifón y una señora que por edad no podía ser la madre de Martín. Se levantaron los dos y Trifón se encargó de presentármela:

—Esta señora es María Ortega, exiliada en Toulouse desde antes de acabar la guerra y quería hablar con usted.

—Yo soy Vicente Fernández, gerente de esta casa.

Sabía que venía en busca de Martín, pero preferí actuar como si no supiera nada sobre su visita.

—¿En qué podemos servirla?

—Estoy en Madrid de paso y quería hablar con Martín, su madre fue amiga mía en Toulouse y me pidió que si venía a Madrid me pasara por aquí para darle un beso y un gran abrazo.

—Dice que fue, ¿la ha pasado algo?

—Sí, la madre de Martín murió hace dos años, estaba muy enferma, la prometí que visitaría a su hijo y que le dijera que nunca le olvidó. Que le ha echado mucho de menos y que no se crea que le había abandonado, lo hizo porque sabía que era lo mejor para él.

—Pues Martín, estará ahora con su madre, si es que existe algo

más que esta vida. Martín también falleció hace más de un año. Fue un accidente que no pudimos evitar, yo lo tenía apadrinado y vivía conmigo, lo pasamos muy mal con lo que pasó.

—¿Qué le ocurrió?

—Eso no puedo contárselo, sólo puedo asegurarle que para mí fue como perder un hijo.

—Esta puta guerra nunca tendrá fin, siguen matando sin pudor.

Creo que enseguida se imaginó que Martín no murió de muerte natural o por alguna enfermedad.

—No les molesto más, siento mucho no haber hecho la última voluntad de la madre de Martín, veo que usted ha cuidado de él como si fuera su hijo. Estamos en una sociedad de odio y gente como usted no abunda, seguro que su madre le dejo aquí sabiendo que estaría bien.

—Usted no es solo una amiga de su madre, es algo más.

Se rió y me dijo:

—Es usted un buen observador, no me llamo María, soy Federica Montseny, fui ministra con la República y he intentado ayudar a todos los españoles en el exilio como yo. Ahora estoy en Madrid por asuntos familiares, pero me tengo que volver a Toulouse, es muy peligroso para mí y mi familia que sepan que estoy aquí.

Nos pasamos al salón donde estuvimos hablando un gran rato sobre Martín, le conté lo que pasó y de cómo acabó todo. Esta señora me recordó mucho a Eva Perón, tanto por la forma de hablar como por sus ideales. Me estuvo hablando sobre los españoles en Francia, de que formaron una piña entorno a una sola idea, vivir. Y de que muchos se quedaran allí y ya no volverán. Algunos por miedo y otros porque han formado y forjado una nueva vida, nuevas familias y nuevas esperanzas. Pero nadie olvidaba de donde procedía y que había grupos que apoyaban a encarcelados políticos y a sus familias. De que se estaban formando partidos al margen de los que existían antes. Eso me hizo recordar lo de los curas y le pregunté si sabía algo.

—Sí, sé de radicales del PNV, jóvenes que piden libertad para las provincias vascas, y se han apoyado en seminaristas para hacer llegar a todos su lucha. Y si usted sabe de esto es porque lo están logrando.

—Pero yo creo que esa lucha caerá en saco roto, no me imagino a Franco cediendo y dándoles esa libertad que reclaman, ni a ellos ni a nadie.

—Eso es lo preocupante, Franco no cederá y estos tampoco. Sé de reuniones donde se ha llegado a proponer una lucha armada contra las instituciones del gobierno para que se vayan. Los sacerdotes son la voz y la mano ejecutiva de esto.

—Los curas ya no son como los de antes..., por suerte.

—Ya era hora que se pongan de parte del pueblo, solo espero que no lo hagan al estilo de la inquisición, cada vez que la iglesia se pronuncia se lía parda.

Le conté lo de los curas que vinieron con ese sobre para el Obispo y que parecía algo muy importante.

—¿Y no sabe lo que ponía? Podría enterarse y me lo manda por carta, sería una gran ayuda andar por delante.

—Pues no lo sé, se lo puedo pedir a Adolfo, él sí que la ha leído. No la prometo nada.

Me dejó las señas de Toulouse para que le escribiera. Se marchó despidiéndose de Trifón y de mí con un gran abrazo. Ya veré si no me meto en un lío con esto de la carta, si Adolfo me dice que no se la mande, será que no. A día de hoy esta señora tiene en su honor un centro de salud en Vallecas con su nombre.

Yo creo que es la primera vez que se oye algo sobre esta gente, y es el intento de hacer descarrilar un tren en el que viajaban simpatizantes franquistas para conmemorar el 25 aniversario del inicio de la Guerra Civil con dirección a San Sebastián. Y es que el 17 de julio de 1960 se quedó como el primer atentado organizado por esta banda, aunque aún no se la reconocía como armada. Me gustaría saber qué opina nuestro querido dirigente, hasta ahora nadie se había enfrentado a él, pero esto es solo la punta del ovillo. Como digo siempre: «recogerás el odio que siembres». Si este hombre cediera un poco, posiblemente todos ganaríamos, pero no le veo yo diciendo que dará más libertad a estas provincias.

Aparece también una plataforma contra el régimen, la Unión de Fuerzas Democráticas promovidas por los secretarios generales del PSOE y UGT junto con Izquierda Democrática Cristiana, vamos, que al enano le salen más enanos. Siempre me dice que le gusta hablar conmigo, ahora soy yo al que le gustaría hablar con él. Le diría en toda su cara que no se puede obligar a la gente que le quiera

apuntándola con una pistola en la cabeza. Y es eso lo que le pesa, le falta cariño, ya desde niño hasta su padre le repudiaba. Como él me dijo en la boda de su hija, «son todos unos interesados, los tengo a mi lado porque solo aman el poder, y yo lo tengo». Me acuerdo de que los llamó pelotas y lameculos.

Casa Labra

Café Castilla

«El humor es una sonrisa bien educada.
Una risa que ha ido a colegio de pago.»

Miguel Mihura (1905-1977).
Escritor, dramaturgo y periodista

Capítulo XV
La flora y fauna de la Puerta del Sol

Me he pasado por el retiro para ver el monumento que se ha levantado en honor de Jacinto Benavente y de paso he visitado el de don Benito. Si se pudiera poner un monumento a todas las personalidades que han pasado por *La Mallorquina*, ganarían en número a los árboles. Y no solo las personalidades que todos conocemos, hay muchas personas anónimas que nos han dejado sus conocimientos y sus formas. Clientes a los que debemos lo que somos. Del que me he acordado hoy es de Mateo Morral al leer en la prensa la detención de dos anarquistas por ser autores de dos atentados con bomba, una en la Central Nacional Sindicalista y otra a nuestros vecinos de la Dirección General de Seguridad donde hubo hasta heridos, los detenidos son un tal Joaquín Delgado y un tal Francisco Granados.

Pues han pasado por el garrote vil. Y es que estar tan cerca de la DGS da un poco de respeto, algún día nos van a poner una bomba por tenerlos como clientes. Y es que en la Puerta del Sol hay de todo, todo el mundo pasa por aquí, bien de paso o bien para

Calle de Cádiz

quedarse. Desde las loteras que más bien parecen tenores vendiendo lo que aseguran tener, el gordo, pasando por el organillero vallecano con su hija, que igual te tocan un chotis como la billetera, y las señoritas de dudosa ocupación que le sacan a uno una merienda o los entresijos según se tercie. Nosotros creemos tener todo controlado en cuestión de clientela, pero se nos cuelan sin darnos cuenta y raro es el día que no salimos en los periódicos por poco. Me gusta pasearme por la plaza y sus calles, observar las demás cafeterías de la zona y los que son de los de armas tomar son Braulio y Alejandro Yenes dos hermanos vallisoletanos que regentan una taberna donde se come de miedo en la calle Cádiz, el bar *Valladolid*.

Son el vivo ejemplo de trabajo y buenas maneras, y no solo ellos, toda su familia posee negocios en esta zona, *La Blanca Paloma* que está en le calle del Carmen o la cafetería que tenemos en frente que tiene el apellido de la familia como letrero en la entrada, *Yenes*. Y es que la Puerta del Sol está cambiando de tal manera que no hay quien la reconozca. Me gusta pasarme por *El Valladolid* cuando termino por la noche y siempre terminamos hablando Braulio, Alejandro y yo de cómo nos va. El pollo asado y las tortillas españolas con cebolla que preparan son manjares que venden a precios que casi lo regalan y es que, como dicen ellos, solo queremos tener esto lleno de paisanos. Son grandes comerciantes, les hubiera ido bien en cualquier negocio que se propusieran. Incluso están pensando en crear una asociación entre los comerciantes del callejón de Cádiz como se conoce a esta calle, zapatería, frutería, alguna que otra cafetería, tiendas de ropa y una pastelería con más años que nosotros y buen género como es la *Viena-Cádiz*, que está haciendo casi esquina con la calle Carretas. Pastelería malograda por su mala gestión y peor cabeza de sus responsables. A mis años por donde

más me gusta pasearme sin prisa pero con pausas y vinos, es la zona a la que poéticamente se la llama el Barrio de los Literatos o de las Musas. Calle Carretas, La Carrera de San Jerónimo, Plaza del Ángel, la calle de La Victoria o Espoz y Mina.

Desde un gran caldo de cocido en Lhardy, una buena cerveza en *La Fontana de Oro*, unos callos a la madrileña en *Casa Alberto* o un vino generoso en *El Anciano Rey de los Vinos*. Siempre parándome en cientos de escaparates, tanto de zapaterías o de librerías, como la de San Martín, testigo mudo del asesinato de Canalejas, si te quedas mirando fijamente sin parpadear el reflejo en el cristal se termina viendo lo que ocurrió aquella mañana, o eso dicen.

Otro gran negocio es *Casa Mira*, empezó con la venta ambulante de turrones en Navidad por la Puerta del Sol, le dejaron un trozo de mostrador en esta casa y ahora es un gran referente del comercio del centro de Madrid. Solo hay que pararse en sus dos escaparates para recrearse con esos turrones artesanales que llenan las retinas de guirlaches, de yemas o chocolates. Pero la mayoría de los días mi paseo acababa en la casa de mis amigos del bar *Valladolid* tomándome un buen bocadillo de calamares y una buena tertulia con sus dueños y algún que otro cliente.

Y es que la zona centro se está especializando en comercios exclusivos, como son las ortopedias o los artículos religiosos que solo se encuentran aquí. La calle Carretas, las ortopedias y las tiendas religiosas por la calle de la Paz. Sin olvidarse de las tiendas de efectos militares que están por todas partes. No estaría demás, como dice Braulio, que uniéramos fuerzas todos los comercios para comprar más barato y ayudarnos, pero creo que eso no pasará nunca.

A nosotros nos va bien, pero quien dice que algún día todo de la vuelta y necesitemos de una mano para tirar para adelante. Y es que según las estadísticas Madrid es la ciudad española con más bares y cafés de España con 2.700 sin embargo, somos los segundos en restaurantes: eso debe ser que nos gusta más beber que comer. Hay más de 3.800 tabernas tradicionales y 470 cafeterías, vamos que si multiplicamos todo esto por puestos de trabajo son un buen recurso para acabar con la falta de empleo. Me encanta entrar en alguna cafetería y ver que está llena de clientes y sobre todo de operarios trabajando, sé que en el futuro esta zona será un referente turístico

gracias a la oferta hostelera. De hecho, la parte de la plaza del Ángel y la calle Victoria con sus hostales y pensiones se la reconoce como la zona de los toreros.

Yo nunca había acudido a una corrida de toros hasta aquel día que me invitaron a una de la *Feria de San Isidro*, fue un compromiso. Estuvieron la noche anterior cenando unos personajes andaluces que resultaron ser novilleros, algún torero y apoderados. Tomás el camarero me puso al corriente de quienes eran, a él si le encandilaba este mundo taurino. Y uno de ellos era un tal Manuel Benítez, más conocido como *El Cordobés*, y es que un torero sin apodo ni es torero ni es nada, debe ser. Como tenemos por costumbre en el salón, cuando la cena es de talla grande se les suele invitar a algún licor, pero en este caso fueron ellos los que quisieron invitarnos. Acabaron cantando y bailando en el salón con guitarra incluida. Se calentó tanto el ambiente que denegaron volver al hostal y decidieron seguir por las calles del barrio de Lavapiés, la invitación a acompañarles fue rotunda, reconozco que hacía mucho que no salía por la noche y este barrio no me trae muy buenos recuerdos.

Me llamó la atención lo bien que conocían esta zona, por lo visto este tal *Cordobés* era muy famoso. Acabamos en *El Molino Rojo*, el gran cabaret madrileño, donde nos sentaron en la mejor mesa del salón, no paramos de beber, yo tuve que dejar más de una copa casi entera por no acabar de mala manera. Hablaron con el responsable de la sala y pidieron que se les dejara actuar en el escenario a lo cual se les autorizó. Subieron todos con la guitarra y el arte flamenco que solo los andaluces tienen, fue increíble el éxito que tuvieron, se les aplaudió de tal manera que aún se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo. Nos dieron entradas para que acudiéramos a la corrida del día siguiente a la que, no sé por qué, prometí acudir. Cosa de la que me estuve arrepintiendo mucho tiempo, aquel chaval que se las gastaba como un triunfador y al que no le faltaba el buen humor le faltó poco para decir hasta aquí hemos llegado. Aquella tarde hubo una gran tormenta en Madrid que estuvo a punto de suspender la corrida, en la plaza no cabía un alfiler a pesar de toda el agua caída solo por ver a este chaval que estaba de moda en el mundo taurino. Pues podía haber llovido más, hubiera evitado la cogida que tuvo este cordobés que casi lo mata. El corazón se me

Casa Mira

salía por la boca. Yo es la primera vez que acudo a una corrida de toros y la última, a no ser que lo quiera pasar mal. Los médicos que le atendieron aseguraban que tenía una cornada muy grave. Después de pasar una noche de esa manera se les debía prohibir ponerse delante de un toro, estoy seguro que la resaca de la noche anterior tiene mucho que ver en esto. Nunca me ha gustado esto de matar toros después de maltratarlos y que un tipo se juegue la vida para disfrute de otros, hasta creo que aquel día había gente en la plaza disfrutando de la suerte de este chaval. Aun así, me interesé por el estado de este torero y me alegré de su recuperación. Nunca más volví a saber de él ni de su cuadrilla.

Del que sí volví a saber es de nuestro gobernante, me llegó una invitación para una recepción en el Palacio del Pardo, se quería premiar a los comerciantes por su apoyo a la mejora del país.

Trifón como de costumbre me aconsejó:

—Debes de ir aunque no te guste; la empresa que diriges es lo primero en lo que tienes que pensar, deja tus ideales en casa.

Y como de costumbre le hice caso, fui a ver a Chicote para ir los dos juntos. Es muy amigo mío, pero me pone de los nervios cuando se ríe de mi por mi posición negativa;

—Venga, Vicente, que al final serás su confesor.

—Vete a la mierda, Perico.

—Míralo por el lado bueno, Vicente, lo mismo salimos en el NO-DO.

—Donde vamos a salir algún día es en *El Caso*.

Entrada a La Mallorquina

Allí nos personamos como el día de la boda, pero esta vez nos dejaron pasar con el coche hasta dentro, eso sí, acompañados por un guardia civil en moto y después de habernos identificado hasta dar con nuestro número de pie incluido.

Pasamos a un gran salón, allí nos encontramos más de cien comerciantes, por lo visto de toda España. A pesar de toda la gente que allí se encontraba y como si tuviera un radar en la cabeza a los primeros que vi entre tantos, es a los del *Corte Inglés*. No se pierden una. Además, me di cuenta de que ellos también me vieron a mí, se dieron con el codo avisándose de mi llegada.

Yo seguía a Chicote como un perrillo faldero, me presentó a algún que otro comerciante y saludamos a los que yo ya conocía, como al dueño de *El Riojano* o el del *Pasapoga*, que en vez de darme la mano me dio un abrazo, seguro que tiene clavada la espina del día que nos obligó a marcharnos por culpa de aquellos médicos asesinos. No he vuelto por esa sala de fiestas desde entonces y no creo que lo haga por muchos abrazos que este tío me dé. Aquel salón era enorme pero no habían dispuesto ni mesas ni sillas, solo unas mesas corridas a los lados de la sala, donde salían los canapés y las bebidas en manos de los camareros de turno. Las paredes estaban vestidas con tapices como en el día de la boda, y dos enormes lámparas de cristales colgaban del techo abarcando toda la sala y tragándose el humo de los Montecristos que lucíamos todos.

Porque esa es otra, no había ninguna mujer, éramos todos hombres. Seguro que alguna se merecía estar allí más que nosotros. Se escucharon aplausos y todos giramos la cabeza hacia la puerta, entraba saludando como de costumbre, con la mano derecha levantada y apuntando con ella a izquierda y derecha como si nos estuviera

echando un manto por encima. Llegó hasta el fondo del salón donde se subió a una tarima para estar a la altura, nunca mejor dicho.

—Señores, están ustedes aquí para agradecerles de algún modo la labor que están haciendo por nuestra patria.

Ya le podían haber puesto un micrófono, los que estamos al fondo y con esa voz de niña que tiene apenas le oímos.

—Son una gran fuente de empleo y riqueza. El motor de un país son sus empresas y trabajadores, sin ellos no se entienden las infraestructuras como carreteras y pantanos, colegios y hospitales o ministerios y ejército. Solo un país como este, libre y justo, regido como se merece sabe recompensar a sus ciudadanos ilustres. Y yo, vuestro mentor, os he reunido aquí para demostraros que estoy con la ciudadanía, que no estoy en contra de la industria como quieren decir vascos y catalanes. Bueno, entre ustedes hay más de un catalán y más un vasco, y aquí están, sin remordimientos. A veces creo que he dado más de lo que recibo, pero no le doy importancia, he cedido a muchas peticiones a las que estaba en contra. A lo mejor ha sido culpa mía, y tenía que haberme negado a dar ciertas libertades, pero bueno, lo hecho, hecho está. De los errores también se aprende. Quiero que sepan que si he tenido que castigar no ha sido por mí culpa, nunca me ha gustado hacer mal a nadie, todo lo contrario, han sido ellos los que se han equivocado de camino y no se han dejado ayudar, han sido ellos que no han querido agarrar la mano amiga que se les ha ofrecido. Señores, ustedes y sus negocios son un referente de apoyo al gobierno español y por eso están aquí, por haber estado apoyando desde el principio este estado grande y libre.

Creo que fui el único que no aplaudió. Este tiene una espina clavada con los vascos y catalanes y no sabe cómo quitársela, posiblemente piense que se le van a clavar más espinas. Se lo ha ganado a pulso. Se ha cargado media industria en las vascongadas y a los catalanes los trata como si estuvieran en África.

Se estuvo paseando entre todos, saludando y hablando con algunos cuatro palabras, con los que se retiró al fondo y estuvieron hablando bastante rato fue con los del *Corte Inglés*. Con el tiempo supe que Franco quería que invirtieran en Bilbao con un *Corte Inglés*, y no fueron a los únicos a los que invitó por decirlo de alguna manera, a llevar sus negocios a Cataluña y Vascongadas. Más de uno prometió

Salida del Metro, Preciados

intentarlo. Lo que pensaba, este tío quiere arreglar lo que ya no tiene arreglo, lo mismo es una industria de aceros, de minas o de barcos que un centro comercial, no me imagino a un minero doblando bragas por muy borracho que esté. Nunca he estado a favor de la violencia, pero no creo equivocarme cuando digo que esta gente se está defendiendo, a todos nos han jodido, pero a estos más. No llegué a leer la carta de aquellos seminaristas que le dieron a Adolfo, y ahora me gustaría, aunque solo sea por curiosidad saber lo que esa carta contenía.

Y como en un gran menú, lo mejor para el postre, se nos acercó después de saludar a todos:

—Estas reuniones sin Vicente y Chicote no tienen sentido.

Eso nos lo dijo con las manos en nuestros hombros y con una sonrisa de oreja a oreja.

—A nosotros también nos agrada estar aquí, don Francisco.

—Habla por ti, Perico, sabes que vengo por no joderla, esto a mí no me gusta un pelo.

Esto lo dije en serio, pero pareció que había contado un chiste, empezó a reírse nuestro anfitrión y detrás de él Chicote.

—Vicente, eres el más cabrón de todos los que estamos aquí.

—Lo tomaré como un cumplido viniendo de usted. Ser un cabrón al lado de algunos de los que se encuentran aquí es un halago.

—Hombre, Vicente, aquí solo hay empresarios como tú, eres uno de ellos, aunque no lo quieras reconocer.

—Nos dedicaremos a lo mismo, pero yo respeto a mis empleados, son mi familia, otros son explotadores y se aprovechan de ellos. Son buitres carroñeros. Yo no estoy en el mismo saco.

Me volvió a poner la mano sobre el hombro y noté un ligero temblor en su mano, era un temblor involuntario, enseguida me

di cuenta, este hombre tenía un problema de salud, así empezó mi madre, incapaz de coger un vaso sin derramar su contenido. No sé qué será esa enfermedad, pero te vas al campo santo sin enterarte. Me dieron ganas de decirle que tenía al de la guadaña detrás, y no se lo dije por falta de ocasión no por miedo a lo que me contestara, yo a este tío no le temo y él lo sabe. Incluso la mirada la tiene diferente, los ojos se le van camino de la nuca, como sabéis no soy de dioses ni religiones, pero sí creo que en el que la hace lo paga, y este personaje se merece morir rabiando. Lo siento, pero como dice él, el que sufre es porque se lo ha buscado, pues ahora te va a tocar a ti.

Se despidió dando la mano a Chicote y a mí me dio la mano derecha y con la izquierda me dio dos palmaditas en la cara.

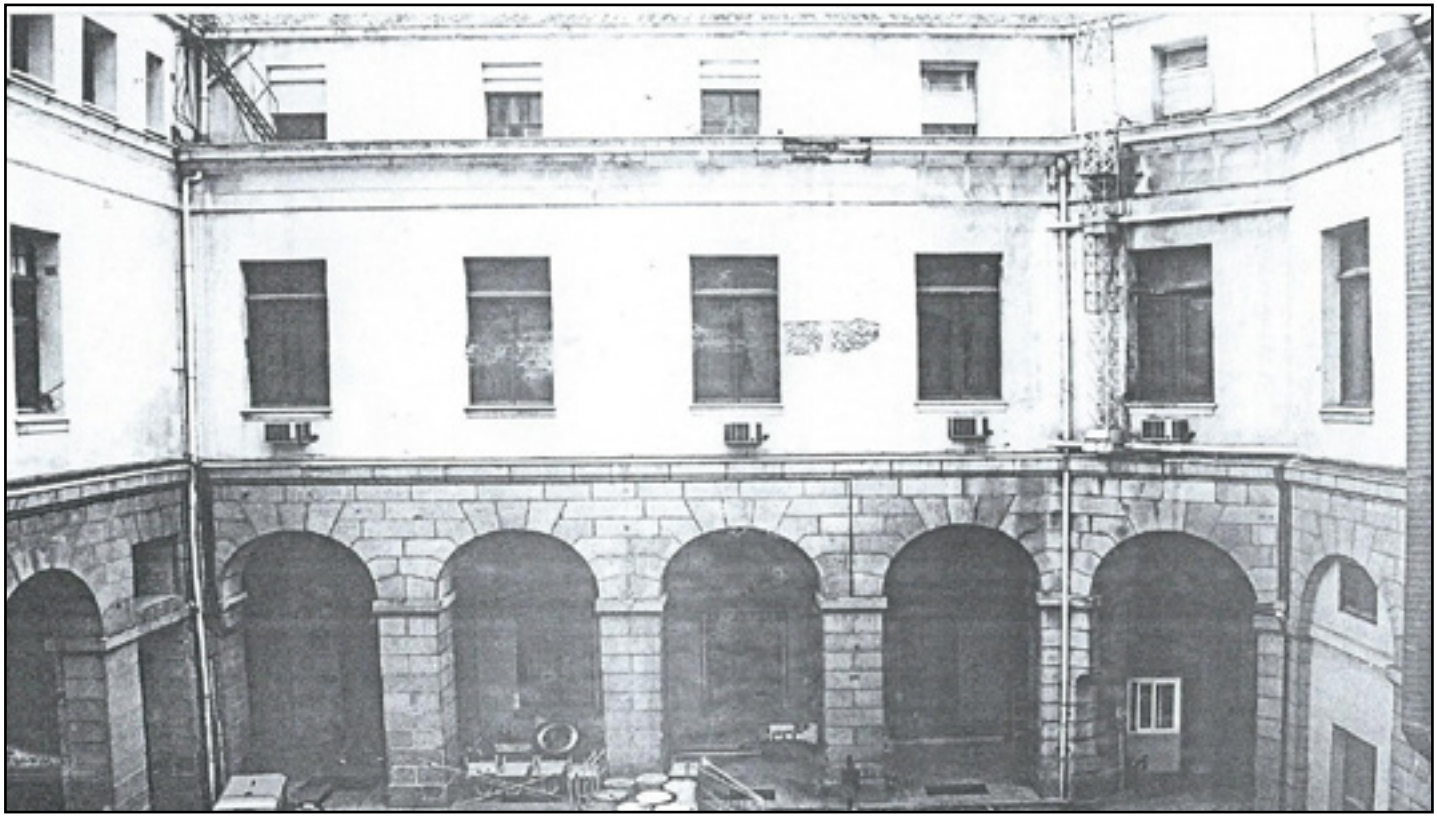
—Sabes que me encanta hablar contigo, Vicente, pero no me dejas, pones un muro a lo que sería una buena amistad. Preferí no contestarle.

Camino de vuelta, Chicote no paró de darme la bronca por mi comportamiento. Yo no soy un dos caras, no quise decirle nada por amistad, pero su triunfo es por tragar con todo y el mío es por mi trabajo, solo trabajo. Pues he dormido como un niño. Sé que Franco, aparte de quitar la vida a muchos españoles, ha quitado el sueño a más. Y lo peor es la estela que va a dejar cuando se vaya, siempre hay gente que defiende lo indefendible. Allá ellos, mi única preocupación es esta casa y ojalá pudiera dar empleo a todo Madrid, y eso sería merito mío y no la de un dictador que se pone medallas a sí mismo.

La Mallorquina ya es un referente madrileño en cuestión de buen hacer, buenos productos elaborados de la forma más artesanal, un gran ambiente familiar que los clientes agradecen y la mejor clientela de todo Madrid, incluyendo a mi amigo Chicote. Lo siento por él, pero así es.

Muchas de las noches que me paso por su bar tiene clientes que para mí no los quiero ni de lejos por muy famosos que sean. Me gusta más lo que viene por aquí, gente como nosotros, trabajadora, formal, educada a nuestro estilo y sobre todo fiel, cosa que siempre agradeceré, sin más. *La Mallorquina* es lo que es por su dedicación, trabajo y una gran clientela que se va heredando de generación en generación, no paramos de oír «Aquí me traía mi abuela» a personas ya mayores. Quien pueda decir lo mismo que levante la mano, no tenemos nada que agradecer a ningún político y menos a este dictador por muchas flores que se ponga.

He dicho.



Interior del edificio de la Dirección General de Seguridad

«En cuanto pueda, me escaparé.»

Eleuterio Sánchez «El Lute» (1942).
Ex fugitivo

Capítulo XVI
La DGS

El gobierno ha encontrado una buena fuente de propaganda con la televisión, todos los partes que emiten son para ensalzar a los gobernantes de turno. Antes eran las emisoras de radio las que se encargaban de este menester junto con el NO-DO de los cines, pero la televisión se está quedando como el mejor medio para llegar a la gente llana. Y es que la propaganda se ha convertido en algo primordial para nuestro gobernante. Está perdiendo popularidad y este medio le viene al pelo. No paran de bombardearnos con logros y méritos del Generalísimo, cuando no está inaugurando pantanos son viviendas sociales, la gente le agradece estos actos con aplausos y halagos. Pero claro está que el dinero con que se hacen todas estas obras no ha caído del cielo, es el dinero de todos nosotros, después de la guerra se quedaron con el dinero de los anteriores gobernantes, edificios, terrenos y posesiones de a los que se les acusaban de rojos en los pueblos. Vamos, que tienen para edificar otro Madrid nuevo si quieren.

El que es nuevo es el alcalde, Carlos Arias Navarro, más conocido

en Málaga como «el carnicero», apodo que no quiero saber a qué se debe. Este por lo menos es madrileño, podemos tener suerte si se le enciende la sangre madrileña y se empeña un poco más que los anteriores. Por mucho que nos quieran vender la seguridad en las calles en la cárcel solo hay presos políticos, los delincuentes entran por una puerta y salen por otra.

Solo hay que meterse en el metro para ver la cantidad de carteristas que pululan de estación en estación. A nosotros de vez en cuando se nos cuela alguno, al que pillamos sale con la cara morada.

Y del que siempre tendré su cara grabada es de un atracador que junto a otro entraron a la hora de cerrar con la excusa de encontrarse mal y necesitar un café o una infusión.

—Estamos cerrando.

—Venga, hombre, es un momento, mientras terminan de recoger.

—Bueno, pero se lo tengo que cobrar antes para terminar la caja.

Mientras se tomaba el café no perdían de vista los movimientos de las cajeras. Esperaron a que el encargado terminara para sacar una navaja del tamaño de un sable. Se echaron encima de él y se la pusieron en el cuello.

—Suelta la caja o te rajo el gaznate. —Dijo el que parecía gitano.

Lo que no sabían es que en la cocina estábamos Cristo, Tomás y yo que, al oír el grito de la cajera, salimos rápido.

—No se acerquen o le rajo.

En ese momento el encargado soltó la caja con todo el dinero que rodó por todo el suelo. El otro se tiró a por él como un rayo. Mientras recogía el dinero del suelo Cristo le lanzó una patada en las costillas que lo dejó doblado, eso no se lo esperaban, bueno, yo tampoco, al de la navaja se le escapó el encargado y decidió ir a por mí. Me puso la navaja en el pecho, y esos ojos negros que se le salían de las órbitas me miraban asegurando que la navaja me la clavaría si no les dejamos llevarse el dinero.

—Te abro en canal, cabrón, no os mováis.

Estos iban en serio.

—Dejad que se vayan, estaos quietos.

Recogieron casi todo el dinero metiéndoselo en los bolsillos y salieron corriendo por la puerta donde tenían una moto aparcada esperándoles.

Nos quedamos como pasmarotes, esa es la seguridad a la que me refería antes. Al final tuvimos suerte, no llegaron a llevarse ni la mitad de lo que había, pero tengo que poner remedio a esta situación, no quiero que nos vuelva a pasar, otro día podemos tener menos suerte y alguno nos llevamos algo más que un susto. A la mañana siguiente me pasé por donde nuestros vecinos de la Dirección para denunciar lo ocurrido y de paso dejar el mensaje de que nos vendría bien un policía de paisano. No hubo que esperar mucho para que aparecieran más de diez. Nos quedamos con un tal Mauro, comisario del turno de mañana, y vigilante en *La Mallorquina* por la tarde. Fue este mismo, el que nos trajo la noticia de la detención de nuestros atracadores, habían atracado una joyería en la calle de Bravo Murillo acabando con la vida de un guardia, amigo y compañero de Mauro.

Yo no podía dejar de mirar esa foto que publicaron en el *ABC* de las caras de los detenidos, sobre todo del que me puso la navaja en el pecho, esa mirada y esos ojos no los olvidaré nunca. Y a día de hoy creo que nadie se queda indiferente cuando le comento que uno de los que nos atracaron aquella noche y me puso una navaja con intención de rajarme como a un cerdo se llama Eleuterio Sánchez, conocido popularmente como *El Lute*. Pero aun siendo un atracador famoso, no quiero volver a pasar por esto. Y cuando digo que esa mirada nunca la olvidaré es por algo que pueda que lo cuente algún día.

Estábamos en pleno verano y a punto de cerrar por vacaciones, pero en la Puerta del Sol parece Navidad, está todo nevado, hay hasta trineos y gente con abrigos de pieles y gorros rusos. Se está rodando en Madrid *Doctor Zhivago* y una de las escenas está rodada en nuestra puerta, aseguran que son más de 2.500 extras los que participan y el dinero invertido es astronómico, se hace raro ver a toda esta gente con abrigos en pleno mes de julio. Con la grabación de esta escena esperábamos conocer a alguno de los protagonistas, Geraldine Chaplin, Omar Sharif o Julie Christie, pero aquí no han entrado.

Pero no nos hemos perdido nada desde el salón. Esto ha tenido más éxito que la visita de los Beatles que aseguran ha sido todo un fracaso, han pasado por Madrid sin pena ni gloria esos melenudos.

Volví a pasar el verano en Otero, ya me consideran un paisano más del pueblo, incluso me han propuesto entre bromas y chatos de vino que me presentara a alcalde del pueblo. Lo que me faltaba, meterme en política, aunque gestionar un pueblo no creo que sea más difícil que gestionar *La Mallorquina*. El día que me retire ya veremos, puede ser una buena opción para seguir en activo sin renunciar al descanso. Pero de momento me quedo como estaba. Empieza un nuevo curso en septiembre que para nosotros es el principio del año y hay nuevas incorporaciones tanto en la cafetería como en la tienda y obrador, nuevos camareros, cajeras, dependientes, mozos, limpieza y un policía de paisano que antes no teníamos para evitar en lo posible la actividad de carteristas y que no nos vuelva a pasar lo mismo que aquel día cuando recogíamos las cajas.

Mauro, que es como se llamaba este policía, solo venia por las tardes y fines de semana que es cuando tenía libre de su trabajo oficial en la Dirección, nuestros vecinos de enfrente.

Yo esperaba a alguien de los modos de Zacarías, pero nada más lejos, este tiene la educación como carta de presentación hasta para acompañar hasta la puerta a los que él considera visita no grata. No necesita de violencia ni amenazas para enfrentarse a los amigos de lo ajeno, hay que fijarse mucho para verle trabajar y eso se agradece en que no se monta tanto revuelo y jaleo que espanta a los clientes. Y no solo eso, además, es cortés con los clientes y si se le pide ayuda está dispuesto para lo que sea.

Todo está cambiando muy deprisa, la plaza, Madrid y nosotros. El salón ha cambiado, de las tertulias literarias a clientes normales que solo vienen a desayunar o merendar, de reservas de gente afamada a personas anónimas que solo buscan pasar una buena tarde disfrutando de nuestros productos y de las vistas que ofrecen nuestras ventanas. De vez en cuando se deja caer algún conocido de la vida madrileña como Miguel Delibes, Camilo José Cela, algún que otro jugador del *Real Madrid* o del *Atlético*, de la política, como Carrero Blanco que siempre viene con su señora esposa y otro matrimonio que no sé quiénes son. Del que no he vuelto a saber nada es de Adolfo, bueno, miento, sí sé de él, pero por la prensa o por la radio, todo apunta que a este chaval le van a colocar en un buen cargo. Vale para ello.

Entre la nueva clientela del salón están los funcionarios de la Dirección, policías incluidos, y ahora más desde que está Mauro. De lo que me di cuenta es de que se traían el trabajo a nuestro salón, papeleos, discusiones entre ellos y líos que por lo visto eran más personales que profesionales.

Y digo lo de personales porque ese trasiego de papeleos no era muy de profesionales, la mesa que usaban mientras desayunaban recibía visitas de personas que nada tienen que ver con la policía. La mayoría eran sindicalistas en busca de informes policiales que se llevaban no sin antes aportar una cuota. Daban ganas de denunciar esa actividad, pero entre ellos había hasta un comisario por lo cual era mejor mirar hacia otro lado, que es lo que nos aconsejó Mauro.

Incluso llegaron a dejar a los camareros del salón algún encargo cosa que no me gustaba mucho. Hasta uno de los policías empezó a salir con una de nuestras cajeras, y eso me gustaba menos.

Sólo con ver las caras de estos individuos, no sé si por la vida que llevan de extorsionistas y del maltrato gratuito que llevan repartiendo tantos años dan miedo, llevan escrito en la cara somos policías. Y lo peor es que lo saben y abusan por donde pisan. Aquí no iba a ser menos, el camarero que los atendía tenía que tener mucho tacto para no molestarlos y acabar de mala manera, cuando no se quejaban del café se enfadaban por la tardanza en servirlos. Eran de los del manotazo en la mesa cuando algo les parecía mal. Los insultos y amenazas son su dialéctica, y yo creo que no saben hablar de otra manera.

Cuento todo esto por ese policía que empezó a salir con la señorita Victoria. Según ella era un encanto de persona fuera de su trabajo, que no tenía nada que ver su forma de trabajar con su vida privada. Estoy seguro de que no era el único que no aprobaba esa relación, pero nadie era capaz de decirla a la señorita Victoria lo que pensaba sobre ese novio policía con cara de cabrón. Muchas flores y detalles, pero debajo de esa piel de cordero había un lobo y de los malos.

No había más que verlos a Modesto, que es cómo se llamaba el novio de esta, y sus compañeros. Verlos y oírlos, porque alardeaban de sus maltratos cómo si de hazañas se trataran, de cómo disfrutaban torturando al detenido de turno hasta que confesaba hasta el número de pie que usaba.

Se me ponían los pelos de punta solo con oírlos reírse cuando comentan que después de un interrogatorio de los buenos, se daban cuenta que se habían equivocado de persona. Las bañeras con agua congelada parecían ser el método favorito de estos *angelitos de la guarda*.

Pero cuando no se quiere ver más allá de la punta de las narices vienen los problemas y puede ser tarde para dar marcha atrás. No sé si hago bien en creerme un poco protector de la plantilla de esta casa y pecar de meterme en la vida privada de mis empleados cuando lo veo necesario, pero me siento un poco responsable de lo que les pudiera pasar. Y digo esto por lo ocurrido con la señorita Victoria.

Nos dijo que se casaba y pusimos en la cocina un cartel con la fecha de la boda y la iglesia donde se celebraría. También se invitaba a tal celebración a todo el personal que pudiera ir.

Como es costumbre en esta casa, cada vez que algún empleado contrae matrimonio o trae al mundo un nuevo retoño se le premia con un sobre con dinero que siempre viene bien para afrontar los primeros días. Y con la señorita Victoria no iba a ser menos. Mandé que la llamaran y darle el sobre en la oficina y aprovechar para hablar con ella, me comía por dentro la preocupación que sentía por esa boda.

Llamó a la puerta y pidió permiso para pasar:

—Pase, señorita Victoria.

Tengo que reconocer que el policía tiene buen gusto, la señorita Victoria es muy trabajadora, responsable y muy guapa. Siempre va arreglada, pero sin pasarse y huele de maravilla, y sé de buena tinta que todas sus compañeras la adoran.

—Usted dirá, don Vicente.

—Sabe que esta casa tiene por buena costumbre dar un regalo cuando un empleado se casa, tiene un hijo o se va al servicio militar.

—Sí ya lo sabía, don Vicente.

—Pues aquí tiene. —Le dije mientras la daba el sobre.

—Muchas Gracias.

—Bueno, además la deseamos que sea muy feliz, claro está.

—Hombre, eso es lo principal.

—Sí, es lo principal, pero eso no quiere decir que siempre sea así. De novios es todo de color de rosa, pero luego ese color se

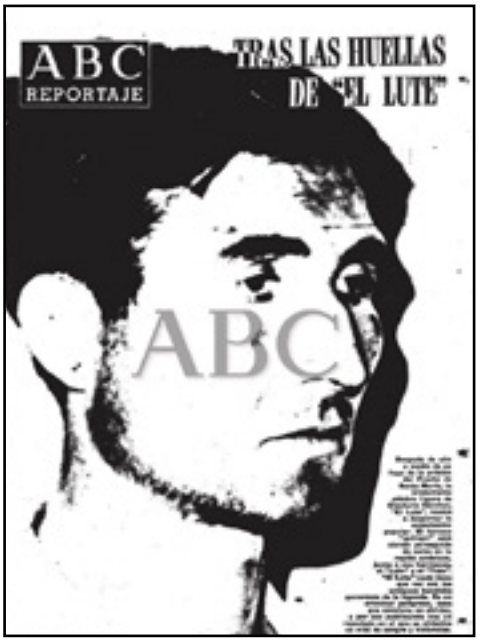
va volviendo morado hasta llegar al negro.

—No sé qué quiere decir, don Vicente.

—Nada, no me hagas caso, es que veo a su novio con sus compañeros, y la verdad que me preocupa la actitud y las maneras que tienen como herramienta de trabajo.

—No se preocupe por eso, fuera del trabajo son todos encantadores, sobre todo Modesto, mi novio.

—Sus padres ¿le conocen?



Portada del ABC con El Lute

—Claro, y están muy felices, soy hija única y para ellos que me case con un policía es una buena elección. Nos han ayudado en el primer pago del piso.

—Eso espero yo, que sea una buena elección. Bueno, señorita, que sean muy felices y todo eso.

—¿Vendrá usted a la boda?

—No he faltado a ninguna y la suya no va a ser la primera.

Y así fue, estuve en la iglesia junto a unos cuantos empleados de la casa que pudieron ir, sin en cambio había tantos policías que más que una iglesia parecía una comisaría. Y se les reconocía rápido, a todos se les notaba el bulto de la pistola, debe ser por si tienen que detener a algún monaguillo peligroso, por los comentarios soeces y por ese careto que debe ser obligatorio para entrar en el cuerpo.

He visto novias guapas, pero la señorita Victoria se lleva la palma.

Mi preocupación por esta señorita tenía su fundamento, no había más que observar a esta manada de torturadores y asesinos autorizados la forma de celebrar la boda de un compañero, no paraban de hacer alusiones al sexo y al desprestigio de las mujeres frente al dominio masculino.

La celebración se montó en el *Hotel París* con el consiguiente miramiento por ser vecinos de plaza, pero yo solo estuve en el cóctel, mi comparecencia como jefe se acababa ahí. Me di una vuelta por la Gran Vía y acabando mi paseo en *Chicote* donde un par de copas me sentaron mejor que un plato de cocido.

No pasó mucho tiempo cuando la señorita Rosa me dijo que quería hablar conmigo.

—Usted dirá.

—Mire, don Vicente, no sé si me estoy metiendo donde no me llaman, es sobre Victoria.

—Bueno, usted verá, sé que Victoria y usted son buenas amigas, si tiene algo que decirme creo que debe hacerlo.

—Es que..., coincidimos en el vestuario al entrar y al salir del trabajo y claro cuando nos cambiamos yo..., vamos, que no hay día que no traiga un moratón nuevo.

—No sé qué quiere decirme con eso. —Mentí porque sí sabía a qué se refería.

—Yo le he preguntado cómo se había hecho eso y cuando no se ha caído por las escaleras, se ha escurrido en la bañera.

—¿Por qué iba a mentir? Será verdad, si no como cree usted que se ha hecho esos moratones.

—No quiero pensar mal, pero desde que se casó ha dejado de ir a la peluquería, no usa ni perfume, siempre ha sido muy coqueta y ahora va muy desaliñada.

—No encuentro relación de eso con lo de los golpes.

—Pues piense, le tengo por una persona muy inteligente, don Vicente. No me haga hablar más.

—¿Y qué quiere que haga yo? Nunca he estado en una situación de este tipo.

—Hable con ella, sé que le tiene mucho respeto y le aprecia. Usted es un buen hombre y puede que con usted se confiese.

—Esto me viene grande, puedo intentar hablar con ella. Pero no dude que me echaré atrás si no lo veo claro. No podemos meternos en la vida privada de nadie.

Y así lo hice, primero se lo conté a Trifón, que al igual que a mí no nos pillaba de susto. Y decidimos hablar los dos con ella. Con la excusa de limpiar los cristales de la ventana de la oficina

la mandamos que subiera. Empezó desmontando los visillos para lavarlos, Trifón y yo no la quitábamos ojo, pero no sabíamos cómo empezar.

Me llamó la atención que debajo de la bata que llevan las señoritas como uniforme llevara un jersey blanco de cuello alto, y lo digo porque estamos en pleno mes de junio. Pero no tardé en darle explicación, le asomaba en el cuello por la parte de delante lo que parecía un antojo de nacimiento del que yo no recordaba habérselo visto nunca. Creo que no hace falta que explique que no era un antojo de nacimiento.

—¿Qué pasa, que tiene frío en pleno verano? —Lo digo por lo abrigada que va.

—Es que dicen que para estar sano hay que vestirse igual en invierno que en verano.

Fue muy ocurrente la escusa.

—La va a salir sarampión. Parece que intenta taparse como las moras.

Me miró de reojo y siguió con la limpieza de los cristales. Trifón me dio con el codo y me hizo una seña de que también había visto lo del cuello.

Me empezaban a sudar las manos y eso es mala señal.

—Pare, Victoria, déjelo no limpie más, pare y siéntese.

Se quedó mirándome perpleja, yo la miré a los ojos y me costó reconocer esa mirada. Tenía los ojos apagados, sin ese brillo que iluminaban su cara y de quien la miraba. Ya no era esa señorita a la que había que seguirla con la vista cuando pasaba a tu lado. Siento decir esto pero daba pena verla, ¿cómo una persona puede acabar así en tan poco tiempo?

—Victoria, en esta casa se la quiere mucho porque es usted muy especial, sé que sus compañeras y compañeros la adoran. Y sé que están todos preocupados por usted, yo también. Algo ha cambiado en usted y no para mejor. Si tiene que apoyarse en alguien para solucionar algún problema, le puedo asegurar que esta casa es su familia, no solo es un negocio o un puesto de trabajo. No vamos a mirar para otro lado, no sabemos hacerlo.

—Pues yo sigo siendo la misma, no pasa nada malo, agradezco que se preocupen por mí, pero no pasa nada.

—Victoria, ha bajado su rendimiento, falta al trabajo cosa que antes

no pasaba, se hace la escurridiza con sus compañeras y el trato con los clientes que antes eran ellos los que la buscaban ahora parece que la evitan.

—Lo siento, no sabía...

—Mire, por edad puedo ser hasta su abuelo, llevo manejando personal en esta casa muchos años. Y nunca me he quedado indiferente ante cualquier problema con esta casa y con quien hace que esto funcione como el engranaje de un reloj. Todas las piezas deben estar en su sitio y ajustadas. Y usted es una pieza de este mecanismo. Si la pasa algo en lo que pueda ayudarla, la pido por favor que me lo haga saber.

—Pero es que no me pasa nada. Estoy bien.

—Creo que tengo la capacidad y la obligación de ayudarla, y la puedo asegurar que no voy a mirar para otro lado.

—Ya le digo que estoy bien, yo no me meto en la vida de nadie, pues que nadie se meta en la mía.

Se levantó y sin decir ni adiós salió de la oficina dando un portazo.

Al día siguiente no apareció, ni al otro. Conseguí convencer a Rosa para que se fuera a su casa, pero allí por lo visto no abría a nadie la puerta por mucho que se llamara. Aunque Rosa aseguraba oír respirar detrás de la puerta. Siempre me he creído un hombre de recursos, pero ahora estaba en blanco; llegué a recordar a Eva Perón y sus ideas feministas buscando soluciones a esto.

Pero estando en la oficina alguien llamó;

—Pase. —Dijo Trifón.

Yo estaba leyendo la prensa cuando levanté la mirada y vi que era Modesto, el marido de Victoria. El tío tenía una sonrisa asquerosa de oreja a oreja.

—Buenos días. Vengo para decirles que mi mujer no va a volver.

En ese momento me dieron ganas de preguntarle si ya la había matado y por eso no iba a volver.

—¿Y eso? —preguntó Trifón.

—Hombre, no está bien visto que una mujer casada trabaje, lo suyo es que se dedique a su marido y a los hijos cuando vengan.

—Esto lo dijo riéndose.

—¿Y usted qué es lo que quiere? ¿A qué ha venido? —Le dije de mala manera.

—Tranquilo, jefe, vengo a por su finiquito y sus papeles.

—Yo no soy su jefe, y eso que me pide solo se lo daré a ella. La empleada de esta casa es ella no usted.

—Pero yo soy su marido, ahora soy yo el que decide por ella y el que dirige lo que tiene que hacer.

—Aquí no, eso será en su mundo de represión y torturas. De puertas para adentro solo mandan mis leyes y mis cojones. Usted aquí no vale nada.

—No se olvide que soy policía, no me haga que saque mi profesión por delante, vengo como marido de Victoria.

—He toreado en mejores plazas. Aquí no nos valen sus amenazas por lo cual le pediría que se marchase.

Sacó su placa de policía y la puso en la mesa.

—Los papeles, deme los papeles.

Me levanté y le abrí la puerta.

—Recoja esa mierda y márchese, y le juro que cómo a Victoria la pase algo no duraré en recurrir a quien haga falta.

—Usted no sabe con quién está hablando.

Trifón sacó de un cajón una foto en la que estoy con Chicote, Carrero Blanco y Franco que me tiene puesta la mano en el hombro. Eso de que vale una imagen más que mil palabras va ser cierto por la cara que puso. Arrugó el entrecejo y se marchó sin decir ni adiós. Intentamos por todos los medios hablar con Victoria, pero no hubo manera, hasta con sus padres, pero no quisieron decirnos nada. Llegamos a pasar una mañana entera en la puerta de su portal esperando que saliera. Nada.

Pasó lo que tenía que pasar, volvimos a saber de ella por la prensa. Había fallecido por una paliza de su marido, estaba embarazada de seis meses. El marido fue detenido y condenado, no llegó a pasar ni una semana cuando fue asesinado por un preso en la cárcel de Carabanchel, posiblemente una de sus víctimas en la DGS.

Hacía mucho que las lágrimas no me refrescaban la cara. Tengo que llorar más.

Por desgracia este tipo de sucesos no son casos aislados, pertenecen a la *cultura* de este país. Llegué a oír de boca de sus compañeros que la culpable fue ella, que de haber sido una mujer como Dios manda, esto no hubiera pasado. Le acusaban de mala esposa, de que estaba más pendiente de sí misma que de atender

a su marido. Llegaron incluso hasta inculparme a mí por tratar a mis empleadas como si fueran iguales que los hombres en materia laboral.

—Nadie les obliga a entrar en esta casa, hay más cafeterías donde no dudo agradezcan su visita, y así nos hacemos un favor mutuo. Ustedes no ven lo que no les gusta o no entienden, y nosotros no vemos esos líos a los que ustedes se dedican en este salón a espaldas de sus superiores. —Les dije con miedo a una respuesta acorde a lo que son, unos torturadores y asesinos. Pero fue mano de santo, lo único que recibí fue una mirada desafiante por parte de ese tal Pacheco al que llaman «Billy El Niño», que por cierto, se fue dando un manotazo en la mesa y sin pagar el café y el tortel con el que había desayunado.

Y digo mano de santo por que dejaron de venir, sé que algún día ese trasiego de papeleos y de informes policiales que pasaban de mesa en mesa en nuestro salón a cambio de sobres con dinero no nos iba a traer nada bueno. Estos policías sé que van a tener su castigo tarde o temprano y no sería muy bueno que lo tengan aquí.

Atentado contra Carrero Blanco en la denominada Operación Ogro

«Están ustedes enredando mucho con
todo esto de la democracia y los partidos.»

Luis Carrero Blanco (1904-1973).
Militar y político

Capítulo XVII
El terrorismo en Madrid

Madrid crece a pasos agigantados, y eso en la Puerta del Sol se nota, y lo digo por el tráfico de coches y paseantes. Hay días que es imposible caminar por esta plaza. Se ha asfaltado medio Madrid en una sola noche, lo que la prensa a denominado «Operación Asfalto», parece ser que el ayuntamiento está muy interesado en el mercado automovilístico, acorta las aceras y ensancha las carreteras. Y es que todo está cambiando muy deprisa. Nosotros también, ya somos más pastelería que otra cosa. Se han transformado mostradores de despacho en vitrinas llenas de bollería, dulces y pasteles. Las ensaimadas, torteles de levadura o de hojaldre, croissant de mantequilla que perfuman la Puerta del Sol, bambas rellenas con la nata más natural que se puede encontrar en Madrid, trufas de nata y chocolate, dulces de yema, brazos a los que se le llama de gitano y que no tengo ni idea de porqué, pasteles, tartas que no hace falta ningún aniversario para llevarse una a casa y darse un homenaje porque sí, merlitones, sabarinas, babarruas y un sin fin de productos que salen de nuestro obrador con una calidad

El niño de los Barquillos

inmejorable. Pensarán que he citado un montón de productos y se me ha olvidado el más famoso, el producto por el que más se nos conoce y el que intentan imitar todas las pastelerías sin conseguirlo, las napolitanas de crema. Hablar de *La Mallorquina* y no hacer referencia a sus napolitanas es como hablar del Espartero y no hacer alusión a las dotes su caballo. Han sido un éxito desde el primer día que salieron del horno. No hay más que ver las caras de la gente cuando se las comen calentitas, tengo que reconocer que son las cosas con las que más disfruto, y es ver que la gente disfruta con lo que hacemos. Debe ser igual que cuando se admira una obra de arte delante del artista.

Y como decía, nosotros también estamos cambiando o los clientes nos están cambiando no lo sé, pero ahora tenemos más clientes de paso que asiduos, los sigue habiendo, pero menos. Antes las tertulias del salón eran interminables con un solo café y un suizo como mucho, daban prestigio a la casa por ser quienes eran y siempre estaré agradecido por ello, pero ahora son familias las que vienen a meterse una buena merienda entre pecho y espalda o grupos de señoras que después de dejar su marcador de pecados a cero en cualquier iglesia de la zona vienen a reponer fuerzas con un chocolate y una napolitana y a reponer pecados con la vecina de turno. Lo que siempre me ha parecido muy curioso es que, aunque todo está cambiando muy deprisa, todavía está mal visto que una señora entre sola a una cafetería o un bar, sin en cambio aquí en *La Mallorquina* eso no pasaba, es posible que alguna mañana en la barra no hubiera más que señoras desayunando. Aunque parece una tontería, pero es como si la represión y la dictadura franquista se quedara fuera de esta casa,

como si su barita de mando aquí no funcionase. Sera una tontería, sí, pero me siento como el dueño de un castillo.

Además, creo tener el personal que más se ajusta a la casa, se trabaja mucho, pero se trabaja bien y eso siempre he sabido agradecerlo con recompensas económicas y buen trato. Precisamente el buen funcionamiento de una empresa se basa en eso, saber engrasar las piezas del mecanismo para que no se oxiden. Y posiblemente sea por eso por lo que la Cámara de Comercio ha reconocido mi labor al frente de esta casa con un diploma que me ha faltado tiempo de enmarcarlo y colgarlo en la oficina. Es lo primero que se ve nada más entrar. Pero parece ser que este diploma enmarcado no es del agrado del comisario Bocanegra, se ha descolgado más de cien veces rompiéndose el cristal. Lo tengo que llevar a enmarcar a sitios diferentes para evitar el cachondeo de los cristaleros. Aun colgándolo con una tira de chapa por detrás y ajustándola en otra en la pared no se sujeta. Bueno, sí se sujeta, pero al día siguiente amanece en el suelo, me dan ganas de pasarme una noche en vela aquí en la oficina solo por ver como lo hace. Trifón asegura entre risas que está más cabreado desde que invité a sus compañeros de oficio a que no volvieran más por esta casa.

De esos me deshice, pero del cabrón del Bocanegra creo que me acompañará hasta la tumba. Y es que no siempre te puedes despegar de quien no te deja ni a sol ni a sombra. Otro que no se da cuenta de que no quiero nada con él es nuestro jefe de estado, que es ahora como le llaman. Ya creo que tiene obsesión conmigo. Después de la inauguración del Museo de carruajes se han pasado a comer el capitán general Muñoz Grandes y Carrero Blanco con sus respectivas señoras.

Polizones en los tranvías

—Vicente, cuando le hemos

Atentado a Carrero Blanco

dicho al jefe de estado que veníamos aquí le he tenido que prometer que le daría un gran abrazo de su parte.

—Pues se lo devuelve. —Quedó como un cumplido, pero en realidad quise decir que no lo quería y que se lo devolviera.

Creo que este hombre está a falta de cariño, y no me extraña. Intenta acercarse a la gente de la calle y una cosa que está clara es que no es lo mismo que la gente te respete por imposición que por convicción. Y lo digo por la que se montó en Madrid en el bautizo del hijo de los príncipes, fueron vitoreados por las calles cuando se dirigían al Palacio de la Zarzuela.

A la que más, a la reina Victoria Eugenia, desde el aeropuerto donde había gente esperándola y por todas las calles. Hablan de que el régimen franquista no tiene otra salida que la monarquía para la continuación de seguir regando todo lo que esta gente ha plantado.

Y lo saben, saben que cuando las cosas se hacen por imposición las cosas no pueden salir bien. Intentan ganarse al pueblo con actos aislados como el que ha protagonizado nuestro alcalde que ha dejado sus vacaciones en Asturias para apadrinar a la niña que, según las estadísticas con ella somos tres millones de habitantes en Madrid, inaugurando pantanos o cómo un nuevo hospital al que han bautizado como Ciudad Sanitaria Francisco Franco de la Diputación Provincial, lo anuncian a bombo y platillo en televisión. Tengo que reconocer que la televisión es un gran invento, pero hay que tener

mucho cuidado porque te atontan y terminas pensando como ellos quieren.

Pero a los que estamos a pie de calle no nos pueden engañar, solo intentan maquillar la realidad con programas, incluso con el dichoso NO-DO que no paran de sacar los logros que nuestro dirigente ha conseguido y de niños en los colegios haciendo gimnasia al ritmo de un silbato como si fueran autómatas.

Pero por desgracia hay otro tipo de niños, niños que andan por las ciudades viviendo de lo que pillan o consiguen con engaños y timos. Algunos con tanto arte que se merecen más un premio que un castigo, y lo digo porque yo mismo fui víctima de uno de ellos. Paseaba por Recoletos cuando tropecé con un chaval que portaba una cesta de mimbre llena de barquillos, claro los barquillos fueron al suelo y se rompieron casi todos. El niño se puso a llorar asegurando que su padre le iba a moler a palos, que era la segunda cesta que rompía hoy, y si aparecía sin barquillos y sin el dinero de haberlos vendido, ya podía correr. Enseguida se hizo un corrillo de gente apiadándose del muchacho que no paraba de llorar sentado en el suelo. Yo claro me sentía culpable de lo ocurrido.

—No te preocupes, muchacho, dime cuánto vale la cesta entera que yo te la pago.

—Cien pesetas.

—¿Cien pesetas? Joder con los barquillos, serán de canela fina. Le alargué el dinero y acabaron los lloros, se levantó y no paraba de darme las gracias.

Recogió los pocos que quedaron enteros en la cesta y se marchó por donde vino.

A pesar de que creo que era mucho dinero para una mierda de barquillos, he hecho lo que debía. Me

Atentado en la calle del Correo

Rescate víctimas de los atentados

hubiera estado reprochando que a ese niño le calentaran por mi culpa.

Retomé mi camino cuando me di cuenta que un señor me seguía y no paraba de reírse:

—¿Se está riendo usted de mí?

—Pues claro, es la cuarta cesta que se le rompe hoy. Y usted el cuarto memo que se la paga.

—No creo lo que me está contando.

—¿No? Pues quédese un rato conmigo y verá como dentro de un rato se repite la escena.

Me quedé pasmado, pero luego me dio por reírme también.

Qué cabrón de niño y que buen actor. Y la verdad, no me sentí estafado y menos aún enfadado por lo que me había pasado. Además, cada vez que tengo la oportunidad lo cuento y quien lo escucha se ríe hasta casi llorar.

Chavales de esta guisa los hay por todos los sitios y la Puerta del Sol donde más. Se buscan la vida como pueden pidiendo limosna, engañando haciéndose pasar por tullidos, incluso agenciándose con algo ajeno. Al que nunca olvidaré y creo que quien lo haya conocido tampoco es a Sito, un chaval de unos diez años que igual les consigue el cambio a las loteras como va a por tabaco para los policías de la Dirección a cambio de unas propinas, aunque de los policías solo sacaba lo que les sisaba y un pescozón. Si alguien necesitaba algo solo tenía que pedírselo, lo conseguía todo. Esa vida que no la quiero ni para mi peor enemigo parece que es la que le gusta a este chaval, y lo digo porque siempre se le ve con una sonrisa en la cara y feliz. Nadie sabe si tiene padres o de donde procede, hay quien dice que es huérfano y que es de Murcia, otros que es hijo de un cura y de una monja y por eso no cuenta nada de él.

Retirada de escombros

Hay que reconocer que se hace querer. Aquí viene por las mañanas y don Juan siempre le tiene preparado algún bollo del día anterior y una bolsa con las pastas de té que se rompen al colocarlas. Raro el día que no deja un chascarrillo o cuenta algo que le ha pasado que no se lo cree ni él, pero siempre saca una sonrisa al que le oye. Luego se marcha a la cafetería Rolando, en la calle del Correo, donde le ponen un cuenco de café con leche donde vuelca las pastas y desayuna sentado en la mesa junto a la ventana como un señor. Allí espera que aparezca alguno de los policías que le encargan de todo, desde tabaco pasando por bocadillos incluso comentan que le mandan seguir a algún sospechoso delincuente.

Eso me cuesta creérmelo pero nunca se sabe, lo que si se es que la gente le quiere. Es delgaducho y no muy agraciado de cara, pero tiene unos ojos que le ocupan media cara y una mirada graciosa. Lo mejor es la labia, es una gran arma para los tiempos que corren. Se paseaba por toda la Puerta del Sol con la cabeza alta y saludando a todo al que le conoce, se pasaba por todos los comercios sin problema, menos en *El Corte Inglés* donde no le dejaban ni pasar por la puerta. Y en el *Metro*, donde se colaba sin problema. Bueno, alguna vez hemos visto correr detrás de él a algún operario del *Metropolitano* sin llegar a cogerlo. Tanto es el apego por este muchacho que se lo han llevado a la inauguración del Parque de Atracciones donde por lo visto ha disfrutado como lo que es, un niño.

Y la sorpresa de hoy ha sido la que nos ha preparado nuestro dirigente, de una manera inesperada ha anunciado a su sucesor al

frente de este país. Bueno, mucha sorpresa no es, se sabía que tiraría de la monarquía para su sucesión y por cuentas debería ser don Juan de Borbón, pero por discrepancias con el jefe, este ha decidido que sea el hijo, Juan Carlos, que seguirá siendo Príncipe mientras viva Franco.

Ahora me viene a la memoria su abuelo don Alfonso XIII, como pasa el tiempo. Este joven que en el futuro será nuestro dirigente hace poco era un chaval que recorría los túneles y pasadizos junto a Martín, Adolfo y otros chavales como diversión y que a Martín le costó caro.

El que me ha pedido mi opinión al respecto es Carrero Blanco en una de sus visitas con su señora:

—¿Qué te parece, Vicente, la decisión de la sucesión?

—Para serle sincero no comulgo mucho con la monarquía.

—Qué coño monarquía, Juan Carlos es más militar que príncipe. Y de eso ya nos encargaremos nosotros. A su padre en Barcelona le va muy bien como conde, ahora la formación del príncipe está en manos de los mejores generales de España.

—Ya me lo imaginaba, al jefe le queda poco y están preparando a Juan Carlos para continuar con el legado.

—Hombre, algo hay que hacer, Juan Carlos es un crío que no sabe ni donde tiene la mano derecha, los que estamos aquí desde el principio deberíamos ser los herederos del gobierno. Yo tengo el apoyo de todo el ejército para ser el próximo jefe del estado, algo que no sé por qué al caudillo le pone de mala hostia. Vamos que últimamente su amigo parece que no sé, pero cuando me ve pone cara de perro.

—Yo no soy amigo de ese, su jefe.

—Pues siempre te pone de ejemplo para explicar lo bueno que es el trabajo y el tesón, vamos que te pondría a ti de jefe antes que a mí.

—No será para tanto, usted es muy leal al gobierno y al ejército, más será miedo a perder poder.

—¿No es para tanto? Mira del Estado Mayor me han dicho que varios militares estamos amenazados por esos asquerosos vascos de la ETA. Y se han puesto medidas de seguridad para todos menos para mí, incluso se ha cambiado de región militar a más de un general. Estoy solo, y no sé qué hacer, Vicente.

Atentado cafetería Rolando

—Pida el retiro voluntario, seguro que no le pondrán pegas.

—Es una buena solución, déjalo todo y descansa que ya te lo has ganado. —Esto lo dijo la mujer de Carrero que no hablaba por no molestar.

—Eso es de cobardes, ¿cómo voy a tirar los galones a la basura? Nunca.

Se marcharon discutiendo entre ellos, no volví a verlos, sobre todo a él.

De la Dirección dicen que hoy han sacado una mochila con una bomba, un día salimos volando por estar tan cerca de esta gentuza.

Y Carrero Blanco ha sido proclamado presidente del gobierno, pero le ha durado poco, cuando he llegado a la oficina Trifón se ha encargado de darme la noticia, cuando salía de misa en el coche oficial una bomba ha estallado a su paso, el coche ha llegado hasta el tejado.

Mi idea de la jubilación era muy buena. Sin galones pero vivo, más lo siento por su señora que es la que tiene que sufrir ahora por todo esto.

De este atentado se ha escrito mucho y de todo, lo han llamado «Operación Ogro», hablan de que si los americanos, que si la ETA. Hasta de que Franco estaba detrás de todo esto.

Si en España teníamos pocos problemas ahora otro más, el terrorismo. Aunque esta gente apunta a lo alto cuando dispara, da también a los que estamos abajo y eso lo digo por el chófer

que también dijo adiós a este mundo y nadie dice nada de él, me imagino que también tendrá familia que lo debe estar pasando muy mal.

Y es que las amenazas de bomba, las de secuestros y proclamaciones de atentar contra todo lo que se mueve se ha convertido en el pan nuestro de cada día.

Sé que todos pensamos que estas cosas solo les pasan a los demás, pero se puede estar en el momento, ese momento que te crees que es para otro y sin en cambio te toca.

Y así quiero o por lo menos intentar relatar ese día tan fatídico como fue el 13 de septiembre de 1974, sobre todo por algo que a las autoridades se les ha pasado de largo, pero no a los que *vivimos* la Puerta del Sol.

Parecía un día más, no hacía ni dos semanas que habíamos vuelto de las vacaciones de verano y los comercios estábamos cogiendo el ritmo de nuestros quehaceres. Como la mayoría de los días llegué a *La Mallorquina* sobre las diez de la mañana con mi prensa bajo el brazo, al entrar al primero que vi es a Sito comprando unos croissants para los policías de la Dirección:

—¿Qué haces Sito? ¿Cómo estás?

—Buenos días, don Vicente, aquí comprando para estos pistoleros.

—¿Has desayunado?

—Si, ya me ha dado don Juan unas ensaimadas de ayer, bueno las he compartido con las palomas.

—Si necesitas algo estoy en la oficina.

—Gracias, don Vicente, pero hoy me han pagado un menú en Rolando los pistoleros. No se les puede hacer desprecios que se enfadan.

Vaya tío, pensé. Te saca una sonrisa sin darse cuenta.

El día no tuvo nada de especial hasta las dos y media de la tarde, cuando la Puerta del Sol retumbó como si se hubiera caído el cielo, se nos cayeron las cosas de las estanterías, el suelo parecía abrirse debajo de los pies y desde la oficina vimos como una nube de polvo se apoderaba de la plaza procedente de la calle del Correo. Los gritos, la gente corriendo, el desconcierto por saber que había pasado, se mezclaban para convertir ese momento en un episodio de terror. Una bomba en los aseos de la cafetería Rolando dejo en

escombros ese local más el restaurante Tobogán que lindaba por detrás, justo frente a nuestra casa. Una bomba asoló la cafetería Rolando.

No paraban de sacar heridos y muertos, once muertos oficiales, la bomba iba destinada a policías y comisarios de la Dirección, pero entre las víctimas no había ninguno, once muertos civiles fue lo que contabilizaron las autoridades, se han llegado a publicar los nombres y apellidos de las victimas, pero desde aquel día en la Puerta del Sol falta alguien al que no hemos vuelto a ver, Sito, desde aquel día nadie ha sabido dar referencia de él. No sabíamos su nombre ni apellidos, pero ninguna de las victimas tenía la edad de un chaval como Sito.

No quiero ni pensar lo que le haya podido pasar, pero durante muchos años todos los 13 de septiembre alguien coloca unas flores a las puertas de esta cafetería cerrada con una cinta donde pone el nombre de Sito, y donde si te asomas se ve todo derruido. Muchos años después este local retomo la actividad y yo personalmente estuve muy pendiente de la reforma esperando algo que no hace falta que diga qué es. Pero eso ya lo contaré en otra ocasión.

Protestas en la Plaza de Atocha

Los grises sofocan una huelga

«Dios, patria y justicia.»

Blas Piñar (1904-1973).
Político y escritor fascista

Capítulo XVIII
Crónicas de una muerte esperada

Aún retumba en nuestros oídos el atentado de la calle del Correo. Ha sido en la cafetería Rolando como podía haber sido en cualquier otra cafetería. Solo con pensar que la hubiesen puesto aquí se me ponen los pelos de punta, ahora se estaría hablando de docenas de muertos. Menos mal que los policías dejaron de frecuentar el salón. Y del niño Sito nada de nada, incluso los policías dicen estar buscándolo, las versiones de lo que le puede haber pasado son hasta ridículas. Hay quien llega asegurar que los terroristas se lo han llevado para convertirlo en uno de ellos o que la bomba la puso él para vengarse de los policías. Vamos, que la inventiva es cojonuda.

Pero la verdad que es para pensar lo peor.

En el gobierno han designado como relevo de Carrero Blanco al que era nuestro alcalde, Carlos Arias Navarro convirtiéndose en el primer presidente no militar. Hablan de los cambios en el gobierno cada vez más monárquico y menos militar. Yo no lo veo.

Lo único que veo es que estamos igual o peor, cada vez es más difícil mantener una familia, yo tengo a varios empleados que tienen otro trabajo para llegar a final de mes. Los sueldos son lo que son, y

eso que aquí son algo más sustanciosos que en otras empresas, pero es que está todo muy caro. Y como publican varios periódicos el coste de la vida ha aumentado un 17 por ciento. Se acercan las navidades y más de uno me ha pedido que les adelante parte de la paga de Navidad. Yo intento hacerles entender que gastando el dinero antes de cobrarlo es ir contra corriente, pero, bueno, ellos verán.

Otras navidades están a las puertas, son días de mucho trabajo, pero necesarios para aguantar el resto del año. Turrones y mazapanes, polvorones y mantecados, guirlaches y peladillas. Todo sacado de nuestro obrador. Ya desde primeros del mes de diciembre se nota la afluencia de gente en busca del árbol de Navidad o de figuras para el belén en la Plaza Mayor. Las colas interminables a las puertas de nuestra vecina lotera, la hermana de *doña Manolita*.

Dicen que no vende tanto como su hermana en la Gran Vía, pero no se puede quejar. Y las loteras de la puerta, que venden un poco más caro los décimos, pero con tal de no esperar o porque llevan ese número con el que han soñado, tampoco se quedan atrás. Otros que hacen el agosto son los carteristas, aunque tenemos al policía de paisano, alguno se nos cuela y acabamos a hostias. Cosa que no es bueno porque la tienda se vacía en segundos. Pero, son fechas para algunos de alegría, y para otros de tristeza por los seres queridos que ya no están. Yo siempre recuerdo a mi madre en estos días, a ella sí que la gustaban estas fiestas.

Tuvimos una reserva para lo que llaman ahora cena de empresa, la reserva la hizo una señorita a nombre de *El Corte Inglés*. Se cerró el salón pequeño para veinte personas, todos jefes de planta y señoritas dependientas que, al verlas desfilar cuando subían las escaleras parecía un desfile de modelos. A mitad de la cena donde abundaban las risas y los bailes sin música apareció el jefe de los jefes, Ramón Areces.

Enseguida me di cuenta de que esa tal cena de empresa estaba planeada por él. Era el rey del comercio y sus empleados lo trataban como tal.

Cuando llegó solo faltó que le pusieran una alfombra roja y que le tiraran pétalos de rosas.

Después de varias botellas de vino y muchas cervezas tuvimos que poner el biombo para que desde el salón grande no se vieran las escenas más dignas de una sala de mala fama que de una cafetería.

Estuvieron hasta cerrar y como era de imaginar Areces pagó todo, pero al recoger abrigos, chaquetas, jefes y señoritas llamó a Tomás para preguntarle por mí.

—¿Dónde anda mi amigo Vicente?

—Está en la oficina, acabando las cuentas de hoy.

—Id bajando que ahora os alcanzo.

Entró en la oficina sin llamar, mal por mi parte por no cerrar con llave cuando estoy contando el dinero del día. Algún día me volveré a llevar un susto.

—¿Cómo estás colega Vicente?

—¿En *El Corte Inglés* no tienen puertas?

—Pues no, y menos para personas como tú.

Se sentó sin invitarle, cosa que me puso de mal genio, ya de por sí no me hace mucha gracia para que encima entre en mi territorio como si fuera el dueño del mundo.

—¿Aún no tienes contable para esto? Ah, perdona, es que eres de los que no se fía ni de su padre, ya no me acordaba.

—No me has dicho el motivo de esta visita, porque Ramón Areces no hace nada que no sea beneficioso o de interés.

—Sólo quería verte, hombre, no entiendo ese desaire que tienes conmigo, que te crees que no me doy cuenta de que cuando coincidimos en algún evento, me evitas como si tuviera la sarna.

Solté el lápiz que tenía en la mano, me quité las gafas y le miré a los ojos.

—No andas muy descaminado, ni tu ni tu tío o quien quiera que sea sois de mi agrado, sois unos buitres que intentáis haceros hasta con el reloj de la plaza, pero todo lo que sube baja y estoy seguro que el batacazo que os vais a dar se va a oír hasta en la China.

—Ja, ja. Vicente, eres cojonudo, solo intentaba ser cordial contigo, ya veo que eres un perro viejo, vamos, que intentar que te subas al carro de los comerciantes de la zona centro es imposible.

—Tengo mucho que hacer, cuando salgas cierra la puerta, porque aquí si hay puertas.

Se marchó riéndose, pero el muy cabrón dejó la puerta abierta.

No tardé en volver a verle, a los pocos días nos invitaron a una cena en el *Hotel Palace* la Cámara de Comercio, yo como siempre del brazo de Chicote. Nos pasaron a un gran salón donde al fondo

se encontraban las mesas distribuidas por dedicación profesional. Había hasta un señor tocando el piano que no paraba de fumar y de beber whisky, pero muy bueno. Hubo de todo, marisco, jamón, cordero, un gran vino y cava, dulces típicos de estas fechas y unos puros cubanos que hacían falta las dos manos para sujetarlo. Pero al final cuando yo creía que se acababa aquello, alguien me tocó en el hombro.

—Buenas noches don Vicente, ¿tiene un momento?

No conocía a ese individuo de nada.

—Sí, dígame.

—Acompáñeme, es un segundo.

Le seguí hasta un pasillo donde nos quedamos solos.

Sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó mientras miraba hacia todos los lados asegurándose que nadie nos veía.

—Tenga, coja este sobre.

Lo cogí instintivamente, lo miré y vi que era un sobre con el escudo del gobierno.

—¿Esto qué es?

—Yo eso no lo sé, solo me han encargado que se lo entregue en mano. Solo puedo decirle que viene del Palacio del Pardo, pero no lo lea ahora, me han dicho que le diga que es confidencial.

—No entiendo nada, no sé qué tengo que ver con el Palacio del Pardo.

—Yo tampoco, solo soy un emisario, mi misión era entregarle esta carta y nada más.

Este emisario, como él dice, hizo un ademan de despedida, dio media vuelta y se marchó por el pasillo a paso ligero. Yo me quedé con el sobre en la mano, estuve a punto de abrirlo, pero me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Volví al salón donde parecía que se estaba dando por finalizada la fiesta. Nos fuimos despidiendo, y acabamos en el bar *Chicote* unos cuantos para dar la puntilla a aquella noche con unos buenos cócteles hechos por el mismo Perico.

Del sobre no dije ni mu a pesar de que me pesaba en el bolsillo como si llevara un ladrillo.

Llegué a casa y dejé la carta sobre la mesa del salón con la intención de leerla después, pedí a la señora Victoria, mi asistenta, que me preparara la cena y que se podía marchar. A veces se quedaba en su

habitación varios días, pero la mayoría de las noches se marchaba a su casa. Es una gran señora y muy atenta. Me cambié de ropa, cené mientras veía la televisión, recogí los restos de la cena y mientras me fumaba un cigarrillo decidí abrir el sobre. Me senté en el sillón junto a la lámpara para leerla. Dentro del sobre había una carta redactada a máquina y una especie de tarjeta verde con mi nombre y apellidos, era un pase para entrar al Palacio del Pardo. En la carta, muy bien redactada, me invitaba, bueno, más que me invitaba, me imponía presentarme en el Pardo el día 23 de diciembre a las 12 del mediodía junto con la tarjeta. Por más que le daba vueltas a aquella carta no entendía para que de esa invitación, y justo en Navidad, cuando más trabajo tenemos. A pesar que me aseguró el que me la dio que era confidencial preferí contárselo a Trifón.

—Seguro que es una comida de Navidad para los comerciantes, otra reunión tonta como otras veces.

—No lo sé, si fuera así no me hubieran entregado esa carta con tanto misterio.

—Pues hasta que no vayas no saldrás de dudas.

Y así lo hice, me coloqué el traje negro cogí un taxi y me personé a la entrada del Pardo. El taxista que no paraba de hablar consiguió sacarme que iba invitado al Palacio por el jefe del estado. Llegó a pensar que era algún dirigente político.

Llegamos junto a la barrera donde nos dio el alto unos guardias que más parecían vampiros con esas capas hasta los pies, se colocaron en la ventanilla del taxista y le pidieron gritando que bajara el cristal.

—¿Dónde cree que va?

—Yo a ningún sitio, solo traigo a este señor que llevo detrás. Ha sido él el que me ha dado estas señas.

Parece ser que no me habían visto porque la reacción siguiente fue la de abrir mi puerta y pedir que saliera. Y debe ser que la pregunta la tienen muy impuesta.

—¿Dónde cree que va?

—Estoy citado a las 12... aquí tengo el pase. —Intenté meter la mano en el bolsillo del abrigo para sacar la tarjeta verde, pero enseguida dieron un salto y me sujetaron los brazos haciéndome daño cuando me los pusieron a la fuerza contra la espalda.

No paraban de gritarme que me estuviera quieto. No daba crédito a lo que me estaba pasando, en ese momento salió el taxista del coche gritando también que me soltaran que era cierto, que estaba citado con el generalísimo;

—No le hagan nada que es un ministro.

—Qué coño ministro, a ver si se cree que no los conocemos a todos, y este ni es ministro ni es nada.

Yo ya pensaba que me iban a romper un brazo.

—Tengo un pase en el bolsillo del abrigo, por favor, suéltenme y se lo enseño.

Uno de los guardias metió la mano en el bolsillo y saco la puñetera tarjeta verde;

—Suelte, suelte cabo, que este pase es oficial.

Me soltaron, pero los brazos me dolían tanto que me costó poder volver a estirarlos.

—Joder, perdone usted, es que estamos muy nerviosos con tanta bomba y tantos pistoleros.

—Lo que están ustedes son locos, no quiero ni pensar si cuento ahí dentro lo que me acaba de pasar con ustedes.

—Ya le decimos que lo sentimos mucho, pero es que se ha metido usted la mano en el bolsillo de tal manera que hemos pensado iba a sacar algo...como decirle.

—¿Una pistola? No me jodan, tengo yo pinta de terrorista, a mis años, vaya tela. Además, me están esperando, ¿me van a dejar pasar o me vuelvo a meter en el taxi y me voy?

—Venga, métase en el taxi que no le voy a cobrar la carrera, que los den, venga que nos vamos.

Ganas me dieron de salir corriendo de aquel sitio.

—No, espere, llamo para que venga un coche y le lleve dentro.

Se metió en la garita cogió el teléfono y pidió que vinieran a buscarme mientras yo pagaba al taxista con una buena propina incluida.

Enseguida apareció un coche militar con el que me llevaron hasta dentro. Aún me dolían los brazos. Me dejaron a los pies de una escalinata donde salió una especie de mayordomo que me abrió la puerta, se llevó mi tarjeta verde y me invitó a que le siguiera.

Subimos la escalinata y entramos en un salón donde había más

gente. Me sentí incómodo cuando noté que todas las miradas se me clavaban en la cara, yo los miré a todos buscando alguna cara conocida o por lo menos familiar pero no conocía a nadie, tengo buena retentiva para las caras y sé que allí no había nadie al que saludar. Me quede como un pasmarote sin saber que hacer o donde dirigirme. Pero enseguida alguien se me acercó;

—¿Don Vicente?

—Si.

Nos dimos la mano mientras se presentaba:

—Blas Piñar, notario y fundador de la editorial Fuerza Nueva.

No tenía muchas referencias de este individuo, pero sabía quién era. Me puso el brazo sobre el hombro y me llevó hacía un corrillo con la intención de presentarme. Todos se volvieron cuando nos acercábamos.

—Señores, este es don Vicente, gerente de una gran casa como es *La Mallorquina*.

El primero en darme la mano fue un militar que Blas Piñar se encargó en presentármelo:

—Teniente General Guillermo Quintana, buen profesional y un gran luchador por la unión de este país.

El siguiente en ofrecerme su mano fue otro militar;

—El recientemente ascendido General de División Jaime Milans del Bosch, un maestro de la estrategia militar. Tenéis mucho en común, Vicente.

—Este gran señor es don José María Pemán, periodista, escritor, poeta y mil cosas más. Nunca te pierdas una tertulia de él.

Al que me presento después ni me dio la mano ni me miró, luego me enteré que, como yo, no sabía qué hacía ahí.

—Arzobispo de Madrid Vicente Enrique Tarancón, bueno, creo que no se encuentra en su ambiente, perdónele, ya sabe cómo es esta gente del clero.

La verdad es que no me importó mucho que no me diera la mano.

Había más personas y más corrillos, yo pensé que no conocía a nadie, pero me equivocaba, allí estaba el del *Corte Inglés*, nos cruzamos las miradas pero nada más. A este sí se le veía en su salsa, con una copa de vino en la mano y saludando hasta la señora de la limpieza. A otro que me presentaron a pesar de que ya habíamos

coincidido alguna vez en el salón de *La Mallorquina* es al presidente del *Real Madrid* Santiago Bernabéu.

Uno que se presentó solo es el que fue ministro de Comercio y ahora volvía a su antiguo cargo en el Banco Exterior de España, Nemesio Fernández-Cuesta:

—Don Vicente, tenía muchas ganas de conocerle, hemos coincidido en alguna reunión, pero no hemos llegado a hablar.

—Sí, me suena de habernos cruzado en alguna de esas reuniones, pero siempre hay tanta gente que es imposible hablar con todo el mundo.

Mentí, no me sonaba de haberle visto nunca, pero bueno.

Poco a poco fui saludando a unos y hablando con otros, ministros como Cruz Martínez Esteruelas y el director de la fundación Juan March, o Fernando Herrero Tejedor, tutor de Adolfo Suárez al que no dude en preguntarle por él.

—¿Adolfo? Muy bien, es una persona muy inteligente y trabajadora. Ya le diré que ha preguntado por él.

Me acerqué a por una copa de vino y allí estaba el cura que me presentaron antes, parado como un pasmarote y con cara de perro:

—¿Qué, disfrutando de la fiesta? —Le dije esperando por lo menos una sonrisa.

—Váyase a la mierda.

—Joder con el clero, vaya vocabulario.

—¿Se puede saber qué es lo que hacemos aquí?

—A mí que me pregunta, ni sé de qué va esto ni se lo que hago aquí entre tanto...

—¿Hijo de puta?

—¿De verdad que es usted Arzobispo? Voy a pensar que va usted disfrazado.

—No me vaya a decir que no tengo razón, está toda la representación del mal reunida en esta sala, solo falta el diablo mayor.

—Espero que no me incluya a mí como otro demonio más, yo no sé lo que hago aquí, ni de que va esta reunión.

—¿Entonces que pintamos nosotros en esto? Nos consideran uno de ellos, algo habremos hecho mal para estar aquí.

—Hombre, pensado así, pero yo no veo que tengo en común con militares, políticos o curas.

Entrañables loteras

Eso parece que le hizo un poco de gracia por la mueca que me pareció una sonrisa.

Llevábamos cerca de una hora de un lado a otro saludándonos entre nosotros y diciendo tonterías.

El que parecía el animador de aquel lío era ese Blas Piñar, se le veía presentado a unos con otros, llamaba a los camareros para que no nos faltara de nada, incluidos cigarrillos americanos y puros cubanos, vino, whisky, cerveza y un montón de licores y canapés. Pero ¿a qué estábamos esperando? Me dio la impresión de que estábamos encerrados y que nos estaban observando con quien compartíamos conversación y con quien no. Seguro que nos estaban escuchando. Hacía mucho calor, la calefacción debía estar a tope. Y eso junto a la bebida se estaba convirtiendo en un caldo de cultivo para calentar las cabezas huecas. Y así pasó, en un rincón de la sala se oyeron voces de alguien discutiendo, era el militar que me presentaron al principio, Quintana, y un joven con el pelo muy repeinado, el militar llegó a sacar la pistola del cinto y apuntarle, el joven se sentó en el suelo con las manos en la cabeza, enseguida los que estaban más cerca se echaron encima del militar para evitar lo que parecía que iba a pasar. El militar se guardó la pistola mientras maldecía a maricones y masones. Tras ese momento de tensión del

Tarancón

que no me enteré mucho por estar en el lado contrario de la sala me di cuenta que según pasaban los minutos ya no había grupos de personas hablando, ahora solo éramos dos bandos, en un lado estábamos los que no sabíamos que pintábamos ahí y los que debían saber de qué iba aquello, en nuestro lado tanto en los cuadros como los tapices que adornaban la sala me di cuenta que predominaba el color rojo y la otra mitad de la sala donde se encontraban lo que pensé que eran nuestros contrincantes de color azul. Se lo comenté al cura:

—No diga gilipolleces, por favor.

—Esto no me gusta, hace mucho calor y no han parado de darnos de beber. Los colores, los ideales mezclados de los que estamos aquí, no sé.

En la pared de la derecha desde donde yo estaba había una puerta cerrada que hacía las veces de frontera entre los dos bandos y a la izquierda dos ventanales también cerrados desde donde se veía un gran jardín. Me dio por contar a todos los que estábamos allí y casualidad o no, pero éramos 15 justos, ni uno más ni uno menos por bando en la sala. Yo no hacía más que buscar mirando a todos los lados, esto estaba planeado. De pronto se oyó un disparo y se vio caer del techo un trozo de escayola, miré y vi que fue el Quintana ese que seguía maldiciendo y cagándose en nuestras madres, intentó apuntarnos y el que estaba a su lado le dio un golpe en la mano disparando otra vez al techo, yo tenía en mi brazo derecho una mano que no era la mía apretándome de tal manera que se me durmió la mano, era don Santiago Bernabéu que no paraba de decir joder, joder, joder. De los quince de mi lado yo me encontraba en primera

fila y empecé a preocuparme, cuando alguien de los de detrás me empujó para pasar, era el cura, bueno el arzobispo, con paso firme se dirigió al bando azul y el puñetazo que le propinó en la cara un tío que parecía un armario le tumbó en el suelo, con la mano en la cara intentaba parar lo que parecía una hemorragia nasal, vamos, que seguro que le había roto la nariz. Mi primera reacción junto a Ramón, el del *Corte Inglés* fue socorrerle y arrastrarle cogido por las axilas hasta nuestro lado, saqué un pañuelo y se lo puse en la cara, un pañuelo regalo de mi plantilla, con mis iniciales y el logotipo de *La Mallorquina*. Me jodió un poco pero el momento no era para andar con cosas entrañables. Lo siguiente fue ver volar un vaso desde nuestro lado aterrizando en la cabeza del ex ministro de Comercio, pues yo no tengo más pañuelos. Ahora empezaron los insultos a gritos y las amenazas de muerte de las maneras más variadas, desde cortar cabezas como arrancar las partes nobles con las mismas manos y asegurar de la capacidad de comérselas. Eso se había convertido en una disputa de verduleras. Ya solo faltaba que uno se decidiera a cruzar esa frontera para que nos liásemos todos a golpes o a tiros, y yo sin pañuelo. Pero yo no paraba de mirar hacía esa puerta y como yo esperaba se abrió y salieron unos militares con escopetas en mano, se hizo el silencio en la sala, y ahí apareció el anfitrión sentado en una silla de madera con ruedas empujado por otro militar, iba vestido con ropa de campaña como si lo hubieran sacado de una trinchera. Miró a los dos bandos primero a su derecha y luego a nosotros. Se levantó muy despacio, arrastró el culo hasta el borde de la silla y con la ayuda del que le empujaba se puso en pie, temblaba como un flan, pero para asombro de todos los que estábamos mirándole empezó a reírse. Creí que se caería de un momento a otro, estaba decrepito, enfermo, viejo. Vamos, hecho un asco.

—Señores, como han podido ver aún tengo la capacidad de crear otra guerra, solo he necesitado un par de horas para oír hasta disparos. Estoy harto de que se me acuse de dictador y de asesino, sé que me queda poco y no pienso irme sin dejar todo claro y atado, yo no soy culpable de nada, se ha actuado en consecuencia intentando ser lo más justo. He intentado dirigir este país hacia la armonía y el orden, pero no paran de ponérmelo difícil y complicado. Por este camino

que Dios ha querido que yo marcara me he encontrado con muchas trabas y baches que yo no he puesto. No me arrepiento de nada, todo lo contrario, estoy muy orgulloso de mi trabajo. Se preguntarán que hacen aquí, pues ya lo ven, enfrentarse los unos a los otros, están representando las dos españas. Intentó reírse, pero un ataque de tos se lo impidió, el pañuelo que se puso en la boca ya tenía manchas de sangre anteriores a las que se sumaron las de ahora.

—Aparte de eso están aquí para explicarles lo importante de sobrevivirse a uno mismo, los hombres como yo y como ustedes tenemos la vocación de la eternidad, es nuestra razón de ser. Yo siempre he esperado un fin glorioso como el que un gran líder se merece, pero parece que la naturaleza me lo va a negar. Hasta hace poco me alababan como el Elegido por la Providencia, Generalísimo, Caudillo, Jefe, César, Centinela de Oriente, Genio de la Raza, dedo de Dios.

Volvió a toser y a manchar más el pañuelo.

—Mi vida la ha puesto Dios al servicio de los españoles y mi labor ha sido cuidarlos de masones y comunistas sin darme a placeres mundanos, he vivido sin ningún tipo de lujos, mi disciplina militar y religiosa han sido mi guía de ruta. Por eso he permitido que vosotros —esto lo dijo mirando hacia la derecha— disfrutéis de mejor residencia que la mía y comáis en mejor vajilla que la mía. He preferido que los endemoniados seais vosotros. Giró la cabeza hacia nosotros mientras seguía tosiendo con el pañuelo en la boca. Nunca me he ensañado con odio a mis enemigos, creo que eran gentes equivocadas, víctimas de los errores y de las conspiraciones contra mí, aunque mis enseñas desde mi paso por el Tercio, la muerte es un hecho natural, pero sin llegar a vitorearla como Millán Astray hacía. Ahora sois vosotros los nuevos caballeros de la muerte, caballeros legionarios, trabajadores y grandes luchadores. Pero también tengo mis arrepentimientos, el de ceder a las peticiones de mis ministros, ministros jóvenes sin experiencia en los años difíciles de este país sin escuchar la voz de mi conciencia que nunca se ha equivocado en las decisiones más importantes. Decisiones tan importantes como la de tener que mandar fusilar a miles de paisanos para preservar la salud de nuestra patria, incluso la ejecución de mi querido primo Ricardo, al que, si cierro los ojos aún le veo cuando éramos críos jugando a piratas.

Le vino un golpe de tos que no le dio tiempo a ponerse el pañuelo en la boca y un esputo de sangre quedó frente a él, todos los que estábamos ahí no podíamos dejar de mirar esa especie de mancha que se quedó justo en medio de la sala que más que roja parecía negra. Estaba claro que tenía al de la guadaña detrás de él.

Si ya era difícil oírle con esa voz de pito ahora necesitaba un megáfono.

—Ahora solo me queda dar mis cuentas con él, —esto lo dijo señalando con el dedo hacia el techo— y sé que me he ganado el cielo solo por los sufrimientos por los que he pasado—.

Aquello creo que fue una confesión en toda regla, se confesó ante nosotros como si tuviera algo pendiente y no quería morirse sin explicarse. Se volvió a sentar en esa silla de madera con ruedas y se lo llevaron por donde vino sin parar de toser. El silencio se apodero de aquella sala, nos quedamos mirando el resto de sangre que dejó en el suelo, salió una señora con un mocho y un cubo y se llevó los restos del Jefe de Estado como el que recoge una mierda de perro. Yo fui lo último que vi de él. El mayordomo que me condujo hasta dentro hizo su aparición y nos invitó a que saliéramos. Fuera nos esperaba un autobús militar, subimos todos en silencio y nos llevaron hasta Madrid, nos dejaron en la plaza de Cristo Rey donde el militar que iba de copiloto de muy malos modales nos dijo que nos bajásemos. En el trayecto tuve de acompañante a uno que creo que era del grupo azul que no paraba de lloriquear y de sonarse los mocos, no hablamos nada en todo el camino. Y como nosotros todos, siempre he pensado que fuimos los primeros en asistir a un funeral por adelantado, vamos, que solo nos faltó ponerle tierra encima. Desde la plaza me cogí un taxi hasta la Puerta del Sol, me fui al callejón de Cádiz y comí en el bar *Valladolid* con mis amigos Braulio y Alejandro un gran cocido madrileño. Eso es lo que viví aquel día junto a la plana mayor de este país, desde militares de alto rango como curas con sotana de seda, periodistas con la pluma más afilada de la prensa española, políticos con los ideales más variados, jueces y abogados con más nombre que éxitos y empresarios como el del *Corte Inglés*, el del *Real Madrid* o yo. Esto había que contarlo, me esperé al día siguiente, compré toda la prensa nacional esperando alguna noticia por parte de alguno de

los periodistas que estaban allí, nada, ni un solo artículo haciendo referencia a ese encuentro con el Jefe de Estado. Por eso creo que hasta ahora no he contado nada a nadie, si ellos no han publicado nada es por algo y posiblemente ahora sea la primera vez que se cuenta lo que pasó la víspera de la nochebuena de ese año.

Administración de Doña Manolita

Último Gordo de Doña Manolita ante de su traslado de sede

«Que el adversario esté dentro, con nosotros.»

Vicente Enrique y Tarancón (1907-1994).
Cardenal

Capítulo XIX
Perdurando en el tiempo

Las navidades de la puerta del Sol ya se conocen hasta en la China sin necesidad de gastarse un duro en publicidad. Los años pasan muy deprisa, este año que está a punto de llegar se lleva por jubilación a Juan Martín y seguro que su esposa se ira con él, Conrado también se nos va por lo mismo, a Trifón aún le quedan un par de años, pero la nostalgia por su tierra natal tira mucho y lo entiendo, su lugar es enseñar y compartir toda esa sabiduría que le rebosa por las orejas. Hasta hoy no he conocido a alguien con más cultura y entendimiento que a él. Esta es una gran casa, pero siempre he pensado que no es sitio para alguien con esa preparación. Siempre estaré muy agradecido a esas personas desamparadas y olvidadas por culpa de esa puta guerra que regentaban aquel solar en la calle del Espejo y me ayudaron sin esperar nada a cambio para volver a arrancar el motor roto de esta casa.

Yo he intentado devolverles la dignidad y la ilusión por seguir viviendo, sabía que nunca conseguiría devolverles la vida que tuvieron que dejar, pero *La Mallorquina* se merece una placa en esta plaza

Hermana de doña Manolita

donde rece que no solo tiene un gran servicio para quien la visita, también para que se reconozca que en esta casa a los que forman o han formado parte de esta plantilla, no se les toma por empleados, son parte de una gran familia donde hasta los problemas personales han sido nuestros problemas. Vivimos en una época en que la gente cambia de trabajo como de camisa pero el que entra en esta casa se queda hasta la jubilación, no quiero desprestigiar a ninguna empresa, pero tenemos la plantilla con más antigüedad de España. Somos, según la Cámara de Comercio los impulsores del roscón de reyes que a día de hoy nadie se imagina un 6 de enero sin este desayuno.

Este producto se ha convertido en un referente de esta casa, ya son miles los que se despachan desde el día 4 de enero hasta el día de Reyes, llegando a cerrar el salón para poder almacenarlos en góndolas de madera, las colas para adquirir uno de nuestros roscones llegan hasta la boca de metro, sobre todo el día 5 después del paso de la cabalgata que acaba en La Plaza Mayor con una gran fiesta para pequeños y no tan pequeños. Han sido unos días de locos, desde que cambia de trabajo como de camisa, pero el que entra en esta casa se queda hasta la jubilación, no quiero desprestigiar a ninguna empresa, pero tenemos la plantilla con más antigüedad de España. Somos, según la Cámara de Comercio los impulsores del roscón de reyes que a día de hoy nadie se imagina un 6 de enero sin este desayuno.

Este producto se ha convertido en un referente de esta casa, ya son miles los que se despachan desde el día 4 de enero hasta el día de Reyes, llegando a cerrar el salón para poder almacenarlos en góndolas de madera, las colas para adquirir uno de nuestros roscones llegan hasta la boca de metro, sobre todo el día 5 después del paso de la cabalgata que acaba en La Plaza Mayor con una gran fiesta para pequeños y no tan pequeños. Han sido unos días de locos, desde que –lo reconozco, aunque me duela–, *El Corte Inglés* dice que ya es Navidad, la Puerta del Sol se convierte en un hervidero de personas en busca del bocadillo de calamares, del puesto de castañas, de la figura para el belén como el «caganer» que se ha puesto de moda, un muñeco cagando, vaya tela. Las compras de lotería por parte de nuestra vecina Hermana de doña Manolita o sus versiones convertidas en loteras de silla y fundas de abrigo hasta las orejas que te cobran un extra por no esperar las colas interminables de la administración. Las voces de *Tengo el gordo de Navidad* se nos cuelan hasta la cocina hasta convertirse en un machacante soniquete. Pero como decía mi madre, vive y deja vivir. Nos tapan la puerta que da a la plaza como una barrera de señoras gritando «a por ellos. Pero también son un reclamo que atrae a la gente hasta nuestra puerta, sería una equivocación si las obligamos a tener otra ubicación en la plaza.

Estas fiestas se van como vinieron y el año es muy largo para tener que esperar a otra venta de este tipo, por lo cual tenemos unas de las mejores torrijas de Madrid y posiblemente las más grandes, las rosquillas de San Isidro, las de Santa Clara, las Listas y las Tontas, el porqué de esos nombres ya os lo contaré otro día. Tampoco me tengo que olvidar de nuestros famosos huesos de

Roscones recién horneados

santo y los buñuelos de viento, también llamados pelotas de fraile. La verdad es que la mayoría de los dulces que se consumen son de origen clerical, desde las monas de pascua pasando por mazapanes y rosquillas. Pero nuestro gran éxito y referente son las napolitanas de crema, ya no hay pastelería que se precie que no las tenga, pero no tiene nada que ver con las nuestras, imitaciones malas como yo digo. Del salón nada hay que comentar, sino que ya se ha quedado para disfrute de familias o amigos, lejos se han quedado esas tertulias interminables de escritores que con un café solo y un vaso de agua hablando de un mundo que solo existía en sus cabezas, de políticas y utopías, de versos que lo más lejos que llegaron fue a nuestros manteles y de miserias de las que eran reacios a salir por no perder su escalón literario.

Las que han vuelto a la Puerta del Sol son las manifestaciones, pero son consentidas, no hay carreras de policías detrás del que más grita. Llegan y se van, ni más ni menos. Está claro que lo que preocupa ahora mismo es la salud de nuestro dirigente, entre nuestros clientes diarios y expertos en política callejera se comenta que están preparando la sucesión, que están preparando al príncipe para continuar con la herencia franquista, que Franco lleva muerto hace mucho y no quieren decir nada hasta que esté todo atado y bien atado. La prensa y la televisión no paran de dar partes médicos sobre la salud de Franco, la Ciudad Sanitaria de La Paz está rodeada de curiosos y de ciudadanos esperando ser los primeros en saber la última noticia sobre el estado del enfermo.

Reparto de cestas

Y coincidiendo con el aniversario del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera este 20 de noviembre de 1975 sale por televisión el presidente del gobierno Arias Navarro anunciando que Franco ha muerto, entre las imágenes de la historia de la televisión está entre las que nunca se pasaran al cajón del olvido con su

Cabalgata de los Reyes Magos

gran frase, «Españoles... Franco ha muerto». Ahora vienen tiempos de incertidumbre, siempre detrás de una dictadura llegan las miserias. Volvemos a quedar en manos de la monarquía, en manos de un príncipe que en poco se le coronara como Rey y Jefe de Estado. En la calle se oye de todo, unos que mejor, otros que peor. De hecho, aquel día andar por la calle era peligroso, confieso que me enteré tarde. Caminando por la calle Mayor se me acercaron unos policías:

—¿Dónde va, señor?

—Hacia *La Mallorquina*, al trabajo.

—Hoy está todo el comercio cerrado.

—¿Cerrado? Pero...

—Otro que no se ha enterado, ¿en qué mundo viven?

—Enterarme de qué..

—Que se ha muerto Franco, anoche, ande márchese a su casa, en la Puerta del Sol se esperan manifestaciones y líos.

Aunque yo esa noticia ya la esperaba desde hace unos días me pilló un poco de improviso. Enseguida me vino a la memoria la última vez que le vi y sonreí sin darme cuenta de que no estaba solo.

—¿Qué pasa, le hace gracia? Todavía le suelto una hostia y me lo llevo a los calabozos.

—Perdón, no me río de la muerte ni de él ni de nadie, es que no hace ni un año que estuve en el Pardo con él.

—¿Conocía usted al Generalísimo?

—Bueno, hemos coincidido en algunos actos y hemos hablado algunas veces.

—Pues vaya amigo que no se entera de que ha muerto.

—Yo no he dicho que fuera mi amigo. Ahora estoy hablando con ustedes y no son mis amigos.

—Se está ganando una hostia, por mucho que vaya al Pardo.

—Perdonen, no era mi intención molestarles. Me gustaría pasarme por *La Mallorquina*, soy el jefe de la casa y quiero ver como esta todo.

—Está cerrado, está todo cerrado.

—Por eso, no habrá nadie dentro y me preocupa que no esté todo apagado, solo es dar una vuelta.

—No sé...

—Venga, y les invito a un buen desayuno, acompañado de ustedes no habrá problemas.

Se miraron los dos policías y accedieron con un gesto de cabeza. Me ayudaron a subir el cierre y entramos, no había nadie. Encendí las luces de la barra y se sentaron esperando los cafés prometidos. Se veía que habían abierto y que les obligaron a cerrar porque la cafetera aún estaba caliente y quedaba algún bollo en la cocina.

Me pasé dentro de la barra y les preparé dos cafés con dos torteles, se quitaron hasta las gorras.

—Si necesitan algo más, no duden en pedírmelo, voy a echar un vistazo abajo en el obrador.

Cuando volvía por las escaleras oí a los policías dando voces.

Estaban de pie junto a las escaleras del salón apuntando con las pistolas hacia arriba.

—¿Quién anda ahí? Salga o disparamos.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien arriba, mire esa silla, ha bajado rodando por las escaleras.

Había una silla del salón en el mostrador de la pastelería.

—Vamos a subir, usted quédese aquí.

—Pero no disparen, no vaya a ser un empleado de la casa.

—Ya veremos.

No llegaron al segundo peldaño cuando nos tuvimos que apartar de un salto, otra silla bajó rodando, a punto de darnos en la cabeza.

—¿Quién anda ahí? Salga o disparamos.

Las risas que se oyeron nos puso los pelos de punta, pero yo, ya sabía quién era.

—Será cabrón, le voy a meter un tiro en la cabeza como se asome.

—No se va a asomar, arriba no hay nadie.

—Pero que tonterías dice, arriba hay un hijo de puta que casi nos abre la cabeza, vamos a subir y se va a cagar.

—Suban, suban, pero ya les digo que arriba no hay nadie.

Se tiraron más de media hora buscando hasta debajo de las mesas,

Kilómetro Cero en la Puerta del Sol

incluso les abrí la oficina para que registraran hasta los cajones.

—Hasta que no nos diga quien ha sido el cabrón de las sillas no nos vamos de aquí.

—No se lo van a creer.

—Dígalo, o será cómplice de una agresión a la policía.

—El comisario Bocanegra.

—¿Comisario? ¿Qué coño comisario?

—Murió aquí hace muchos años de una manera un poco fortuita, desde entonces no me deja tranquilo.

—Venga ya, ¿nos está diciendo que hay un fantasma y es el que nos ha tirado las sillas?

—Sí, así es.

Se rieron hasta no poder más. Pero se les cortó de golpe cuando se oyó un alarido que retumbó hasta el suelo y volvió a tirar el diploma enmarcado.

Salieron de la oficina con las pistolas en la mano dispuestos a disparar a lo primero que se moviera.

Yo recogí el diploma y lo puse en la mesa, me senté mirando hacia la plaza y me encendí un cigarrillo mientras oía a los policías dar gritos de quien anda ahí. Ya se cansarán de buscar. Volvieron a entrar en la oficina sofocados.

—Oiga, no vemos a nadie, pero si aparece alguien no dude en llamarnos, pero es que nos tenemos que ir.

—Gracias, no se preocupen, si pasa algo les llamo.

Se marcharon con las pistolas en la mano y mirando hacia todos los lados esperando que saliera alguien de las paredes.

Retiré los visillos de la ventana y la abrí, me volví a sentar mirando hacia la plaza y me encendí otro cigarro, no había nadie, hasta las fuentes tenían los chorros apagados, solo se movían las manecillas del reloj y a un ritmo inapreciable, era un gran día. El primer día de una nueva vida para este país que se merece mejor suerte de la que hemos tenido hasta ahora, es un país de luchadores y trabajadores. No nos merecíamos esto, no hemos hecho nada para tener que vivir con miedo. Sé que aún queda mucho para que nos cambie la forma de vivir, la estela que este dictador ha dejado es muy larga y pasaran muchos años para que podamos sacar la cabeza y respirar aire limpio. Se han quedado muchas personas inocentes por este camino, un camino que nos marcan y del que no puedes salirte. Asesinos legales, eso es lo que son. Con estos relatos tanto como con los de la primera parte solo pretendo poneros en el escenario de la vida cotidiana de estos años tan difíciles para todos, y que mejor que desde una casa tan emblemática como es *La Mallorquina* en plena Puerta del Sol, centro neurálgico y escenario donde se han representado las mejores obras de teatro tan real como la vida misma. donde los empleados de esta casa son personas normales con problemas acordes a la época en la que nos ha tocado vivir al igual que nuestros clientes, o sea, vosotros. Son relatos que alguien al

leerlos se sentirá identificado, tanto por perder a algún ser querido o por las penurias que ha sufrido.

La Mallorquina a día de hoy sigue su andadura y haciendo historia, resistiendo a guerras, dictaduras y políticas destructivas.

Y fabricando manjares, claro está.

Y yo... relatos de esta querida Puerta del Sol.

—Nos hemos vuelto a quedar solos, comisario.

Noviembre 1975, Madrid

Nochevieja en la Puerta del Sol

Índice

PRIMERA PARTE

Introducción	.....	7
Capítulo I	Unas nuevas puertas	11
Capítulo II	Mi amigo don Benito	15
Capítulo III	La boda	33
Capítulo IV	Barrio de Lavapiés	39
Capítulo V	Madame Pimentón	45
Capítulo VI	Pensión Fernández	53
Capítulo VII	Bocanegra	59
Capítulo VIII	Compañía metropolitana	67
Capítulo IX	Las joyas del rey Recesvinto	75
Capítulo X	La corona de la Virgen del Carmen	87
Capítulo XI	Noche de brujas	105
Capítulo XII	La corona robada	115
Capítulo XIII	Navidad en la Puerta del Sol	119
Capítulo XIV	Adiós a dos divas	129
Capítulo XV	La capa de la diosa Cibeles	135
Capítulo XVI	La Segunda República	141
Capítulo XVII	Madrid se vuelve gris	151
Capítulo XVIII	Limosnas de Luciano	159
Capítulo XIX	Don Pío Baroja	163
Capítulo XX	Primo de Rivera	167
Capítulo XXI	Los hornos de la Mallorquina	173
Capítulo XXII	La sombra	183
Capítulo XXIII	La guerra llega a Madrid	189

SEGUNDA PARTE

Introducción	.....	203
Capítulo I	La Calle del Espejo	207
Capítulo II	La Posguerra en Madrid	213
Capítulo III	El Bar Chicote	219
Capítulo IV	Una Nueva Generación	227
Capítulo V	Vallejo-Nájera	235
Capítulo VI	Eva Perón	243
Capítulo VII	El Poder del Dinero	251
Capítulo VIII	El Valle de los Caídos	261
Capítulo IX	Una Nueva Puerta del Sol	273
Capítulo X	Malas Maneras	281
Capítulo XI	El Convento de Burgos	295
Capítulo XII	Piratas sin Barco	305
Capítulo XIII	El Madrid Oculto	315
Capítulo XIV	La Mala Hierba	325
Capítulo XV	La Flora y Fauna de la Puerta del Sol	335
Capítulo XVI	La DGS	345
Capítulo XVII	El Terrorismo en Madrid	357
Capítulo XVIII	Crónicas de una muerte esperada	369
Capítulo XIX	Perdurando en el Tiempo	383

Novedades y clásicos de Entrelíneas Editores

La excesiva permisividad, la falta de directrices claras, la exagerada sobreprotección de los hijos en el ambiente familiar, así como las normas legales poco exigentes en cuanto al respeto y al esfuerzo en los centros educativos, son factores que contribuyen a que, hoy en día, las generaciones de niños y jóvenes se comporten como "auténticos tiranos", tanto en la esfera familiar como en la educativa.

La solución no es fácil. Pero, algo habrá que hacer.

P.V.P. 23,00€

Psicología

ISBN: 978-84-945015-31

No es nada sencillo afrontar un género tan denostado, desconocido y embarullado como el spaghetti-western, del que llegaron a rodarse más de 500 títulos durante los años 60 y 70, en los más diversos parajes de la geografía europea. Aún así, Anselmo Núñez, ha sabido afrontar todo tipo de adversidades, dilucidar controversias y esquivar balas en la mejor tradición de dicho género, dando como resultado una obra definitiva, aderezada con una interesantísima relación de carteles y fotografías, la ficha técnica de todos los filmes y un completo recorrido por su apartado musical. Por todo ello y mucho más Western a la europea... un plato que se sirve frío es la mejor aproximación a aquel Oeste cercano publicada nunca en España.

P.V.P. 35,00€

Cine

ISBN: 978-84-9802-432-6

Pedidos:

www.eraseunavez.org

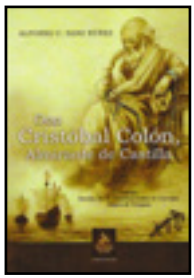
entrelineas@eraseunavez.org

El lector tiene ante sí la primera y única historia del violín escrita en castellano, tanto en España como en Latinoamérica. Se trata de un estudio de los violinistas más importantes de cada periodo. La historia está dividida en era antigua, era romántica y era moderna, y se destacan las características más importantes de cada época. Al final de cada era aparece un gráfico que muestra la conexión de maestros y discípulos. La Historia del violín incluye una relación de todos los violines importantes que poseyeron los grandes maestros, e incluye una enciclopedia de nombres y términos usados. Se trata de un libro único, pensado para melómanos sin conocimientos especiales de música, pero a la vez muy útil para los profesionales.

P.V.P. 35,00€

Historia

ISBN: 978-84-96190-38-2



Esta obra analiza, a través de los documentos y escritos oficiales existentes en Archivos Históricos, las circunstancias que se dieron en los años en los que vivió el Almirante, y como tema principal da respuesta a la pregunta que se ha mantenido sin contestación a lo largo de más de quinientos años, y que no es otra que su lugar de nacimiento.

Se parte del trabajo realizado por don Ricardo Sanz García, padre del autor, recogido en tres obras ya publicadas y agotadas. Fallecido este en 2003, su hijo Alfonso ha seguido investigando y recoge en esta obra los puntos fuertes de la tesis de su padre, ampliados con nuevos hallazgos y con la aportación de nuevos datos que consolidan y respaldan la misma.

P.V.P. 29,00€

Historia

ISBN: 978-84-9802-585-9

En enero de 1901 Carles Casagemas, un joven y desconocido pintor, amigo íntimo de Pablo Picasso, se suicida en un bar de París. Este trágico episodio tuvo consecuencias decisivas para el arte del malagueño, que poco tiempo después decide utilizar su pintura para explorar el fuerte impacto que el triste suceso había provocado en su alma. Picasso inicia así su período azul, que supone un personalísimo recorrido por su psique inconsciente. Basándose en la teoría de los arquetipos y en otros aspectos de la psicología de Jung.

P.V.P. 23,00€

Histórico de la pintura, historia del arte

ISBN: 978-84-9802-738-9

Pedidos:

www.eraseunavez.org

entrelineas@eraseunavez.org

Entrelíneas Editores

Con esta carta de *Abraham Lincoln*, *Entrelíneas Editores* os desea siempre lo mejor, que por supuesto es: ¡salud, suerte y sonrisas! Y que ojalá todo vaya cambiando y regenerándose para que los valores más humanos sean los que imperen.

«Querido Profesor:

Mi hijo tiene que aprender que no todos los hombres son justos ni todos son verdaderos. Pero, por favor, dígale que para cada villano, hay un héroe; y, para cada egoísta, también hay un líder dedicado. Enséñele que para cada enemigo, allí también habrá un amigo. Enséñele que es mejor obtener una moneda ganada con el sudor de su frente que una moneda robada. Enséñele a perder, pero también a disfrutar de la victoria. Háblele de la envidia para que se aleje de ella. Déle a conocer la profunda alegría de la sonrisa silenciosa y a maravillarse con los libros, pero deje que también aprenda con el cielo, las flores en el campo, las montañas y valles. Explíquele que más vale una derrota honrosa que una victoria vergonzosa. Enséñele a creer en sí mismo, incluso si está solo en este mundo. Enséñele a ser suave con los buenos y duro con los perversos. Enséñele a no entrar nunca en un tren solo porque otros ya entraron. Enséñele a escuchar a todos pero decidir solo. Enséñele a reír cuando esté triste y explíquele que, a veces, los hombres también lloran. Enséñele a ignorar las multitudes que claman sangre y a luchar solo contra el mundo, si piensa que es justo. Trátelo bien, pero no lo mime, ya que solo con la prueba de fuego se sabe que el acero es real. Inclúquele valor y coraje, pero también paciencia, constancia y sobriedad. Transmítale una fe sublime en el Creador y fe también en sí mismo porque solo entonces podrá tener fe en los hombres. Sé que pido mucho, pero verá lo que puede hacer, querido profesor».

ABRAHAM LINCOLN

Entrelíneas Editores es un espacio de creación donde se da cabida a todos aquellos autores/as que de algún modo intentan renovar la literatura en nuestros país, dándole un soplo de frescura.

SI ERES ESCRITOR QUEREMOS CONOCERTE

c/Lima, 42 (post.) - 28945 Fuenlabrada (Madrid)
Tel. 91 690 90 28 / Fax: 91 606 27 22
autores@eraseunavez.org / www.eraseunavez.org